



HELENA PETROVNA BLAVATSKY

ISIS SIN VELO

TOMO IV

CLAVE DE LOS MISTERIOS Y LA CIENCIA Y TEOLOGIA ANTIGUA Y MODERNA



ÍNDICE:

CAPÍTULO PRIMERO

LA MASONERÍA MODERNA - ALEGORÍAS DEL APOCALIPSIS - PRECEPTOS JESUÍTICOS - LA PASTORAL DE CAMBRAY - LA MENTIRA COHONESTADA - PROFECÍA DE HERMES - LAS ÁNIMAS VIVIENTES - MORAL EGIPCIA - FESTINES OBSCENOS - EL HOMBRE SEGÚN LOS EGIPCIOS - HOMBRES DESALMADOS - MILAGROS BUDISTAS - APOLOGÍA DEL REGICIDIO - SOFISMAS ANTIMASÓNICOS - DEGENERACIÓN DE LA MASONERÍA -INTEMPERANCIAS DE WENINGER - LOS MODERNOS TEMPLARIOS - LOS CABALLEROS DE MALTA - LOS TEMPLARIOS BASTARDOS - EL NOMBRE MISTERIOSO - EL VENERABLE "MAH" - LA CARTA DE UN MASÓN - EL TEMPLO DE SALOMÓN - LA TAU PERFECTA - CIFRAS SECRETAS - PRONUNCIACIÓN DEL "NOMBRE" - CONFUSIÓN DE NOMBRES - EL NOMBRE DE ISRAEL - LAS TUMBAS DE GORNORE

CAPÍTULO II

EL MISTERIO DEL NÚMERO SIETE - SIGNIFICADO DEL ARCO IRIS - EL ESPÍRITU DE LOS MANTRAS - LOS NÚMEROS UNO, TRES Y SIETE - MÁSCARAS SIN CÓMICOS - LA CLAVE DEL RIG VEDA - SABIOS INDOS Y EUROPEOS - EL DOMINGO CRISTIANO - MALDICIÓN ALEGÓRICA - DÍA Y NOCHE DE BRAMA - SIMBOLISMO DE NOÉ - EL DILUVIO SEGÚN LOS INDOS - LOS VEDAS Y EL DILUVIO - FÁBULAS Y LEYENDAS - TERGIVERSACIÓN DE TEXTOS - ÉPOCA DE ZOROASTRO - POBLADORES DE LA INDIA - IDIOMAS SEMÍTICOS - DIVINIDADES SOLARES - EL MESÍAS PROMETIDO - SARGÓN Y MOISÉS - NOÉ Y EL ARCA - EVA-LILITH Y EVA - SIMBOLISMO DE LA SERPIENTE - ADÁN PROTOTIPO DE NOÉ - LOS PATRIARCAS BÍBLICOS - SIMBOLISMO DE LA CRUZ - SIMBOLISMO DEL ZODÍACO - EL SIGNO ZODIACAL "LIBRA" - GENEALOGÍAS DE CAÍN Y SETH - RUEDA DE EZEQUIEL - SIMBOLISMO DE LIBRA - ÉPOCAS GEOLÓGICAS - EQUIVALENCIAS ENTRE LOS PATRIARCAS - ALEGORÍAS TALMÚDICAS - EL HOMBRE ARQUETÍPICO - QUERELLAS DE ERUDITOS

CAPÍTULO III

MISIONEROS CRISTIANOS - ORIGEN DE LA DEMONOLOGÍA - CRISTO Y EL DIABLO - SINÓNIMOS DE SATANÁS - EL DIOS TIPHÓN - LA TENTACIÓN DE JESÚS - SATÁN EN EL POEMA DE JOB -

PERSONIFICACIÓN DE LOS DIOSES - EL MITO DE LA SERPIENTE - MISTERIO DE DEMETER - ALEGORÍAS DEL LIBRO DE JOB - LA INICIACIÓN Y EL LIBRO DE JOB - ADULTERACIÓN DEL LIBRO DE JOB - EL HIEROFANTE EN EL LIBRO DE JOB - EL LIBRO DE JOB Y EL LIBRO DE LOS MUERTOS - MODERNO CONCEPTO DEL DIABLO - EXCURSIONES DE SATANÁS - VATICINIOS DE LA ENCARNACIÓN - CONCEPTO DEL INFIERNO - DUALIDAD DE LOS DIOSES SOLARES - EL MITO DEL DRAGÓN - POÉTICAS FIGURAS DE LUZBEL - EL CÁLIZ DE AGATHODEMON - EL DESCENSO A LOS INFIERNOS - LA DERROTA DE SATANÁS - CARINO Y LENCIO - EVANGELIO DE NICODEMO - EL CREDO DE TAYLOR - SACRIFICIOS HUMANOS EN ISRAEL - PERSEVERANCIA DE LOS JUDÍOS - OPINIÓN DE WILDER

CAPÍTULO IV

IMPUTACIONES DE ATEÍSMO - ARTIMAÑAS DE LOS MISIONEROS - RITO FUNERARIO DE LOS VEDAS - LOS INSTRUCTORES DEL MUNDO - LOS TRES SALVADORES - IDENTIDAD DE KRISHNA Y CRISTO - LA RUEDA DE LA LEY - CRÍTICA DEL PERDÓN - SACRIFICIO DE JESÚS - CRUEL DOCTRINA DE CALVINO - OSIRIS Y JESÚS - EPISODIO DE LA SAMARITANA - FRACASO DE LOS MISIONEROS - EL MISTERIO DE LA ANUNCIACIÓN - ADVENIMIENTOS DE KRISHNA Y CRISTO - KRISHNA CRUCIFICADO - LA TRANSUBSTANCIACIÓN - CARÁCTER DE JESÚS - LA TRANSMISIÓN DE LA VIDA - EL SEGUNDO NACIMIENTO - PROPIEDADES MÁGICAS DE LA SANGRE - CREENCIAS DE LOS YAKUTES - NECROMANCIA ESLAVA - PRÁCTICAS DE LOS YEZIDIS - INFLUENCIA CLERICAL EN LA INDIA - CRISTO SEGÚN EL APÓSTOL PABLO - INSINUACIONES DE LOUBÈRE - LA LEYENDA DE SAN JOSAFAT - LAMAÍSMO Y CATOLICISMO - REFERENCIAS DE JACOLLIOT - MENDICANTES Y MENDIGOS

CAPÍTULO V

LOS PRINCIPIOS DE LA MAGIA - PROPIEDADES DE ALGUNAS PLANTAS - CLARIVIDENCIA ESPIRITUAL - PSICOLOGÍA DE LOS ARIOS - PROYECCIONES ASTRALES - OPERACIONES TEÚRGICAS - AVENTURA CON UN MONJE BUDISTA - EL ADEPTO Y EL NIÑO - LA INCINERACIÓN Y EL CUERPO ASTRAL - EL OÍDO ESPIRITUAL - EL LENGUAJE DE LAS LLAMAS - REGLAS MONÁSTICAS DEL BUDISMO - EL ALMA DE LAS FLORES - CREENCIAS POPULARES - LOS VERDADEROS FAKIRES - LOS TODAS DE LA INDIA -

COMUNICACIONES DE LOS LAMAS - FACULTADES TAUMATÚRGICAS
- POSIBLES DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS - MEDICINAS DE LOS
YOGUIS - EL FAKIR Y LA TIGRE - LOS SAMANES DE SIBERIA -
ESCENA MÁGICA EN TARTARIA - LOS JUGLARES DE LA INDIA - LA
CONSULTA DEL ESPEJO - LA HECHICERÍA DEL SOPLO - ESTIGMAS
MÁGICOS - LOS BLANCOS, INEPTOS PARA LA MAGIA -
INFERIORIDAD DEL ESPIRITISMO - HABLA UN ESPIRITISTA - LA
VERDAD UNIVERSAL

CAPÍTULO PRIMERO

Los hijos pueden acusar a sus padres del crimen de herejía, aunque sepan que por ello hayan de morir los acusados en la hoguera... Y no sólo pueden negarles hasta el alimento si tratan de apartarlos de la fe católica, sino que también pueden darles muerte con toda justicia. (*Precepto jesuítico*).

P. ESTEBAN FAGÚNEZ: *Praecepta Decalogi*, Lugduni, 1640.

EL PRIOR. -¿Qué hora es?

EL GUARDIÁN. -La del alba. La hora en que se rasgó el velo del templo y las tinieblas se derramaron por la consternada tierra y se eclipsó la luz y se rompieron los útiles del constructor y se ocultó la flamígera estrella y se hizo pedazos la piedra cúbica y se perdió la PALABRA.

Magna est veritas et praevalēbit

-JAH-BUH-LUN.

El rabino Simeón-ben-Iochai compuso el *Zohar* (...), el más importante tratado cabalístico de los hebreos, un siglo antes de la era cristiana, según unos críticos, y después de la destrucción del templo, según otros. Completó la obra el rabino Eleazar, hijo de Simeón, ayudado de su secretario el rabino Abba, cuyo concurso era necesario, porque toda la vida de Eleazar no hubiera bastado a dar cima a una obra tan extensa y de materia tan abstrusa como el *Zohar*. Pero como los judíos ortodoxos sabían que el autor estaba en posesión de conocimientos ocultos y era dueño de la *Mercaba* que le aseguraba la recepción de la *Palabra*, atentaron contra su vida y se vio precisado a huir al desierto, donde estuvo doce años oculto en una cueva en compañía de sus fieles discípulos hasta su muerte, señalada por muchos portentos y maravillas (1).

Pero no obstante lo extenso de la obra y de tratarse en ella de muchos puntos de la secreta tradición oral, no los abarca todos, pues el venerable cabalista no confió nunca al escrito los puntos principales de la doctrina, sino que los comunicó oralmente a contados discípulos, entre los que se hallaba su hijo único. Por lo tanto, sin la iniciación en la

Mercaba quedará incompleto el estudio de la *Kábala*, y la *Mercaba* sólo puede aprenderse en la “obscuridad”, en lugares apartados del mundo y después de pasar el estudiante por muchas y muy tremendas pruebas, para escuchar la enseñanza oralmente *cara a cara y labio en oído*, desde la muerte de Simeón-ben-Iochai, la doctrina oculta ha sido un secreto inviolable para el mundo externo.

El precepto masónico de *labio en oído*, o sea la comunicación en voz baja, deriva de los tanaímes, quienes a su vez la tomaron de los Misterios paganos. La práctica moderna de esta costumbre preceptiva debe atribuirse seguramente a la indiscreción de algún cabalista renegado, aunque la palabra transmitida es una moderna sustitución convencional de la “palabra perdida”, según veremos más adelante.

La verdadera palabra ha estado siempre en posesión privativa de algunos adeptos, de modo que tan sólo unos cuantos maestros de los templarios y otros tantos rosacruces del siglo XVII, íntimamente relacionados con los iniciados y alquimistas árabes, pudieron envanecerse de haberla poseído. Desde el siglo XII al XV nadie la poseyó en Europa, pues Paracelso fue el primer alquimista que recibió la iniciación, cuya última ceremonia confería al iniciado el poder de acercarse a la “zarza ardiente” y de fundir el becerro de oro y disolver su polvo en agua. Verdaderamente, esta agua y la palabra perdida resucitaron a los Adoniram, Gedaliah e Hiram de la época premosaica. La verdadera palabra, actualmente sustituida por la de *Mac Benac* y *Mah*, se había empleado muchísimo antes de que los “hijos de la viuda” de estos dos últimos siglos experimentaran sus pseudo-mágicos efectos.

LA MASONERÍA MODERNA

El primer masón activo de alguna importancia fue Elías Ashmole, a quien puede considerársele como el postrer alquimista y rosacruz. Fue recibido en la Compañía de masones activos de Londres el año 1646, cuando la masonería era una sociedad rigurosamente secreta sin color político ni religioso, que admitía en su seno a todo amante de la libertad de conciencia, deseoso de sustraerse a la persecución de los clericales (2). Hasta unos treinta años de la muerte de Ashmole, ocurrida en 1692, no apareció la moderna francmasonería, instituida el 24 de Junio de 1717 en la “Taberna del Manzano”, sita en la calle de

Carlos del *Covent-Garden* de Londres. Según nos dicen las *Constituciones de Anderson*, las cuatro logias del Sur de Inglaterra eligieron a Antonio Sayer gran maestro de la masonería, y no obstante su relativamente moderna institución, estas logias se han arrogado la supremacía sobre todas las del mundo, como así se infiere de una inscripción colocada en la de Londres.

Dice Frank al comentar los exotéricos delirios cabalistas, como él los llama, que Simeón-ben-Iochai menciona repetidamente lo que los “compañeros” enseñaron en obras antiguas. Entre estos compañeros cita a los ancianos Ieba y Hamnuna (3), pero nada refiere de lo que estos dos hicieron, porque tampoco él lo sabe.

A la venerable escuela de los tanaímes, o con mayor propiedad, de los tananimes u hombres sabios, pertenecían los instructores de la doctrina secreta que iniciaron a unos cuantos discípulos en el misterio final, pues según dice el *Mishna Hagiga* (4), el contenido de la *Mercaba* sólo puede comunicarse a los sabios ancianos (5). La *Gemara* es todavía más explícita sobre el particular al decir: “Los principales secretos de los Misterios no se han de comunicar a todos los sacerdotes, sino tan sólo a los iniciados”. El mismo sigilo prevalecía en todas las religiones de la antigüedad.

Pero vemos que ni el *Zohar* ni ningún otro tratado cabalístico contienen doctrina puramente judía, sino que, como resultado de milenios de estudio, es común patrimonio de todos los adeptos del mundo. Sin embargo, el *Zohar* en su texto original y con los signos secretos del margen, no según traducción y comentario de los críticos modernos, es la obra que enseña mayor suma de ocultismo práctico. Los signos secretos encierran las instrucciones ocultas para esclarecer las interpretaciones metafísicas y manifiestos absurdos en que de tal modo se engañó Josefo, por haber expuesto la *letra muerta* según la había recibido por profanos conductos (6).

Las enseñanzas de magia práctica que dan el *Zohar* y otros tratados cabalísticos, sólo aprovecharían a quienes acertaran a leerlas *interiormente*. Los apóstoles cristianos, por lo menos los que obraban milagros *a voluntad* (7), debieron estar enterados de esta ciencia, y así no es bien que los cristianos tachen de superstición los talismanes, amuletos y piedras mágicas con que su poseedor logra ejercer en otra

persona aquella misteriosa influencia llamada vulgarmente “mal de ojo”. En las colecciones arqueológicas, así públicas como particulares, pueden verse todavía piedras convexas con enigmáticas inscripciones rebeldes a toda hermenéutica, como por ejemplo, la cornerina blanca descrita por King (8), cuyos reverso y anverso están cubiertos de inscripciones que sólo pueden interpretar los adeptos. De los talismanes que en su citada obra nos da King a conocer, se infiere que el evangelista San Juan, el iluminado de Patmos, estaba muy instruido en la ciencia cabalística, pues alude claramente a la cornerina blanca y la llama *alba petra* o piedra de iniciación, que por lo general lleva grabada la palabra *premio* y se le entregaba al neófito luego de vencidas felizmente las pruebas del primer grado de iniciación.

ALEGORÍAS DEL APOCALIPSIS

El *Apocalipsis*, como el *Libro de Job*, es un alegórico relato de los Misterios y de la iniciación en ellos de un candidato, personificado en el mismo San Juan. Así lo comprenderán necesariamente los masones de grado superior, pues los números siete, doce y otros, tan cabalísticos como estos, bastan para esclarecer las tenebrosidades de dicho libro. Tal era también la opinión de Paracelso.

El siguiente pasaje desvanece toda duda sobre el particular:

Al vencedor daré yo maná escondido y le daré una piedrecita blanca y en la piedrecita un nuevo nombre escrito, que no sabe ninguno sino aquel que lo recibe (9).

¿Qué maestro masón titubeará en reconocer en esta inscripción la misma con que hemos epigrafiado el presente capítulo?

En los Misterios de Mithra, el neófito que triunfaba de las doce pruebas precedentes a la iniciación recibía una hostia de pan ázimo con figuras en ambas caras, que entre otros simbolismos tenía el del disco solar, y se la llamaba también “pan celeste” o “maná”. Rociaban después al candidato con la sangre de un *cordero* o de un *toro* sacrificado al efecto, como cuando la iniciación del emperador Juliano, y se le comunicaban las *siete* reglas misteriosas equivalentes a los siete sellos de que nos habla el evangelista Juan (10), quien indudablemente alude a esta ceremonia.

Los amuletos católicos (11) y las reliquias bendecidas por los pontífices romanos tienen el mismo origen que las piedras y pergaminos mágicos de Efeso, las *filactrias* (...) hebreas con versículos de la Escritura y los amuletos mahometanos con versículos del Corán. Todos sirven igualmente para proteger a quien cree en su eficacia y encima los lleva. Así es que cuando Epifanio reconviene a los maniqueos por el uso de amuletos (*periapta*), que califica de supersticiones y fraudes, debe incluir en la reconvención los amuletos de la Iglesia romana.

Pero la consecuencia es una virtud que la influencia jesuítica va debilitando más y más entre los clericales. El astuto, solapado, sagaz y terrible jesuitismo es como el alma de la Iglesia romana, de cuyo poder espiritual se apoderó por entero. Conviene, pues, comparar la moral jesuítica con la de los antiguos tanaímes y teurgos, para descubrir la íntima relación que con las sociedades secretas tienen los arteros enemigos de toda reforma. No hay en la antigüedad escuela ni asociación ni secta alguna que se parezca siquiera a la Compañía de Jesús, contra cuyas tendencias se levantaron generales protestas apenas nacida (12), pues a los quince años de su constitución se deshicieron de ella los gobiernos de Europa. Portugal y los Países Bajos expulsaron a los jesuitas en 1578; Francia en 1594; la república de Venecia en 1606; Nápoles en 1622; Rusia en 1820 (13).

Desde su adolescencia mostró la Compañía de Jesús las mañas que todo el mundo le reconoce, y que han causado más daños morales que las infernales huestes del mítico Satán. No le parecerá exagerada esta afirmación al lector cuando se entere de los principios, máximas y reglas de los jesuitas, entresacados de sus propios autores y de la obra mandada publicar por decreto del Parlamento francés (5 de Marzo de 1762) y revisada por la comisión que se nombró al efecto (14). Esta obra fue presentada al monarca para que, como hijo primogénito de la Iglesia, adviertiese la perversidad de (como dice textualmente el decreto del Parlamento) “una doctrina que permite el robo, el asesinato, el perjurio, la fornicación, el parricidio y el regicidio, y sobre las ruinas de la religión quiere erigir la superstición, la *hechicería*, la impiedad y la idolatría”.

Veamos primero las ideas sustentadas por los jesuitas respecto de la magia.

Dice Antonio Escobar:

Es lícito el uso del conocimiento adquirido por mediación del demonio, con tal que no se emplee en provecho del demonio, pues el conocimiento es bueno en sí mismo y se borró el pecado cometido al adquirirlo (15).

PRECEPTOS JESUÍTICOS

Esto supuesto, ¿por qué no han de poder los jesuitas engañar al diablo como engañan a las gentes?

Dice el mismo P. Escobar en otro pasaje:

¿Los astrólogos y adivinos están o no obligados a restituir el estipendio si no sucede lo que vaticinaron? Opino que no están obligados, porque cuando un astrólogo o adivino ha puesto toda su diligencia en el diabólico arte, sin el que no le fuera posible lograr su objeto, ha cumplido ya con su deber, sea cual fuese el resultado. Así como el médico no está obligado a restituir los honorarios si el enfermo muere, tampoco lo está el astrólogo a la restitución de los suyos si hace cuanto puede; con lo que no engaña, a menos que por desconocimiento del arte embauque a las gentes (16).

En punto a astrología, dice el jesuita Arsdekin:

Si alguien afirma por conjeturas fundadas en la influencia de los astros y en el carácter y disposición de un niño, que será soldado, sacerdote u obispo, este vaticinio estará libre de todo pecado, porque los astros y la disposición natural pueden inclinar la voluntad humana en determinado sentido, pero no obligarla a seguirlo (17).

Por su parte, añaden Busembaum y Lacroix:

Se considera lícita la quiromancia, si por medio de las rayas y divisiones de las manos puede colegirse el temperamento del cuerpo y conjeturar con mucha probabilidad los afectos e inclinaciones del ánimo (18).

A pesar de las afirmaciones contrarias, ha resultado que la Compañía de Jesús pertenece en uno de sus aspectos al linaje de las sociedades secretas. Sus constituciones, traducidas al latín en 1558 por el P. Polanco e impresas en Roma, se mantuvieron en riguroso secreto (19), hasta que en 1761 mandó publicarlas el Parlamento francés cuando el famoso proceso del P. Lavalette.

Los grandes de la orden son seis, a saber: novicios, hermanos, sacerdotes, coadjutores, profesos de tres votos y profesos de cinco votos. Además, hay un séptimo grado secreto, tan sólo conocido del general de la orden y de unos cuantos dignatarios, en que consiste el terrible y misterioso poder de la Compañía, uno de cuyos mayores timbres de gloria es para ellos la reorganización del sanguinario tribunal del Santo Oficio, a instancias de Loyola.

Los jesuitas son hoy día omnipotentes en la curia romana e influyen decisivamente en las congregaciones de cardenales y en la secretaría de Estado, de modo que antes de la ocupación de Roma pudo decirse que estaba en sus manos el gobierno pontificio.

Respecto a su organización interna dice Mackenzie:

La Compañía de Jesús tiene signos secretos y contraseñas distintas para cada uno de los grados, y como no llevan divisa alguna exterior es muy difícil reconocerlos, a no ser por declaración propia, pues según el encargo que reciban se presentan como católicos o protestantes, plebeyos o aristócratas, fanáticos o escépticos. Tienen espías en todas partes y en todas las clases sociales, y se fingen mentecatos cuando así les conviene. Hay jesuitas de ambos sexos y de toda edad que se inmiscuyen por doquiera, hasta el punto de haber algunos de familias distinguidas y complexión delicada, que no obstante están de criados en casas de protestantes para mejor servir los intereses de la Compañía. Nunca nos precaveremos suficientemente contra su influjo, pues como la Orden se funda en la absoluta y ciega obediencia, puede convertir toda su fuerza hacia determinado punto (20).

Por su parte, sostienen los jesuitas que “la Orden no es de institución humana sino que la fundó el mismo Jesús al trazarle la regla de conducta, primero con su ejemplo y después con su palabra” (21).

Veamos, pues, esta regla de conducta, y entérense de ella los cristianos piadosos. Al efecto, entresacaremos los siguientes pasajes de obras de los mismos jesuitas:

Si lo manda Dios es lícito matar a un inocente, robar y fornicar; porque Dios es Señor de vida y muerte y de todas las cosas, y debemos por lo tanto cumplir sus órdenes (22).

El religioso que temporáneamente se despoja del hábito con algún *propósito criminal*, no comete pecado abominable ni tampoco incurre en pena de excomunión (23).

¿Está obligado un juez a restituir el estipendio que recibió por dictar sentencia? Si se lo dieron con intento de que fallase injustamente, es muy probable que se pueda quedar con él, pues tal es el sentir de cincuenta y ocho tratadistas (24).

LA PASTORAL DE CAMBRAY

No sigamos adelante, porque tan repugnantes por lo hipócritas, licenciosos y desmoralizadores son estos preceptos, que no es prudente traducir del latín muchos de ellos (25), y así tan sólo citaremos más adelante los menos espinosos.

Pero ¿qué porvenir aguarda al mundo católico si ha de continuar dominado por esta nefanda sociedad? No será muy lisonjero desde el momento en que el mismo cardenal arzobispo de Cambray levanta su voz en pro de los jesuitas, aunque como han transcurrido ya dos siglos de la exposición de tan abominables principios, les ha sobrado tiempo a los jesuitas para amañar su defensa con mentiras afortunadas, de modo que la mayoría de católicos jamás creerán a sus acusadores. El pontífice Clemente XIV suprimió la Compañía de Jesús el 23 de Julio de 1773, y sin embargo la restableció Pío VII el 7 de Agosto de 1814.

Pero copiemos el extracto que de la pastoral del arzobispo de Cambray publica un periódico. Dice así:

... Los enemigos de la religión han establecido distinciones entre el clericalismo, ultramontanismo y jesuitismo, que son una sola y misma cosa, esto es, el catolicismo. Hubo tiempo en que predominó en Francia

cierta opinión respecto a la autoridad del Papa, pero estaba circunscrita a nuestra nación y era de origen reciente. La potestad civil asumió durante siglo y medio la enseñanza oficial. Los partidarios de estas doctrinas se llamaron galicanos, y los oponentes recibieron el calificativo de ultramontanos por estar Roma más allá de los Alpes. Hoy día ya no cabe distinguir entre galicanos y ultramontanos, porque la doctrina ortodoxa se declaró en contra de la iglesia nacionalizada, según decisión del concilio ecuménico del Vaticano. No es posible ser hoy católico sin ser al propio tiempo ultramontano y jesuita.

Esto define la cuestión. Prescindiendo de comentarios, compararemos la preceptiva moral de los jesuitas con la de los místicos y fraternidades de la antigüedad, a fin de que el lector pueda juzgar imparcialmente entre ambos extremos.

El rabino Jehoshua-ben-Chananea (26) declaró que había operado milagros por virtud del libro del *Sepher Yetzireh*, y retaba a cuantos no lo creyeran (27).

Simón el Mago era indudablemente discípulo de los tanaímes de Samaria, y la fama adquirida con sus prodigios, que le valieron el sobrenombre de “gran poder de Dios”, es prueba elocuente de la sabiduría de sus maestros. Ningún cristiano aventajaba a Simón en virtud taumatúrgica, a pesar de las calumniosas imputaciones contra él lanzadas por los compiladores de los *Hechos de los apóstoles*. Es de todo punto ridícula la leyenda de que habiéndose elevado Simón en el aire, cayóse de pronto por ruegos de San Pedro y se quebró las piernas en la caída. En vez de impetrar de Dios el fracaso de su rival, hubiera debido el apóstol pedir el auxilio necesario para prevalecer taumatúrgicamente contra Simón y sobrepujarle en prodigios, pues lograra con ello manifestar más fácilmente la superioridad de su poder y convertir millones de gentiles y judíos al cristianismo. La posteridad sólo conoce un aspecto de esta leyenda, y seguramente que de favorecer la fortuna a los discípulos de Simón diría hoy la historia que fue Pedro el perniquebrado, si no supiéramos que este apóstol tenía bastante prudencia para no presentarse en Roma. según confiesan varios historiadores eclesiásticos, ningún apóstol aventajó a Simón en “maravillas sobrenaturales”; pero las gentes piadosas replicarán diciendo que esto demuestra precisamente que Simón actuaba por obra del diablo.

LA MENTIRA COHONESTADA

Acusaron a Simón de blasfemia contra el Espíritu Santo, porque lo consideraba en el femenino aspecto de Mente matriz de todas las cosas, sin advertir que el mismo concepto expresa el *Libro de Enoch* cuando contrapone al “Hijo del Hombre” el “Hijo de la Mujer”, así como el apócrifo Evangelio de los hebreos, cuando dice que Jesús reconocía el aspecto femenino del Espíritu Santo en la expresión: *mi Madre, el santo Pneuma*. El mismo concepto exponen corrientemente el *Código de los nazarenos*, el *Zohar* y los *Libros de Hermes*.

Pero las blasfemias de Simón y de todos los herejes, ¿qué son comparadas con las de los jesuitas que de tal suerte han dominado al pontificado y al orbe católico? Oigámoslos de nuevo:

Haced lo que vuestra conciencia os represente por bueno y lícito, pero si por invencible error creéis que os manda Dios mentir y blasfemar, blasfemad.

No hagáis lo que repugne a vuestra conciencia, y si por invencible error creéis que Dios prohíbe tributarle culto, dejad el culto de Dios (28).

Obedeced los dictados de vuestra conciencia, sin importar que sean invenciblemente erróneos, de modo que si creéis que os está mandada una mentira, mentid (29).

Si un católico cree invenciblemente que está prohibido el culto de las imágenes y las adora, no tendrá Jesucristo más remedio que decirle: *Apártate de mí, maldito, porque adoraste mi imagen*. Así tampoco es absurdo suponer que Jesucristo pueda decir: *Ven, bendito, porque mentiste, creído de que yo te mandaba mentir* (30).

No hay palabras lo suficientemente expresivas para manifestar la aversión que en toda conciencia honrada ha de promover tan estupenda preceptiva. Sea el *silencio*, nacido de una repugnancia *invencible*, el mejor comentario de semejantes extravíos morales.

Cuando en 1606 fueron expulsados de Venecia los jesuitas, se sublevó contra ellos violentamente el sentimiento popular. La multitud siguió

tras los expulsados hasta el embarcadero, despidiéndoles con gritos de: *¡id enhoramala!* Según comenta Michelet, de quien tomamos estos datos, aquel grito no cesó de resonar en los dos siglos siguientes: en Bohemia el año 1618; en la India el de 1623, y en toda la cristiandad en 1773.

¿Cómo es posible, pues, acusar de impiedad a Simón el Mago si obedecía los invencibles dictados de su conciencia? ¿Y bajo qué aspecto han sido los herejes y los mismos infieles de peor especie que los jesuitas? Oigamos a los de Caen:

La religión cristiana es evidentemente creíble, pero no evidentemente verdadera. Es evidentemente creíble porque quienquiera que la abraza obra con prudencia; pero no es evidentemente verdadera porque o bien enseña oscuramente las cosas o son oscuras las cosas que enseña. Y quienes afirman que la religión cristiana es evidentemente verdadera, se ven obligados a confesar que es evidentemente falsa.

De esto se infiere:

1.º Que no es evidente que en el mundo haya en la actualidad una religión verdadera.

2.º Que no es evidente que la religión cristiana sea entre todas la verdadera, porque ¿acaso habéis viajado por todos los países del mundo y conocéis las religiones que profesan?

.....
.....

4.º Que no es evidente que los profetas estuviesen inspirados por Dios, pues tanto pudieron vaticinar por profecía como por mera conjetura.

5.º Que no es evidente la realidad de los milagros de Jesucristo, aunque nadie pueda prudentemente negarlos.

Tampoco es necesario que los cristianos confiesen explícitamente que creen en Jesucristo, en la Trinidad, en el decálogo y los artículos de

la fe, pues basta que crean como los judíos en Dios y en su justicia remunerativa (31).

Por nuestra parte inferiremos de todo esto que es más que evidente que al más solemne embustero del mundo se le puede escapar tal o cual verdad en determinados momentos de su vida. Ejemplo de ello son los autores jesuitas, hasta el punto de que es fácil advertir de dónde salieron los anatemas del concilio ecuménico de 1870 contra ciertas herejías y la definición de nuevos dogmas, cuyos inspiradores eran quienes menos creían en ellos. La historia no sabe todavía que el octogenario Pío IX, engreído de su recientemente definida infalibilidad, es eco fidelísimo de los jesuitas. Así dice Michelet:

Un tembloroso valetudinario se ve levantado sobre el pavés del Vaticano. Todo queda absorbido y limitado en él... Durante quince siglos la cristiandad había estado sometida al yugo espiritual de la Iglesia, pero esto no bastaba, pues les era necesario que el mundo entero se doblegase bajo la mano de un solo dueño. Pero como mis palabras serían demasiado débiles, tomaré las del obispo de París, cuando en pleno concilio de Trento decía que “los jesuitas han querido convertir a la esposa de Cristo en la concubina esclava de los caprichos de un hombre (32).

PROFECÍA DE HERMES

Los jesuitas se salieron con la suya. Desde la definición de la infalibilidad, la Iglesia es un ciego instrumento y el Papa un agente servil de la Compañía de Jesús. ¿Hasta cuándo? Mientras les llega el fin, pueden los cristianos sinceros recordar las proféticas lamentaciones de Hermes Trismegisto sobre su propio país, en que decía:

¡Ay, hijo mío! Día llegará en que los sagrados jeroglíficos parezcan ídolos, porque el mundo tomará por dioses los emblemas de la ciencia y acusará al glorioso Egipto de haber adorado monstruos infernales. Pero quienes de este modo nos calumnian adorarán a la muerte en lugar de la vida, y a la locura en vez de la sabiduría. Abominarán del amor y de la fecundidad, llenarán sus templos de huesos de muerto que llamarán reliquias, y malograrán su juventud en soledad y llanto. Sus vírgenes preferirán ser monjas a ser esposas y se consumirán en el

dolor, porque los hombres habrán profanado con menosprecio los sagrados misterios de Isis (33).

Del acierto de esta profecía nos da prueba el siguiente pasaje:

La opinión más razonable es que todas las cosas inanimadas e irracionales pueden ser objeto de adoración. Quien comprenda debidamente la doctrina expuesta, advertirá que no sólo las imágenes pintadas y toda representación de cosas santas expuesta por la autoridad eclesiástica al culto de Dios puede ser adorada como si fuese el mismo Dios, sino cualquier otra cosa de este mundo, sea de naturaleza inanimada, racional o irracional.

¿Por qué no adorar y venerar como a Dios sin peligro alguno cualquier cosa de este mundo, puesto que Dios está en ella en esencia (34) y la conserva continuamente con Su poder? Cuando nos inclinamos ante ella y la besamos, nos presentamos ante Dios su autor con toda nuestra alma, considerándole como el prototipo de la imagen (35). A esto podemos añadir, que puesto es obra de Dios todo lo de este mundo y Dios de continuo mora y labora en el mundo, más fácil nos será conocer a Dios por las cosas del mundo que a un santo por los vestidos que le pertenecieron. Por lo tanto, *sin tener en cuenta la dignidad de la cosa creada*, no es vano ni supersticioso sino puro acto de religión besar el objeto adorado o arrodillarnos sumisamente ante él, con tal que dirijamos a Dios nuestro pensamiento (36).

Aunque la doctrina expuesta en este pasaje no redunde en honor de la Iglesia cristiana, puede al menos aprovechar a los llamados “paganos” para redargüir con ella cuando se les eche en cara su idolatría.

La profecía de Hermes es mucho más diáfana que las de Isaías, que facilitaron pretexto para calificar de demonios a los dioses gentilicios. Pero los hechos suelen tener mayor consistencia que la más robusta fe. Todo cuanto los judíos sabían lo aprendieron de pueblos más antiguos. Los magos caldeos les enseñaron la doctrina secreta durante la cautividad de Babilonia.

Plinio menciona tres escuelas de magia: una de origen desconocido por lo antigua; la segunda fundada por Osthane y Zoroastro; la tercera

establecida por Moisés y Jambres. Sin embargo, estas mismas escuelas derivaron sus enseñanzas de la India, de las comarcas que se extienden a uno y otro lado de los Himalayas. Las arenas del desierto de Gobi, en el Turquestán oriental, encubren más de un secreto y los sabios del Khotan han perpetuado curiosas tradiciones y raros conocimientos alquímicos.

Dice Bunsen que las oraciones e himnos del *Libro de los Muertos* datan de la dinastía premenista (37) de Abydos, por los años 4500 a 3100 antes de J. C. El sabio egiptólogo remonta al año 3059 el reinado de Menes o establecimiento del imperio nacional, antes de cuya época se conocía ya el culto de Osiris y demás divinidades de la mitología egipcia (38).

Por otra parte, Bunsen nos lleva mucho más atrás de los cuatro mil años computados por la Biblia a la actual edad del mundo, y en los himnos correspondientes a esta preadámica era encontramos preceptos morales idénticos en el fondo y muy parecidos en la forma a la doctrina expuesta por Jesús en el sermón de la montaña. Así se infiere de las investigaciones llevadas a efecto por los más eminentes egiptólogos y hierólogos. Dice Bunsen sobre el particular:

Las inscripciones de la duodécima dinastía abundan en fórmulas ritualísticas correspondientes a muy primitivos tiempos, así como se ven extractos de los libros herméticos en los monumentos de las primeras dinastías... De estas inscripciones se infiere que para los egipcios el primer fundamento de piedad consistía en dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestir al desnudo y enterrar a los muertos. En aquella época se conocía ya la doctrina de la inmortalidad del alma, según demuestra la tablilla n.º 562 del Museo británico (39).

LAS ÁNIMAS VIVIENTES

Y acaso sea mucho más antigua, porque se remonta, en efecto, a la edad en que el alma era un ser *objetivo*, y por lo tanto no podía *negarse a sí misma*, cuando la espiritualidad de la raza humana no conocía la muerte. Hacia la declinación del ciclo de vida, el etéreo *hombre espiritual* cayó en dulce sueño de transitoria inconsciencia para despertar en todavía más alta y luminosa esfera; pero así como el hombre espiritual se esfuerza continuamente en ascender a su fuente

originaria, pasando por los ciclos y esferas de la vida individual, el hombre físico había de incorporarse al ciclo máximo de la creación universal hasta revestirse de carne. Entonces quedó el alma demasiado abrumada por el peso de las terrestres vestiduras para reconocerse a sí misma, excepto en aquellas naturalezas delicadas, que escasean más y más en cada ciclo.

Sin embargo, ningún pueblo prehistórico negó jamás la existencia del verdadero hombre, del Yo superior, pues la filosofía antigua enseñaba que sólo el espíritu es inmortal y que el alma no es por sí misma eterna ni divina, sino que, unida íntimamente a su envoltura terrestre, se convierte en la mente finita, en el principio de la vida animal o *nephesh* de las Escrituras hebreas, según se infiere de los siguientes pasajes:

Y crió Dios las grandes ballenas y toda ánima (*nephesh*) que vive y se mueve (40).

Con esto se da a entender la creación de los animales.

... Y fue hecho el hombre en ánima (*nephesh*) viviente (41).

Aquí vemos que la palabra *nephesh* se aplica indistintamente al hombre *inmortal* y al bruto *mortal*.

Porque la sangre de vuestras ánimas (*nephesh*) demandaré de mano de todas las bestias (42).

Salva tu ánima (*nephesh*) (43).

No le quites la vida (*nephesh*) (44).

El que hiriere animal restituirá otro en su lugar, esto es, alma por alma (*nephesh* por *nephesh*) (45).

En los libros de los Reyes también se toma la palabra *nephesh* por sinónima de vida y alma (46).

Verdaderamente, muy poco podemos aprender en el *Antiguo Testamento* respecto a la inmortalidad del alma, a menos de leerlo cabalísticamente para desentrañar su oculto significado. El vulgo de los

hebreos no tuvo ni tiene la más ligera idea de la distinción entre alma y espíritu, pues confunde los conceptos de *vida, sangre y alma*, llamando a esta última soplo de vida. Los traductores de la *Biblia* han tergiversado de tal modo los conceptos, que únicamente los cabalistas pueden restablecer el significado original.

La doctrina de la naturaleza trina del hombre está explícitamente expuesta en los libros herméticos, en la filosofía de Platón y en las doctrinas induísta y budista. Sin embargo, es una de las enseñanzas más importantes y menos comprendidas de la ciencia hermética. Los Misterios egipcios, de los que sólo conoce el mundo lo poco que de ellos nos dicen las *Metamorfosis* de Apuleyo, ejercitaban a los iniciados en las más heroicas virtudes y le transmitían conocimientos que en vano buscan en los libros cabalísticos los modernos investigadores, y que las enigmáticas enseñanzas de la Iglesia romana, inspirada por los jesuitas, serán incapaces de descubrir. Resulta, por lo tanto, un agravio para las antiguas confraternidades secretas de iniciados comparar sus doctrinas con las alucinaciones de los discípulos de Loyola, por sinceros que fuesen en los primeros tiempos de la Orden.

Uno de los más poderosos obstáculos para la iniciación, así entre los egipcios como entre los griegos, era el haber derramado sangre humana en cualquiera de las modalidades del homicidio. En cambio, una de las mayores recomendaciones para el ingreso en la Compañía de Jesús es el haber cometido o estar dispuesto a perpetrar un asesinato en defensa del jesuitismo, según se colige del siguiente pasaje:

Los hijos que profesen la religión católica pueden acusar a sus padres del crimen de herejía si tratan de apartarlos de la fe; y esto aunque sepan de antemano que han de ser condenados a muerte en hoguera, como Tolet enseña... Y no sólo pueden negarles el alimento, sino también matarlos con justicia (47).

Sabido es que el emperador Nerón jamás se atrevió a solicitar la entrada en los Misterios a causa de haber dado muerte a su madre Agripina. En cambio, oigamos lo que dice un jesuita acerca del homicidio:

Si un adúltero, aunque sea eclesiástico, mata al marido al verse atacado por éste, no se le debe culpar (48).

Si un padre estuviese en el destierro por peligros a la seguridad del Estado y al orden social, y no hubiese otro medio de librarse de él, aprobaría que su propio hijo le diese muerte (49).

Al clérigo secular o regular le es lícito matar al calumniador de su persona o de su orden (50).

Y así son los demás ejemplos que nos dan las autoridades de la Orden para establecer como regla que un católico puede quebrantar las leyes humanas hasta el crimen, sin menoscabo de su jesuítica santidad. Veamos ahora qué principios morales enseñaban los egipcios antes de que los jesuitas perfeccionasen la ética de tan curiosa manera.

MORAL EGIPCIA

En las ciudades importantes de Egipto estaba el cementerio separado de la población por un lago sagrado, en cuya margen se reunían los cuarenta y dos jueces encargados de juzgar al alma del difunto, de la propia suerte que el *Libro de los muertos* nos representa el juicio del alma en el mundo espiritual. Si los jueces se pronunciaban unánimemente a favor del alma, el barquero conducía el cadáver a través del lago hasta el lugar del enterramiento, y terminada la fúnebre ceremonia regresaban los sacerdotes al sagrado recinto, donde el *al-om-jah* (51) instruía a los neófitos acerca del drama que en aquellos momentos se desenvolvía en el mundo invisible, y fortalecía su creencia en la inmortalidad del alma.

El *Crata Nepoa* (52) describe como sigue los *siete* grados de la iniciación:

El neófito pasaba en la escuela de Tebas por las doce pruebas preliminares, se le intimaba a dominar sus pasiones y no apartar ni un momento de Dios su pensamiento. Después había de subir varias escaleras y vagar a oscuras por una cripta de muchas puertas, pero todas ellas cerradas, para simbolizar en esta ceremonia la peregrinación del alma no purificada. Si triunfaba de las terribles pruebas preliminares recibía los tres primeros grados de iniciación,

que se llamaban *Pastophoris*, *Neocoris* y *Melanephoris*. Después se le conducía a una vasta cripta llena de momias colocadas con mucho aparato, y se le dejaba frente a un ataúd con el mutilado cuerpo de Osiris. Esta cripta se llamaba “Puerta de la Muerte”, y seguramente aluden a ella el *Libro de Job* (53) y los Evangelios (54), aunque equiparándolas con las puertas del infierno.

Vencida esta prueba, se le llevaba a la “Cámara de los Espíritus” para que estos le juzgasen.

Entre las enseñanzas morales en que se instruía al neófito, figuraban la abstención de todo género de venganza, el auxilio del necesitado, aun con riesgo de la propia vida, honrar a los padres, enterrar a los muertos, respetar a los ancianos, proteger a los débiles y pensar de continuo en la muerte seguida de la resurrección en nuevo e imperecedero cuerpo (55). La castidad era virtud rigurosamente prescrita en las iniciaciones, y el adulterio estaba penado de muerte.

Al recibir el cuarto grado (*Kristophores*) se le comunicaba al candidato el misterioso nombre de IAO y en el quinto (*Balahala*) se le comunicaban los secretos de la alquimia (*chemia*) en nombre de Horus.

En el sexto grado se le enseñaba la danza cíclica sacerdotal que era un verdadero curso de astronomía, pues simbolizaba el movimiento de los planetas. En el séptimo grado se le iniciaba en el misterio final, después de pasar por la última prueba en el *astronomus* (56), y entonces recibía la cruz (*tau*) que al morir le colocaban sobre el pecho. Ya era hierofante.

FESTINES OBSCENOS

Cabe comparar la moral de los jesuitas con la de los Misterios paganos, contra los que la Iglesia romana desencadena las iras de su vengativo Dios. Si la Iglesia tuvo también sus ritos misteriosos, ¿serían tan nobles, puros y morales ni más propicios a la ejemplaridad de una vida virtuosa? Oigamos lo que dice Niccolini respecto a los modernos misterios del claustro.

En la mayor parte de monasterios y más particularmente en los de capuchinos y reformados, comienza por Navidad una serie de fiestas que no terminan hasta Carnaval, y en ellas se entregan los monjes a toda clase de juegos y diversiones, celebran suntuosos banquetes y acuden al refectorio gran número de vecinos si está el convento enclavado en una población de segundo orden. Por Carnaval son todavía más espléndidos los festines, en cuyas mesas parece que la abundancia hubiese derramado cumplidamente su cuerno, a pesar de que ambas órdenes son mendicantes (57). Al sombrío silencio del claustro sucede entonces el bullicioso jolgorio del festín, y en las tétricas bóvedas resuenan cantos muy distintos de la salmodia. Termina la fiesta con un animado baile, en que para demostrar sin duda cómo el voto de castidad ha desarraigado en ellos todo apetito carnal, se presentan vestidos de mujer los monjes más jóvenes y los demás en traje de caballero seglar. No podría por menos de repugnar al lector la escandalosa escena que a todo esto se sigue. Baste decir que con frecuencia he sido espectador de semejantes saturnales (58).

El ciclo está en descenso, y a medida que desciende, la naturaleza física y pasional del hombre cobra mayores bríos a costa del Yo superior (59).

Seguramente que apartaremos disgustados la vista de esa farsa religiosa llamada cristianismo moderno, para convertirla a las nobles creencias de la antigüedad.

En el *Libro de los Muertos*, que Bunsen califica de “inestimable y misterioso libro”, leemos un discurso que se supone dirigido por el difunto en representación de Horus, enumerando todo cuanto ha hecho por su padre Osiris. Entre otras cosas, dice el dios:

30. Yo te di el *espíritu*.
- 31.
32. Yo te di el *alma*.
- 33.
34. Yo te di el *cuerpo* (la fuerza).

En otro pasaje, la entidad a que el difunto llama “Padre” representa el espíritu humano, pues el versículo dice:

Yo llevé a mi alma a que hablase con su *Padre*, con su Espíritu (60).

Los egipcios creían que su *Ritual* era de inspiración divina, lo mismo que para los induístas lo son los *Vedas* y la *Biblia* para los judíos. Según Bunsen y Lepsius, la palabra *hermético* equivale a *inspirado*, porque Thoth, la Divinidad en persona, revela a sus elegidos los arcanos de las cosas divinas, de modo que en los libros herméticos hay pasajes enteros que los egipcios suponían “escritos por el mismo dedo de Thoth” (61).

Por su parte dice Lepsius:

En un período posterior es todavía más distinguible el carácter hermético de estos libros, pues en la inscripción grabada sobre un ataúd correspondiente a la vigesimosexta dinastía, anuncia Horus al difunto que el mismo Thoth le ha traído los libros de su palabra divina o Escrituras herméticas (62).

EL HOMBRE SEGÚN LOS EGIPCIOS

Sabido que Moisés era sacerdote egipcio, o por lo menos que estaba iniciado en la doctrina esotérica, no es maravilla que dijese:

Y el señor me dio dos tablas de piedra escritas con el dedo de Dios (63).

Y dio el Señor a Moisés las dos tablas del testimonio, que eran de piedra, escritas con el dedo de Dios (64).

La filosofía religiosa de los egipcios consideraba en el hombre tres principios fundamentales: cuerpo, alma y espíritu; pero además lo consideraban formado de seis elementos componentes, conviene a saber: *kha*, cuerpo físico; *khaba*, cuerpo astral; *ka*, principio de vida o alma animal; *akh*, mente concreta; *ba*, alma superior; *sah*, principio cuyas funciones no comenzaban hasta después de la muerte física.

Durante el período de purificación, el alma visita con frecuencia el momificado cadáver de su cuerpo físico, hasta que, ya purificada del todo, se absorbe en el Alma del mundo, convirtiéndose en un dios menor subordinado al dios mayor Phtah (65), el Demiurgo egipcio o Creador del mundo material, equivalente al Elohim bíblico. Según el

Ritual egipcio, el *alma* purificada y unida al superior e *increado* espíritu, queda más o menos expuesta a la tenebrosa influencia del dragón Apofis. Si alcanzó el conocimiento final de los misterios celestiales e infernales, es decir, la gnosis consiguiente a su perfecta identidad con el espíritu, triunfará de sus enemigos; de lo contrario, ha de quedar sujeta a la *segunda muerte* (66).

De conformidad con esta doctrina, dice alegóricamente el evangelista San Juan:

Y el diablo que los engañaba fue metido en el estanque de fuego y azufre... Y el infierno y la muerte fueron arrojados en el estanque del fuego. Ésta es la muerte segunda (67).

Esta segunda muerte es la desintegración paulatina del cuerpo astral, cuya materia se restituye a su originario elemento, según hemos expuesto ya repetidamente; pero puede eludirse tan terrible experiencia por el conocimiento del *Nombre* misterioso, llamado la *Palabra* por los cabalistas (68).

Pero ¿qué castigo llevaba aparejada la negligencia en el conocimiento de la Palabra? El hombre de pura y virtuosa vida no ha de temer castigo alguno, pues tan sólo queda sujeto a una detención en el mundo astral, hasta que esté bastante purificado para recibir la Palabra de su Señor espiritual, perteneciente a la poderosa Hueste; pero si durante la vida prevalece la naturaleza animal, queda el alma más o menos inconsciente del espíritu, según el grado de sensibilidad cerebral y nerviosa, hasta que más o menos tarde acaba por olvidarse de su divina misión en la tierra. Porque si a manera del *vurdalak* o vampiro de la leyenda servia, el cerebro se nutre y vigoriza a expensas del espíritu, la ya semi-inconsciente alma queda embriagada con los vapores de la vida terrena, pierde toda esperanza de redención y es incapaz de vislumbrar el brillo del espíritu y de oír las admoniciones de su “ángel custodio”, de su “dios”. Entonces convierte el alma sus anhelos a la mayor plenitud de la vida terrestre, con lo que únicamente puede descubrir los misterios de la naturaleza física. Todas sus penas y alegrías, esperanzas y temores se contraen a las vicisitudes de la vida mundana y rechaza cuanto no puede percibir por sus órganos de actuación sensoria. Poco a poco va muriendo el alma hasta su completa aniquilación, lo cual ocurre a veces muchos años antes de morir el

cuerpo físico, en cuyo principio vital ha quedado ya absorbida el alma cuando llega la hora de la muerte. El único residuo de la entidad humana en semejantes circunstancias es un cadáver astral a manera de bruto o idiota, que impotente para elevarse a más altas regiones, se disuelve en los elementos de la atmósfera terrestre.

HOMBRES DESALMADOS

Los videntes, los justos, cuantos lograron el supremo conocimiento del verdadero hombre, recibieron enseñanzas divinas en sueños (69) o por otros medios de comunicación. Auxiliados por los espíritus puros que moran en las regiones de eterna bienaventuranza, predijeron los videntes el porvenir y previnieron a la humanidad contra futuras contingencias. Aunque el escepticismo se burle de estas afirmaciones, están corroboradas por la *fe* basada en el *conocimiento* espiritual.

En el ciclo que atravesamos menudean los casos de muerte de almas y a cada punto tropezamos con gentes desalmadas. No es, por lo tanto, extraño que Hegel y Schelling hayan fracasado en su tentativa de planear un abstracto sistema metafísico, cuando hombres que de cultos se precian niegan de plano contra toda evidencia los palpables fenómenos espiritistas que ocurren todos los días y a toda hora. Si los materialistas niegan lo concreto, menos dispuestos todavía estarán para aceptar lo abstracto.

Al comentar el *Ritual* egipcio, dice Champollión (70) que en uno de los capítulos se leen misteriosos diálogos entre el alma y diversas Potestades. Uno de estos diálogos da valiosa prueba de la eficacia de la Palabra. La escena ocurre en la “Cámara de las Dos Verdades”, cuyos diversos elementos constitutivos, tales como el “Portal” y la “Cámara de la verdad”, se alegorizan prosopopéyicamente para hablar con el alma que solicita entrada y todos se la niegan si no pronuncia los nombres misteriosos. Ningún estudiante de esoterismo dejará de reconocer la identidad de estos nombres del *Ritual* egipcio con los de los *Vedas*, la *Kábala* y los últimos textos induístas.

Magos, cabalistas, místicos, neoplatónicos, teurgos (71), samanos, brahmanes, budistas y lamas conocieron y confesaron en toda época la potencia subyacente en estos varios nombres, cuya virtud dimana de la única e inefable Palabra (72).

Los cabalistas relacionan misteriosamente la virtud de la *fe* con esta Palabra, y lo mismo hicieron los apóstoles, apoyados en las siguientes de Jesús:

Porque en verdad os digo que si tuvierais fe, cuanto un grano de mostaza..., nada os será imposible (73).

A lo que añade San Pablo:

Cerca está la palabra en tu boca y en tu corazón. Ésta es la palabra de fe que predicamos (74).

Sin embargo, aparte de los iniciados, ¿quién puede envanecerse de conocer su verdadero significado?

Lo mismo que en la antigüedad, es necesaria la *fe* para creer en los milagros bíblicos; mas para operarlos es indispensable el conocimiento esotérico de la Palabra. El doctor Farrar y el canónigo Westcott dicen a una voz que si Cristo no hubiese obrado milagros no serían los evangelios dignos de fe; pero aun suponiendo que los obrase, ¿fuera prueba bastante para creer en relatos no escritos de su mano ni dictados por él? Por otra parte, semejante argumento podría aducirse con igual valía para demostrar que los milagros obrados por taumaturgos de religión distinta a la cristiana atestiguan la veracidad de sus respectivas Escrituras, con lo que se viene a reconocer la igualdad entre los libros canónicos del cristianismo y del budismo, pues también estos relatan estupendos prodigios. Además, la razón de que ya no haya taumaturgos cristianos es que han perdido la Palabra; pero si los viajeros no se han puesto de acuerdo para mentir en este punto, hay lamas tibetanos y talapines siameses muy capaces de obrar prodigios mucho mayores que los del *Nuevo Testamento*, sin atribuirlos a permisión divina ni a quebranto de las leyes naturales. El cristianismo contemporáneo da pruebas de estar tan mortecino en la fe como en las obras, mientras que el budismo rebosa de vida y la demuestra en obras.

MILAGROS BUDISTAS

La autenticidad de los milagros budistas tiene por apoyo la propia confesión de los misioneros católicos, quienes, en la imposibilidad de negar la experiencia, se han visto precisados a cohonestarlos diciendo que eran obra del diablo (75). Tan sorprendidos quedaron los jesuitas al presenciar los prodigios de aquellos verdaderos siervos de Dios, que arteramente se disfrazaron algunos de lamas y talapines (76), para embaucar al vulgo crédulo en vista de que se les escapaba de sus cristianas redes, hasta que se descubrió la impostura. A pesar de todo, pretendieron los jesuitas de Caen justificar este proceder de los misioneros, diciendo que “así como el sirio Naaman no disimuló su fe al doblar la rodilla con el rey en la casa de Rimmon, tampoco los padres de la Compañía de Jesús la disimulan cuando adoptan la regla y visten el hábito de los talapines de Siam” (77).

Con la misma fe que en los comienzos del período védico se cree hoy en la potencia subyacente de los *mantras* y en el *Vâch* de los induístas. El Nombre inefable de toda religión es idéntico al que los masones forman con los nueve caracteres emblemáticos de los nueve nombres con que los iniciados conocían a la Divinidad. sin duda alguna que los humildes e ignorantes paganos aventajan a los altos dignatarios y caballeros Zadoch de los grandes orientes de Europa y América en el conocimiento de la creadora Palabra trazada por Enoch en los dos deltas de oro purísimo, sobre los cuales grabó dos de los misteriosos caracteres. Pero no comprendemos por qué los compañeros del Arca Real han de lamentar tan de continuo y tan amargamente su pérdida. Esta palabra de **** está compuesta exclusivamente de consonantes, por lo que dudamos de que ninguno de ellos haya aprendido a pronunciarla, ni tampoco aprendiera aunque en vez de corromperla la hubiesen “sacado a la luz de las bóvedas secretas”.

Se cree que el nieto de Cam condujo al país de Mizraim el delta sagrado del patriarca Enoch, y por lo tanto, únicamente puede encontrarse en Egipto y países de Oriente la Palabra sagrada; pero teniendo en cuenta que tanto amigos como enemigos han divulgado los más importantes secretos de la masonería, no será malicia ni animosidad decir que desde la infausta catástrofe de los templarios ninguna logia masónica de Europa, ni mucho menos de América (78), ha sabido nada digno de permanecer oculto. Los furiosos ataques de católicos y protestantes contra la masonería resultan tan ridículos como la afirmación del abate Barruel al decir que los actuales

francmasones descienden de los templarios suprimido en 1314. En sus *Memorias del jacobinismo*, el citado abate, testigo presencial de la Revolución francesa, trata extensamente de los rosacruces y otras comunidades masónicas; pero la circunstancia de atribuir a los templarios la paternidad de los modernos masones y de achacarles la perpetración de todos los crímenes políticos, demuestra cuán poco enterado estaba de esta cuestión y cuán ardientemente deseaba poner a los masones como cabeza de turco donde descargar la culpabilidad de los golpes que asestaba desde la sombra la Compañía de Jesús, en cuyos tenebrosos conventículos se han fraguado multitud de crímenes políticos.

Las acusaciones contra los masones no tuvieron otro fundamento que simples conjeturas insinuadas por la premeditada intención de envilecerlos. Ninguna prueba concluyente de culpabilidad se ha podido aducir, y el mismo asesinato de Morgan fue un pretexto de que los farsantes de la política se aprovecharon con fines electorales (79). En cambio, los jesuitas, no sólo toleraron sino que aun indujeron en ciertos casos al regicidio y al crimen de lesa patria (80).

APOLOGÍA DEL REGICIDIO

Dice acerca de este asunto el P. Manuel Sa:

La rebelión de un eclesiástico contra el rey no es crimen de lesa majestad, porque los eclesiásticos no son súbditos del rey (81).

Añade el P. Juan Bridgewater:

No solamente es lícito a los súbditos, sino que se les requiere como exigido deber a que nieguen obediencia y rompan la fidelidad al príncipe siempre que así lo ordene el Vicario de Cristo, soberano pastor de todas las naciones de la tierra (82).

El P. Juan de Mariana va todavía más lejos al decir:

Si las circunstancias lo exigieran, será lícito aniquilar con la espada al príncipe que haya sido declarado enemigo público... No creo que obre mal quien satisfaciendo a la opinión pública atente contra la vida de tal príncipe, pues no solamente es acción lícita sino loable y gloriosa (83).

Pero la más delicada muestra de sus cristianas enseñanzas nos las da el propio P. Mariana en otro pasaje de la obra precedentemente citada, que dice así:

Soy de opinión que al enemigo no se le debe envenenar con drogas ni ponerle ponzoña en la comida o bebida; pero con todo, será lícito este procedimiento en el caso de que tratamos, pues quien matase al tirano sería sumamente favorecido y alabado, porque acción gloriosa es exterminar de la sociedad civil a esta raza dañina y pestilente. Y así no conviene forzar a quien haya de morir por tirano a que él mismo tome el veneno interiormente, sino que sin su intervención se lo aplique otra persona externamente, pues cuando el veneno tiene mucha fuerza, basta que se derrame por el asiento o por los vestidos para quitar la vida (84).

No es extraño que, según afirma Pasquier, atentase de este modo el jesuita Walpole contra la reina Isabel de Inglaterra (85).

Burton Robertson, catedrático de historia contemporánea en la universidad de Dublin, dio en 1862 una serie de conferencias sobre: *La masonería y sus peligros*, en las que por todo apoyo recurrió al abate Barruel (86) y a Robinson (87), pues ya es costumbre en todo campo recibir fructuosamente al desertor del contrario y absolverle de toda culpa.

Por otra parte, la Asamblea antimasónica celebrada en los Estados Unidos el año 1830 aceptó por razones políticas aquella jesuítica proposición de Puffendorf, según la cual “a nada obligan los juramentos absurdos e impertinentes ni tampoco los que Dios no acepta” (88). Pero todo hombre honrado rechazará, seguramente, tan burdo sofisma, convencido de que el código del honor humano obliga infinitamente más que cualquier juramento prestado sobre la Biblia, el Corán o los Vedas.

Los esenios jamás juraban sobre cosa alguna; pero su *sí* y su *no* valía más que un juramento. Así, es muy extraño que naciones tituladas cristianas hayan establecido el juramento obligatorio en los tribunales civiles y eclesiásticos en diametral oposición al divino mandamiento (89). Por nuestra parte opinamos que no sólo es absurdo sino

anticristiano sostener que un juramento no obliga si Dios no lo acepta, pues ningún hombre, por infalible que sea, puede penetrar el pensamiento de Dios (90). Únicamente la tendenciosa conveniencia puede dar la explicación de semejante despropósito.

Ningún juramento tendrá fuerza bastante para ligarnos, hasta que se universalice la convicción de que la humanidad es el más sublime reflejo del Supremo Ser en la tierra y todo hombre una encarnación de Dios; hasta que el sentimiento de responsabilidad personal esté tan vigorizado en el hombre, que repugne el perjurio como el mayor agravio inferido a sí mismo y a sus semejantes. La palabra de honor obliga a cuanto hoy no puede obligar el juramento.

SOFISMAS ANTIMASÓNICOS

Resulta, por consiguiente, un abuso de confianza pública apoyarse, como Robertson lo hizo en sus conferencias, en parciales y tendenciosos testimonios. No es, según dicen ellos, “el malicioso espíritu de la masonería en cuyo corazón se acuñan las calumnias”, sino el del clericalismo católico y sus corifeos. Ninguna confianza merece el hombre que intente conciliar el honor con el perjurio.

Clamorosamente presume el siglo XIX de mayor civilización que los precedentes, y más clamorosa es todavía la presunción clerical de que el cristianismo redimió al mundo de la idolatría y de la barbarie. Pero ni el siglo ni la Iglesia tienen razón, según hemos visto en el transcurso de esta obra. La luz del cristianismo sólo ha servido para alumbrar la hipocresía y los vicios estimulados por sus tergiversadas enseñanzas (91) y para poner de relieve cuánto nos aventajaban los antiguos en el concepto del honor. La errónea doctrina de la redención y el continuo insistir del clero en la fragilidad del hombre y su completa subordinación a los designios de la Providencia han desvanecido en el cristiano el sentimiento del propio respeto y de la confianza en sí mismo, hasta el punto de que entre los llamados impíos e incrédulos han de buscarse los hombres de recia voluntad y carácter entero.

Cuéntase de Hiparco que, desesperado por la vergüenza y oprobio resultantes de su perjurio, dióse la muerte, y tan odiosa memoria dejó entre las gentes, que nadie sepultó su cadáver, tendido a orilla del mar en la isla de Samos (92). Esto sucedía en tiempos del paganismo; pero

en nuestros días los noventa y seis delegados asistentes al congreso antimasónico de los Estados Unidos (93) demandan por una parte el respeto debido a honrados caballeros, y por otra aducen jesuíticos sofismas contra la validez del juramento masónico. El Congreso, apoyado, según decían, en "las más eminentes autoridades de filosofía moral y en los *inspirados* (94) autores que escribieron antes de existir la masonería", resolvió que como "el juramento es un convenio entre el hombre por una parte y el supremo Juez por otra, y siendo todos los masones infieles, y por lo tanto indignos de la confianza social, forzosamente han de ser sus juramentos ilegales y sin obligación ninguna" (95).

Pero volviendo a los cargos que contra la masonería acumula Robertson en sus *Conferencias*, vemos que principalmente les acusa de no creer en un Dios personal (96) y de que presumen poseer el secreto de mejorar a los hombres y hacerlos con él más dichosos que con sus doctrinas la Iglesia apostólica. Aunque esta doble acusación tuviese algo de verdad, denotaría que los masones se han apartado del Cristo mítico y del bíblico Jehovah; pero en sus dos extremos es tan malévola como absurda, según veremos.

No nos mueve ningún sentimiento personal en estas consideraciones sobre la masonería, cuyos originarios estatutos respetamos profundamente (97); pero combatimos la adulteración de principios en que modernamente ha degenerado por intrigas de los cleros católico y protestante. La masonería presume de ser la más pura organización democrática y está monopolizada por los plutócratas y los ambiciosos. Se presenta como maestra de la verdadera ética y es en realidad la propagandista de la teogonía antropomórfica. En el primer grado de iniciación oye el aprendiz de labios del venerable que toda categoría social se queda a las puertas de la logia, pues allí todos son hermanos sin distinción entre el monarca y el mendigo; pero en la práctica es la masonería servil cortesana de cualquier regio vástago que con propósito de valerse de ella para fines políticos se digne ponerse el un día simbólico vellocino.

DEGENERACIÓN DE LA MASONERÍA

De la decadencia de la masonería podemos juzgar por lo que dice Yarker:

Nada perdería la asociación masónica si adoptara una más elevada norma de compañerismo y moralidad con exclusión de todo boato y de cuanto lleva en sí fraudes, imposturas, concesión de grados y otros abusos inmorales... Tal como está hoy gobernada la confraternidad masónica, va convirtiéndose rápidamente en el paraíso de la buena vida, del caritativo hipócrita que olvidando el consejo de San Pablo decora su pecho con la “joya de la caridad”, y en cuanto obtiene la “púrpura” desdeña a sus hermanos más capaces aunque menos ricos. Tal es el fabricante de mezquino oropel masónico, el ruin mercader que estafa a miles de incautos prevalido de las dúctiles conciencias de los pocos que hacen caso de sus O. B. Tales son los “emperadores” masónicos y otros charlatanes que obtienen poderío y riquezas gracias a los pujos aristocráticos con que captan la voluntad del vulgo... Creemos haber apuntado suficientemente la relación de los ritos masónicos con los de la antigüedad, así como la pureza del rito templario inglés de siete grados, del que derivaron espuriamente muchos otros (98).

No es nuestro intento revelar secretos que hace tiempo divulgaron masones perjuros, pues todo cuanto de esencial haya en los símbolos, ritos y consignas que hoy emplea la masonería, lo conocen las hermandades orientales, aunque no exista entre éstas y aquélla comunicación alguna (99).

Pero si algunos masones han aprendido un tanto de la masonería esotérica, gracias al estudio de libros herméticos y de su trato personal con “hermanos” del remoto Oriente, no ocurre lo mismo con la generalidad de masones norteamericanos, a quienes conviene advertir que ha llegado el tiempo de restaurar la masonería y restituirla a los límites que le señalaron las primitivas hermandades, con cuyo espíritu se envanecían en el siglo XVIII los fundadores de la masonería puramente especulativa. Desde entonces ya no hay secretos masónicos, pues la Orden va convirtiéndose en una asociación degradada por gentes egoístas y malévolas.

El Consejo supremo del rito antiguo y aceptado, reunido recientemente en Lausana, se pronunció en contra de la impía creencia en un Dios personal con atributos humanos, en la siguiente declaración: “La masonería proclama, como viene proclamando desde su origen, la existencia de un Principio creador denominado el “Gran

Arquitecto del universo”. de esta declaración protestó una exigua minoría de masones, diciendo que “la creencia en un Principio creador no satisface ni equivale a la creencia en Dios que la masonería exige de todo candidato”.

Esta opinión, por entero favorable al concepto del Dios personal, tuvo en su apoyo al general Alberto Pike, una de las mayores autoridades de la masonería norteamericana, quien dice:

No es un término nuevo sino renovado el del Principio creador. nuestros numerosos y formidables adversarios dirán con razón que ese Principio creador es idéntico al Principio generador de los indos y egipcios, simbolizado antiguamente en el *Linga*... Si aceptáramos este Principio en vez de un Dios personal, equivaldría a *renegar del cristianismo y del culto de Jehovah* para volver a revolcarnos en las pocilgas paganas (100).

¿Son acaso más limpias las del jesuitismo? La alusión a los “numerosos y formidables enemigos” lo explica todo, pues no hay para qué decir que son los católicos y parte de los presbiterianos reformados. En vista de lo que masones y antimasones dicen unos de otros, cabe la duda de qué bando teme más al contrario, aunque no vale la pena atacar a una asociación que, como la masonería, no se atreve a tener creencias propias por temor de suscitar querellas. Si los juramentos masónicos significaran algo y las penas con que se conmina a los perjuros no fuesen irrisorias, ¿cómo podrían enterarse los profanos de lo que ocurre puertas adentro de la logia? El “hermano terrible” resulta tan bufo como el general *Bum-Bum* de Offenbach, y los millones de afiliados que se extienden por el mundo poco valen si no aciertan a mantenerse unidos parra desafiar a sus adversarios. Parece como si el “místico nudo” estuviese atado con cordeles de arcilla y la masonería fuera un juguete a propósito para satisfacer la vanidad de unos cuantos dignatarios que se complacen en ostentar insignias y bandas. ¿Acaso es su autoridad tan falsa como su antigüedad? Así parece en efecto; pero como también las pulgas tienen sus pulgas, hay en la América del Norte católicos alarmistas que intentan asustar a los masones amenazándoles con la unión de la Iglesia y el Estado bajo el patronato de Roma, como última y lógica consecuencia del desenvolvimiento de los principios protestantes. Viene esto a propósito de que el secretario de Marina R. W. Thompson publicó

recientemente una obra titulada: *El papado y el poder civil*, cuya corrección de lenguaje no merecía ciertamente la dureza con que le atacaron, primero un sacerdote católico de Washington y después el jesuita Weninger, quien derrama sobre el autor toda una redoma de iracundia que parece destilada en las bodegas del Vaticano, según se infiere de las siguientes palabras:

INTEMPERANCIAS DE WENINGER

Las afirmaciones de Thompson respecto al forzoso antagonismo entre la Iglesia católica y las libres instituciones del país, denotan ciega audacia y deplorable ignorancia. El autor prescinde de la lógica, de la historia, del sentido común y de la caridad, y aparece ante el leal pueblo norteamericano como un hipócrita de menguada inteligencia. Ninguna persona culta se atrevería a repetir las manoseadas calumnias tantas veces controvertidas... En réplica a la acusación que de enemiga de la libertad lanza contra la Iglesia, le diré que si este país se convirtiese algún día al catolicismo o si los católicos por estar en mayoría se apoderaran del gobierno, se desenvolverían ampliamente los principios constitucionales y quedarían verdaderamente *unidos* en todos los Estados de la república. Entonces viviría el pueblo en armónica paz al amparo de la única fe, y todos los corazones latirían al unísono en el amor de la patria, henchidos de caridad e indulgencia para con sus mismos calumniadores... Puede mandar el autor su libro al zar de Rusia y al emperador de Alemania por ver si en premio le nombran caballero de las órdenes de San Andrés y del Águila Negra; pero de los patriotas norteamericanos de claro entendimiento no espere otra condecoración que la del desprecio. Mientras palpiten los corazones americanos al calor de la sangre de nuestros padres, serán inútiles los esfuerzos de Thompson y de cuantos le secunden. Los genuinos norteamericanos protegerán siempre a la Iglesia católica, y *por último se unirán a ella*... Soltamos el libro que acabamos de refutar como se arroja una piltrafa a los cernícalos de Texas, es decir, a los que se regodean con la hediondez de la mentira y la calumnia (101).

Mientras los norteamericanos quedan advertidos para entrar en el seno de la Iglesia católica, nos complacemos en saber que un tan conspicuo masón como León Hyneman (102) ha combatido durante treinta años la tendencia de erigir en dogma masónico el concepto de un Dios personal, diciendo a este propósito:

En vez de desenvolverse la masonería al compás del progreso científico y de la mentalidad general, se ha desviado de sus primitivos propósitos de confraternidad y toma notoriamente matiz sectario. Así se infiere con toda evidencia del empeño con que mantiene en su ritual las sectarias innovaciones en él introducidas... Parece como si la masonería de este país se mostrase tan indiferente a la antigua índole de la Orden como lo fueron en el siglo pasado los masones adheridos a la Gran logia de

Londres (103).

La Orden del Temple fue la última sociedad secreta que poseyó colectivamente algunos de los misterios orientales, aunque tanto en el siglo pasado como en nuestros días hubo, y tal vez hay, "hermanos" aislados que fiel y secretamente trabajaban bajo la dirección de las fraternidades orientales y que al afiliarse a alguna asociación masónica de Europa la instruyeron en todo lo que de importante han sabido los masones, lo cual explica la analogía entre los Misterios de la antigüedad y los grados superiores de la masonería. Estos misteriosos hermanos jamás descubrían, ni aun entre sí, los secretos de la asociación a que se afiliaban, pues eran mucho más sigilosos que los mismos masones, y cuando consideraban a alguno de estos digno de su confianza le iniciaban secretamente en los misterios orientales, sin que los otros supieran ni una palabra más de lo que sabían.

Nadie ha podido sorprender la actuación de los rosacruces, cuyo organismo y finalidad son todavía, como siempre lo fueron, desconocidos para el mundo, y más particularmente para su enconado enemigo el clericalismo, a pesar de los supuestos descubrimientos de cámaras secretas, velarios llamados "T" y fósiles caballeros de lámparas perpetuas, y a pesar también de las engañosas confesiones que el tormento arrancaba a los teósofos, alquimistas, cabalistas, fingidos templarios y falsos rosacruces que murieron en la hoguera.

LOS MODERNOS TEMPLARIOS

En cuanto a los modernos caballeros templarios y a las logias masónicas que pretenden descender directamente de la antigua Orden del Temple, no poseen ni poseyeron nunca ningún secreto peligroso para la Iglesia, cuya persecución contra ellos tuvo desde un principio

apariencias de farsa, pues, según dice Findel, los grados escoceses, o sea la ordenación templaria, data tan sólo de los años 1735 a 1740, y *siguiendo sus tendencias católicas, establecieron su residencia principal en el colegio de jesuitas de Clermont, en París*, por lo que se le denominó rito de Clermont.

El actual rito sueco tiene también algo del elemento templario, pero está libre de la influencia jesuítica y no se entremete en política (104).

Sobre la presumida filiación de los actuales caballeros templarios dice Wilcke:

Los actuales caballeros templarios de París pretenden descender directamente de la antigua Orden y tratan de probarlo por medio de sus reglas internas, enseñanzas secretas y otros documentos. Según Foraisse, la masonería nació en Egipto y Moisés comunicó sus enseñanzas a los hebreos, Jesús a los apóstoles, y pro este camino llegaron hasta los templarios. Todas estas invenciones necesitan los templarios parisienses para apoyar su pretensión sin que las apoye la historia, pues todo este artificio se tramó en el capítulo superior de Clermont al amparo de los jesuitas, que por entonces contaban con el favor de los Estuardos.

De aquí que el obispo Gregoire (105) y Münter (106) se declaren en pro de los actuales templarios.

Entre estos y los antiguos no hay a lo sumo otra analogía que la adopción de ciertos ritos y ceremonias de índole eclesiástica, astutamente incorporadas por el clero a la antigua Orden, que desde entonces fue perdiendo la primitiva sencillez de carácter hasta su total ruina.

La Orden del Temple fue instituida el año 1118 por Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer con el aparente propósito de proteger a los peregrinos de Jerusalén, pero con el verdadero objeto de restaurar el primitivo culto secreto. Teocletes, sumo sacerdote de los nazarenos juanistas, instruyó a Hugo de Payens en la verídica historia de Jesús y del cristianismo primitivo, y posteriormente otros dignatarios de la misma secta le iniciaron en sus misterios (107). Su oculto designio era libertar el pensamiento y restaurar la religión única y universal. En un

principio hacían voto de pobreza, castidad y obediencia, de suerte que fueron los verdaderos discípulos del Bautista, que se alimentaba en el desierto de langostas y miel silvestre. Tal es la verdadera y tradicional versión cabalística.

Es un error creer que la Orden de los templarios no se declaró contra el dogma católico hasta sus últimos tiempos, pues desde un principio fue herética en el sentido que la Iglesia da a esta palabra. La cruz roja sobre manto blanco simbolizaba, como entre los iniciados de los demás países, los cuatro puntos cardinales del universo (108). Cuando más tarde tomó la Orden carácter de logia y comenzaron las persecuciones, hubieron de reunirse los templarios muy secretamente en la sala capitular, y para mayor seguridad en cuevas o chozas levantadas en medio de los bosques, con objeto de practicar las ceremonias propias de su institución, al paso que en las capillas públicas celebraban el culto católico.

Aunque eran infamemente calumniosas la mayor parte de las acusaciones levantadas contra los templarios a instigación de Felipe IV de Francia, había fundamento para inculparles de herejía, según el criterio dogmático de la Iglesia romana. Los actuales templarios no pueden conciliar su fe en la Biblia con la pretensión de ser directos descendientes de aquellos nazarenos que no creían en la divinidad ni en la misión redentora de Cristo ni en sus virtudes taumatúrgicas ni en los principales dogmas católicos, como la transubstanciación, los santos, las reliquias y el purgatorio. El Cristo era para los nazarenos un falso profeta; pero a Jesús lo respetaban como hermano. San Juan Bautista era su Maestro; pero nunca le tuvieron en el concepto que lo tiene la Biblia. Por otra parte, respetaban las doctrinas de la alquimia, astrología y magia, así como los talismanes cabalísticos y seguían las enseñanzas de sus jefes.

Sobre el particular dice Findel:

En el siglo pasado, cuando la masonería se consideraba engañosamente hija de los templarios, era muy difícil creer en la inocencia de esta Orden, pues se acumularon contra ella multitud de patrañas e imputaciones no comprobadas, con deliberado propósito de sofocar la verdad. Los masones, admiradores de los templarios,

recogieron la documentación del proceso, publicada por Moldenwahr, en donde se probaba la culpabilidad de la Orden (109).

LOS CABALLEROS DE MALTA

Esta culpabilidad consistía únicamente en su discrepancia de los dogmas de la Iglesia romana. Mientras los verdaderos “hermanos” sufrían muerte ignominiosa, los hermanos espurios formaron una secuela de los jesuitas, por lo que los masones sinceros deben rechazar con horror toda relación con ellos, dejándolos solos con su ascendencia.

Dice sobre la materia el comandante Gourdin:

Los caballeros de San Juan de Jerusalén, llamados también hospitalarios y de Malta, no eran masones sino que, por el contrario, parecen haber sido enemigos de la masonería, porque el año 1740 el Gran maestro de la Orden de Malta ordenó publicar en esta isla la bula pontificia de Clemente XII y prohibió bajo severas penas las reuniones masónicas. Con este motivo se marcharon de la isla algunos caballeros y muchos ciudadanos, y al año siguiente, 1741, la Inquisición empezó a perseguir a los masones. Seis caballeros fueron desterrados perpetuamente de la isla por haber asistido a una reunión masónica. Al revés de los templarios, no tenían los caballeros de Malta ceremonia secreta para el ingreso en la Orden, y por esto le fue imposible a Reghellini procurarse un ejemplar del ritual secreto, pues no le había (110).

Sin embargo, los masones caballeros templarios comprenden tres grados: Rosacruz, Templario y de Malta (111). Así es que no pueden envanecerse los caballeros templarios de la herencia recibida de los jesuitas, pues no tienen más remedio que aceptar la descendencia de los primitivos herejes y anticristianos cabalistas templarios, o confesar su filiación jesuítica y tender sus cuadrículadas alfombras sobre la plataforma del ultramontanismo. De lo contrario, no pasarán de pura pretensión sus alegaciones.

La pseudo y clerical orden de los templarios tuvo origen en Francia al amparo de los adictos a los Estuardos, según afirma Dupuy; y como sus favorecedores no han perdonado medio para encubrir su procedencia

jesuítica, no es extraño que un autor anónimo (112) se esfuerce en defender a los templarios de la inculpación de herejías, con lo que despoja a aquellos mártires del librepensamiento de la aureola de respeto que se habían adquirido.

La falsa orden de los templarios se fundó en París el 4 de Noviembre de 1804 con una constitución amañada al efecto, y desde entonces ha venido contaminando a la masonería legítima, según declaran los más conspicuos masones. La *Carta de transmisión* (113) tiene visos de tan remota antigüedad, que, según confiesa Gregoire (114), le hubiera bastado este documento para desvanecer toda duda respecto a la procedencia de la orden (115).

El jesuita conde de Ramsay fue el primero en exponer la idea de que los templarios se habían refundido con los caballeros de Malta. Dice a este propósito:

Nuestros ascendientes los cruzados se reunieron en Tierra Santa desde todos los puntos de la cristiandad y resolvieron constituir una fraternidad que comprendiese a todas las naciones, con objeto de que ligadas en corazón y alma se mejoraran mutuamente y pudiesen con el tiempo representar un solo pueblo intelectual.

LOS TEMPLARIOS BASTARDOS

Por esta razón se unieron los templarios a los caballeros de San Juan, quienes constituyeron una hermandad masónica denominada "Masones de San Juan". En el *Sello rasgado* (1745) se lee la siguiente impudentísima falsedad, digna de los hijos de Loyola: "Las logias estaban dedicadas a San Juan, porque cuando las guerras santas de Palestina los caballeros masones se refundieron con los caballeros de San Juan".

Según afirma Thory, el año 1743 se inventó en Lyon el grado de caballero Kadosh, que simboliza la venganza de los templarios. Sobre lo cual dice Findel:

La orden del Temple fue abolida en 1311, y los caballeros se vieron en la precisión de secularizarse en 1740 por no serles posible mantener su unión con la orden de San Juan de Malta, algunos de cuyos

individuos habían sido desterrados de la isla por masones, pues la orden estaba entonces en la plenitud de su poderío y bajo la soberanía del romano pontífice.

Por su parte, Clavel, una de las más prestigiosas autoridades de la masonería, añade a este propósito:

Es evidente que la orden francesa de los caballeros templarios no remonta más allá de 1804, y que en manera alguna puede titularse sucesora de la sociedad denominada: *Resurrección de los Templarios* ni tampoco ésta se dilata en su origen a la genuina y primitiva orden del Temple.

Así vemos que los templarios bastardos forjan en el año 1806 en París, bajo la dirección de los jesuitas, el famoso *Estatuto Larmenio*, y veinte años más tarde, ya constituidos en asociación tenebrosa, mueven manos asesinas contra uno de los más nobles príncipes de Europa, cuya muerte quedó en el misterio por intrigas políticas con afrenta de la verdad y la justicia. Este príncipe, afiliado a la masonería, fue el postrer depositario de los secretos de los legítimos caballeros templarios, que durante cinco siglos habían eludido toda indagación y celebrado reuniones trienales en Malta (116), mientras los falsos templarios, los caballeros papistas, dormían tranquilamente, sin remordimiento de sus crímenes.

Dice a este punto Rebold:

Y a pesar de todo, no obstante el embrollo que los jesuitas armaron de 1763 a 1772, sólo habían logrado entre sus diversos propósitos el de *desnaturalizar y desprestigiar la institución masónica*, y para complementar su disolvente labor organizaron una orden titulada: *Oficialidad de los templarios* en confusa amalgama del espíritu de las cruzadas con las quimeras de los alquimistas, que estuvo desde un principio supeditada al clericalismo y se movió como sobre las ruedas representativas del propósito que presidiera la fundación de la Compañía de Jesús (117).

De aquí que, a pesar del origen precristiano de la masonería, se hayan incorporado todos sus ritos y símbolos al cristianismo y de que éste le haya comunicado su sabor, pues antes de que el neófito sea admitido

en la logia ha de afirmar su creencia en un Dios personal (118) y asimismo en Cristo con relación a los grados del Campamento, mientras que los primitivos templarios creían en el desconocido e invisible Principio de que emanan las potestades creadoras, impropriamente denominadas *dioses*, y se atenían a la versión nazarena, según la cual fue Ben-Panther el pecador padre de Jesús, quien se proclamó “hijo de dios y del Hombre” (119). Esto da la explicación de los terribles juramentos que sobre la Biblia se exigen a los masones y de la servil analogía de sus leyendas con la cronología bíblica. Así, por ejemplo, al conferir el grado de rosacruz, forman en línea los caballeros, y al acercarse el neófito al altar procede el capitán de la guardia a proclamarlo caballero diciendo: “A la gloria del Gran Arquitecto del Universo (120), bajo los auspicios del Soberano Santuario de la antigua y primitiva masonería etc.”. después, el caballero orador de la logia da un golpe y participa al neófito que las narraciones masónicas se remontan a cuarenta siglos (121) y que hacia el año 2188 antes de J. C. colonizó Mizraim el Egipto y echó los cimientos de una monarquía, cuya duración fue de 1663 años (122).

Desde luego, se echa de ver el gran error de cómputo que denota este número, aunque concuerde piadosamente con la cronología bíblica. Por otra parte, los nueve nombres míticos de la Divinidad que, según los masones, se conocieron en Egipto en el siglo XXII antes de J. C., se encuentran en monumentos de doble antigüedad, en opinión de los más notables egiptólogos, sin contar con que los masones desconocen dichos nombres.

Lo cierto es que la masonería moderna difiere muy radicalmente de la en otro tiempo secreta confraternidad universal, cuando los adoradores de Brahma, simbolizado en AUM, intercambiaban sus signos y consignas con los devotos del TUM. Entonces eran “hermanos” los adeptos de todos los países de la tierra.

EL NOMBRE MISTERIOSO

¿Cuál era, pues, aquel Nombre misterioso, aquella poderosa Palabra por cuya virtud obraban maravillas los iniciados indos, caldeos y egipcios?

Dice Horus:

Yo conocí los espíritus de An. Por glorioso que sea, no pasa adelante si no me da la *Palabra* (123).

En otro himno, el alma transfigurada exclama:

Abridme el camino de Rusta. Soy el Supremo Ser revestido como el Gran Ser. ¡Ya estoy aquí! ¡Ya he venido! Deliciosos son para mí los reyes de Osiris. Yo creo el agua por virtud de la *Palabra*. No he visto los secretos ocultos. Yo di verdad al sol. Soy pureza. Me adoran por mi pureza (124).

En la envoltura de una momia se lee:

Yo soy el supremo Dios (Espíritu) existente por Sí mismo y creador de *Su nombre*... Yo conozco el nombre de este supremo Dios que está allí.

Los enemigos de Jesús le acusan de obrar milagros, y los discípulos nos lo muestran expeliendo demonios por virtud del Nombre inefable. Los fariseos creían firmemente que Jesús había hurtado del santuario el sagrado Nombre. Los discípulos delatan su creencia en el pasaje siguiente:

Y haciéndolos presentar en medio, les preguntaron: ¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho vosotros esto?

Entonces Pedro, lleno de Espíritu Santo, les dijo:

... Sea notorio a todos vosotros... que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno (125).

En este pasaje, el *nombre* de Jesucristo no significa su propio nombre, sino aquel otro Nombre en cuya posesión y conocimiento estaba Jesús de Nazareth por efecto de su iniciación, aunque los judíos le acusaran de haberlos sustraído. Además, Jesús afirma repetidamente que siempre obra en el Nombre del Padre y no en el suyo. Pero ¿qué masón moderno ha oído pronunciar este Nombre? El mismo rito masónico declara que lo desconocen, pues el orador le dice al neófito, en el acto de la iniciación, que las consignas recibidas en los grados precedentes son otras tantas corrupciones del verdadero nombre de Dios grabado

en el triángulo y que, por lo tanto, lo substituyen con otra palabra. Lo mismo sucede en las logias azules, cuyo Maestro representa al rey Salomón y conviene con el rey Hiram en que la palabra *** substituirá a la del Maestro hasta que tiempos más sabios descubran la verdadera. De los miles de diáconos que ayudaron a iniciar a los neófitos y de los muchos maestros que musitaron al oído del supuesto Hiram Abiffs la mística palabra que les sostenía en los cinco puntos de la hermandad, ¿quién sospechó la verdadera significación ni siquiera de esta palabra sucedánea?

EL VENERABLE “MAH”

No pocos maestros de la masonería actual supondrán que está relacionado con la “médula de los huesos”, porque ignoran que el nombre del místico personaje, llamado venerable MAH por los adeptos orientales que le obedecen, es abreviatura de la primera sílaba de las tres que componen la sustituyente palabra masónica. El *Mah* vive actualmente en un lugar que tan sólo conocen los iniciados, circuido por desiertos impenetrables, que no se atreverán a cruzar los misioneros, porque están llenos de peligros que arredran a los más audaces exploradores. Sin embargo, durante siglos ha estado resonando en los oídos de los neófitos este ininteligible retintín de vocales y consonantes, como si aun tuviese virtud suficiente para desviar de su aéreo curso un vellón de cardo. Como el cristianismo, es la masonería un cadáver abandonado hace mucho por el espíritu.

A este propósito copiaremos la carta que nos envió el conspicuo masón Carlos Sotheran (126) y dice así:

Nueva York, 11 de Enero de 1877.

En respuesta a su carta, tengo mucho gusto en proporcionarle los datos que desea respecto a la antigüedad y circunstancias de la masonería actual. Mi placer es mayor al considerar que puesto pertenece V. a las mismas sociedades secretas, puede mejor apreciar la necesidad de mantenerme reservado en algunos puntos. Con mucha razón dice V. que la masonería, como las fracasadas religiones del día, tiene un pasado fabuloso. No es extraño que la Orden haya visto estorbadas sus civilizadoras funciones con menoscabo de su utilidad, por efecto de los muchos obstáculos que se le han puesto y el cúmulo

de absurdas leyendas bíblicas entremezcladas con su historia. Afortunadamente, el movimiento antimasónico promovido en los Estados Unidos en este mismo siglo, despertó en gran número de investigadores el deseo de indagar el verdadero origen de la Confraternidad masónica, determinando con ello una favorable reacción. El movimiento de América se propagó a Europa y en ambos continentes salieron a la defensa de la Orden masones tan conspicuos como Rebold, Findel, Hyneman, Mitchell, Mackenzie, Hugar, Yarker y otros, cuyas obras son hoy día valiosos documentos históricos, de suerte que las enseñanzas, jurisprudencia y ritual de la masonería no son ya un secreto para los profanos cuyo buen criterio les permita comprenderlas tal como están expuestas.

Acertadamente dice V. que la *Biblia* es la mayor luz de las masonerías europea y americana, pues la cosmogonía bíblica y el concepto teístico de Dios son sus piedras angulares. También parece que su cronología está basada en la de la revelación, y así afirma el doctor Dalcho que la masonería es coetánea de la creación del mundo. No es maravilla, pues, que tal o cual pundit asegure que Dios fue el primer Gran maestro y Adán el segundo, quien inició a Eva en el gran misterio, como después lo fueron las sacerdotisas de Cibeles y las señoras Kadosh. Otra autoridad masónica, el reverendo doctor Oliver, relata con toda seriedad los pormenores de una logia cuyo gran maestro era Moisés y su gran diputado era Josué, y Aholiab y Bezaleel los grandes guardianes.

Como dice V. muy bien, en los misterios masónicos desempeña importante papel el templo de Salomón, que según han demostrado los arqueólogos modernos, no es ni de mucho tan antiguo como se supone y cuyo nombre denota su místico carácter, pues Salomón es palabra formada de *Sol-Om-On*, nombres del sol en tres distintos idiomas. Esta y otras fábulas, como la colonización masónica del Egipto antiguo, han atribuido a la Orden un origen que en realidad no tiene, pues las mitologías griega y romana resultarían insignificantes en comparación de cuarenta siglos de historia legendaria. Las hipótesis egipcia, caldea y otras de que se valieron los inventores de “grados elevados”, han tenido su corto período de preeminencia. La última “hacha por afilar” ha sido consecutivamente la fecunda madre de la esterilidad.

Ambos estamos de acuerdo en que el antiguo sacerdocio tuvo doctrinas esotéricas y ceremonias secretas. De la hermandad de los esenios, derivada de los gimnósofos induístas, procedieron sin duda alguna las sodalías de Grecia y Roma. según las describen los autores paganos. De ellas copiaron ritos, consignas, señas, etc., las comunidades medioevales, pues así como las actuales asociaciones obreras de Londres son hijuelas de los antiguos gremios, así también los masones operativos eran trabajadores con más elevadas pretensiones. La palabra masón deriva etimológicamente de la francesa *maçon* (albañil), que a su vez procede de la raíz normanda *mas* que significa *casa*. Y de la propia suerte que las citadas asociaciones londinenses concedían de cuando en cuando el título de socio libre a los extraños, también hicieron lo mismo los gremios de masones, como sucedió con Elías Ashmole, fundador del *Museo Ashmoleano*, que fue recibido en la comunidad de Warrington el 16 de Octubre de 1646. El ingreso de estos masones libres en la *Hermandad operativa* prepararon el camino para la gran revolución masónica de 1717, de que nació la masonería especulativa. El falso masón Anderson redactó las Constituciones de 1723 y 1738 para el régimen de la primera “Gran Logia de masones libres y aceptados de Inglaterra”, de donde las han copiado todas las logias del mundo. Para cohonestar Anderson el amaño de estas Constituciones, tuvo la audacia de afirmar que los reformadores de 1717 habían destruido todos los documentos relativos a la masonería inglesa; pero afortunadamente, Rebold, Hughan y otros publicistas encontraron en el Museo Británico, la Biblioteca Bodleiana y otros establecimientos de pública erudición, datos bastantes acerca de los masones operativos para rebatir lo dicho por Anderson.

LA CARTA DE UN MASÓN

Opino que los mismos autores han demostrado también concluyentemente la apocricidad de la Constitución de Colonia de 1535 y de las cuestiones que se suponen entresacadas por el anticuario Leyland de un manuscrito de Enrique VI de Inglaterra, en las que se atribuye a Pitágoras la fundación de una logia en Crotona a la que se afiliaron muchos masones, de los cuales pasaron algunos a Francia donde hicieron muchos prosélitos que con el tiempo difundieron la institución por Inglaterra. Al arquitecto constructor de la catedral de San Pablo en Londres, Cristóbal Wren, se le llamó “Gran Maestro de los

masones libres”, pero fue tan sólo el Maestro o Presidente de la corporación de los masones operativos de Londres. Si respecto a las Grandes Logias que actualmente tienen a su cargo los tres primeros grados simbólicos, se han urdido tantas y tan groseras fábulas, no es extraño que haya ocurrido lo mismo con los grados superiores de la masonería, con mucho acierto tenidos por incongruente mezcolanza de principios contradictorios.

Por otra parte, resulta muy curioso que la mayoría de las corporaciones masónicas en que intervienen los grados superiores, como el “Rito escocés antiguo y aceptado”, el “Rito de Aviñón”, la “Orden del temple”, el “Rito de Fessler”, el “Gran Consejo de los Emperadores de Oriente y Occidente”, los “Soberanos Príncipes masones”, etc., etc., sean la progenie de Loyola. El barón Hundt, el caballero Ramsay, Tschudy, Zinnendorf y otros institutores de grados en estos ritos, obraban según instrucciones recibidas del general de los jesuitas, y tuvieron por nido incubador el “Colegio de jesuitas de Clermont”, en París, a cuya influencia estaban más o menos sujetos todos los ritos masónicos.

El “Rito escocés antiguo y aceptado”, hijo bastardo de la masonería, al que no reconocen las logias azules, fue invención del jesuítico caballero Ramsay, quien lo estableció en Inglaterra por los años de 1736 a 1738 con propósito de laborar por la causa de los Estuardos. A fines del siglo XVIII, unos cuantos masones aventureros reorganizaron el rito en la actual serie de treinta y tres grados, en Charleston (Carolina del Sur). Dos de estos aventureros, el sastre Pirlet y el maestro de baile Lacorne, fueron los precursores de un nuevo reorganizador llamado Gourgas, oficial de un buque mercante que viajaba entre Nueva York y Liverpool.

El médico Crucefix, apodado Goss y sedicente inventor de algunos medicamentos de índole sospechosa, introdujo en Inglaterra esta reforma masónica sin otra autoridad que un documento que decían firmado en Berlín por Federico el Grande el 1.º de Mayo 1786 para revisar la Constitución de los grados superiores del rito antiguo y aceptado. Sin embargo, las Grandes Logias de los Tres Globos de Berlín demostraron concluyentemente la falsedad de dicho documento, con cuyo apoyo se dice que el Rito antiguo y aceptado defraudó a los

confiados hermanos de América y Europa miles de dólares, parra vergüenza de la humanidad.

Los modernos templarios a que se refiere V. en su carta, son sencillamente grajos engalanados con plumas de pavo real, que tratan de cristianizar a la masonería, pues admiten en su seno, sin distinción de nacionalidad ni fe religiosa, a todo el que crea en un Dios personal y en la inmortalidad del alma. Según la mayoría de los masones judíos, los templarios son idénticos a los jesuitas.

Extraño parece que cuando va debilitándose la creencia en un Dios personal, cuando la misma teología admite la imposibilidad de definir la idea de Dios, haya quienes intercepten y embaracen el camino para llegar a la general aceptación del sublime panteísmo de los antiguos filósofos de Oriente, renovado por Jacobo Boehme y Spinoza. En las logias de ésta y otras jurisdicciones se loa frecuentemente al Padre, Hijo y Espíritu Santo con disgusto de los masones judíos y librepensadores, que de este modo ven ofendidas sus particulares creencias. No sucede así en la India, donde la luz de una logia es indistintamente el Korán, el Zendavesta o los Vedas. Es preciso, por lo tanto, eliminar de la masonería el sectarismo cristiano, pues hay actualmente en Alemania logias que niegan la iniciación a los judíos no alemanes; pero los masones franceses se han sublevado contra esta tiranía, y el Gran Oriente de Francia admite aún a los ateos y materialistas, por lo que los demás Orientes repudian a los masones franceses, dando con ello prueba elocuente contra la supuesta universalidad de la masonería.

Mas, a pesar de sus muchas culpas (pues la masonería especulativa es falible como toda obra humana), no hay institución que haya realizado y esté dispuesta a realizar tantos esfuerzos a favor del progreso político y religioso de la humanidad. En el siglo pasado los iluminados predicaron por toda Europa “paz a la choza y guerra al palacio”. También en el pasado siglo lograron los Estados Unidos su independencia gracias al auxilio de las sociedades secretas, más eficaz de lo que se cree generalmente, pues masones fueron Washington, Lafayette, Franklin, Jefferson y Hamilton. En el siglo XIX, el general Garibaldi, masón del grado 33, fue el brazo ejecutor de la unidad de Italia, proclamada desde años antes por el también masón José Mazzini

con arreglo a los masónicos o más bien carbonarios principios de libertad, igualdad, fraternidad, independencia y unidad.

La masonería especulativa tiene aún muchas tareas que realizar, y una de ellas es la de admitir a la mujer como colaboradora del hombre en las actuaciones de la vida, según han hecho recientemente los masones húngaros al iniciar a la condesa Haideck. Otra importante tarea es el reconocimiento práctico de la fraternidad humana, de modo que la nacionalidad, el color, creencia y posición social no sean obstáculos para el ingreso en la masonería. El negro no ha de ser tan sólo teóricamente el hermano del blanco, pues los masones de raza negra no son admitidos en las logias norteamericanas. Es preciso persuadir a la América del Sur a que participe en los deberes de la humanidad.

Si la masonería ha de ser, como se pretende, una escuela de ciencia progresiva y de religión progresiva, debe ir siempre a la vanguardia y nunca a retaguardia de la civilización. Pero si ha de contraerse a esfuerzos empíricos, a meras tentativas para resolver los más arduos problemas de la humanidad, debe ceder el puesto a quienes ventajosamente puedan sucederla, y entre ellos a uno a quien V. y yo conocemos, que en los días de sus esplendorosos triunfos inspiró tal vez a los dignatarios de la Orden, como a Sócrates le inspiraba su daimonion.

De V. sincero amigo,

Carlos Sotheran

EL TEMPLO DE SALOMÓN

Así se desmorona, cual otro Evangelio revelado, el épico poema de la masonería cantado por tantos y tan misteriosos caballeros. Como vemos, los mismos masones contemporáneos socavan y derruyen el templo de Salomón, que el vulgo masónico persiste en considerar como fábrica arquitectónica con arreglo a las descripciones exotéricas de la Biblia, pero que los estudiantes de la doctrina esotérica diputarán siempre por mítica alegoría de la ciencia secreta. Diluciden los arqueólogos si existió o no el templo de Salomón; pero ningún erudito versado en las terminologías cabalística y alquímica dudará de que es

puramente alegórica la descripción del templo, según el tercer libro de los Reyes. La construcción del templo de Salomón simboliza la gradual adquisición de la magia o sabiduría secreta; la evolución de lo terreno en espiritual; la manifestación física del poder y gloria del espíritu por medio de la sabiduría y genio del constructor, que al convertirse en adepto supera en poderío al mismo rey Salomón, emblema del sol o *Luz* del mundo real y subjetivo que brilla en la obscuridad del mundo objetivo. Tal es el “templo” que *puede edificarse sin golpeteo de martillos ni otras herramientas*.

En algunos puntos de Oriente, la ciencia secreta se llama el “templo de siete pisos” y en otros puntos el “templo de nueve pisos”, cada uno de los cuales simboliza un grado de conocimiento. En todos los países orientales se llaman “constructores” los estudiantes y maestros de la ciencia secreta y de la religión de sabiduría, pues construyen el templo de los secretos conocimientos. A los adeptos activos se les da el nombre de *operarios* o constructores prácticos y a los neófitos se les llama constructores teóricos. Los primeros demuestran con obras su dominio de las fuerzas naturales, mientras que los segundos están aprendiendo los rudimentos de la sagrada ciencia. Los desconocidos fundadores de las primitivas asociaciones masónicas tomaron de Oriente estas denominaciones.

En la ordinaria terminología masónica se entiende por *masones* operativos los albañiles y artesanos que constituyeron el gremio hasta la época de Cristóbal Wren, y por *masones especulativos* los individuos de la Orden tal como está hoy constituida. A pesar de las adulteraciones de los intérpretes, se trasluce el significado original de las palabras atribuidas a Jesús: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”. Ya vimos lo que *Pater* y *Petra* significaban para los hierofantes, que transmitían al sucesor la interpretación trazada sobre tablas de piedra en la iniciación final. Una vez conocido el misterio de estas tablas, que le revelaban el misterio de la creación, el iniciado se convertía en *constructor*, pues ya estaba familiarizado con el *dodecaedron* o figura geométrica que sirvió de módulo a la construcción del universo. A lo aprendido en los anteriores grados de iniciación acerca de las reglas arquitectónicas, añadíase entonces el empleo de la cruz, cuyos equiláteros y simétricos brazos simbolizaban la planta del templo espiritual, y cuya intersección representaba, según

Pitágoras, el punto primordial, el elemento de toda existencia, la primera idea concreta de la Divinidad. desde aquel momento era ya maestro constructor (127) y podía levantar el templo de sabiduría sobre la *Petra* y permitir que otro lo erigiese sobre tan firme cimiento.

Las insignias del hierofante egipcio eran una escuadra y un capacete cuadrado (128), sin las cuales no podía presentarse en ceremonia.

LA TAU PERFECTA

La tau perfecta, formada por el brazo vertical (129), el brazo horizontal (130) y el círculo mundanal, era atributo de Isis, que al morir un iniciado se colocaba sobre el pecho de su momia. Resulta, por lo tanto, muy extemporánea la pretensión de que la cruz es símbolo genuinamente cristiano, pues ya Ezequiel marca con la tau la frente de los hombres de Judá (131). Los antiguos hebreos trazaban la tau en esta disposición:; pero en los jeroglíficos egipcios aparece trazada en esta otra o sea idéntica a la cruz cristiana. En el Apocalipsis vemos también que el “Alfa y Omega” (132) traza el Nombre del Padre en la frente de los electos (133).

Prueba de que Jesús era iniciado, maestro constructor o maestro masón, como ahora se les llama, la tenemos en que en las catedrales más antiguas aparece su efigie con los atributos masónicos (134).

Los maestros constructores supervivientes a la *hermandad operativa* del verdadero templo andan literalmente *medio desnudos y medio descalzos*, no por pueril ceremonia, sino porque, como el “Hijo del Hombre”, no tienen donde reclinar la cabeza, y sin embargo son los únicos poseedores de la *Palabra*. Les sirve de cable remolcador el sagrado cordel triple del *sannyâsi* o el cordón de que ciertos lamas cuelgan la piedra *yu*, cuyos talismanes, sin valor aparente, no trocaría ninguno de ellos por todas las riquezas de Salomón y de la reina de Saba. La caña de bambú de siete nudos del fakir puede tener tanta virtud como la vara de Moisés, que “brotó en el crepúsculo vespertino y llevaba grabado el glorioso NOMBRE, por cuyo poder obró maravillas en Mizraim”.

Pero estos “operativos trabajadores” no temen que los presidentes capitulares les traicionen y descubran sus secretos, pues no los

recibieron de Moisés, Salomón ni Zorobabel. Si el hermano Moisés Miguel Hayes, que en Diciembre de 1778 (135) introdujo en la América del Norte la Real Arca Masonería, hubiese presentido las futuras traiciones, ciertamente que estipulara obligaciones más severas.

Verdaderamente, la magna y omnificiente palabra del Arca Real, *por largo tiempo perdida, pero ya encontrada*, ha cumplido su promesa. La consigna de aquel grado ya no es: *Yo soy quien soy*, sino simplemente: *Fui, pero no soy*.

Para que no se nos tilde de vana presunción, daremos las claves de algunas cifras secretas de los más importantes grados masónicos, que, si no nos equivocamos, no han sido reveladas hasta hoy a los profanos (136), pues se mantuvieron celosamente reservadas en el seno de las distintas corporaciones. Como no nos liga promesa ni juramento alguno, no abusamos de la confianza de nadie. No es nuestro propósito satisfacer una frívola curiosidad, sino demostrar por igual a masones y jesuitas que no poseen secreto alguno digno de la atención de las fraternidades orientales, que con visera calada pueden quitar el antifaz a las asociaciones europeas, pues universalmente se reconoce que los profanos nada saben de los secretos de las supervivientes fraternidades.

CIFRAS SECRETAS

Los jesuitas emplearon algunas de estas cifras en tiempos de la conspiración jacobita, cuando la Iglesia se valía para fines políticos de la masonería sedicente sucesora de los templarios. Sobre esto expone Findel:

En el siglo XVIII, además de los modernos caballeros templarios, adulteraron los jesuitas el verdadero carácter de la masonería. Muchos autores masones, que conocían perfectamente aquel período histórico, aseguran que siempre influyeron los jesuitas perniciosamente en la fraternidad masónica... Respecto a los rosacruces masones, su primitivo objeto fue nada menos que favorecer y fomentar el catolicismo, *y cuando esta religión tomó el manifiesto propósito de reprimir la libertad de pensamiento...* los rosacruces redoblaron sus esfuerzos para detener en lo posible el progreso de la civilización (137).

Por otra parte, el *Sincerus Renatus* (138) dice que las reglas dictadas para el régimen de los “Rosacruces de Oro” ofrecían pruebas inequívocas de la intervención jesuítica.

Expondremos primeramente el sistema cifrado de los “Soberanos Príncipes Roscaruces” (139).

CLAVE DE LOS S P C

a b c d e f g h ij k l m n o p q r s t uv x y z &

CLAVE DE LOS CABALLEROS ROSA CRUZ DE KILWINING

0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 10 11 12 13 14 15 16 17

a b c d e f g h i j ba o k kb kc kd ke kf kg kh

18 19 20 30 40 50 60 70 80 90 100 200 300 400 500
600 700 800 900 1000

19
ki kj ck dk ek fk gk hk ik jk l cl dl el fl gl
hl il jl m

CLAVE DE LOS CABALLEROS KADOSH (140)

70 2 3 12 15 20 30 33 38 9 10 40 60 80

a b c d e f g h i k l m n o

81 82 83 84 85 86 90 91 94 95
82

p q r s t u v x y z

JEROGLÍFICO DE LOS CABALLEROS KADOSH (141)

PROCEDIMIENTOS CRIPTOGRÁFICOS

CLAVE DEL ARCA REAL

El alfabeto de esta clave tiene veintiséis letras divididas en dos series de trece, como sigue:

1.^a serie:

Estos mismos signos con un punto interior componen la

2.^a serie:

Hay dos procedimientos criptográficos para usar esta clave. Consiste el primero en alternar los signos uno sin punto y otro con él, de modo que correspondan a las veintiséis letras del abecedario inglés, conviene a saber:

El segundo procedimiento consiste en corresponder los trece signos impuntuados de la primera serie con las trece primeras letras hasta la *m* inclusive; y los trece signos puntuados con las trece letras restantes (de la *n* a la *z*).

Aleccionados indudablemente por sus expertos tutores, los jesuitas, perfeccionaron más tarde los masones del Arca Real su clave con la adición de signos correspondientes a la notación ortográfica y fonética, entre los cuales tenemos los siguientes:

Basta con lo expuesto (142). Ahora hemos de aducir algunas pruebas demostrativas de que el nombre de Jehovah, tan querido de los masones, podrá substituir pero nunca reemplazar al admirable Nombre perdido. Los cabalistas saben esto perfectamente, y en su secreta etimología del nombre ... demuestran concluyentemente que es uno de los muchos sucedáneos del verdadero Nombre, y resulta de la combinación de *Iod*, *Vau* y *Heva* o sea el nombre del primer andrógino (Adán) y de la serpiente femenina, símbolo de la divina Inteligencia emanada del espíritu creador (143).

Por consiguiente, no puede ser Jehovah en modo alguno el Nombre inefable. Si Moisés hubiese comunicado a Faraón el *verdadero* Nombre, no se hubiera resistido a la intimación, pues por una parte, los reyes de Egipto estaban iniciados y conocían dicho Nombre tan bien como quien de ellos lo había aprendido, y por otra parte, el Nombre era en aquellos tiempos común posesión de todos los adeptos del mundo (144). Pero

Moisés, según el texto literal del *Éxodo*, habla a Faraón en nombre de *Yeva* (145), y de aquí que el monarca responda:

¿Quién es el señor (*Yeva*) para que obedezca a su voz? (146).

PRONUNCIACIÓN DEL “NOMBRE”

La forma nominativa de Jehovah empezó a usarse desde la innovación masotérica, cuando temerosos los rabinos de perder las claves de su doctrina, compuestas hasta entonces exclusivamente de consonantes, interpolaron entre ellas puntos representativos de las vocales. Pero los rabinos desconocían por completo la recta pronunciación del Nombre, y en consecuencia le dieron la fonética de *Adonah* y la gráfica de *Ja-ho-vah*, que resultó de esta suerte una adulteración del santo y verdadero Nombre. Ciertamente que los rabinos no podían por menos de ignorar la recta pronunciación, pues tan sólo el sumo sacerdote le conocía y comunicaba poco antes de morir a su sucesor, como es también ley entre los brahmâtnas de la India. Únicamente una vez al año, en la fiesta de expiación, podía el sumo sacerdote pronunciar muy quedo el Nombre tras el velo del íntimo recinto del santuario.

La cruel persecución emprendida contra los cabalistas que conocían el sagrado Nombre en premio de toda una vida de santidad, tuvo por causa la sospecha de que abusaban de su virtud (147).

El *Libro de Jasher* (148) abunda en alegorías cabalísticas, alquímicas y mágicas (149), y resume compendiadamente el *Antiguo Testamento* tal como lo tenían los samaritanos, esto es, el *Pentateuco* sin los libros de los profetas. Aunque los rabinos ortodoxos repudian el *Libro de Jasher*, parece que es anterior a la *Biblia* mosaica (150), de la propia suerte que los *Evangelios* apócrifos precedieron a los canónicos. Tanto el *Libro de Jasher* como los *Evangelios* apócrifos son una compilación de leyendas religiosas abundantes en milagros, cuya descripción no tiene congruencia alguna con la cronología ni el dogma.

En ningún otro libro aparece tan clara la diferencia entre los conceptos de Elohim y Jehovah, pues de este último tiene el *Jasher* el mismo que tuvieron los ofitas, es decir, que lo considera como emanación de Ilda-Baoth o Saturno. Según el *Jasher*, Faraón pregunta a

los magos de su corte: “¿Quién es el de quien Moisés dice: *Yo soy quien soy?*” Y los magos responden: “Sabemos que el Dios de Moisés es el Hijo del Sabio, el Hijo de antiguos reyes” (151).

Ahora bien; quienes opinan que el *Libro de Jasher* es una leyenda compilada en el siglo XII, debieran explicar la anomalía de que en los libros canónicos no aparezca la pregunta de Faraón a los magos y sí la respuesta, según demuestran los pasajes siguientes:

Los príncipes de Tanis son necios. Los consejeros sabios de Faraón dieron un consejo necio. ¿Cómo diréis a Faraón: Yo soy hijo de sabios, hijo de reyes antiguos? (152).

Y paráronse el sol y la luna hasta que el pueblo se vengase de sus enemigos. Por ventura ¿no está escrito esto en el Libro de Jasher? (153).

Y mandó que enseñasen el arco a los hijos de Judá, como está escrito en el Libro de Jasher (154).

De esto se infiere por otra parte, que Jasher debió florecer antes de Josué y que le tuvieron los hebreos por autoridad en materia religiosa, por más que el actual *Libro de Jasher* sea tan sólo resumida y extractada copia del original y consideremos el *Pentateuco* como el primitivo asiento de los anales hebreos.

CONFUSIÓN DE NOMBRES

De todos modos, Jehovah no es el Anciano de los ancianos a que alude el *Zohar*, pues este tratado nos lo representa pidiéndole consejo a Dios para crear al hombre, y así dice:

El Constructor habló al Señor y le dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen” (155).

Jehovah es tan sólo el Metratón, uno de los eones pero no el superior, ni tampoco cabe identificarlo con la entidad llamada *Memro* (Palabra) por Onkelos ni con el *Jahve ...*, el Ser Supremo.

La enmarañada confusión de los nombres divinos derivó del sigilo en que los primitivos cabalistas mantuvieron el verdadero y de las cautelosas precauciones adoptadas por los alquimistas y ocultistas medioevales para salvar la vida. Por esto identificó el vulgo a Jehovah con el único y supremo Dios. Los ancianos de Israel y los profetas y rabinos de exquisita erudición distinguían entre ambos conceptos; pero como la diferencia de los nombres era de fonética y la pronunciación del verdadero acarreaba la muerte, ningún iniciado se atrevía a comunicarlo al vulgo. De esta suerte, la divinidad sinaítica se identificó andando el tiempo con “Aquél cuyo nombre conocen tan sólo los sabios”.

En la traducción bíblica de Capellus se lee:

Quienquiera que pronunciare distintamente el nombre de Jehovah, sufra pena de muerte.

Este pasaje contiene dos considerables errores. Por una parte, si Jehovah representa aquí la Divinidad, ya masculina, ya andrógina, está de más la *h* final que da terminación femenina al nombre, equivalente en esta forma al de Binah o tercera emanación. Por otra parte, traduce Capellus la palabra *nokeb* por *pronunciar distinta o claramente*, cuando su recto significado es *pronunciar correctamente*. Resulta, en consecuencia, que el bíblico nombre de Jehovah es el de una Potestad que en el concepto exotérico sustituyó al del supremo Dios.

Entre los muchos errores de traducción del *Levítico*, señala Cahen el que debidamente corregido denota que la prohibición no se refería en modo alguno al exotérico nombre Jehovah, que como los demás nombres equivalentes (156) podía pronunciarse impunemente.

La defectuosa versión del texto dice:

Y quien blasfemare el nombre del Señor, sea condenado a muerte (157).

Pero Cahen lo traduce fielmente, diciendo:

Y el que blasfemare el nombre del Eterno, morirá (158).

Los símbolos de los israelitas, como los de las naciones gentiles, estaban siempre directa o indirectamente relacionados con el culto del sol. El exotérico Jehovah bíblico es *dual*, a semejanza de las divinidades gentilicias, por más que David, opuesto a la ley mosaica, glorifique al señor diciendo que es Dios de dioses. Para nosotros, el “Señor Dios de Israel” merece la misma consideración que Brahmâ, Zeus y otras divinidades subalternas, pero no reconocemos en él al Dios de Moisés ni al “Padre” de Jesús ni el “Nombre” inefable de los cabalistas. Jehovah es probablemente uno de los elohimes, uno de los constructores que intervinieron en la *formación* (no creación) del universo, valiéndose para ello de la preexistente materia; pero no es ni pudo ser la incognoscible Causa que creó (*bara*) en la noche de la eternidad. Los elohimes forman y bendicen primero para después *destruir* y *maldecir*. Como Jehovah pertenece al orden de los elohimes, es alternativamente benéfico y maléfico, que primero castiga y después se arrepiente. Es el contratipo de Esaú y Jacob, los mellizos que simbolizan el principio dual de la Naturaleza. Así es que Jacob, por otro nombre Israel, es la columna de la izquierda, el aspecto femenino de Esaú o principio masculino y columna de la derecha. Cuando Jacob lucha con el Señor Malach-Iho se transmuta éste en la columna de la derecha y Jacob le llama Dios (159), aunque los intérpretes de la Biblia le hayan relegado a la categoría de ángel del Señor. Jacob le vence, como la materia suele vencer al espíritu, pero sale de la lucha con el *muslo* dislocado.

EL NOMBRE DE ISRAEL

El nombre de Israel significa el que lucha con Dios, y se deriva de Isaral o Asar, el dios solar llamado asimismo Suryal, Surya y Sur. El sol que “asciende sobre Jacob-Israel” equivale al dios solar Isaral que fecunda la materia, simbolizada en el femenino Jacob. Como de costumbre, esta alegoría tiene varios significados cabalísticos. También Esaú o Asu simboliza el sol, y como el “Señor”, lucha con Jacob y queda vencido. El dios solar lucha primero contra él y después se eleva sobre él en señal de alianza, según se infiere del siguiente pasaje:

Y salióle el sol luego que pasó de Fanuel; mas iba cojeando de un pie (160).

Jacob-Israel, en contraposición a su hermano Esaú, toma el nombre de Samael, cuyos homónimos son Azazel y Satán (161).

Si se arguyera que Moisés desconocía la cosmogonía induísta y no pudo tomar al regenerador y destructor Siva por modelo de su Jehovah, habríamos de admitir que todas las naciones dieron por maravillosa intuición a su divinidad exotérica el aspecto dual que vemos en el “Señor Dios de Israel”. Todas estas fábulas mitológicas son de por sí suficientemente significativas. Osiris, Jehovah y Siva simbolizan por excelencia el principio activo de la Naturaleza, las fuerzas que presiden la transformación de la materia, la vida y la muerte que perpetuamente construyen y destruyen bajo la continuada influencia del anima-mundi, alma universal o invisible y omnipotente e inmutable. Espíritu que preside la correlación de fuerzas siempre en armonía con la inmanente ley del universo. la Vida espiritual es el primordial principio *superior*; la Vida física es el primordial principio inferior; pero ambas son una sola vida en síntesis dual. Cuando el Espíritu se desliga por completo de la ilusión para restituirse a su originaria Causa, puede, si quiere, vislumbrar la eterna Verdad. Pero hasta entonces no forjemos ídolos a nuestra semejanza ni confundamos las sombras con la inextinguible Luz.

Grave error de nuestro siglo ha sido comparar la valía respectiva de las viejas religiones y mofarse de la Kábala y otras doctrinas tildadas de supersticiosas. Pero la verdad es todavía más sorprendente que la ficción, y al aplicar este aforismo al caso presente vemos que la sabiduría de las épocas arcaicas o la doctrina secreta de la Kábala oriental no se extinguió con los filoleteanos de la escuela ecléctica, pues todavía tiene la gnosis muchos aunque desconocidos fieles.

Antes de Mackenzie mencionaron otros autores las hermandades secretas, y la circunstancia de que se las tomara por ficciones noveleras contribuyó a que los adeptos mantuviesen más fácilmente el incógnito. Hemos conocido personalmente a varios de estos adeptos que muy a su gusto habían conversado con escépticos que, sin sospechar quién fuese su interlocutor, negaban la existencia de las logias y comunidades a que aquéllos pertenecían y se burlaban de las facultades en cuyo uso estaban de generación en generación durante siglos.

Algunos de dichos adeptos se entremezclan con los grupos de viajeros excursionistas, y hasta fines del feliz reinado de Luis Felipe los camareros y comerciantes de París les llamaban “nobles extranjeros”,

creídos de que eran boyardos, nabaes indos o margraves húngaros que visitaban la capital del mundo civilizado para admirar sus monumentos y gozar de sus diversiones. Sin embargo, hay observadores que llevan lo que el mundo llama su *chifladura* al extremo de relacionar la presencia en París de estos misteriosos huéspedes con acontecimientos políticos que poco después ocurrieron, como por ejemplo, la notable coincidencia de que la revolución del 93 estallase a poco de haber estado en París unos "nobles extranjeros" que llamaron la atención pública por sus "sobrenaturales dotes" y místicas doctrinas. Pero los St. Germain y Cagliostros de este siglo siguen distinta táctica, porque les aleccionaron las diatribas y persecuciones del pasado.

LAS TUMBAS DE GORNORE

Hay hermandades secretas que no se relacionan con los sedicentes países civilizados y mantienen oculta en su seno la secular sabiduría. Estos adeptos podrían si quisieran atestiguar su incalculable antigüedad de origen con documentos comprobatorios que esclarecerían muchos puntos oscuros de la historia, así sagrada como profana; pero si los Padres de la Iglesia hubiesen conocido las claves de los escritos hieráticos y el significado de los simbolismos egipcio e índico, seguramente que no escapara a la mutilación ningún monumento antiguo, aunque la casta sacerdotal tuvo buen cuidado de anotar en sus secretos anales jeroglíficos todo cuanto con ellos se relacionaba. Estos anales se conservan todavía, por más que no sean del dominio público, y contienen el historial de monumentos desaparecidos para siempre de la vista de los hombres.

De cuarenta y siete tumbas reales que según los anales sagrados existen en las cercanías de Gornore, tan sólo se tenía pública noticia de diecisiete, según refiere Diodoro de Sicilia que visitó aquel paraje unos sesenta años antes de J. C. No obstante esta prueba *histórica*, podemos asegurar que todavía existen todas las tumbas, y a su número pertenece la descubierta por Belzoni en las montañas areniscas de Biban-el-Meluk. Los monjes coptos, de índole superior a los de otros ritos cristianos, cuyos solitarios monasterios están esparcidos por el desierto de Libia, conocen la existencia de estas tumbas; pero por razones que no nos incumbe apuntar, mantienen el secreto, aunque alguien crea que su hábito es disfraz de ocultas intenciones, más fáciles

de llevar a cabo en aquellos desiertos parajes rodeados de tribus musulmanas. Sin embargo, los monjes griegos de Jerusalén y los peregrinos que anualmente acuden por Pascua de Resurrección a visitar el Santo sepulcro, tienen a los monjes coptos en mucha estima, y es fama que cuando estos se hallan presentes en la ceremonia, desciende milagrosamente de veras el fuego del cielo atraído por sus plegarias (162).

“Por la violencia se ha de alcanzar el reino de los cielos, y por la violencia lo alcanza el fuerte”. Muchos aspiran a entrar en el sendero que conduce a las secretas hermandades, y como la mayor parte se ven contrariados en su intento, se consuelan de la negativa diciendo que no hay tales hermandades. De los pocos admitidos fracasan las dos terceras partes en la prueba, pues la generalidad de los hombres no pueden resistir el rigor de la séptima regla constitucional de los legítimos rosacruces, de común aplicación a todas las hermandades secretas, según la cual “el rosacruz se ha de hacer por sí mismo sin que nadie lo haga”.

Pero no se crea que los candidatos fracasados en la prueba vayan a divulgar lo poco que se les enseñara, como hacen algunos masones, pues saben muy bien cuán difícil les fuera el intento. Así es que las hermandades secretas proseguirán su labor sin replicar palabra a quienes nieguen su existencia, hasta que les llegue la oportunidad de rasgar el velo para mostrarse abiertamente dueñas del campo.

CAPÍTULO II

Todas las cosas están gobernadas en el seno de esta

Tríada.- LIDO: *De Mensibus*, 20.

Tres veces giran los cielos en su eterno eje.

OVIDIO: *Fast*, IV.

Y dijo Balaam a Balak: Edifícame aquí *siete* altares y prepara *siete* becerros y *siete* carneros.

Números, XXIII, i.

Todas las criaturas que me han ofendido quedarán anegadas en *siete* días por un diluvio; pero tú te salvarás en un arca milagrosamente construida. Así, toma *siete* varones justos con sus mujeres y parejas de todos los animales, y entra en el arca sin temor, porque entonces verás a Dios cara a cara y obtendrán respuesta todas tus preguntas.

Bagavâta Purâna.

Raeré del haz de la tierra al hombre... y estableceré

mi alianza contigo... Entra tú y toda tu casa en el arca...

Porque pasados aún *siete* días yo lloveré sobre la tierra.

Génesis, VI, 7 y 18; VII, 1 y 4.

La Tetraktys no sólo era venerada por contener en sí

todas las sinfonías, sino porque en ella radica la naturaleza

de todas las cosas.- THEOS DE ESMIRNA: *Mathem*, 147.

Mal cumpliríamos nuestra labor si en el curso de esta obra no hubiésemos demostrado la identidad de mitos cósmicos, símbolos y alegorías en que se basan el judaísmo, gnosticismo, cristianismo y masonería cristiana, pero cuyo significado tan sólo pueden comprender acabadamente quienes posean la clave original.

Demostremos ahora cuán erróneamente interpretaron estos símbolos, mitos y alegorías los especuladores que de ellos se valieron para componer sus, en la forma distintos y en el fondo idénticos, sistemas. Esta demostración no sólo aprovechará al lector, sino que vindicará a los antiguos, cuyo genio merece el respeto del linaje humano. Procedamos, pues, a cotejar los mitos bíblicos con los de las sagradas Escrituras de otras naciones para distinguir entre los originales y las copias.

Tan sólo hay dos sistemas que debidamente explicados sirvan a nuestro propósito. Estos sistemas son: el induísta expuesto en los *Vedas* y el hebreo resumido en la *Kábala*. Los *Vedas* ofrecen mitos más grandiosa y filosóficamente concebidos, al paso que la *Kábala* los remeda de los persas y caldeos, aunque adaptándolos al carácter de la nación hebrea, cuya filosofía quedaba tan subyacente en el mito de absurda apariencia, que únicamente los iniciados podían descubrirla. Pero los traductores cristianos de la Biblia trastocaron los mitos en groseras supersticiones, cual jamás imaginarán los filósofos de quienes los cristianos tomaron sus conocimientos. Las quiméricas ficciones del vulgo antiguo, envueltas en fluctuantes sombras y vagarosas imágenes, quedaron plasmadas en personajes vivos por mano de los teólogos cristianos. La fábula alegórica se convirtió en historia sagrada, y el mito pagano se transmutó en revelación divina.

Dice Horacio (1) que “los mitos han sido compuestos por los sabios para dar fuerza a las leyes y enseñar verdades morales”, al paso que en opinión de Euhemereo entrañan la historia de reyes y héroes divinizados posteriormente por la admiración de las gentes. Este último criterio prevaleció en el dogmatismo cristiano al representar los mitos en personajes de carne y hueso. Sin embargo, se muestran

contrarios a esta personificación los filósofos más insignes de la antigüedad, entre ellos Platón, Sócrates, Empédocles, Plotino, Porfirio, Proclo, Orígenes y aun el mismo Aristóteles, quien afirma que la antiquísima tradición transmitida a la posteridad en forma de mitos, nos enseña que las fuerzas naturales pueden considerarse como *potestades divinas*, puesto que la Divinidad anima la Naturaleza toda; pero que todo lo demás se superpuso posteriormente para dárselo a entender al vulgo, muchas veces con el siniestro propósito de mantener leyes favorecedoras de intereses bastardos, los cuentos de hadas no están únicamente en labios de abuelas y nodrizas. La humanidad en peso, con excepción de los pocos que en toda época comprendieron su verdadero significado, escuchó infantilmente estos cuentos para transformarlos después en símbolos sagrados de que derivaron las religiones culturales.

EL MISTERIO DEL NÚMERO SIETE

Pero procedamos en este asunto con todo el orden que consientan los sucesivos cotejos, y empecemos por el *Génesis*, de cuyos mitos nos darán el verdadero significado las tradiciones induístas y hebreas.

Según la historia sagrada, Dios creó el mundo en seis días y el séptimo descansó. De aquí el precepto de la santificación del séptimo día, cuya rígida observancia tomaron los cristianos del sábado induísta, aunque alterando el día de descanso que fue el primero en vez del último de la semana.

Todos los sistemas místico-religiosos están basados en números. Según Pitágoras, la Mónada o unidad engendra la duada, y con ella forma primero la tríada y después el cuaternario *Arba-il*, cuyo místico conjunto constituye el número siete. Los números sagrados principian en el UNO y terminan en el *cero*, símbolo del infinito e ilimitado círculo del universo. Todos los números intermedios, sea cual sea su combinación y multiplicación, representan ideas filosóficas, desde el impreciso bosquejo hasta la acabada definición de los fenómenos físicos y morales. Son los números la clave de los antiguos conceptos cosmogónicos en su más amplio sentido, esto es, que comprenden la evolución integral de la especie humana y de todos los seres de la Naturaleza.

El número *siete* es indudablemente de origen indo, y siempre se le tuvo por el más sagrado. Los filósofos arios subordinaron hechos, ideas y lugares al número siete, y así tienen:

Los *siete* rishis o sabios que simbolizan las siete primitivas razas diluvianas, llamadas por algunos postdiluvianas.

Los *siete* lokas o mundos, entre superiores e inferiores, de donde procedieron respectivamente los siete rishis y a donde volvieron antes de alcanzar la bienaventuranza final (moksha) (2).

Los *siete* kulas o castas (3).

Las *siete* ciudades santas (*sapta puras*).

Las *siete* islas sagradas (*sapta dwipa*).

Los *siete* mares sagrados (*sapta samudra*).

Las *siete* montañas sagradas (*sapta parvata*).

Los *siete* desiertos (*sapta arania*).

Los *siete* árboles sagrados (*sapta vruksha*).

En la magia caldea ocupa el número siete tan preferente lugar como entre los indos y se le considera bajo dos aspectos, benéfico o maléfico, según las condiciones. Así vemos en las tablillas asirias, tan fielmente interpretadas hoy día, el siguiente conjuro:

Tarde de mal agüero, región del cielo que produces desgracias...

Mensajero de peste.

Deprecantes de Ninkigal.

Los siete dioses del vasto cielo.

Los siete dioses de la vasta tierra.

Los siete dioses de las refulgentes esferas.

Los siete dioses de la legión celeste.

Los siete dioses maléficos.

Los siete fantasmas dañinos.

Los siete fantasmas de llamas maléficas.

Demonio dañino; dañino *alal*; dañino *gigim*; dañino *telal...*; dañino dios; dañino *maskim*.

Recuerda, espíritu de los siete cielos... Recuerda, espíritu de las siete tierras.

Encontramos también el número siete en casi todas las páginas del *Génesis* y en los demás libros del *Pentateuco*, así como en el Libro de Job y en la *Kábala* caldea. Si tan fácilmente lo adoptaron los hebreos no sería a ciegas, sino con completo conocimiento de su oculto significado, y de aquí que también adoptaran las doctrinas de sus vecinos paganos. Por lo tanto, lógico es que indagemos en la filosofía pagana la significación del número siete que reaparece en el cristianismo aplicado a los *siete* sacramentos, las *siete* iglesias del Asia menor, los *siete* pecados capitales, las *siete* virtudes contrarias, las otras *siete* entre teologales y cardinales, etc.

SIGNIFICADO DEL ARCO IRIS

¿Tenían los siete colores del arco iris visto por Noé otro significado además de la alianza entre Dios y el patriarca? Al menos para el cabalista tenían un significado inseparablemente unido al de las siete pruebas mágicas, las siete esferas superiores, las siete notas de la escala musical, los siete números de Pitágoras, las siete maravillas del mundo, las siete épocas y los siete peldaños masónicos que daban acceso al *Sancta Sanctorum* después de atravesar los pasos perdidos de *tres* y *cinco*. ¿Qué es, pues, este frecuente número que encontramos en todas las páginas de las Escrituras hebreas y en cada estrofa y dístico de los textos induístas y budistas? ¿De dónde proceden estos números que animan el pensamiento de Pitágoras y Platón y que ningún

orientalista profano ni comentador bíblico es capaz de desentrañar? Aunque poseyeran la clave no sabrían utilizarla. En parte alguna como en la India se comprende tan bien el místico valor del lenguaje humano y su influencia en las acciones, ni nadie lo explica mejor que los autores de los *Brâhmanas*, donde no obstante su remota antigüedad exponen más concretamente las metafísicas y abstractas especulaciones de sus antecesores.

El profundo respeto de los brahmanes por los sacrificios religiosos les mueve a decir que el universo surgió a la existencia a causa de una “palabra sacrificial” pronunciada por la Causa Primera. Esta palabra es el Nombre inefable de los cabalistas, sobre el que ya hemos discurrido precedentemente.

El secreto de los Vedas, el “conocimiento sagrado”, es impenetrable sin auxilio de los *Brâhmanas*. La parte de los Vedas escrita en verso está constituida por los mantras, himnos o plegtarias mágicas, cuya clave está en los *Brâhmanas*, escritos en prosa. Los mantras son puramente sacros, mientras que los *Brâhmanas* contienen la exégesis teológica con las interpretaciones sacerdotales. Los orientalistas europeos no progresarán substancialmente en la comprensión de la literatura védica hasta tanto que pongan su atención en obras hoy desdeñadas, como los *Brâhmanas* titulados: *Aitareya* y *Kausîhtaki*, correspondientes al *Rig Veda*.

A Zoroastro se le llamó *manthran* o cantor de mantras, y según Haug, una de las primeras denominaciones de las Escrituras parsis fue la de *Mânthraspenta*. El poder y valía del brahmán que oficia en el sacrificio del Soma deriva de su pleno conocimiento del lenguaje sagrado (*Vâch*), personificado en Sarasvâti, esposa de Brahmâ y diosa del “conocimiento secreto”. Se la representa generalmente montada en un pavo real, de cola en abanico, los ojos de cuyas plumas simbolizan la perpetua vigilancia que ve todas las cosas, es decir, que quien anhele llegar a ser adepto de la “Doctrina Secreta” ha de tener los cien ojos de Argos para ver y entender todas las cosas.

Tal es la razón por qué creemos imposible resolver los abstrusos problemas subyacentes en los textos induístas y budistas sin la previa comprensión del significado esotérico de los números pitagóricos. La eficacia del lenguaje sagrado (*Vâch*) depende de la entonación dada a

los mantras por el oficiante, según el número de sílabas, acentuación y metro del verso sagrado. Si lo pronuncia lentamente y con determinado ritmo, producirá un efecto muy distinto del que produzca si lo pronuncia rápidamente y con diverso ritmo. dice Haug sobre el particular:

Cada metro poético de los mantras ejerce su respectiva influencia en determinada cosa del mundo visible, a la que, por decirlo así, sirve de exponente ideal. La significativa valía del lenguaje métrico depende del número de sílabas de cada verso, porque todas las cosas (según enseña el sistema pitagórico) están sujetas a determinada proporción numérica. Los metros (*chhandas*), estomas y pristas son tan divinos y eternos como las palabras que contienen. Los primitivos teólogos indos no sólo creyeron en la revelación de la palabra sagrada, sino también en la de las formas fonéticas que habían de asumir estas palabras. Estas formas, en que se encierran las sempiternas palabras védicas, son símbolos expresivos de las cosas del mundo invisible y ofrecen varios puntos de semejanza con las ideas platónicas.

Este pasaje de un autor que no milita en nuestro campo atestigua una vez más la identidad fundamental de la doctrina subyacente en todas las religiones. Por ejemplo, el metro *gâyatri* consta de veinticuatro sílabas en tres cesuras de ocho y se lee considera como el más sagrado metro. Es el metro de Agni, dios del fuego, y suele simbolizar al mismo Brahmâ, el supremo Creador que hizo al hombre a su imagen y semejanza.

EL ESPÍRITU DE LOS MANTRAS

Dice Pitágoras:

El número ocho, por otro nombre *octada*, es el cubo primordial, es decir, que está cuadrado por todas sus caras como un dado, de cuya base proceden dos y aun siete números. *Así es el hombre un cuadrado cuádruple o cuadrado perfecto (4).*

Claro está que excepto los pitagóricos y cabalistas, nadie comprenderá del todo esta idea, pero a su comprensión puede auxiliar el íntimo parentesco entre los números y los himnos védicos. Los más importantes problemas teológicos están ocultos bajo la alegoría del

fuego y el cambiante lengüeteo de sus llamas. La zarza ardiente de la Biblia, el fuego sagrado del mazdeísmo y otras religiones, el alma universal de Platón, el aura ígnea de los rosacruces y el inmortal e inteligente elemento (5) que penetra todas las cosas, tienen el mismo significado.

Los *Brâhmanas* están silábicamente dispuestos de modo que se corresponden con los números; y según ha demostrado Haug, cada forma fonética es el arquetipo de otra visible en la tierra, de buenos o malos efectos. El lenguaje sagrado puede salvar la vida, pero también dar la muerte, y sus virtudes son tan sólo conocidas del adepto (*dikshita*) iniciado en los misterios religiosos, que ya nació del todo a la vida espiritual. El *Vâch* o espíritu de los *mantras* es una energía fonética cuyas vibraciones levantan otras análogas, de mayor y más oculta energía. Cada una de estas potestades fonéticas está personificada por su correspondiente entidad en el mundo de los espíritus, y según se ponga en actuación, responderán a ella los espíritus benignos (*dioses*) o los espíritus malignos (*rakshasas*). Con arreglo a las creencias induístas y budistas, una maldición, una bendición, un voto, un deseo, un mal pensamiento pueden asumir forma visible y manifestarse objetivamente a la vista de su autor o de aquél a quien vayan dirigidos. Toda culpa se encarna, por decirlo así, para convertirse en entidad acosadora de su perpetrador.

Palabras hay cuyas sílabas entrañan tan destructora energía como los proyectiles objetivos, porque cada vibración despierta su correlativa en el invisible mundo del espíritu, con el consiguiente buen o mal efecto. El ritmo armonioso y la dulce melodía de suaves vibraciones establecen un ambiente de benéfica influencia que actúa potísimamente en la naturaleza, así psíquica como física de todo ser viviente, y aun reacciona en los que llamamos inanimados, porque la materia es en esencia espíritu, aunque nuestros groseros sentidos no sean capaces de percibirlo.

Lo mismo ocurre con los números. Doquiera que posemos la atención, desde los profetas al Apocalipsis, vemos que los autores bíblicos emplean constantemente los números *tres, cuatro, siete y doce*.

¡Y aun hay quien sostiene que los Vedas están copiados de la Biblia! (6). Dicen Max Müller y otros orientalistas que el sánscrito, idioma de

los Vedas, tenía ya su estructura gramatical completamente establecida mucho antes de que la poderosa corriente emigratoria lo llevase a Occidente; y por lo tanto, de la literatura védica hubieron de derivar los sistemas filosóficos e instituciones religiosas desenvueltas con el tiempo entre los semitas. Precisamente, los números con mayor frecuencia repetidos en esos sublimes cantos a la creación, a la unidad de Dios y a las innumerables manifestaciones de su poder, que se llaman himnos védicos, son el *uno*, el *tres* y el *siete*.

Escuchemos lo que dice el himno de Dirghatamas:

LOS NÚMEROS UNO, TRES Y SIETE

Al que representa todos los dioses. El Dios aquí presente, nuestro bendito patrón, nuestro sacrificador, tiene un hermano que se extiende en pleno aire. Hay un *tercer* hermano a quien rociamos con nuestras libaciones... le hemos visto dueño de los hombres y armado de *siete* rayos (7).

Siete bridas sirven para guiar un carro de *una* sola rueda del que tira *un* solo caballo que refulge con *siete* rayos. La rueda tiene *tres* llantas. Es una rueda indestructible, que jamás se desgasta, de la cual penden los mundos.

Algunas veces *siete* caballos arrastran un carro de *siete* ruedas en el que montan *siete* personajes, acompañados por *siete* fecundas ninfas acuáticas.

De un himno al dios Agni entresacamos este otro pasaje:

Surge siempre *uno*, aunque se manifieste en *tres* formas de doble naturaleza (8). Los sacerdotes en el acto del sacrificio ofrecen a *Dios* sus plegarias que llegan al cielo llevadas por Agni.

Esto denota claramente que Agni es para los induístas un espíritu subordinado al único Dios.

La repetición de los números uno, tres y siete en todas las Escrituras, ¿es mera coincidencia o, como la razón nos dicta, resultado de la derivación de las diversas religiones culturales de una sola y primitiva

religión? La respuesta es un *misterio* para el profano; mas para el iniciado es la solución del más sublime problema psíquico-físico, pues exacta y verdaderamente le revela la divinidad del individual espíritu del hombre, que no sólo es emanación del *único* y supremo Dios, sino que es el único Dios asequible a la débil y desamparada comprensión del hombre, el único Dios que el hombre puede sentir *dentro de sí mismo*. Esta verdad expone claramente el poeta védico al decir:

El Señor dueño del universo y lleno de sabiduría ha entrado en mí, flaco e ignorante, y me ha formado *de Sí mismo* en este lugar (9), donde con la ayuda de la *ciencia* obtienen los espíritus el pacífico goce del *fruto* dulce como ambrosía.

No importa que a este fruto del Árbol del Conocimiento le llamemos manzana o *pippala*, como lo llama el poeta védico, pues simboliza el fruto de la sabiduría esotérica. Nuestro propósito es demostrar que el sistema religioso de la India es miles de años anterior a las exotéricas fábulas del Edén y del diluvio universal. De aquí la identidad de doctrinas, pues los iniciados en la primitiva fueron con el tiempo fundadores de las escuelas filosóficas de Occidente.

Pero escuchemos otro himno:

Pippala, dulce fruto del árbol donde se posan los espíritus amadores de la ciencia y en el que los dioses obran maravillas. Éste es el misterio para quien *no conoce al Padre del mundo*.

.....
.....

El título de estas estancias anuncia que están consagradas a los *Viswadévas* (10). El que no conozca al Ser a quien canto en *todas sus manifestaciones*, no comprenderá nada de mis versos; pero los que Le conocen no son extraños a esta unión (11).

.....
.....

El Ser inmortal está en la cuna del mortal ser. Los dos espíritus coeternos van y vienen por doquiera. Tan sólo algunos hombres conocen a uno sin conocer al otro (12).

¿Qué orientalista cuidó de inquirir el verdadero sentido de los precedentes pasajes a pesar de su claridad? ¿Quién será capaz de formar concepto exacto de aquel de quien el Rig Veda dice: “Al Único le da el sabio diversidad de nombres”? los himnos védicos cantan todas las manifestaciones del Único en la Naturaleza, y los libros sagrados califican de “puerilidad e insensatez” enseñar el modo de que los seres de sabiduría acudan a instruirnos según se nos antoje. Porfirio dice que “enseñan la liberación de cuanto se relaciona con la tierra... como un vuelo del *solo* al SOLO”.

MÁSCARAS SIN CÓMICOS

Max Müller, cuyos discípulos admiten cuanto dice cual si fuera el evangelio de la filología, tiene razón hasta cierto punto cuando al determinar la índole de las divinidades induístas las califica de “máscaras sin cómicos..., nombres sin seres y no seres sin nombres”(13). Sin embargo, con esto demuestra Müller el monoteísmo de la religión védica, y mucha duda cabe de que ni él ni sus discípulos lleguen a desentrañar el pensamiento de los arios (14) sin previo y detenido estudio de esas “máscaras”, que les parecerán fantasmas vanos a los materialistas o científicos empeñados en la imposible tarea de conciliar los hechos históricos con sus personales opiniones o con la letra de la *Biblia*. Pero estas autoridades, de indudable prestigio en la ciencia experimental, son y han sido siempre recusables, como inseguros guías, en cualquier otro orden de investigaciones. Los patriarcas bíblicos son tan “máscaras sin cómicos” como los prajâpatis induístas; y sin embargo, cada supuesto personaje simboliza una idea de la filosofía antigua (15). Por lo tanto, ¿quién más a propósito para desentrañar el sentido oculto que los mismos brahmanes y cabalistas?

Negar en redondo la filosofía subyacente en el *Rig Veda*, equivale a desconocer la religión madre en que late el íntimo pensamiento de los filósofos anteriores a la composición de los *Brâhmanas*. Si las divinidades induístas son para Müller vanas máscaras, también debe suponer que los autores védicos no serían capaces de descubrir a los actores, y entonces no sólo los tres *Vedas*, que según Müller no

merecen este nombre, sino el mismo *Rig Veda* resulta una baraúnda de palabras sin sentido, porque ningún científico moderno, por erudito que sea, podrá inquirir los significados que no hubiese podido inquirir la sutil y universalmente reconocida sagacidad de los antiguos sabios de la India. Tenía razón Taylor al decir que “la filología no es filosofía”.

Resulta muy contrario a la lógica admitir primero un pensamiento subyacente en la obra literaria de una raza, tal vez étnicamente distinta de la nuestra, y negarle después significado filosófico a este mismo pensamiento, tan sólo porque no nos consiente comprenderlo la diversa orientación de nuestro desenvolvimiento mental. Esto es precisamente lo que hacen Müller y su escuela, dicho sea con todo el respeto debido a su erudición. Dice el ilustre orientalista a este propósito:

Nos vemos cara a cara y mente a mente con hombres cuyas ideas no comprendemos todavía a pesar de haber desechado todo prejuicio. No siempre estaremos afortunados en la interpretación, pues muchas palabras, versos y aun himnos enteros del *Rig Veda* son y han de ser letra muerta para nosotros... Porque, con raras excepciones..., la ideología védica está tan allá de nuestro horizonte mental, que en vez de traducir, sólo nos cabe suponer y conjeturar (16).

Esto equivale a decir que, si bien con cautela y fatiga, podemos seguir las huellas de los autores védicos.

Por otra parte, sólo reconoce Müller verdadero valor al *Rig Veda*, del que afirma que “es el único importante, el único *Veda* auténtico”, y repudia los otros tres por indignos de atención seria, porque contienen “fórmulas de sacrificios, hechizos y conjuros” (17). Para Müller, los otros tres Vedas merecen tanto este nombre como el de *Biblia* el *Talmud*.

Pero se nos ocurre una pregunta muy natural sobre este punto. ¿Conoce algún erudito el oculto significado de las en apariencia absurdas fórmulas de sacrificios, hechizos, conjuros y demás quimeras mágicas del *Atharva Veda*?

Cabe responder que no, si nos apoyamos en la poco antes citada declaración de Max Müller, pues si la ideología védica (18) cae tan allá

del horizonte mental de los eruditos, que en vez de traducir tan sólo les cabe suponer y conjeturar; si los otros tres Vedas, aparte del *Rig*, son “puerilidades y tonterías” (19), y si los *Brâhmanas*, los Sutrás *Yâska* y *Sâyana*, aunque de época más próxima al *Rig*, se prestan a muy frívolas y erróneas interpretaciones, no es posible que ni Müller ni erudito alguno juzguen acertadamente la literatura induísta. Además, si los autores de los *Brâhmanas* (cuya fecha es la más cercana a la del *Rig*) hubiesen sido, como se les supone, incapaces de otra cosa que de “erróneas interpretaciones”, ¿en qué época, en dónde y quiénes compusieron estos grandiosos poemas cuyo místico sentido perdieron las generaciones posteriores? Por lo tanto, si los textos sagrados de Egipto eran ya ininteligibles (20) para los escribas sacerdotales de hace cuatro mil años, y si los *Brâhmanas* no son ni más ni menos que pueriles y frívolas interpretaciones del *Rig Veda*, resultarían los sistemas religiosos de la India y Egipto incalculablemente más antiguos de lo que los mitólogos suponen cautelosamente, y hubieran estado en lo cierto los sacerdotes egipcios, como lo están los brahmanes contemporáneos, al asignar a sus libros remotísima antigüedad.

LA CLAVE DEL RIG VEDA

Jamás admitiremos que los otros tres Vedas sean menos valiosos que el *Rig*, ni que el *Talmud* y la *Kábala* sean inferiores a la *Biblia*. El mismo título de *Vedas* (21) denota que los compusieron aquellos hombres llamados sabios en toda época y país. Si prescindiéramos del *Talmud* y de su antecesora la *Kábala*, nos sería imposible interpretar acertadamente ni una sola palabra de esa *Biblia* tan encomiada a sus expensas. Pero esto es tal vez lo que se proponen sus defensores. Repudiar los *Brâhmanas* equivale a perder la clave del *Rig Veda*. La interpretación literal de la *Biblia* ha dado ya sus frutos. También lo dará la de las Escrituras induístas, con la diferencia de que la absurda interpretación de la *Biblia* ha logrado con el tiempo lugar preeminente en los dominios del ridículo, con defensores ciegos a toda luz y refractarios a toda prueba. En cuanto a la literatura llamada pagana, después de algunos años más de inútiles tentativas para descubrir su religioso significado, quedará relegada al limbo de reprobables supersticiones, para que las gentes no oigan hablar más de ellas.

Quisiéramos que se nos comprendiera con toda claridad antes de reconvenirnos por las precedentes observaciones. Ni aun sus propios

adversarios dudan de la vasta erudición del famoso catedrático de la universidad de Oxford. Sin embargo, deploramos que tan a la ligera condene lo que, según confesión propia, está más allá de su horizonte mental, pues lo que en los *Brâhmanas* disputa por ridículos errores, otros eruditos lo diputarán contrariamente.

Dice un antiguo rishi en el *Rig Veda*:

¿Quién es el supremo entre los dioses? ¿Quién ha de ser el primer loado en nuestros cantos?

Pero Müller toma equivocadamente el interrogativo pronombre personal “¿Quién?” por el nombre de una divinidad, y exclama:

En las invocaciones sacrificiales se le asigna un lugar al dios *Quién*, y se le entonan unos himnos llamados *quienescos*.

¿Fuera menos natural designar a Dios con el pronombre *quién* que llamarle *Yo soy* con sus correspondientes salmos? ¿Y quién podría asegurar que esto sea error y no expresión premeditada? ¿No sería posible que tan extraño término derivase del reverente temor que impidió al poeta dar nombre propio y concreto a Dios, suprema abstracción de todo ideal metafísico? ¿O no cabe también suponer que el mismo temeroso sentimiento determinara tiempo después a los comentadores a dejar en manos de la futura humanidad la tarea de antropomorfizar al Desconocido, al *Quién*?

El mismo Müller dice sobre el particular:

Aquellos poetas primitivos pensaban más por sí mismos que por los demás. En su lenguaje procuraban más bien ser fieles a su propio pensamiento que halagar la imaginación de sus oyentes (22).

Desgraciadamente, este pensamiento no despierta vibración alguna en las mentes de nuestros filólogos.

Añade Müller en otro pasaje, refiriéndose a los estudiantes del *Rig Veda*:

Que estudien los comentarios, los *Sûtras*, los *Brâhmanas* y otras obras posteriores a fin de beber en todas las fuentes de información... No deben desdeñar las tradiciones de los brahmanes aun cuando les parezcan evidentes sus errores... No han de dejar inexplorado ni un rincón de los *Brâhmanas* ni de los *Sûtras Yâsha* y *Sâyana* antes de que intenten traducirlos... Cuando el investigador haya terminado su obra, deben acabarla y pulirla el poeta y el filósofo (23).

SABIOS INDOS Y EUROPEOS

¡Mal año para el filósofo que haya de seguir los pasos de un filólogo para enmendar sus errores! Curioso fuera ver cómo acogerían los intelectuales europeos a un sabio entre los sabios indos, que tratara de corregir los errores cometidos por cualquier exégeta al deslindar lo aceptable y lo repudiable, lo admisible y lo absurdo en los libros sagrados de la India. Lo que el cónclave de científicos europeos (24) declarase “errores brahmánicos”, seguiría siendo para los teólogos induístas de Benarés y Ceilán tan verdad como para los judíos la interpretación de las Escrituras de Maimónides y Filo Judeo contra las sofisticaciones de Eusebio e Ireneo sancionadas por los concilios. Un teólogo, un filósofo indo, ¿no conocerán la religión e idioma de sus antepasados muchísimo mejor que un erudito inglés o alemán? ¿No tiene un hermeneuta indo la misma autoridad para interpretar las Escrituras induístas que los rabinos las hebreas? Los traductores y comentaristas indígenas son seguramente más fidedignos que los exóticos. Sin embargo, cabe la esperanza de que el incierto porvenir nos reserve algún erudito europeo que interprete los libros de la religión de sabiduría con acierto bastante para que ningún colega le contradiga.

Entretanto, prescindamos de toda presunta autoridad y estudiemos algunos mitos antiguos, apoyándonos en la interpretación popular y valiéndonos del misterioso número siete, linterna mágica de Trismegisto, para alumbrar nuestro camino. Alguna razón debe de haber para que universalmente haya servido este número de cómputo místico. Todos los pueblos de la antigüedad colocaron sobre el séptimo cielo la morada del Demiurgo. Así dice el cabalista emperador Juliano:

Si huybiese de hablar de la iniciación en nuestros sagrados Misterios, que los caldeos consagraron al dios de los *siete* rayos cuya veneración

exaltaba las almas, diría cosas desconocidas, *muy desconocidas del vulgo*, pero que saben bien los benditos teurgos (25).

Por su parte expone Lido:

Los caldeos dan a Dios el nombre de Iao, y algunas veces el de *Sabaoth*. Al que está sobre las siete órbitas (26) le llaman Demiurgo (27).

Es preciso consultar los autores pitagóricos y cabalistas para percatarse de la potencialidad del número siete. Los siete rayos del espectro solar están representados exotéricamente en el dios Heptaktis (el de los siete rayos), y se resumen en *tres* rayos primarios rojo, azul y amarillo, que forman la trinidad solar y tipifican respectivamente el espíritu-materia y el espíritu-esencia (28).

Los pitagóricos llamaban al número siete vehículo de vida, como si estuviese dotado de cuerpo y alma; pues, según ellos, el cuerpo humano se compone de cuatro elementos y el alma de tres, conviene a saber: razón, pasión y deseo. Colocaban los griegos la *Palabra* inefable en el *séptimo* y más alto lugar, sobre sus siete substitutas o sucedáneas, correspondientes a los grados de iniciación. Los judíos tomaron el precepto del sábado de los antiguos, que tenían este día por nefasto y estaba consagrado a Saturno. En India, Arabia, Siria y Egipto figuraba ya en los cálculos del tiempo la semana de siete días, que los romanos se asimilaron al conquistar estos países, aunque hasta el siglo IV no quedó del todo substituido por el hebdomadario el cómputo de calendas, nonas e idus. Los nombres astronómicos de los días (29) prueban que no derivó de los hebreos la semana de siete días. Pero antes de analizar cabalísticamente este número, conviene examinarlo desde el punto de vista del sábado judaico-cristiano.

El *Shabbath* o *Yom-shaba* instituido por Moisés en memoria del descanso del Señor Dios, tras la obra de la creación, era tan sólo, como dice el *Zohar*, un velo para encubrir el verdadero significado. Entonces contaban los judíos y siguen contando ahora numeralmente los días de la semana de esta manera:

Yom-ahad; yom-sheni; yom-shelisho; yom rebis; yom-shamishi; yom-shishi; y yom-shaba. Que equivalen a *día primero; día segundo; día tercero; día cuarto; día quinto; día sexto; día séptimo.*

La palabra hebrea, consta de las tres letras: *s, b, o*, y tiene varias acepciones. En primer lugar significa época o ciclo (*shab-ang*). La voz ... (sábado) quiere decir *época antigua* y también *descanso* en idioma copto. *Sabe* significa *sabiduría, erudición*. Los arqueólogos modernos han descubierto que el término hebreo ... (*sab*) quiere decir asimismo *cabeza gris*, y por lo tanto, el día de saba era aquel en que los “hombres de cabeza gris”, o sea los ancianos de una tribu, se reunían para celebrar los sacrificios (30).

EL DOMINGO CRISTIANO

Así que la semana de siete días es el antiquísimo período *Saba* o *Sapta*. Las fiestas lunares de la India demuestran que también en este país se celebraban asambleas semanales. Así como cada fase de la luna determina alteraciones atmosféricas, también ocurren mudanzas en el universo entero, de las que las meteorológicas son las menos importantes. El día *séptimo*, el más poderoso día prismático, se congregan los adeptos de la ciencia secreta, como se congregaban hace miles de años, para actuar de agentes de las ocultas fuerzas naturales (emanaciones del Dios operante) y comunicarse con los mundos invisibles. Los antiguos sabios santificaban el *séptimo* día, no porque creyeran en el divino descanso, sino porque conocían su oculta influencia. De esto deriva la profunda veneración en que los antiguos filósofos tenían el número siete, que calificaban de “sagrado” y “venerable”. La Tetraktis pitagórica, tan respetada por los platónicos, se representaba en forma del *cuadrado* debajo del *triángulo*, símbolo este último de la Trinidad comprensiva de la invisible *Mónada* o *Unidad*; pero el nombre de la Tetraktis, por lo sacratísimo, sólo podía pronunciarse en el santuario.

La austera observancia del sábado (31) por los protestantes tiene mucho de tiranía religiosa y su daño excede al beneficio, pues con toda seguridad que no estuvo jamás en el pensamiento de Jesús distinguir dicho día de los otros seis, como así lo demostró con hechos y palabras, aparte de que los primitivos cristianos no guardaban este precepto (32).

Cuando el judío Trifón reconviene a los cristianos porque no guardaban el sábado, le responden los reconvenidos:

La nueva ley os mandará guardar un sábado perpetuo. Vosotros imagináis que sois religiosos, después de pasar un día en la ociosidad; pero el Señor no se satisface con esto. Si el perjurador y el defraudador se enmiendan y el adúltero se arrepiente, guardarán el sábado más acepto a Dios. Los elementos jamás están ociosos ni guardan sábado. Si antes de Moisés no hubo necesidad de guardar el sábado, tampoco debe haberla después de Jesucristo.

En cuanto al concepto de la Causa primera, dice Juan Reuchlin:

La *Heptaktis* no es la Causa suprema, sino sencillamente Su emanación, el primer efecto visible de la irrevelada Potestad. Es como Su divino *aliento* que, surgido impetuosamente, se condensa y refulge hasta convertirse en Luz que perciben los sentidos externos (33).

Este concepto de la emanación del Altísimo equivale al del Demiurgo o los Elohim (34) que forman el mundo en *seis* días y descansan el *séptimo*. Pero los *Elohim* no son ni más ni menos que la personificación de las fuerzas de la Naturaleza, los fieles agentes de las leyes de Aquél que de por Sí es armónica e inmutable Ley.

Los *Elohim* moran en el séptimo cielo (mundo espiritual), pues, según los cabalistas, formaron sucesivamente los seis mundos materiales, o mejor dicho, los seis bosquejos de mundos precedentes al nuestro, que es el séptimo. Pero si dando de mano al concepto metafísico-espiritual, nos contraemos al científico-religioso de la creación en seis días, tan detenida y dilatadamente comentado por los exégetas, podremos acaso desentrañar el oculto sentido de esta alegoría.

Los antiguos filósofos estaban versados en ciencias ocultas y podían enseñar que los seis mundos precedentes habían evolucionado físicamente en las sucesivas etapas de nacimiento, desarrollo, madurez, decrepitud y muerte, y que terminado el ciclo de evolución se habían restituido a su prístina modalidad de mundo etéreo, para morada durante toda una eternidad (35) de los espíritus de hombres y animales (36).

Nuestro planeta está tan sujeto a la evolución física como todo cuanto en él existe. De la *mente* de Aquél de quien nada sabemos y que tan sólo podemos concebir vagamente, impelido por Su voluntad creadora, surgió a la existencia este globo, cuya materia, fluídica y semi-etérea al principio, fue condensándose gradualmente hasta que la necesidad de evolución física, determinada por la materia (37), actualizó sus propias facultades creadoras. La *Materia* retó al *Espíritu* y la tierra tuvo también su caída, cuyo castigo está simbolizado en que tan sólo puede *procrear* y no *crear*. La tierra física o material es el agente servil de su dueño el espíritu. Así dicen los Elohim:

Multiplicaré tus dolores; con dolor parirás los hijos... Maldita será la tierra en tu obra..., espinas y abrojos te producirá... (38).

MALDICIÓN ALEGÓRICA

Esta alegórica maldición durará hasta que la más diminuta partícula de materia terrestre haya recorrido su ciclo evolutivo y por sucesivas transformaciones llegue a integrar el *alma viviente*, de modo que ésta alcance el punto terminal del arco ascendente del ciclo y se identifique con su *metraton*, o espíritu redentor, en el más alto peldaño de los mundos espirituales, de vuelta ya a la primaria morada de donde emanó. Más allá se abre el ABISMO sin fondo y empieza el MISTERIO.

Conviene recordar que todas las cosmogonías reconocen una Trinidad creadora formada por el Padre (espíritu), la Madre (materia) y el Hijo (universo manifestado), procedente de ambos. Cada uno de los astros que constituyen el universo pasa sucesivamente por cuatro edades o épocas análogas a las de la vida humana, y así tienen su infancia, juventud, virilidad y vejez. Estas *cuatro* épocas, con las *tres* personas de la Trinidad creadora, componen de nuevo el sagrado *siete*.

Los capítulos preliminares del *Génesis* no exponen ni la más remota alegoría de la creación de *nuestro* mundo, sino que entrañan el concepto metafísico de un período indefinido (39) de la eternidad, durante el cual la ley de evolución intentó diversas veces construir universos. Así dice el *Zohar*:

Hubo mundos que perecieron apenas surgidos a la existencia. No tenían forma y se les llamó *chispas*, como las que el forjador hace

brotar en todas direcciones cuando machaca el hierro. Las chispas son los mundos primitivos que no perduraron porque el *Sacro Anciano* (40) no había asumido aún su forma de rey y reina (41), y el Maestro no se ocupaba todavía en desenvolver su obra (42).

Los seis períodos o *días* del *Génesis* se refieren al mismo concepto metafísico, o sea que infructuosamente los *Elohim* intentaron por cinco veces construir nuestro universo, hasta que a la sexta vez lograron formarlo con todos sus planetas (43) y descansaron en el período *séptimo*. Así dice el *Zohar*:

Y cuando el Santo creó el presente mundo, exclamó: Éste me place; los precedentes no me pluguieron (44).

Y dice el *Génesis*:

Y vio Dios (*Elohim*) todas las cosas que había hecho; y eran muy buenas. Y fue la tarde y la mañana el día sexto (45).

DÍA Y NOCHE DE BRAHMÂ

Ya explicamos oportunamente el significado del día y noche de Brahmâ. El día simboliza un período de actividad cósmica y la noche igual período de reposo. Durante el día de Brahmâ se desenvuelven los mundos a través de las cuatro etapas o edades de su existencia. Durante la noche, la inspiración de Brahmâ invierte el sentido de las fuerzas naturales, se disgregan poco a poco las cosas visibles, sobreviene el caos y en el reposo cobra el Cosmos nuevo vigor para el próximo período de evolución. En la mañana de un día de Brahmâ los procesos de formación alcanzan el máximo de actividad, y por la tarde van declinando gradualmente hasta que llega la *noche* y con ella el *pralaya*. Estas mañana y tarde constituyen un día cósmico, por lo que no cabe duda de que el autor del *Génesis* se refería a un día de Brahmâ al decir:

Y fue la tarde y la mañana, un día (46).

Seis días de gradual evolución, uno de reposo y después el anochecer. Desde la aparición del hombre en *este* mundo, ha sido el tiempo un perpetuo sábado de reposo para el Demiurgo.

Las teorías cosmogónicas del *Génesis* se resumen en las razas de los hijos de Dios y de los hijos de los hombres, de los gigantes a que alude el capítulo VI. En rigor, la historia bíblica de la formación (47) de la tierra empieza cuando Noé se salva del diluvio en el arca. Las tablillas asirias recientemente traducidas por Jorge Smith, no dejan duda sobre esto en quienes saben interpretarlas esotéricamente. La diosa Istar predice en una de estas tablillas la destrucción del *sexto* mundo y la aparición del séptimo en los siguientes términos.

Por SEIS *días* y noches dominaron el viento, el diluvio y la tormenta.

En el *séptimo* día calmó la tempestad y cesó el diluvio que todo lo había destruido como un terremoto (48). Las aguas volvieron a sus cauces y amainó el viento y cesó el diluvio.

Yo percibí la costa en el límite del mar.

... al país de Nizir fue la nave (49); la montaña de Nizir detuvo la nave.

... el *primero* y *segundo* días hizo lo mismo la montaña de Nizir; el *quinto* y el *sexto* hizo lo mismo la montaña de Nizir.

... en el transcurso del *séptimo* día solté una paloma que se fue y no volvió..., y el cuervo se fue y no volvió...

Edifiqué un altar en la cumbre del monte.

... corté *siete* hierbas en cuyo fondo puse cañas, pinos y simgar; los dioses acudieron como moscas al sacrificio.

... desde muy antiguo *también el supremo Dios*, en su carrera.

... el intenso fulgor (50) de Anu hubo creado (51).

... el amuleto que ciñe mi cuello no resistiría la gloria de estos dioses...

Todo esto encubre un significado esotérico a un tiempo astronómico y mágico. En las tablillas se advierte desde luego la narración bíblica, y se echa de ver cuánto ha desfigurado ésta el gran poema caldeo con la personificada conversión de los dioses en patriarcas. No podemos

detenernos en el examen de los bíblico remedos de la alegoría caldea; pero sí recordaremos que, según testimonios tan adversos como Lenormant (52), la trinidad caldea emanada de *Ilon* (53) está constituida por *Anu, Nuah y Bel*. Es Anu el caos primitivo, el dios que a un tiempo simboliza el tiempo y el mundo (..... y), o la materia primordial desdoblada del eterno y absoluto principio de todas las cosas. Nuah es, según Lenormant, “la inteligencia, o mejor fuera decir el *Verbo* que vivifica y fecunda la materia, penetra el universo y lo gobierna y anima. Es el soberano del *húmedo elemento*, el *Espíritu semoviente sobre las aguas*”. Tenemos, por lo tanto, que Nuah está representado bíblicamente por Noé dentro del arca que flota sobre las aguas, y el arca es emblema de la luna (*argha*) o principio femenino. Así es Noé símbolo del *espíritu* que desciende a la *materia*.

SIMBOLISMO DE NOÉ

Apenas sale del arca, planta Noé una viña cuyo vino bebe y le embriaga, lo cual significa la turbación del espíritu en cuanto lo aprisiona la materia.

El séptimo capítulo del Génesis parafrasea el capítulo primero, según se infiere de los siguientes pasajes:

Las tinieblas estaban sobre el haz del abismo y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas (54).

Y el arca era llevada sobre las aguas (55).

Vemos, por lo tanto, que el Noé bíblico es el Nuah caldeo o sea el espíritu que vivifica la materia caótica simbolizada en la profundidad de las aguas diluviales. En la narración caldea está la diosa Ishtar o Astoreth (la luna) encerrada en el arca, y envía a la paloma (56) en busca de tierra enjuta. Por otra parte, según las tablillas asirias, Xisuthrus o Hasisadra fue transportado junto a los dioses en premio de su piedad, y en la Biblia este mismo personaje es Enoch arrebatado al cielo en un carro de fuego.

Todos los pueblos antiguos creyeron en la sucesiva existencia de incalculable número de mundos anteriores a la evolución del nuestro; pero como los cristianos tergiversaron a su antojo las Escrituras

hebreas, perdieron en castigo la clave de interpretación. Así vemos a los Padres de la Iglesia empeñados en la imposible tarea de establecer un cómputo cronológico sobre la interpretación literal del texto bíblico, mientras que los rabinos iniciados conocían perfectamente el significado esotérico de las alegorías, y por ello hablan las obras cabalísticas (57) de la serie de mundos surgidos del caos y evolucionados hasta su destrucción.

La doctrina induísta admite dos *pralayas* o desintegraciones; el *mahapralaya* o desintegración universal y el *pralaya* o desintegración parcial. El primero se refiere a la noche de Brahmâ, y el segundo a los cataclismos geológicos que sobrevienen al término de cada ciclo mínimo de nuestro globo. El diluvio de las narraciones estuvo localizado en el Asia central y ocurrió, según cálculos de Bunsen, unos diez mil años antes de J. C., sin relación alguna con el místico Nuah o Noé. Las tradiciones induístas señalan al término de cada época del mundo un cataclismo que no lo destruye, sino tan sólo altera su configuración geográfica, para que nuevas razas de hombres, animales y plantas evolucionen de las desaparecidas a consecuencia del cataclismo.

Los dos rasgos característicos del Pentateuco son la “caída del hombre” y el “diluvio universal”, el alfa y el omega o claves superior e inferior de la armónica escala en que resuena el himno de la creación del hombre, para quien indagando por medio del *zura* o *gemantria* figurativa el proceso de la evolución humana, desde el puramente espiritual punto de partida hasta el impuramente material punto de conversión (hombre postdiluviano), descubre en estos dos símbolos todo el significado que encierran.

De la propia manera que en los jeroglíficos egipcios se ha de prescindir de todo signo inadaptable a determinadas figuras geométricas, pues son un velo puesto deliberadamente por el hierogramático (58), así también hay en el texto bíblico muchos velos o enigmas que el lector ha de subordinar a la misma regla de los jeroglíficos, prescindiendo de los que no respondan al sistema numérico de la *Kábala*.

El diluvio aparece relatado en el *Mahâbhârata*, los *Purânas* y en el *Satapatha*, uno de los Brahmanas más posteriores, por lo que es muy

posible que Moisés, o quien fuese el autor del *Pentateuco*, se aprovechara de estas tradiciones para componer sus alegorías, desfigurándolas de propósito, con añadidura de la narración caldea de Berosio. El *Nemrod* bíblico es el rey *Daytha* del *Mahâbhârata*, que lanza imprecaciones contra la tempestad y amenaza conquistar el cielo con sus poderosos guerreros, por lo que atrae sobre el linaje humano la cólera de Brahmâ, quien, como dice el texto, “resolvióse entonces a infligir tan terrible castigo a sus criaturas, que sirviese de escarmiento a los sobrevivientes y su linaje”.

EL DILUVIO SEGÚN LOS INDOS

Vaivasvata, cuyo equivalente nos da el Noé bíblico, salva a un pececillo en que encarna Vishnú para advertir por su boca a aquel justo varón del inminente diluvio que va a sumergir la tierra y ahogar cuanto en ella vive, por lo que le manda construir una nave, en la que se había de embarcar con toda su familia. Así lo hace Vaivasvata, y luego de embarcado en la nave con su familia, una pareja de animales de cada especie y una semilla de cada planta, empezó a caer la lluvia. Entonces vino a colocarse delante de la nave un enorme pez unicornio, a cuyo cuerno ató Vaivasvata una soga, con arreglo a las órdenes recibidas, de modo que el pez pudiese remolcar la nave por entre los desencadenados elementos, hasta que, apaciguada su furia, se detuvo el pez con la nave en la cumbre de los Himalayas (59).

Muchos comentadores ortodoxos dicen que este relato es copia del de las Escrituras hebreas (60). Pero seguramente que si el diluvio llamado *universal* hubiese ocurrido en época que pudiera recordar el hombre, lo mencionarían algunos monumentos egipcios de remotísima antigüedad, al par que mencionan a Cam, Canaán y Mizraim, progenitores del pueblo copto; pero hasta ahora no se ha encontrado alusión alguna a esta catástrofe, aunque Mizraim pertenece ciertamente a la primera generación postdiluviana, si no fue antediluviano. Sin embargo, los caldeos conservan la tradición, según atestigua Berosio, y los indos nos han transmitido la leyenda antes citada; con lo que tenemos el contradictorio hecho de que de dos naciones coetáneas y civilizadas, Caldea y Egipto, una haya conservado y otra no la tradición del diluvio, siendo así que, según la *Biblia*, parece estar el Egipto mucho más relacionado con este asunto. El diluvio citado en la *Biblia*, en uno de los *Brahmanas* y en el *Fragmento* de

Berosio, se refiere a un cataclismo parcial que, según Bunsen, ocurrió unos 10.000 años antes de J. C., y según los cálculos zodiacales de los induístas alteró la configuración geográfica del Asia central. Sólo cabe explicar esta contradicción admitiendo que los caldeos aprendieron el relato de labios de los misteriosos huéspedes a que algunos asiriólogos llaman acadianos, o según parece más verosímil, descendientes de los salvados de la catástrofe. Los judíos tomaron de los caldeos la tradición del diluvio, como tomaron casi todas sus creencias populares, y los induístas la aprenderían seguramente de los países en que se establecieron antes de apoderarse del Punjâb. En cambio, los egipcios, cuyos primeros colonos llegaron del Sur de la India, tuvieron menos motivos para recordar el cataclismo, cuyos efectos se contrajeron, como hemos dicho, al Asia central.

Dice Burnouf que como el relato del diluvio se encuentra en un Brahmana de la última época, pudieron muy bien los indos haberlo copiado de las naciones semíticas; pero contra este supuesto se oponen conjuntamente todas las tradiciones y costumbres de los indos, ya que los arios, y menos todavía los brahmanes, no copiaron jamás absolutamente nada de los semitas, según corrobora el mismo abate Dubois que residió cuarenta años en la India y es uno de aquellos “animadversos testimonios”, como llama Higgins a los intérpretes ortodoxos de la *Biblia*. Dice Dubois:

Jamás he descubierto en la historia de los egipcios y hebreos, indicio alguno de que ni estos dos pueblos ni otro cualquiera de la tierra sea más antiguo que el pueblo indo con sus brahmanes; y por lo tanto, no creo que estos copiaran sus ritos de naciones extranjeras, antes al contrario, opino que son de fuente original y exclusivamente propia. Quien conozca el carácter e índoles de los brahmanes, su altivez, orgullo, vanidad, esquividad y soberano desdén por todo lo extranjero y por cuanto ellos no han inventado, coincidirá conmigo en que de ningún modo copiarían los usos, leyes, costumbres y creencias de un país extranjero (61).

LOS VEDAS Y EL DILUVIO

El relato induísta del diluvio alude al primer avatar de Vishnú (62) y corresponde a un yuga anterior al nuestro, al de la aparición de la vida animal (63). Por otra parte, la circunstancia de que nada digan del

diluvio los primitivos libros induístas es un poderoso argumento, de mayor valía en el caso presente en que sólo disponemos de inducciones. Dice sobre el particular Jacolliot:

Los *Vedas* y los *Libros de Manú*, estos dos monumentos de la primitiva mentalidad asiática, son incontrovertiblemente anteriores al diluvio, pues si por una parte la tradición (64) nos presenta a Vishnú salvando los *Vedas* del diluvio, por otra parte ni los *Vedas* ni los *Libros de Manú* ni otras obras mencionan esta catástrofe, al paso que los *Purânas*, el *Mahâbhârata* y otras más recientes la describen con minuciosos pormenores, demostrándose de esta suerte la antediluviana antigüedad de aquéllos, pues los *Vedas* no hubieran podido por menos de aludir en algún himno a la tremenda catástrofe que debió emocionar a las gentes muchísimo más que los fenómenos ordinarios de la naturaleza; ni tampoco Manú, que describe la creación y expone cronológicamente las épocas divinas hasta la aparición del hombre sobre la tierra, hubiera dejado en silencio un acontecimiento de tan excepcional importancia.

Manú enumera (65) los nombres de diez eminentes santos, a quienes llama parajâpatis (66), que los teólogos induístas consideran como profetas anteriores a la raza humana, pero que para los pundites son los diez poderosos reyes que florecieron en la edad de oro (*kritayuga*), el último de los cuales fue Brighu, de quien descendieron por sucesión genealógica Swârotchica, Ottami, Tamasa, Raivata, el glorioso Tchkchucha y el hijo de Vivasvata, todos los cuales merecieron el título de Manú (legislador divino), conferido también a los prajâpatis y a todos los personajes de la India primitiva. La genealogía se detiene en el nombre del hijo de Vivasvata.

Ahora bien; según los *Purânas* y el *Mahâbhârata*, el diluvio ocurrió en tiempos de este hijo de Vivasvata, que se llamaba Vaivaswata, y el recuerdo de la catástrofe se mantuvo por tradición que los emigrantes difundieron por todos los países que colonizaron.

La genealogía expuesta por Manú se detiene, según hemos visto, en Vivaswata, lo que prueba que cuando se compuso dicho libro, no había ocurrido todavía la catástrofe del diluvio (67).

El argumento es irrefutable y debieran tenerlo en cuenta los científicos cuya posición oficial les inclina a complacer al clero con la negativa de cuantos hechos prueban la formidable antigüedad de los *Vedas* y de los *Libros de Manú*.

El coronel Vans Kennedy dijo, hace mucho tiempo, que Babilonia fue desde un principio la metrópoli de la literatura sánscrita y de la erudición brahmánica; pero ¿cómo hubieran ido los brahmanes a Babilonia si no por haber emigrado a consecuencia de guerras intestinas? El relato más completo del diluvio nos lo da el *Mahâbhârata*, poema compuesto por Vedavyasa en loor de las alegóricas guerras entre las razas solar y lunar. Una de las versiones de este relato dice que Vivaswata fue el progenitor de todos los pueblos de la tierra, como de Noé afirma la narración bíblica. Otra interpretación nos presenta a Vivaswata, a manera de la leyenda griega de Deucalión y Pirra, arrojando guijarros en el limo dejado por las aguas, para engendrar hombres a voluntad. De estas dos versiones, una parecida a la hebrea y otra a la griega, cabe inferir, supuesta la antigüedad del pueblo indo, que los paganos griegos y los monoteístas hebreos las tomaron respectivamente del poema sánscrito por mediación de las escuelas de Babilonia.

La historia nos habla de la copiosa corriente emigratoria de los arios a lo largo del río Indo, y nos dice que, derramados después por occidente, algunas tribus pasaron desde el Asia menor a colonizar la Grecia; pero no hay el más leve indicio histórico de que ni el “pueblo escogido” ni los griegos penetraran en la India antes del siglo IV de la era precristiana, pues hasta esta época no descubrimos las vagas tradiciones según las cuales se corrieron desde Babilonia a la India algunas de las problemáticas tribus *perdidas* de Israel. Pero aun cuando se demostrara la existencia histórica de las diez tribus cautivas (68), no quedaría resuelto el problema; pues, según Colebrooke, Wilson y otros eminentes orientistas, el poema *Mahâbhârata* y el brahmána Satapatha, textos ambos en que aparece el relato del diluvio, son de muchísimo anteriores a la época de Ciro (69), el monarca que dio libertad a los israelitas, quienes sólo por entonces pudieron internarse en la India de vuelta a Palestina.

En cuanto a la versión semejante a la griega hay tanta carencia de pruebas a favor de su procedencia helénica como respecto de la

hebrea, y las tentativas de los helenistas han fracasado por completo en este punto, pues cada día es más dudoso que las huestes de Alejandro el Magno penetraran en la India septentrional, ya que los anales de este país nada dicen acerca de semejante invasión.

FÁBULAS Y LEYENDAS

Si aun la misma historia queda rectificada por las modernas investigaciones, ¿qué pensar de las fábulas y leyendas que a primera vista delatan el artificio de su invención? De ningún modo podemos estar de acuerdo con Max Müller cuando dice que “parece blasfemia considerar las fábulas del mundo pagano como adulterados fragmentos de la *divina* revelación recibida un tiempo por la raza humana”. Fuera preciso que en aras de la imparcialidad y de la justicia debida a ambos contendientes incluyera Müller en el número de estas leyendas las de la *Biblia*, cuyo lenguaje no es más *puro* ni más *moral* que el de los textos induístas, ni hay en el mundo pagano fábula más ridícula y blasfema que las pláticas de Moisés con Jehovah (70) ni divinidad alguna del gentilismo tan malévola como en ciertos pasajes bíblicos se muestra el dios tutelar de Israel. Si al cristiano le repugna la vista del Padre Kronos (Saturno) que devora a sus propios hijos y mutila a Urano, y si le horroriza el espectáculo de Júpiter que precipita a Vulcano del cielo a la tierra y se perniquebra en la caída, en cambio, un no cristiano se reirá de ver a Jacob luchando a brazo partido con el Creador, quien impotente para vencerlo le disloca el muslo, sin que esto sea obstáculo para que el patriarca se mantenga firme contra Dios y le cierre el paso. La fábula de Deucalión y Pirra que al arrojar piedras tras ellos engendraron a la raza humana, no es más ridícula que la de la mujer de Lot convertida en estatua de sal o la del Todopoderoso que forma al hombre del barro de la tierra y le infunde después el soplo de vida, a imitación del dios egipcio con cuernos de carnero que forma al hombre en un torno de alfarero. La fábula de Minerva, diosa de la sabiduría, que surge del cerebro de Júpiter armada de punta en blanco, es al menos poéticamente sugestiva, y ningún griego fue condenado a la hoguera por resistirse a tomarla al pie de la letra. En general, las fábulas paganas no son tan absurdas ni blasfemas como las interpoladas en el cristianismo con la aceptación canónica del *Antiguo Testamento* y la apertura de los registro taumatúrgicos de la Iglesia romana.

Añade a este punto Max Müller:

Muchos indos se sublevan al escuchar las inculpaciones de obscenidad contra las divinidades de sus Escrituras sagradas. Los brahmanes pueden demostrar que todas las fábulas religiosas tienen un *muy* profundo significado, pues siendo la obscenidad incompatible con los seres divinos, preciso es reconocer que las fábulas y leyendas sancionadas por el tiempo encierran un misterio que la respetuosa investigación sería capaz de descubrir.

Esto mismo dice el clero cristiano para cohonestar las obscenidades e incongruencias del *Antiguo Testamento*, con la diferencia de que en vez de admitir la interpretación de quienes poseen la clave del enigma, se arrogan el derecho de interpretarlas a su manera por supuesta *delegación divina*. Y no satisfechos con esto, han despojado a los rabinos de sus consuetudinarios medios de interpretación, de modo que apenas hay actualmente un rabino versado en la ciencia cabalista. Si los judíos han perdido la clave, ¿cómo pueden acertar en la interpretación? ¿Dónde están los manuscritos originales? Se dice que el más antiguo de cuantos se conocen en lengua hebrea es el *Código bodleiano*, cuya antigüedad no va más allá de ocho a nueve siglos (71). Por lo tanto, entre la época de Esdras y la aparición del *Codex bodleiano* transcurren quince siglos. El año 1490 la Inquisición mandó quemar *todas las Biblias hebreas*, y solamente Torquemada entregó seis mil a las llamas en Salamanca.

TERGIVERSACIÓN DE TEXTOS

Excepto unos cuantos ejemplares del *Tora Ketubim* y del *Nebiim* usados en las sinagogas y de más reciente fecha, nos parece que todos los manuscritos existentes están punteados con falsa interpretación por parte de los masotéricos, de modo que sin este método no se podría resistir en nuestro tiempo ningún ejemplar del *Antiguo Testamento*. Sabido es que los masotéricos, al copiar los manuscritos antiguos suprimieron cuantas frases les parecían *inconvenientes* (aunque escaparon a su atención las de algunos pasajes), e interpolaron otras de su propia invención que tergiversaron el sentido del texto. Sobre el particular dice Donaldson que “la escuela masotérica de Tiberias se ocupó en poner y quitar del texto hebreo todo cuanto le vino en gana, hasta la publicación del *Masorah*”. Por lo tanto, si

poseyéramos los manuscritos originales resultaría curiosos e instructivo cotejarlos con los *Vedas* y otros libros induístas, pues seguramente que ni la más ciega fe fuera capaz de engullirse tan enorme alud de fábulas obscenas. Pero si millones de gentes que de cultas y civilizadas presumen, creen en estas fábulas a cierra ojos porque les han dicho que son de *revelación divina*, no debe nadie maravillarse de que los brahmanes creen también que sus libros sagrados son fruto de otra divina revelación (72).

Demos gracias a los masotéricos por su obra, pero veamos por anverso y reverso la medalla.

Si las leyendas, símbolos y alegorías son de tradición inda, caldea o egipcia, apenas se las considera merecedoras de examen ni se sospechan sus relaciones con la astronomía y antropogénesis; pero en cuanto mutilados y pervertidos se incorporan a la Escritura sagrada, se les acepta como palabra de Dios. ¿Dónde queda en esto la imparcialidad? ¿Dónde la justicia? Hace diecinueve siglos dijo el Reformador cristiano que no era posible servir a Dios y a Belial, y parafraseando esta máxima podríamos afirmar en nuestros tiempos que no es posible servir a la verdad y al prejuicio, aunque los dogmatizadores presuman de servir a la verdad.

Casi todos los mitos religiosos tienen fundamento a la par histórico y científico, pues como dice Pococke:

Vemos probado actualmente que los mitos son *fábulas* cuando no acertamos en su interpretación, y son *verdades* cuando descubrimos el real significado con que los antiguos los comprendieron. Nuestra ignorancia ha convertido en mítico lo histórico, y esta ignorancia la hemos heredado de los griegos como consecuencia de la vanidad helénica (73).

Ya demostraron Bunsen y Champollión que los libros sagrados de Egipto son muchísimo más antiguos que el *Génesis*; y las modernas investigaciones han robustecido la sospecha, para nosotros certidumbre, de que las leyes de Moisés son copia del Código de Manú, por lo que resulta muy probable que el Egipto debiera a la India su civilización, arte e instituciones sociales. Pero aunque contra este parecer se agrupen hostilmente toda una falange de autoridades

científicas que niegan los hechos comprobatorios, tarde o temprano habrán de rendirse a la evidencia (74).

Dice Müller:

Difícil sería dilucidar si los *Vedas* son los libros más antiguos del mundo y si parte del *Antiguo Testamento* puede o no aventajar en antigüedad a los más antiguos himnos védicos (75).

Sin embargo, su cambio de opinión respecto del nirvana permite esperar que también la rectifique por lo que se refiere a la antigüedad del *Génesis*, de modo que las gentes reciban el beneficio de la verdad sancionada por uno de los más prestigiosos científicos de Europa.

ÉPOCA DE ZOROASTRO

Sabido es que los orientalistas no se han puesto aún de acuerdo sobre la época de Zoroastro; y por lo tanto, será más seguro fiarnos de los cálculos brahmánicos que de las opiniones de los científicos (76), pues Bunsen calcula que Zoroastro floreció en Ecbatiana, que la emigración de los ecbatianos a la India corresponde al año 3784 antes de J. C. y el nacimiento de Moisés al 1392 de la misma era precristiana (77). Pero resulta muy anacrónico colocar a Zoroastro en época anterior a los *Vedas*, puesto que de estos libros está entresacada toda la doctrina zoroastriana, y si bien residió Zoroastro algún tiempo en el Afganistán antes de pasar al Punjâb, en este último país empezaron a escribirse los *Vedas*, que denotan el progreso de los indos, como el *Avesta* el de los iraníes. Por otra parte, Haug atribuye al brahmana Aitareya (78) una antigüedad de 1400 a 1200 años antes de J. C. y a los *Vedas* la de 2400 a 2000 años. Müller pone algunos reparos a este cálculo, aunque no lo niega por completo (79). Pero suponiendo que Moisés escribiera el *Pentateuco* (80), si este legislador nació, como calcula Bunsen, el año 1392 antes de J. C., no puede ser el *Pentateuco* más antiguo que los *Vedas*, pues Zoroastro nació el 3784 antes de J. C., y ya su doctrina es reflejo de los *Vedas*. Además, dice Haug (81) que algunos himnos del *Rig Veda* datan de treinta y siete siglos antes de J. C., precedentemente al cisma de Zoroastro, ocurrido, según Müller, durante el período védico; y por lo tanto, no cabe remontar trozo alguno del *Antiguo Testamento* a la misma época de los *Vedas*, y mucho menos a una época anterior a los himnos védicos.

Admiten generalmente los orientalistas que 3000 años antes de J. C. estaban todavía los arios en las estepas de la orilla oriental del mar Caspio, y Rawlinson conjetura que su foco central era Armenia, de donde se derramaron por Oriente hacia la India, por el Norte hacia el Cáucaso y por Occidente hacia el Asia menor y Grecia, de suerte que ya antes del siglo XV de la era precristiana aparecen en la cuenca del Indo superior, en donde sobrevino el cisma entre los arios védicos, que se encaminaron al Punjâb, y los arios zéndicos, que se dirigieron a Occidente para fundar los históricos imperios de Asia (82). Añade Rawlinson que la primitiva historia de los arios está envuelta en los velos del misterio; pero muchos y muy eruditos brahmanes han encontrado indicios de la existencia de los *Vedas* 2100 años antes de J. C., y por otra parte atribuye Jones al *Yaguar-Veda* una antigüedad de 1580 años antes de J. C., o sea muy anterior a Moisés.

Max Müller y otros orientalistas de Oxford se fundan en el supuesto hecho de que los arios emigraron del Afganistán al Punjâb unos quince siglos antes de J. C., para computar a determinadas porciones del *Antiguo Testamento* fecha igual o acaso más temprana que la de los más antiguos himnos védicos. Por lo tanto, mientras los orientalistas no se pongan de acuerdo para fijar la fecha en que floreció Zoroastro, no puede haber autoridad tan fidedigna como la de los brahmanes para computar la época de los *Vedas*.

Es indudable que los judíos copiaron la mayor parte de sus leyes de los egipcios, que en nuestra opinión fueron los primitivos indos (83), según nos demostrará el examen geográfico de la India antigua. En efecto, si exceptuamos la Escitia y la Etiopía, no hay región tan inciertamente delimitada en los mapas como la India antigua, que se extendía hacia el oriente de Babilonia con el nombre de Indostán y fue cuna de las razas cusitas o camíticas, que dominaron por completo el país y rindieron culto a las divinidades *Bala* y *Bhavani*. La India de los primitivos sabios parece que fue el territorio comprendido entre las fuentes del Oxo y las del Jaxartes. Apolonio de Tyana atravesó la cordillera del Cáucaso, llamada Kush por los indos, y encontró a un rey que le condujo al país de los sabios, descendientes acaso de los que el historiador Amian Marcelino denomina “brahmanes de la India septentrional”, a quienes visitó Darío Histaspes e instruido por ellos restableció el verdadero culto mágico. Este episodio de la vida de Apolonio indica, al parecer, que estuvo en el país de Cachemira, donde

los *nagas* le aleccionaron en las doctrinas budistas. En aquella época la India aria no se dilataba más allá del Punjâb.

POBLADORES DE LA INDIA

En nuestra opinión, el obstáculo que mayormente se opone al progreso de la etnología es la triple progenie de Noé, pues los orientalistas occidentales se han empeñado en la imposible conciliación de las razas postdiluvianas con los descendientes de Sem, Cam y Jafet. La bíblica arca de Noé ha sido un lecho de Procusto para cuanto se quiso encerrar en ella; y desviada la investigación de las verdaderas fuentes donde beber el origen del hombre, tomó por realidad histórica una alegoría cosmogónica. Mala fortuna tuvo el cristianismo al escoger entre las Escrituras sagradas de los pueblos antiguos la de uno de raza semítica, la menos espiritual del linaje humano, raza incapaz de formar de sus numerosos idiomas uno que sirviese de apropiada expresión a las ideas de los mundos intelectual y moral, en vez de contraerse al bajo vuelo de las figuras sensuales y terrenas; raza cuya literatura es desacertado remedo del pensamiento ario, y cuyas ciencia y filosofía andan necesitadas de los nobilísimos rasgos que caracterizan los metafísicos y espirituales sistemas de la raza aria o jafética.

Bunsen opina que el idioma cáamico del antiguo Egipto contenía en sí los gérmenes del semítico, dando prueba con ello del común origen de las razas aria y semítica. Pero conviene recordar sobre el caso, que si bien los pueblos del Asia sudoccidental y occidental, incluso los medos, eran todos arios, no está probado todavía quiénes fuesen los primeros pobladores de la India; y por lo tanto, mientras la historia no documente este punto, nada se opone a nuestra hipótesis de que esos primeros pobladores fueron los etíopes orientales o arios (84) de piel oscura, que durante mucho tiempo dominaron todo el territorio de la antigua India, cuya posesión asigna más tarde Manú al pueblo de idioma sánscrito, según le denominan los orientalistas.

Se *supone* que los indos sánscritos vinieron del Noroeste; se *conjetura* que profesaban la religión induísta y que *probablemente* hablaban el idioma sánscrito. En estos tres deleznable datos se han apoyado los filólogos europeos que llevaron constantemente pendientes del cuello a los tres hijos de Noé desde que Jones publicó sus estudios sobre el

Indostán y la vasta literatura sánscrita. ¿Ésta es la ciencia experimental libre de preocupaciones religiosas? Mucho en verdad ganara la etnología si alguien hubiese arrojado al agua por la borda al triunvirato noético antes de que el arca tomara tierra.

Generalmente incluyen los etnólogos a los etíopes en el grupo semítico; pero ya veremos que no les corresponde esta clasificación y demostraremos también su influencia en la cultura egipcia, que siempre se mantuvo en el mismo grado de esplendor sin prosperar ni decaer, como sucedió en otros países. El Egipto debe su civilización, sus instituciones políticas y sus artes, especialmente el arquitectónico, a la India prevédica, pues los colonizadores del país fueron aquellos arios de piel oscura a quienes Homero y Herodoto llaman etíopes orientales, o sean los habitantes de la India meridional que llevaron a Egipto su ya adelantada civilización, en la época que Bunsen denomina preménica, pero que corresponde a los tiempos históricos.

Dice sobre este punto Pococke:

El relato completo de las guerras entre los jefes solares Usras (Osiris), príncipe de los glucas, y Tu-phu, es alegoría de aquellas otras guerras que la historia nos describe suscitadas entre los apianos o tribus helólicas de Ude con las gentes de Tu-phu o Tíbet, raza lunar compuesta por la mayor parte de budistas y enemiga de Rama y los *etyo-pias* o gentes de Ude que fueron subsiguientemente los *ethio-pianos* de África (85).

Recordaremos a este propósito que en la epopeya *Râmâyana*, el gigante Ravan aparece en su lucha con Ramachandra como rey de Lanka, nombre antiguo de Ceilán, que seguramente formaría parte en aquel entonces del continente de la India meridional poblada por “etíopes orientales”, quienes vencidos por Rama, hijo de Dasarata, rey solar de la antigua Ude, emigraron en parte al África del Norte, si, como muchos sospechan, la *Ilíada* de Homero es un plagio del *Râmâyana*, no podemos por menos de reconocer remotísima antigüedad a las tradiciones que sirvieron de fundamento a este último poema; y en consecuencia, hay en la prehistoria lugar sobrado para un período durante el cual los etíopes orientales pudieran establecerse en Egipto con todos los adelantos de su índica civilización.

La arqueología no ha interpretado aún con acierto las inscripciones cuneiformes, y hasta que las descifre debidamente (86), ¿quién es capaz de suponer los secretos que habrán de revelar? El monumento más antiguo de la lengua sánscrita es el de Chandragupta (315 años antes de J. C.), y las inscripciones persepolitanas le aventajan de 220 años. Hay manuscritos cuyos caracteres desconocen por completo los filólogos y paleógrafos (87).

IDIOMAS SEMÍTICOS

Los lingüistas colocan los idiomas semíticos en la familia indoeuropea; pero excepto al copto y etíope, no creemos que a los demás les convenga esta clasificación, no obstante las aparentes relaciones que con las lenguas semíticas establece engañosamente la corrupción del moderno etíope y varios dialectos del Norte de África.

Puede probarse la mayor consanguinidad entre los etíopes y los arios de tez oscura que entre estos y los egipcios, pues recientemente se ha visto que los antiguos egipcios eran de raza caucásica con la configuración craneal evidentemente asiática (88). Si los antiguos etíopes no eran de tez tan cobriza como los modernos, también pudieron tener más delicada complexión. Es muy significativo el hecho de que entre los antiguos etíopes no heredaba la corona el hijo del rey, sino el *sobrino por parte de hermana*; y la misma ley rige todavía en la India meridional donde no suceden al rajah sus propios hijos, sino los *hijos de su hermana* (89)

Otra prueba es que de todos los idiomas y dialectos a que se atribuye filiación semítica, tan sólo el etíope se escribe de izquierda a derecha, como el sánscrito y demás de la familia aria (90).

Así es que contra el origen indo de los egipcios tan sólo se levanta la mítica hipótesis de Cam, hijo de Noé, que si no hubiese otros argumentos se desvanecería al observar que las instituciones políticas, religiosas y sociales de los egipcios declaran evidentemente su origen indo.

Las primitivas tradiciones de la India mencionan dos dinastías ya olvidadas en la noche de los tiempos: la dinastía del Sol que reinaba en Ayodhia (hoy Ude) y la dinastía de la Luna que reinaba en Pruyag (hoy

Allahabad). El *Libro de los muertos* expone todo lo referente al culto religioso de estos primitivos reyes, con las particularidades de la adoración del sol y de los dioses solares. Nunca nombra dicho libro a Osiris y Horus sin relacionarlos con el sol, pues son los “Hijos del Sol”, y “el Señor y Adorador del Sol” es su nombre. El Sol es el creador del cuerpo y el progenitor de los “dioses sucesores del Sol”.

DIVINIDADES SOLARES

En su ingeniosísima obra defiende Pococke con energía la misma opinión y señala más claramente aún la identidad de las mitologías egipcia, griega e inda. Las primitivas tradiciones de la India hablan del caudillo de la raza solar llamado Cuclopos (91) y por sobrenombre “el gran sol”. Este príncipe fue el progenitor y patriarca de la dilatadísima estirpe inaquiese, y según nos dice Pococke, recibió honores divinos después de la muerte y su alma transmigró al cuerpo del buey Apis (92). Por otra parte, continúa diciendo Pococke, Osiris, cuyo verdadero nombre es *Usras*, significa a la par "toro" y "rayo de luz".

Champollión (92) alude frecuentemente a las dos dinastías reales del Sol y de la Luna, cuyos monarcas recibieron después de muertos honores de divinidades solares y lunares. El culto de esos dioses menores fue la adulteración inicial de aquella potente fe primitiva que acertadamente veía en el sol el más expresivo símbolo de la universal e invisible presencia del Señor de vida y muerte. De esta primitiva fe se descubren vestigios en todas las antiguas religiones. Los himnos del *Rig Veda* invocan a Sûrya (el sol) y a Agni (fuego) con los títulos de “Gobernador del universo”, “Señor de los hombres” y “Rey sabio”. Los caldeos, parsis, egipcios y griegos adoraron también al sol bajo los respectivos nombres de Mitra, Ahuramazda, Osiris y Zeus, y conservaron el fuego sagrado en honor de su cercana pariente Vesta. El mismo culto del sol vemos entre los peruanos, en la zarza ardiente de Moisés, en los altares levantados por los patriarcas bíblicos y en los sacrificios que los monoteístas judíos ofrecían a la diosa Astarté, reina del cielo.

A pesar de tantas controversias e investigaciones, la arqueología y la historia nada han averiguado de cierto sobre el origen del pueblo judío, pues lo mismo pueden proceder de los tchandalas o parias desterrados de la antigua India, que de los “albañiles” mencionados por Vinasvati,

Vedavyasa y Manú, de los fenicios de Herodoto, o de los hyksos de Josefo (pastores palis), aunque bien pudieran ser una entremezcla de todos ellos (94).

Muchos personajes bíblicos son figuras míticas, según se infiere de sus rasgos biográficos. Así resultan el profeta Samuel y el juez Sansón una misma entidad desdoblada en dos personalidades, pues el primero era hijo de *El Kaina* y Ana, y el segundo de Manua o Manoah. Equivalen respectivamente a Ganesa y a Hércules. A Samuel se le atribuye la abolición del culto cananeo de Baal (Adonis) y Astarté (Venus) y la restauración del de Jehovah con el establecimiento de la monarquía, cuando a ruegos del pueblo que pedía rey ungió primero a Saúl y después por prevaricación de éste a David.

David es una figura idéntica a la del rey Arturo. Realizó grandes hazañas y extendió su dominio a la Siria e Idumea hasta la Armenia y la Asiria por el Norte y Nordeste, el desierto de Siria y el golfo Pérsico al Este, Arabia al Sur y Egipto por Oeste. Sólo se libró la Fenicia del estruendo de sus armas.

La amistad de David con Hiram parece indicar que desde Fenicia efectuó su primera incursión en Judea, y su prolongada estancia en Hebrón, la ciudad de los kabires (ciudad del *Arba* o de los cuatro), permite conjeturar que modificó la religión de los hebreos.

A David le sucedió su arrogante y voluptuoso hijo Salomón, que mantuvo los dominios de su padre y edificó el magnífico templo de Jerusalén en honor de Jehovah (Tukt-Suleima), al propio tiempo que en el monte Olivete levantaba altares a Moloch-Hércules, Khemosh y Astarté, derribados posteriormente por Josías.

Pero a la muerte de Salomón estallaron revueltas en Idumea y Siria, y el profeta Ahías se puso al frente de un movimiento popular cuyo resultado fue la separación de los reinos de Israel y Judá, quedando el primero bajo la soberanía de Jeroboán. Desde entonces predominaron los profetas en Israel y prevaleció el culto del becerro en todo el país. Extinguida la familia real de Acab y fracasada la tentativa de Jehu para reunir bajo un solo cetro a todo Israel, subsistió la casa real de Judá, y al subir al trono Ezequías, sacudió el yugo de los asirios (95), y hay indicios de que instituyó un colegio sacerdotal (96) y transmutó

radicalmente el culto religioso del país, hasta el punto de hacer pedazos la serpiente de bronce construida por Moisés (97). Esto demuestra que son míticas las figuras de Samuel, David y Salomón, pues la mayor parte de los profetas, que al propio tiempo eran literatos, empezaron a escribir en aquella época.

EL MESÍAS PROMETIDO

Finalmente, los asirios se apoderaron de Palestina, y encontraron allí las mismas gentes e instituciones públicas que en Fenicia y otros países.

Ezequías no era hijo natural, sino adoptivo de Achaz y yerno del profeta Isaías, con quien Achaz rehusó la alianza que le brindaba, según se infiere de los siguientes pasajes:

Pide para ti una señal del señor tu Dios en lo profundo del infierno o arriba en lo alto.

Y dijo Achaz: No la pediré y no tentaré al Señor (98).

El profeta Isaías le había declarado al rey:

Si no lo creyereis no permaneceréis (99).

En esta frase vaticina la extinción de la dinastía de Judá.

Pero hay otro pasaje que dice:

Por eso el mismo Señor os dará una señal. He aquí que concebirá una virgen y parirá un niño y será llamado su nombre Emmanuel. Manteca y miel comerá hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno... Traerá el Señor sobre ti y sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre por medio del rey de los asirios, días cuales no fueron desde los días en que se separó Efrain de Judá (100).

También hay otros pasajes en que el profeta ensalza al futuro caudillo (101) que ha de recoger los dispersos de Judá de las cuatro plagas de la tierra (102). El prometido Redentor había de nacer en Bethlehem de la estirpe de David y había de dar en rostro a los asirios con quien Achaz

se aliara, y reformar la religión del país. Esto precisamente hizo el rey Ezequías, nieto por línea materna del profeta Zacarías (103), consejero de su bisabuelo el rey Ozías (104), al apartarse de las abominaciones de sus predecesores, diciendo:

Pecaron nuestros padres e hicieron lo malo en la presencia del Señor nuestro Dios...

Ved cómo nuestros padres han perecido a cuchillo (105).

Intentó Ezequías reconciliar a los reinos de Judá e Israel, como así pudo lograrlo (106) aunque por breve tiempo, pues la irrupción de los asirios (107) instauró un nuevo régimen.

De todo esto se infiere que en la religión de los judíos se explayaban dos contrapuestas orientaciones: la del culto oficial mantenido por motivos políticos, y la del culto popular idolátrico, resultante de la ignorancia en que estaba el vulgo de la doctrina esotérica enseñada por Moisés. Ezequías destruyó los altos, taló los bosques y quebró las estatuas levantadas en tiempo de Salomón.

Era Ezequías el Mesías esperado por los mantenedores de la exotérica religión oficial. Era la vara de la raíz de Jessé (108) que debía rescatar a los judíos de su lastimosa cautividad (109). Pero si Ezequías abolió la idolatría y el culto de Baal, también arrebató violentamente al pueblo de Israel la religión de sus padres y los secretos ritos instituidos por Moisés.

Darío Hystaspes estableció en Judea una colonia persa, cuyo caudillo sería tal vez Zorobabel (que significa “hijo de Babilonia”, como Zoroastro (.....) “hijo de Ishtar”) (110) y estaría, sin duda, formada en su mayor parte por judíos (111). La recopilación de la ley mosaica se atribuye diversamente a las épocas de Ezequías, Esdras, Simón el Justo y asmoneo. Nada se sabe en definitiva, pues por doquiera aparecen contradicciones. En los comienzos de la época asmoneana, los doctores de la ley se llamaban asideanos o khasdimes (caldeos) y posteriormente se les dio el nombre de fariseos o farsis (parsis), lo cual indica que las colonias persas predominaban en el país, mientras que el pueblo de Isarel, con sus sacerdotes y levitas, convivía y se enlazaba

con todas las gentes circunvecinas que nombran los libros del *Génesis* y *Josué* (112).

SARGÓN Y MOISÉS

El *Antiguo Testamento* no contiene ningún verdadero elemento histórico, y para encontrarlo hemos de recurrir a los profetas, cuyas indiscretas revelaciones nos suministran los pocos datos fidedignos sobre que apoyar la historia de Israel. Los libros que lo componen debieron de escribirlos distintos autores en diversas épocas, o más bien sería una fábula inventada para cohonestar un culto religioso cuyo origen podemos descubrir, por una parte, en los misterios órficos, y por otra, en los ritos egipcios, con los que estuvo Moisés familiarizado desde su infancia.

A partir del siglo XVIII, la Iglesia se ha visto precisada a retroceder en el campo de la exégesis bíblica que antes usurpara a sus legítimos dueños, pues se ha demostrado que todos los personajes, uno tras otro, son remedo de los mitos paganos. Los recientes descubrimientos del llorado asiriólogo Jorge Smith evidenciaron que Sargón y sus tablillas superan en antigüedad a Moisés y su *Pentateuco*, pues resulta que la biografía del legislador hebreo es remedo de la de aquel personaje, como también el relato del *Éxodo* fue copiado de los asirios, y las joyas de oro y plata lo fueron de las egipcias.

Dice Smith:

En el palacio de Senacherib, en Kuyunjik, descubrí otro fragmento de la curiosa historia de Sargón que oportunamente traduje y publiqué en los *Trabajos de la Sociedad de Arqueología bíblica*, I, parte I, 46. Según el texto descubierto, a Sargón, uno de los primitivos monarcas babilónicos, lo tuvo escondido su madre hasta que lo puso en una cesta de mimbres, convenientemente calafateada con betún y pez, que abandonó a la corriente del Éufrates, lo mismo que la madre de Moisés hizo con su hijo, según el relato bíblico (*Éxodo*, 2, 3). Descubrió la cesta un aguador llamado Akki, quien prohió al niño, que con el tiempo llegó a ser rey de Babilonia y tuvo su corte en Agadi (113), donde reinó por tiempo de cuarenta y cinco años (114). La ciudad de Agadi o Acad estaba cerca de *Sippara* (115), sita a orillas del Éufrates, al Norte de

Babilonia. Floreció Sargón en el siglo XVI antes de J. C., y acaso antes de esta época (116).

Es sumamente curiosa la historia de Sargón, tal como aparece en las tablillas asirias, que tradujo Smith en los siguientes versículos:

1. Yo soy el poderoso rey Sargón, rey de Akkad.
2. Mi madre era una princesa; no conocí a mi padre; un hermano de mi padre reinaba en el país.
3. En la ciudad de Azupirana que está a orillas del Éufrates.
4. Me concibió la princesa mi madre, y parióme con mucho sufrimiento.
5. Me puso en una cesta de mimbres sellada con betún.
6. En ella me botó al río, pero el río no me ahogó.
7. El río me condujo a manos del aguador Akki, quien me recogió.
8. Akki, el aguador, se me llevó solícitamente, etc., etc.

Este relato concuerda substancialmente con el bíblico que dice:

Salió después de esto un hombre de la casa de Levi y tomó mujer de su linaje.

La cual concibió y parió un hijo, y viéndole que era hermoso le tuvo escondido tres meses.

Pero no pudiendo ya ocultarle, tomó una cestilla de juncos y la calafateó con betún y pez y puso dentro al niño y lo abandonó en un carrizal de la orilla del río (117).

Las épocas de la cronología inda difieren muy poco de las griegas, romanas y aun de las judías, según nos da a entender el cómputo mosaico. Si, como se empeña la interpretación clerical, hubiéramos de

tomar al pie de la letra la cronología bíblica, resultaría que de la creación del mundo a Moisés sólo transcurrieron cuatro generaciones, lo cual es evidentemente ridículo (118); pero los cabalistas saben que estas cuatro generaciones representan edades del mundo. Las alegorías que en los cómputos están hábilmente interpuestas en los libros mosaicos, gracias al artificioso procedimiento masotérico, de modo tal, que se reducen al insignificante período de 2513 años.

NOÉ Y EL ARCA

La cronología exotérica de la *Biblia* está forjada de intento para que se corresponda con las cuatro edades: la de oro (de Adán a Abraham), la de plata (de Abraham a David), la de cobre (de David a la cautividad de Babilonia) y la de hierro (de la cautividad en adelante). Pero el cómputo secreto es totalmente distinto y en nada discrepa de los induístas cómputos zodiacales. Ahora estamos en la edad de hierro (*kaliyuga*), que no empezó en la cautividad, sino con Noé o Nuah, el mítico progenitor de la quinta raza, quien como todas las manifestaciones personificadas de *Swayambhuva*, era andrógino, y así corresponde a veces al elemento femenino, “Nuah o madre universal”, de la trinidad caldea; pues, según ya dijimos, todo elemento masculino o activo tiene en las tríadas cosmogónicas su reflejo complemento femenino o pasivo. La trimurti induísta tiene sus *saktis* o desdobles femeninos, y a la tríada masculina caldea, cuyos elementos son: *Ana*, *Belita* y *Davkina*, corresponden los elementos femeninos: *Anu*, *Bel* y *Nuah*. Los tres primeros se unifican en *Belita*, la “soberana diosa y señora del abismo inferior, madre de los dioses, reina de la tierra y de la fecundidad”.

Cuando *Belita* representa la “humedad” primordial de que toda materia procede, se la llama *Tamti*, símbolo del mar, madre de la *ciudad de Erech* (la gran necrópolis caldea), y es, por lo tanto, una diosa infernal. En el mundo astronómico recibe el nombre de Ishtar o Astarté, y equivale a Venus y demás reinas celestes, a quienes se ofrecían en sacrificio (119) tortas y pasteles, así como también es idéntica a *Eva*, la madre de todo ser viviente, y a la virgen María de los cristianos.

El arca en que Noé encerró los gérmenes de todo lo necesario para repoblar la tierra es emblema de la supervivencia y de la supremacía

del espíritu respecto de la materia en el conflicto provocado por la oposición de las fuerzas naturales. En el mapa astroteosófico del rito occidental, el arca corresponde al sitio del ombligo, y está colocada a la izquierda, en el lado de la mujer, uno de cuyos símbolos es la columna izquierda (*Booz*) del templo de Salomón, pues el ombligo está relacionado con la matriz, donde se desenvuelven los gérmenes de la raza (120).

Es el arca de Noé el sagrado *Argha* de los indos, bajel oblongo que los sacerdotes empleaban a manera de cáliz en los sacrificios ofrecidos a Isis, Astarté y Venus Afrodita, diosas de las fuerzas generadoras de la materia, y por lo tanto simbolizadas en el arca que encierra los gérmenes de todas las cosas vivientes.

Confesamos que las antiguas religiones tuvieron, y todavía hay de ello ejemplo en la India, símbolos que a los hipócritas y puritanos les parecen escandalosamente obscenos; pero ¿no copiaron los judíos la mayor parte de estos símbolos? Hemos expuesto ya en otro lugar la identidad del *lingham* indo con la *columna* de Jacob, y podríamos citar numerosos ritos cristianos del mismo origen, si no se nos hubiesen adelantado cumplidamente en esta tarea otros investigadores (121).

Sobre el culto de los egipcios dice la señora Lidia María Child:

La veneración por la fuerza generadora de la vida introdujo en el culto de Osiris los emblemas sexuales, tan comunes en el Indostán. El rey Tolomeo Filadelfo regaló al templo de Alejandría una colosal imagen de esta índole... La veneración por el misterio de la vida organizada favoreció el reconocimiento de la dualidad masculino-femenina en todas las cosas, así espirituales como materiales... Los emblemas sexuales que por doquiera se descubren en las esculturas religiosas parecen obscenos a primera vista; pero si se estudian casta y reflexivamente, vemos cuán austera y sencilla es su significación (122).

Verdaderamente que estarán conformes con esta ilustre escritora cuantos, por su pureza mental y rectitud de juicio, repugnen la gazmoñería de esta nuestra época que, movida de hipócritas sentimientos, ha desfigurado y pervertido el significado de los antiguos emblemas religiosos.

EVA-LILITH Y EVA

Las aguas del diluvio, que en alegoría a que nos referimos están figuradas por el mar Tamti, simbolizan la turbulenta materia caótica, denominada “el gran Dragón”. Según los gnósticos y rosacruces medioevales, en el plan de la creación no estuvo incluida la mujer, sino que fue engendrada por la impura imaginación del hombre, y así dijeron los herméticos que fue una “intrusa” concebida en el mal (hora séptima), cuando ya desvanecidos los sobrenaturales mundos reales, empiezan a desenvolverse los naturales e *ilusorios* a lo largo del microcosmos descendente o sea el arco del ciclo máximo. Primero, la Virgen celeste, la “Virgo” zodiacal, se transmuta en “Virgo Escorpio”; pero al desenvolverse su segunda compañera, el hombre, sin darse cuenta de ello, le infunde algo de su espiritualidad, y este nuevo ser engendrado por su imaginación se convierte en el “Salvador” que le libra de las asechanzas de Eva-Lilith, la Eva primordial, en cuya constitución entraba mayor cantidad de materia que en el primitivo hombre “espiritual” (123).

Tenemos, por lo tanto, que la mujer está cosmogónicamente relacionada con la materia o el *gran abismo*, cuyo símbolo es la “Virgen del Mar”, que aplasta bajo sus pies la cabeza del Dragón (124).

Por otra parte, los marinos católicos veneran por patrona a la Virgen María, una de cuyas invocaciones es *Maris Stella* o Virgen del Mar. De la propia suerte era Dido patrona de los marinos fenicios (125), y, como a Venus y demás diosas lunares (126), se le daba el título de Virgen del Mar (127). Por esta razón, el color azul, que entre los antiguos era emblema del *gran abismo*, llegó a formar con el tiempo la librea de la Virgen María; pero los mendeanos de Basra o cristianos de San Juan tienen aversión al color azul, porque lo consideran relacionado con la simbólica serpiente.

Entre las hermosas láminas de Maurice hay una que representa a Krishna en actitud de aplastar la cabeza de la serpiente. Lleva el dios una mitra de tres puntas (emblema de la trinidad) y en su talle se enrosca el cuerpo del vencido reptil. Esta lámina denota el origen de la fábula compuesta posteriormente para cohonestar aquel profético pasaje que dice:

Enemistades pondré entre ti y la mujer y entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza y tú pondrás asechanzas a su calcañar (128).

También los egipcios representaban a Orante con los brazos en cruz y aplastando a la serpiente, y Horus (el Logos) aparece en actitud de atravesar la cabeza de Tifón o Apofis. Esto nos da la clave del episodio bíblico de Caín y Abel, pues a Caín se le consideraba como el progenitor de los hivitas (las serpientes), por lo que los mellizos de Adán son remedo evidente de la fábula de Osiris y Tifón, cuyo esotérico significado es la lucha entre el bien y el mal.

SIMBOLISMO DE LA SERPIENTE

Pero desde la era cristiana, ¡cuán extrañamente elástica y acomodable a diversidad de interpretaciones fue esta mística filosofía! Nunca, como en nuestra cristiana época de sutilezas casuísticas, tuvieron tan poca eficacia para restablecer la verdad hechos incontrovertibles e irrefragablemente ciertos. Porque ante la demostración de que a Krishna se le llamaba el “Buen Pastor” muchísimo antes de la era cristiana y de que, según la tradición religiosa, aplastó a Kalinaga (serpiente del mal) y fue crucificado, replican los polemistas diciendo que todo ello eran proféticas representaciones del porvenir. El mismo argumento aducen para cohonestar la sorprendente semejanza de este mito cristiano con el Thor escandinavo, que aplastó la cabeza de la serpiente al golpe de su maza cruciforme, y con el Apolo griego, que mató a la serpiente Pitón (129).

Las aguas del diluvio equivalen simbólicamente a la serpiente de las antiguas cosmogonías o el gran abismo de materia, el Leviathán o dragón marino (130) sobre el cual boga el arca hacia el monte de salvación. Pero el *Génesis* nos habla del arca de Noé porque Moisés estaba familiarizado con la mitología de los egipcios (131) y conocía la leyenda que representa a Horus de pie sobre un esquiife en forma de serpiente, cuya cabeza atraviesa con su lanza. Además, no ignoraba Moisés el oculto significado y verdadero origen de muchas otras fábulas religiosas, y así encontramos en el *Levítico* la misma legislación de Manú.

Los animales encerrados en el arca simbolizan las pasiones humanas y aluden a ciertas pruebas de la iniciación en los misterios instituidos en muchas naciones para perpetuar esta alegoría. El arca de Noé se detuvo en el monte Ararat el día diecisiete del mes *séptimo*, y los animales puros entraron en el arca en grupos de *siete*. De nuevo encontramos aquí el número *siete*.

Por otra parte, al hablar de los misterios de Biblos respecto al rito del agua, dice Luciano:

Un hombre permanece durante *siete* días en lo alto de una de las dos columnas levantadas por Baco (132).

Supone Luciano que esta ceremonia se cumplía en honor de Deucalión.

Cuando el profeta Elías estaba en oración en la cumbre del monte Carmelo, le dijo a su criado:

Sube y mira hacia el mar. El que habiendo subido y mirado dijo: No hay nada. Y segunda vez le dijo: Vuelve hasta *siete* veces (133).

Y la *Kábala* dice:

Noah es una *revolución* de Adam, y Moisés una *revolución* (134) de Abel y Seth.

Los personajes bíblicos nos dan prueba de esta revolución o repetición característica, pues, por ejemplo, Cain fue el primer asesino, y asesino es también cada *quinto* descendiente de su stirpe. Así tenemos que los descendientes de Caín son: Henoah, Irad, Maviael, Mathusael y Lamech, que por el *quinto* descendiente fue el *segundo* asesino y padre de Noé (135). El *Talmud* da la genealogía completa de Caín y señala trece asesinos entre sus descendientes, sin que en ello haya *coincidencia* ni casualidad alguna, pues ofrece notable analogía con Siva el *destructor*, pero también el *regenerador*, ya que si Caín es asesino es también fundador de naciones e inventor de artes útiles.

En Tebas (136) se han encontrado los mismos elementos decorativos de estilización foliácea que se enumeran al describir las columnas del

templo de Salomón, como por ejemplo, la hoja bicoloreada de olivo, el trilobulado pámpano de higuera y la lanceolada hoja de laurel, que entre los antiguos tenían significado esotérico y exotérico.

Las investigaciones de los egiptólogos corroboran por otra parte la identidad entre las alegorías bíblicas y las caldea y egipcia. La cronología de las dinastías faraónicas (137) divide la historia de Egipto en cuatro épocas: de los reyes divinos, de los semidioses, de los héroes y de los mortales (138). Estas épocas se corresponden perfectamente con los Elohim bíblicos, esto es, con los hijos de Dios, los gigantes y los hombres noéticos.

Diodoro de Sicilia y Berosio enumeran los doce dioses mayores que presidían los meses del año y los signos zodiacales (139). El dios Jano, de doble rostro, era el jefe de estos doce dioses, y se le representa con las llaves del cielo en la mano. De aquí salieron primero los doce patriarcas bíblicos y después los doce apóstoles, cuyo jefe, San Pedro, tiene dos caras por efecto de la negación, y se le representa asimismo con las llaves del cielo en la mano.

ADÁN PROTOTIPO DE NOÉ

Cada página del Génesis demuestra que Noé, con sus tres hijos Sem, Cam y Jafet, es una variación de Adán con los suyos, Caín, Abel y Seth, pues vemos que Adán es el prototipo de Noé. La caída de Adán proviene de haber comido el vedado fruto del conocimiento *celestial*, mientras la de Noé resulta de haber gustado el fruto *terrenal*, esto es, el zumo de la vida, cuya embriaguez simboliza la perturbación mental ocasionada por el abuso del conocimiento. Adán se ve despojado de sus vestiduras celestes, y Noé de sus ropas terrestres, y ambos se avergüenzan de su *desnudez*. La maldad de Caín aparece reproducida en Cam, y los descendientes de ambos superan en sabiduría a los demás hombres, por lo que se les llamó “serpientes” o “hijos de serpientes”, en el sentido de “hijos de la sabiduría”, y no en el de “hijos de Satanás”, como han interpretado torcidamente muchos teólogos. La enemistad entre la “serpiente” y la “mujer” tan sólo subsiste en este perecedero y fenoménico mundo del “hombre nacido de mujer”. Antes de la caída en la carne, la serpiente *Ophis* simbolizaba la divina sabiduría, que no necesitaba de la materia para procrear al hombre espiritual. De aquí la enemistad entre la serpiente y la mujer, o sea

entre el espíritu y la materia. en su aspecto material es la serpiente (*Ophiomorphos*) símbolo de la materia, y en su aspecto espiritual es *Ophis-Christos*. En la magia sirio-caldea ambos aspectos están unidos en el andrógino signo zodiacal Virgo-Escorpio, para desdoblarlos siempre que sea necesario. Por lo tanto, en lo referente al origen del bien y del mal, el significado de las SS y de las ZZ ha sido siempre intermutable; y aunque en algunas ocasiones las SS hayan denotado en los sellos y talismanes la maligna influencia de la magia negra dirigida a tercera persona, también vemos las SS en los cálices sacramentales de la Iglesia para significar la presencia del Espíritu Santo o divina sabiduría.

A los madianitas, cananeos y camitas se les daba el título de hombres *sabios* o “hijos de serpiente”; y tal fue la nombradía de los madianitas en este particular, que el mismo Moisés, el profeta *inspirado por Dios*, se postra ante Hobab, hijo del madianita Raguel, y le suplica que permanezca entre los israelitas, diciéndole:

... Ven con nosotros para que hagamos bien contigo... No quieras dejarnos, porque tú... serás nuestro guía (140).

Más adelante, cuando Moisés envía exploradores a la tierra de Canaán, traen estos, en prueba de la feracidad (141) del país, un enorme racimo de uvas cuyo peso hizo necesario que dos hombres lo transportasen pendiente de una pértiga. Además, los exploradores, al dar cuenta de su cometido, le dicen a Moisés:

Llegamos a la tierra donde nos enviaste, que en verdad mana leche y miel...; pero tiene unos habitantes muy valerosos... Hemos visto allí la raza de Enak (142).

Enak equivale a Enoch, el patriarca que, según la *Biblia* (143), fue arrebatado al cielo, y según la *Kábala* y el ritual masónico, fue el primer poseedor del mirífico Nombre.

LOS PATRIARCAS BÍBLICOS

Si comparamos los patriarcas bíblicos con los descendientes de Vaiswasvata (144) y las tradiciones sobre el diluvio conservadas en el *Mahâbhârata*, veremos que son remedo de los patriarcas védicos que

les sirvieron de tipo. Pero antes de proceder provechosamente a la comparación, conviene comprender el verdadero significado de los mitos induístas, pues cada personaje mítico lo tiene astronómico, espiritual y antropológico. Los patriarcas prediluvianos no son tan sólo personificación de los dioses equivalentes a los doce dioses mayores de Berosio y a los prajâpatis, sino que con los postdiluvianos correspondientes a la famosa tablilla de la biblioteca de Nínive equivalen también a los eones griegos, a los sephirotos cabalísticos, a los signos zodiacales y a los tipos de otras tantas razas humanas (145). La alteración de *diez* a *doce* en el número de personajes se apoya, según veremos, en la misma autoridad de la *Biblia*. Los Elohim no son dioses mayores, como los que describe Cicerón (146), sino que se cuentan entre los doce dioses menores o reflejos terrestres de los primeros (147). Del grupo de los doce dioses menores sobresale Noé, el espíritu de las aguas, que puede considerarse como la transición de unos a otros, y pertenece, por lo tanto, a la superior tríada caldea. Los demás dioses del grupo son idénticos a los dioses inferiores de Asiria y Babilonia, que bajo la dirección del Demiurgo (Bel) le ayudaban en su obra, de la propia suerte que los patriarcas ayudan a Jehovah.

Además de los dioses menores (148) había los cuatro genios equivalentes a los que, según la visión de Ezequiel, sostienen el trono de Jehovah, identificado por esta equivalencia con su correspondiente persona de la trinidad caldea, pues estos cuatro genios o querubines son los compañeros de los cuatro evangelistas y al propio tiempo los alados conductores de Jesús, según dice Ireneo.

Los libros de *Ezequiel* y del *Apocalipsis* denotan principalmente su parentesco con la *Kábala* inda en la descripción de las cuatro bestias que simbolizan los cuatro elementos: tierra, aire, fuego y agua. Equivalen a las esfinges asirias, que también se ven esculpidas en las paredes de casi todas las pagodas indas.

El autor del *Apocalipsis* describe el pentágulo pitagórico (149), cuyo admirable diseño trazado por Levi reproducimos más adelante. La diosa inda Adanari (150) aparece rodeada de las mismas figuras simbólicas y es idéntica a la "Rueda de Adonai", según Ezequiel, más conocida por "Querubín de Jeheskiel", lo cual indica sin duda alguna la fuente en donde el profeta hebreo bebió sus alegorías (151).

Sobre estas bestias estaban los dos grupos de espíritus angélicos: los *igili* o seres celestiales, y los *amanaki* o espíritus terrestres (152).

La *Kábala denudata* da a los cabalistas una muy clara que a los profanos les parece confusa explicación de las substituciones de un personaje por otro. Así, por ejemplo, dice que la centella (chispa divina) de Abraham procedía de Miguel, jefe de los eones y primera emanación de la Divinidad (153); y sin embargo, Miguel y Enoch son una sola y misma entidad, pues ambos son la figura humana que ocupa el punto de unión de la cruz zodiacal. También, según la *Kábala denudata*, la centella de Isaac era la de Gabriel, jefe de la hueste angélica, y la centella de Jacob procedía de Ariel, llamado “fuego de Dios”. El espíritu de vida más penetrante de los cielos no es Adam Kadmon, sino el Adam primario o *Microprosopos*, que en uno de sus aspectos es Enoch, el padre de Matusalén; pero el Enoch “arrebataado por Dios” que “no murió”, es el Enoch espiritual, símbolo de la humanidad, tan eterna en el espíritu como en la carne, aunque la carne se transforme y renueve, pues la muerte es un nuevo nacimiento y la humanidad no muere jamás. El Destructor se convierte en Regenerador. Enoch es el tipo del hombre dual en espíritu y cuerpo, por lo que se ocupa el centro de la cruz astronómica.

SIMBOLISMO DE LA CRUZ

Pero este símbolo, ¿fue invención de los hebreos? Nos parece que no. Todas las naciones versadas en astronomía, y en especial la India, veneraban profundamente la cruz como base geométrica del simbolismo del avatar o manifestación de Dios en el hombre, del creador en la criatura. En los más antiguos monumentos de India, Persia y Caldea aparece la cruz doble, de cuatro brazos u ocho puntas que tan frecuentemente se echa de ver en la morfología natural, como por ejemplo en los cristales de nieve y en algunas flores. Con ultracristiano misticismo dice Lundy que “estas flores cruciformes son la profética estrella de la Encarnación que une cielos y tierra, a Dios con el hombre” (154).

Esta frase expresa perfectamente el concepto contenido en el antiguo apotegma cabalístico: “como es arriba así es abajo”, pues demuestra que Dios se encarna en beneficio de la humanidad entera, y no tan sólo en el de un puñado de cristianos. Es la mundanal cruz de los ciclos

reproducida en la naturaleza terrestre y en el hombre dual. El hombre físico reemplaza al espiritual en el punto de unión donde está el místico Libra-Hermes-Enoch. La mano que señala al cielo en contraposición de la otra que señala a la tierra da a entender la infinidad de generaciones de arriba en correspondencia con la infinidad de generaciones de abajo, pues lo visible es manifestación de lo invisible, el hombre de polvo se restituye al polvo, el hombre de espíritu renace en espíritu y la humanidad finita es hija del infinito Dios.

Abba es el Padre; Amona, la Madre; el Universo, el Hijo. En todas las teogonías se repite esta tríada, y así vemos que Kadmon, Hermes, Enoch, Horus, Krishna, Ormazd y Cristo son equivalentes entre sí, los *metratones* o medianeros entre el cuerpo y el espíritu, que redimen a la carne por la regeneración de *abajo* y al espíritu por regeneración de *arriba*, donde la humanidad se une con Dios.

Ya dijimos en otro lugar que la tau egipcia es muy anterior a la época de Abraham, el supuesto progenitor del pueblo escogido, pues vemos que Moisés la tomó de los sacerdotes egipcios. Prueba de que no sólo los judíos, sino también los gentiles, tenían la tau por sagrada, nos da el siguiente pasaje:

Y mojad un manojito de hisopo en la sangre que está en el umbral y rociad con ella el dintel y los *dos postes* (155).

Esta señal de los *dos postes* es precisamente la misma tau egipcia (156) de que se valía Horus para resucitar muertos, según se ve en las ruinas de Filoe (157). No cabe en modo alguno admitir que la tau era un anticipo inconscientemente profético de la cristiana, por cuanto según dice Lundy:

Los mismos judíos veneraron la tau como signo de salvación hasta que condenaron a Jesús... La vara de que se valía Moisés para operar prodigios delante de Faraón era, sin duda, la cruz ansata u otra muy parecida a la de los sacerdotes egipcios (158).

Por lo tanto, cabe inferir lógicamente que los judíos tenían los mismos símbolos religiosos que los paganos, sin aventajar a estos en moralidad de conducta; y por otra parte, que si no obstante su

conocimiento del oculto simbolismo de la cruz y de los muchos siglos que esperaban al Mesías, no reconocieron ni al Mesías ni la cruz, según los cristianos, forzosamente hubieron de tener la tau por la verdadera cruz religiosa.

Los que no quisieron reconocer a Jesús como “Hijo de Dios” no pertenecían al vulgo de las gentes que ignoraban el simbolismo religioso ni al partido de los saduceos que le condenó a muerte, sino que fueron los versados en la doctrina secreta que por conocer el significado oculto de la cruz no podían consentir la impostura de identificar con este símbolo al profeta nazareno.

SIMBOLISMO DEL ZODÍACO

Casi todos los vaticinios del nacimiento de Jesús se atribuyen a los patriarcas y profetas bíblicos; pero si bien algunos de estos últimos han sido personajes históricos, los primeros lo son míticos, según demostraremos mediante la oculta interpretación del Zodíaco, que nos descubrirá la analogía entre los signos y los patriarcas antediluvianos.

Si recordamos los conceptos de la cosmogonía induísta, comprenderemos más fácilmente la relación entre estos patriarcas antediluvianos y la “Rueda de Ezequiel”, tan enigmática para los comentadores. Así, pues, hemos de tener presente: 1.º Que el universo no es una creación súbita y espontánea, sino un término de la indefinida serie de universos evolucionados de la substancia preexistente. 2.º Que la eternidad es una sucesión de ciclos máximos en cada uno de los cuales ocurren doce transformaciones de nuestro mundo, ocasionadas alternativamente por el fuego y el agua, de modo que la tierra queda tan alterada geológicamente, que en realidad constituye un nuevo planeta. 3.º Que en las seis primeras de estas doce transformaciones, todos los seres y todas las cosas de la tierra van siendo cada vez más densamente materiales, mientras que en las seis restantes van siendo cada vez más sutiles y espirituales. 4.º Que al llegar la evolución al punto culminante del ciclo, se desvanecen las formas objetivas; y las entidades que en ellas residieron, hombres, animales y plantas, esperan en el mundo astral el término de este pralaya menor para volver a la tierra y proseguir en ella su evolución (159).

Los antiguos representaban este maravilloso concepto en el símbolo del Zodíaco o cinturón celeste, para que las gentes lo entendieran, aunque en vez de los doce signos ahora conocidos tan sólo se dieron al público los nombres de diez signos, conviene a saber: *Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Sagitario, Capricornio, Acuario y Piscis* (160). Estos eran los signos exotéricos; pero había otros dos signos místicos, tan sólo conocidos de los iniciados, que eran *Libra*, punto intermedio de los doce, y *Escorpio*, que sigue inmediatamente al de *Virgo*. Cuando fue necesario exoterizar estos dos signos, se les dieron los nombres que ahora llevan, para ocultar los verdaderos, cuyo conocimiento descubriría los secretos de la creación y el origen del bien y del mal.

La verdadera doctrina sabeana enseñaba secretamente que estos dos signos encubrían la gradual transformación del mundo, desde su espiritual y subjetivo estado, al sublunar de doble sexo. Así fue que los doce signos se dividieron en dos grupos de seis. El primer grupo se llamó ascendente o línea del Macrocosmos (mundo espiritual mayor), y el segundo grupo se llamó descendente o línea del Microcosmos (mundo subalterno y reflejo del primero). Esta división recibió el nombre de “Rueda de Ezequiel”, que comprendía en primer término los cinco signos ascendentes personificados en los patriarcas, a saber: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo y por último Virgo-Escorpio. Después viene *Libra*, el punto equilibrante o de conversión, y enseguida se desdoblaba la primera mitad del signo Virgo-Escorpio para guiar el grupo descendente del Microcosmos hasta el último signo, Piscis, cuya personificación es Noé, emblema del diluvio. Veremos esto más claro teniendo en cuenta que el signo Virgo-Escorpio indicado en un principio por m se redujo sencillamente a Virgo, y su pareja m o Escorpio, como personificación de Caín, quedó colocado después de Libra (161), pues según la teología exotérica, Caín fue la perdición de la humanidad, pero de acuerdo con la verdadera doctrina de sabiduría representa *el descenso del universo, en el curso de la evolución, de lo subjetivo a lo objetivo*.

EL SIGNO ZODIACAL “LIBRA”

Suele creerse que el signo *Libra* lo inventaron los griegos; mas aunque así fuese, únicamente lo conocieron los iniciados, quedando el vulgo tan ignorante como siempre. De todos modos, el nuevo signo

sirvió admirablemente para descubrir cuanto podía decirse sin revelar la verdad entera, y se daba a entender con él que cuando en el proceso de la evolución llegó el mundo al grado máximo de materialidad, o sea al punto ínfimo de su descenso, ya no podía descender más porque aquel era el punto de equilibrio (*Libra*), de balanza o conversión, desde donde había de iniciarse el ascenso por impulso de la divina chispa que arde en la intimidad de todas las formas. La balanza simboliza el eterno equilibrio de armonía y justicia que ha de reinar en el universo, la ponderación de las fuerzas centrífuga y centrípeta, de la luz y las tinieblas, de la materia y del espíritu.

La interpolación de los dos signos adicionales del Zodíaco demuestra que el libro del *Génesis*, tal como aparece en las versiones actuales, es posterior a la invención de *Libra* por los griegos, pues la genealogía de los patriarcas se corresponde con los doce signos zodiacales, cuando de ser dicho libro de fecha anterior se correspondería tan sólo con diez. La adición de los dos signos y la necesidad en que estaban de ocultar la verdadera clave movió a los compiladores a repetir los nombres de Enoch y Lamech en la tabla genealógica (162).

Como quiera que todo lo referente a la creación y el diluvio tiene diversas interpretaciones, no es posible comprender debidamente el significado del relato bíblico sin estar enterado del caldeo y del significado esotérico de lo que sobre el diluvio dicen el *Mahâbhârata* y el *Satapatha*. Los acadianos, que según Rawlinson eran oriundos de Armenia, pero que no fueron los primeros emigrantes de India, enseñaron los misterios religiosos y el idioma sacerdotal a los babilonios, quienes personificaron en Xisuthrus el sol en Acuario (163), así como Oannes, el hombre-pep y semidiós, representaba el primer avatar de Vishnú, con lo que tenemos la clave del doble origen del relato bíblico.

Oannes simboliza la sabiduría esotérica, y por esto sale del mar, del gran abismo, de las aguas, emblema de la doctrina secreta, y ésta es también la razón de que los egipcios divinizaran el Nilo y lo tuviesen por salvador del país en sus periódicas inundaciones y respetasen a los cocodrilos que moraban en el "abismo". Los pueblos de raza camita se asentaron siempre a orillas del mar o en las márgenes de los ríos, pues el agua fue el primer elemento de la creación, según algunas cosmogonías antiguas, y así veneraban profundamente los sacerdotes

caldeos el nombre de Oannes, y llevaban una túnica en forma de pescado, cuya cabeza era el bonete (164)

Dice Cicerón (165) que, según Tales de Mileto, el *agua* es el principio de todas las cosas y que Dios es la Mente suprema que del agua modeló todas las cosas.

Y Virgilio canta en la *Eneida*:

En el principio, el Espíritu anima cielos y tierra, el líquido elemento, el brillante globo lunar y las titánicas estrellas. La mente infundida por doquiera despierta a la masa y se entremezcla con la primordial materia (166).

Así tenemos que el agua simboliza por una parte la dualidad del *Macrocosmos-Microcosmos* vivificada por el *Espíritu*, y por otra, el Cosmos evolucionado del Kosmos. En este sentido, el diluvio simboliza el período final del conflicto entre los elementos correspondientes al término del primer ciclo máximo de nuestro planeta. Estos períodos de recrudescida lucha entre los elementos se suceden para que del caos surja el ordenamiento y el ordenamiento vuelva a caer en el caos, de modo que los sucesivos tipos de organismo físico estén adaptados a las respectivas condiciones naturales de cada período. Así tenemos que en el anterior al actual no pudo vivir el hombre de hoy sobre la tierra, puesto que no estaba vestido de los *trajes de piel* que alegóricamente menciona el *Génesis* (167).

GENEALOGÍAS DE CAÍN Y SETH

Las generaciones de Caín y Seth aparecen en la Escritura hebrea como siguen:

GENERACIÓN DE SETH	GENERACIÓN DE CAÍN
Principio del bien	Principio del mal
1. Adam.	1. Adam.
2. Seth.	2. Caín.

- | | |
|----------------|----------------|
| 3. Enós. | 3. Enoch. |
| 4. Cainán. | 4. Irad. |
| 5. Mahalaleel. | 5. Maviael. |
| 6. Jared. | 6. Mathusaél. |
| 7. Enoch. | 7. Lamech. |
| 8. Mathusalén. | 8. Jabel. |
| 9. Lamech. | 9. Jubal. |
| 10. Noé. | 10. Tubalcaín. |

Estos son los diez patriarcas bíblicos, equivalentes a los diez prajâpatis de la India y a los diez sephirotos de la *Kábala*; pero aunque entre las dos generaciones suman *veinte* patriarcas, sólo se cuentan *diez*, porque la línea cainítica tiene por objeto encubrir la verdad a los profanos y señalar más comprensiblemente la idea del dualismo en que se fundan todas las filosofías religiosas, pues ambas genealogías representan las respectivas potestades benéficas y maléficas correspondientes a los principios paralelamente opuestos del bien y del mal. Pero el velo es tan transparente que no se necesita mucha perspicacia para rasgarlo aun sin el auxilio de la doctrina secreta. Si eliminamos los nombres duplicados, nos desprenderemos de Adam, Enoch (168), Lamech (169), Irad (170), Jubal, Jebal (171), Maviael (172) y Matusalén. Así queda un solo Caín, que no obstante su fratricidio aparece como padre del virtuosísimo Enoch que en carne mortal fue arrebatado al cielo. Pero en la genealogía sética, Enos, también equivalente a Enoch, es *nieto* de Adam y padre de Caín-an. Esto no es pura coincidencia, sino que representa una inversión de paternidad con el deliberado propósito de poner en confusión a los profanos.

Cabe insistir, por lo tanto, en que los patriarcas son personificaciones de los signos del Zodíaco, emblemas de los múltiples aspectos de la

evolución física y espiritual de las razas humanas y símbolos de las divisiones del tiempo. En astrología se les llama *ángulos*, a causa de su mayor fuerza y poder. El segundo cuaternario de las “doce mansiones de los cielos”, o sean la primera, cuarta, séptima y décima, cuyos ángulos están colocados hacia arriba y hacia abajo y corresponden a Adam, Noé, Caín-an y Enoch. El alfa y el omega, el mal y el bien presiden el conjunto. Además, cuando las doce mansiones se dividen en las cuatro tríadas: ígnea, aérea, terrestre y acuática, vemos que esta última corresponde a Noé.

Enoch y Lamech están repetidos en la genealogía cainítica para completar los diez patriarcas, de modo que, sin los dos nombres secretos, se correspondiesen con los diez sephirotos cabalísticos y con los diez y después *doce* signos del Zodíaco, de manera tan sólo comprensible para los cabalistas. Ahora bien; en vez de Abel está Seth en la línea genealógica, a fin de que no toda la raza humana apareciese en descendencia directa de un fratricida. Esta dificultad se echó de ver luego de completada la tabla cainítica, y por ello se le da a Adam por tercer hijo a Seth. Es muy significativo que el Adam andrógino es imagen y semejanza de los Elohim (173) y después engendra Adam a Seth a imagen y semejanza suya (174), lo que significa que hubo hombres de razas diferentes. También es digno de nota que en la genealogía cainítica no aparece dato alguno referente a la edad y demás particularidades de los patriarcas, mientras que lo contrario ocurre en la genealogía sética.

Seguramente que nadie esperaría encontrar en una obra del dominio público los misterios finales que durante innumerables siglos estuvieron sigilosamente reservados en los santuarios; pero sin temor de indiscreción ni de divulgar la clave entre los profanos, bien podemos descorrer algún tanto el velo que encubre las majestuosas doctrinas de la antigüedad, y así describiremos a los patriarcas tal como deberían estar relacionados con los signos zodiacales, que aparecen en el orden siguiente:

RUEDA DE EZEQUIEL

RUEDA DE EZEQUIEL (175)

Al tratar del doble signo Virgo-Escorpión y Libra dice Jennings:

Todo esto es incomprensible a menos que nos valgamos del misticismo de los gnósticos y cabalistas, pues todo el sistema requiere una clave que lo explique; pero los ocultistas niegan constantemente la existencia de dicha clave porque no les está permitido divulgarla (176).

Esta clave tiene *siete* distintas interpretaciones, de las que sólo expondremos una, a fin de que el profano tenga un vislumbre del misterio. ¡Feliz quien por completo lo conoce!

Para explicar la presencia de Jodheva o Yodheva (177) y de Adán y Eva en la Rueda de Ezequiel, basta tener presentes los siguientes versículos del Génesis:

Y Dios (*Elohim*) creó al hombre a su propia imagen (*a la de ellos*)... macho y hembra los (*lo*) creó (178).

Macho y hembra los (*lo*) creó y llamó el nombre de ellos Adam en el día en que fueron creados (179).

SIMBOLISMO DE LIBRA

Cuando se toma el ternario al principio del tetragrama, expresa la creación *espiritualmente* divina, o sea sin pecado carnal, y con él cuando se toma en sentido inverso, que entonces es femenino. El nombre de Eva está compuesto de tres letras y el de Adam primitivo o celeste de una sola, *Jod* o *Yodh*, y por lo tanto, la verdadera fonética de Jehovah es Ieva o Eva. El Adam andrógino es espiritual (Adam Kadmon), y cuando la mujer sale de la costilla del Adam terreno, se desdobra de él la pura *Virgo* y cae en la generación o ciclo descendente, convirtiéndose en *Escorpión* (180), emblema del pecado y de la materia. el ciclo ascendente representa las razas puramente espirituales (181) acaudilladas por Adam Kadmon o Jodheva, mientras que el ciclo descendente representa las razas carnales acaudilladas por Libra, equivalente a Enoch (182), el séptimo patriarca, semi-divino, semi-terreno, de quien por esto se dice que fue arrebatado al cielo en carne mortal.

Libra y sus personificaciones son la balanza de universal armonía, justicia y equilibrio, colocada en el punto céntrico del Zodíaco. El círculo máximo de los cielos, tan bien descrito por Platón en su *Timeo*, simboliza la desconocida Unidad, y los círculos mínimos que se entrecruzan por su división en el plano del Zodíaco simbolizan la vida en el punto de intersección. Las fuerzas centrípeta y centrífuga representan el bien y el mal, el espíritu y la materia, la vida y la muerte, la creación y la destrucción (183). Son estas fuerzas las dos potestades que tanto en los mundos objetivos como en los subjetivos mantienen por medio de perenne conflicto la ponderación entre el espíritu y la materia. ambas fuerzas determinan como resultante la línea orbital de los planetas, que atraviesa en cruz la faja zodiacal. Si prevaleciese la fuerza centrípeta caerían los planetas en el sol; y si, por el contrario, prevaleciese la centrífuga, se alejarían indefinidamente de su centro para caer en el caos de la destrucción cósmica. De la propia suerte los espíritus vivientes de los hombres se confundirían centrípetamente con el invisible sol espiritual, el Paramâta, su padre, mientras que en el caso contrario se alejarían centrífugamente del universo objetivo para caer en la aniquilación. Pero la balanza, Libra, con su finísimo fiel permanece en el punto de intersección, siempre atenta a ponderar la actividad de ambos combatientes, cuyas contrarias fuerzas dan por resultante la paralelogramica diagonal que planetas y espíritus humanos recorren a través del Zodíaco y de la vida, manteniendo de este modo, entre lo invisible y lo visible, entre cielos y tierra, la estricta armonía que reconcilia el espíritu con la materia. por esto Enoch, personificación de Libra, es el Metatrón, el medianero entre Dios y el hombre. Desde Enoch a Noé y sus tres hijos, cada patriarca representa una transformación o período geológico de la tierra, correspondientes a distintas razas de hombres y seres (184).

Caín acaudilla la línea ascendente (Macrocosmos) porque es hijo del "Señor" (185), es decir, que Caín fue hijo del pensamiento pecaminoso y no de generación carnal. Por otra parte, Seth acaudilla la genealogía terrena porque es hijo de Adán y engendrado por éste a su imagen y semejanza (186). El *Caín* bíblico equivale al *Kenu* asirio y significa *el mayor*, mientras que la palabra hebrea ... significa artífice herrero.

ÉPOCAS GEOLÓGICAS

La geología demuestra que la tierra ha pasado por cinco distintas épocas o fases de diferente estructura, que de la más reciente a la más antigua se suceden como sigue:

- 1.º Época cuaternaria, en que ya habita el hombre sobre la tierra.
- 2.º Época terciaria, en la que se presume *pudo* existir ya el hombre en la tierra (186).
- 3.º Época secundaria, la de los reptiles gigantes, como el megalosaurio, ictiosaurio y plesiosaurio, *sin vestigio alguno del hombre*.
- 4.º Época paleozoica, la de los crustáceos gigantes.
- 5.º Época azoica, en que aun no había aparecido la vida en la tierra.

Sin embargo, ¿no pudiera ser que en estas remotísimas épocas hubiese ya existido el *hombre* sin dejar huellas materiales por no tener todavía cuerpo organizado? El espíritu no se fosiliza, y bien podría el hombre haber vivido subjetivamente en la tierra antes de su existencia objetiva. Por lo tanto, la cosmogonía induísta, que divide la formación de la tierra en cuatro épocas de 1.728.000 años cada una, está mucho más de acuerdo con los modernos descubrimientos geológicos que la absurda cronología sancionada por los concilios niceno y tridentino.

Aunque posteriormente se hayan hebraizado los nombres de los patriarcas, su origen es con toda evidencia asirio o ario. Así, por ejemplo, *Adam* aparece en la *Kábala revelada* como un término transmutable que se aplica a los demás patriarcas y sephirotés y viceversa. Adam, Caín y Abel forman la primera tríada de los doce y corresponden a los sephirotés: Corona, Sabiduría e Inteligencia, y a la trigonía astrológica de lo ígneo, lo terrestre y lo aéreo (188).

Adam Kadmon, simbolizado en Aries, equivale al dios Amun con cabeza de carnero que en un torno de alfarero forma hombres a su imagen y semejanza, por lo que también el Adam de barro equivale a Aries-Amun, en cuanto es tronco de la generación humana, pues también engendra hombres a su imagen y semejanza.

En astrología, el planeta Júpiter está relacionado con la primera mansión (189), y los astrólogos caldeos le veían de color *rojo* (190) desde el “piso de las siete esferas” de la torre de Borsippa o Birs-Nemrod. También significa *rojo*, además de *hombre*, la palabra hebrea Adam (...). Al dios índico Agni que preside el signo de Piscis, contiguo al de Aries por su posición extrema en la faja zodiacal, se le representa de color rojo intenso con *dos* caras, una de hombre y otra de mujer, *tres* piernas y *siete* brazos (191), montado en un carnero y en la cabeza una tiara en forma de cruz (192).

En el Zodíaco de los astrólogos induístas preside los signos la divinidad a que cada uno de ellos está dedicado. Los nombres sánscritos de los signos zodiacales y su correspondiente divinidad aparecen como sigue:

SIGNO	NOMBRE SÁNSCRITO	DIVINIDAD PRESIDENTE
Aries.	Mecha.	Varuna.
Tauro.	Vricha.	Yama.
Géminis	Mithuna.	Pavana.
Cáncer.	Karcataca	Sûrya.
Leo.	Sinha.	Soma.
Virgo.	Kanya.	Kartikeia.
Libra.	Tulha.	Kuvera.
Escorpión.	Vristchica.	Kama.
Sagitario.	Dhanus.	Ganesa.
Capricornio.	Makara.	Pulhar.
Acuario.	Kumbha.	Indra.
Piscis.	Minas.	Agni.

Por otra parte, Noé, duodécimo patriarca (193) y simbolizado en Piscis, es reproducción de Adam, pues, como éste, es progenitor de una nueva raza humana y tiene también tres hijos: uno malo, otro bueno y el tercero malibueno.

EQUIVALENCIAS ENTRE LOS PATRIARCAS

Es asimismo muy significativo que en el Zodíaco caldeo presida Kain el signo de Tauro, que pertenece a la trigonía terrestre, y al cual alude el *Avesta* al decir que Ormazd engendró un ser (Abel) arquetipo de todos los seres, simbolizado en el toro, emblema de fuerza y *Vida*. Ahriman (Caín) lo mató y de su simiente (Seth) nacieron nuevos seres.

En simbología asiria, Abel significa *hijo*; pero la palabra hebrea quiere decir algo efímero, de corta vida y escaso valor, así como también significa "ídolo" (194). El asirio Kain significa *estatua hermica* o columna (195). Tenemos, en resumen, que Abel es el desdoble femenino de Caín, pues son gemelos y constituyen el andrógino Caín-Abel, cuyo primer elemento corresponde a la Inteligencia y el segundo a la Sabiduría.

Lo mismo ocurre con los demás patriarcas. Enós (...), equivalente a Enoch, se identifica con Adam; y Cainán (...) o Kain-an es el mismo Caín. Por otra parte, Seth (...) equivale a teth, Thoth o Hermes, y tal es la razón de que Josefo (196) señale a Seth muy versado en astrología, geometría y otras ciencias ocultas, diciendo de él que esculpió las reglas fundamentales de su arte en dos columnas de piedra y ladrillo, una de las cuales subsistía en tiempo del famoso historiador judío quien la *vio en Siria*.

Resulta por lo tanto que también Seth es idéntico a Enoch (197), a quien cabalistas y masones atribuyen la misma obra. Enoch (...) significa instructor, iniciador y a veces iniciado (198).

Respecto a Mahalaleel, deriva de *ma-ha-la* (...), que significa benigno y misericordioso, por lo que cabe identificarlo con el cuarto sephirote *Amor y Misericordia*, emanado de la primera tríada (199).

Jared es lo mismo que Irod (...) o Iared y significa *descenso* (del verbo ...) o progenie (... *arad*), en perfecta correspondencia con las emanaciones cabalísticas.

El nombre Lamech (...) no es de filiación hebrea sino griega, y significa “padre de la época”, es decir, el padre del que después de la catástrofe praláyica da comienzo a una nueva era humana. De aquí que Lamech sea el padre de Noé y que éste equivalga al sephirote Reino (Malchuth), mientras que su padre equivale a Fundación. Además, Lamech está simbolizado en Acuario y Noé en Piscis. Por último, Lamech pertenece al elemento aéreo y Noé al trigonómicamente acuático.

Vemos que cada patriarca, como cada prajâpati, representa bajo determinado aspecto una nueva raza antediluviana; y así pueden considerarse también como personificaciones de los *saros* caldeos o épocas cronológicas, copiadas a su vez de las diez dinastías indas de reyes divinos (200). De todos modos, estas personificaciones son las más profundas e ingeniosas alegorías de cuantas concibió la mente humana.

El *Nuctamerón* (201) simboliza en las doce horas la evolución del universo y el gradual desenvolvimiento de las razas humanas. Cada hora representa la evolución de una nueva raza y está dividida en cuatro cuartos o épocas, según enseñaron los primitivos arios y copiaron después los sistemas religiosos de todas las naciones, de donde tomó este cómputo el vidente de Patmos. Los caldeos representaron estas cuatro épocas en los cuatro *Oannes* o Soles que aparecieron consecutivamente, los griegos y romanos en las cuatro edades de oro, plata, cobre y hierro; los indos en los cuatro budas; y los parsis en los cuatro profetas (202).

Las Escrituras hebreas nos dicen por otra parte:

No permanecerá mi espíritu en el hombre porque carne es; y serán sus días ciento veinte años (203).

ALEGORÍAS TALMÚDICAS

Como quiera que antes de que *los hijos de Dios vieses a las hijas de los hombres* la vida humana era de 365 a 969 años, sólo cabe explicar tan brusca disminución comparando el texto bíblico con los libros de Manú, donde se dice:

En los primitivos tiempos no había enfermedades ni dolencias. Los hombres vivían cuatro siglos (204).

Sucedía esto en la edad *Krita* o de justicia, simbolizada en el toro firmemente asentado sobre sus pies. En esta edad permanecía el hombre fiel a la verdadera ley, sin que el mal le concitase a quebrantarla (205). En cada una de las edades siguientes disminuye en una cuarta parte la duración de la vida humana, y así en la edad *Treta* sólo vive el hombre tres siglos, en la *Dwapara* dos y en la *Kali* (edad presente), cien años a lo sumo.

Noé, hijo de Lamech (206), es basto remedo de Manú, hijo de Swayambhu, así como los seis manús o rishis engendrados por el “primer hombre” indo son los antetipos de Terah, Abraham, Isaac, Jacob, José y Moisés, los sabios hebreos de quienes se dice fueron profundos astrólogos y alquimistas, inspirados profetas y esclarecidos videntes, es decir, magos.

La talmúdica *Mishna* nos dice que la primera emanación, el andrógino demiurgo Chochmah (Hachma-Achamoth) y Binah construyeron una casa apoyada en siete columnas. Son la *Sabiduría e Inteligencia* del Logos, los arquitectos de Dios, el *compás* y la *escuadra* de la fábrica del universo. Las *siete* columnas son las *siete* etapas de la evolución mundial, simbolizadas en los *siete* días de la creación. Dice, además, que Chochmah inmola a sus víctimas, o sean las múltiples fuerzas de la naturaleza que para vivir han de morir (207). Las personificaciones de las fuerzas mueren, pero viven en sus hijos y resucitan en cada *séptima* generación. Los siervos de Chochmah (Sabiduría) son, según el *Mishna*, las almas de H-Adam, en quien se concentran todas las almas de Israel.

Continúa diciendo el *Mishna* que el día tiene *doce* horas, durante las cuales se cumplió la creación del hombre. Esto sería ininteligible si no lo diese a comprender Manú cuando dice que el *día* abarca las cuatro edades del mundo y dura *doce* mil años dévicos.

Los cosmocratores (Elohim) bosquejan en la segunda *hora* la forma corporal de un hombre, que desdoblan para preparar la división en sexos. Así han procedido los Elohim en todas las cosas creadas (208), pues según la citada obra, “los peces, aves, plantas y hombres eran andróginos en la primera hora”.

Dice el rabino Simeón:

¡Oh compañeros! Al emanar el hombre era al mismo tiempo mujer, pues emanó igualmente del lado del *Padre* y del lado de la *Madre*. Tal es el sentido de las palabras: “Hágase la luz y fue hecha la luz”. Este es el hombre desdoblado (209).

Era preciso que la *mujer* espiritual equilibrase al *hombre* espiritual, porque la armonía es la suprema ley del universo.

Dice Platón:

Dios dotó a nuestro universo de movimiento rotatorio, y análogamente formó el cuerpo del hombre como lisa esfera, igual en todos sus puntos, desde el centro a la circunferencia, con rotación adecuada al tiempo de su existencia personal. Posteriormente se desdobló el cuerpo del hombre en forma de letra X (210).

EL HOMBRE ARQUETÍPICO

San Justino Mártir se apoyó en este pasaje para acusar a Platón de haber plagiado su alegoría del universo y del hombre de la mosaica serpiente de bronce; y por otra parte, Lundy lo comenta diciendo que parece un imprevisto vaticinio de la figura de Jesús, aunque nada dice explícitamente acerca de si considera a Jesús tal como Platón describe al hombre primario. Mas, a pesar de la equivocada interpretación de San Justino Mártir, debiera comprender Lundy que ya pasaron los tiempos de la casuística y que Platón quiso dar a entender que antes de quedar aprisionado en la materia, el hombre espiritual no tenía necesidad de miembros, por lo que si el universo recibió forma esférica en todos sus componentes, también esférica hubo de ser la forma del hombre arquetípico, cuya caída en cuerpo terreno determinó la aparición de miembros. Ahora bien; si imaginamos a un hombre con piernas y brazos extendidos en aspa,

como si se apoyara en la primitiva forma esférica, tendremos la figura señalada por Platón, o sea la X inscrita en el círculo.

Los relatos de la creación, de la caída del hombre y del diluvio pertenecen a la historia universal y no son en modo alguno privativos de los hebreos, quienes sólo pueden reclamar la propiedad de su peculiar exposición alegórica, en que adulteraron las tradiciones de los demás pueblos. El *Libro de Enoch* es muy anterior al *Pentateuco* (211) y todavía se desconoce su origen (212), aunque los judíos lo consideran tan canónico como los demás; y si los cristianos aceptaron la autoridad de estos otros, con igual motivo debieron aceptar la del de Enoch, pues no puede determinarse exactamente la antigüedad de ninguno de ellos.

Dice Jost que cuando la división del reino de Israel, a la muerte de Salomón, los samaritanos sólo reconocieron por canónicos el *Pentateuco* y el *Libro de Josué*; pero que del saqueo del templo de Jerusalén, el año 68 antes de J. C., sólo se salvaron unos cuantos manuscritos (213) que pudieron ocultar los doctores de la ley (214).

Todos los cabalistas del mundo formaron desde tiempo inmemorial una especie de confraternidad o masonería y se daban mutuamente el título de *compañero* o *inocente*, como acostumbraron después algunas asociaciones masónicas de Europa en la Edad Media (215). Creen los cabalistas, apoyados en el conocimiento, que tan sólo pueden considerarse como libros sagrados auténticos los rollos herméticos de los setenta y dos ancianos, que contenían la verdadera "Palabra" y, aunque perdidos para el mundo, se han conservado en las comunidades secretas. Esto mismo corrobora Swedenborg (216) por testimonio recibido de ciertas *entidades espirituales*, quienes le aseguraron que adoraban a Dios según la verdadera Palabra. En cambio, otros estudiantes de ocultismo disponen de prueba más valiosa que el testimonio ajeno, pues por sus propios ojos vieron los libros herméticos.

No es posible aceptar la *Biblia* en sentido exotérico, porque desaparecido el texto que compuso Helcías lo rehizo Esdras y lo completó Judas Macabeo; pero al transcribir en caracteres cuadrados el original compuesto en caracteres corniales, quedó éste muy alterado, y mucho más todavía al salir de manos de los masotéricos, de modo que al texto actual no se le puede computar antigüedad mayor de

150 años antes de J. C., y aun así aparece plagado de interpolaciones, mudanzas y omisiones. Por lo tanto, como todos estos errores están ya petrificados y se perdió la verdadera “Palabra de Dios”, no hay derecho a exigir de los cristianos que den fe a una serie de quimeras y alucinaciones y tal vez espurias profecías presuntuosamente atribuídas a la *directa* inspiración del *Espíritu Santo*.

Por esta razón no damos validez al bíblico texto monoteísta, publicado precisamente cuando los sacerdotes de Israel creyeron necesario para su política romper a mano airada con los gentiles, perseguir a los cabalistas y repudiar la sabiduría antigua. La verdadera Biblia hebrea nunca estuvo a disposición de las gentes, pues eran libros secretos mucho más antiguos que la versión de los *Setenta* (217). Los Padres de la Iglesia ni siquiera oyeron hablar de la secreta y verdadera Biblia; pues, como dice Swedenborg, la antigua “Palabra”, antes que en Occidente, debe buscarse en China o Tartaria. Es tanto más valioso este testimonio, por cuanto, según afirma el clérigo londinense R. L. Tafel, escribió Swedenborg sus obras teológicas por inspiración divina, que le iluminaba *internamente* con eficacia superior a la de los autores bíblicos, cuya inspiración era tan sólo auditiva.

Dice sobre el caso el reverendo Tafel:

Cuando un miembro convencido de la Nueva Iglesia oiga negar o poner en duda la divinidad e infalibilidad de las doctrinas de la Nueva Jerusalén, tanto en su letra como en su espíritu, ha de tener presente que, según estas mismas doctrinas declaran, el Señor vino por segunda vez mediante las obras inspiradas a su siervo Manuel Swedenborg.

Y si verdaderamente habló el Señor por mediación de Swedenborg, nos queda el consuelo de ver tan supremamente corroborada nuestra afirmación de que la “Palabra de Dios” ha de buscarse en la Tartaria, el Tíbet y la China.

QUERELLAS DE ERUDITOS

Dice Pococke que la historia primitiva de Grecia es idéntica a la historia primitiva de la India (218). Parafraseando a este autor podemos nosotros afirmar que la primitiva historia del pueblo de Israel es un remedo de las tradiciones indas, injerto en tradiciones

egipcias; pero muchos eruditos, al advertir la analogía entre los relatos bíblicos atribuidos a revelación divina y los relatos induístas, se contraen a señalar el parecido y enzarzarse en discusiones sobre la interpretación que debe dárseles. Así, Max Müller contradice a Spiegel; Whitney a Müller; Haug a Spiegel, y éste a otros. Menudearon en sucesiva alternación las hipótesis referentes a los acadianos, turanios, protocasdeanos, casdeoscitas y sumerianos. El asiriólogo Halevy rechaza el viejo idioma acado-sumeriano de Babilonia; el egiptólogo Chabas, no contento con destronar la lengua turania que tan excelentes servicios prestó a las perplejidades de los orientalistas, califica de charlatán a Lenormant, el venerable patriarca de los acadianos. Entretanto, el clero cristiano se aprovecha de estas intestinas querellas para encomiar la superioridad de sus doctrinas teológicas, diciendo que no puede estar la razón de parte de unos detractores que empiezan por discrepar entre sí tan hondamente. De este modo se pospone la vital cuestión de substituir por el *cristismo*, o sea la pura doctrina del Cristo, el cristianismo dogmático con us *Biblia*, su redención subrogada y su diablo, del que por ser personaje de tanta importancia habremos de tratar en capítulo aparte.

CAPÍTULO III

Apártate de mí, Satanás.- (Palabras de Jesús a Pedro) *Mateo*, XVI, 23.

... Y tal enredo de patrañas y majaderías que me apartan de mi fe. Os digo que anoche me tuvo lo menos nueve horas recitándome los distintos nombres del diablo.- SHAKESPEARE: *Rey Enrique IV*, parte 1, acto III.

A la terrible y justa potestad que eternamente mata los abortos, la llamaron Tifón los egipcios, Samael los hebreos, Satán los orientales y Lucifer los latinos. El Lucifer de la Kábala no es un ángel caído y protervo, sino el ángel que ilumina y *regenera* después de la caída.- LEVI:

Dogma y ritual de la alta magia.

Aunque el diablo es malo de por sí, los hombres echan Sobre él todas sus maldades y le maltratan y acusan Injustamente. DE FOE, 1726,

Hace algunos años, un notable cabalista que se veía perseguido escribió el siguiente credo, común para católicos y protestantes:

Creo en el Diablo, omnipotente Padre del Mal, destructor de todas las cosas, perturbador de cielos y tierra.

Y en el Anticristo, su único Hijo y perseguidor nuestro, que fue concebido por obra del Espíritu maligno y nació de una sacrílega y loca

virgen. Fue glorificado por los hombres y reinó sobre ellos. Subió al trono de Dios todopoderoso, y sentado junto a Él insulta desde allí a los vivos y a los muertos.

Creo en el Espíritu del Mal, en la sinagoga de Satanás, en la comunión de los malvados, en la perdición del cuerpo y en la muerte e infierno perdurables. Amén.

Desde luego que este credo parece extravagante, cruel y blasfemo; pero escuchemos lo que, según refiere el periódico *Sun* de Nueva York, dijo un clérigo de Brooklyn en el último cuarto del siglo enfáticamente llamado de las luces:

Los predicadores bautistas se congregaron ayer en la capilla de los marinos con asistencia de algunos misioneros. El reverendo Sarles, de Brooklyn leyó un discurso en que defendía la proposición de que todo adulto infiel que muere sin tener conocimiento del Evangelio se condena eternamente. Esto equivale a decir que el Evangelio es maldición en vez de bendición, y que los judíos obraron en justicia al crucificar a Cristo, con lo que se derrumba todo el edificio de la religión revelada.

El misionero Stoddard asintió a las opiniones del pastor de Brooklyn, diciendo que los indios entre quienes ejercía eran muy grandes pecadores, y refirió en prueba de ello que una vez, después de haberle oído predicar en un mercado público, replicóle un brahmán con estas palabras: “Los indios podemos aventajar a todo el mundo en embustes (1), pero este hombre nos gana, porque ¿cómo sabe él que Dios nos ama? Mirad las serpientes venenosas, los tigres, leones y demás suertes de animales nocivos que nos rodean. Si Dios nos ama, ¿cómo no los extermina?”

El reverendo Pixley, de Hamilton, se adhirió con entusiasmo a las doctrinas de su colega Sarles y pidió cinco mil dólares para la enseñanza de jóvenes aspirantes al sacerdocio.

¿Y a estos hombres se les *paga* por enseñar la doctrina de Jesús cuya memoria insultan? ¿Es extraño que haya personas de talento que prefieran el escepticismo a una fe fundamentada en tan monstruosa superstición?

¿Se apartaba de la verdad el brahmán del relato, al decir que el misionero Stoddard aventajaba en embustes a los indos? Motivo había para ello al escuchar de sus labios que estaban *eternamente condenados* por no haber leído un libro judío cuya existencia ni siquiera sospechaban, o por no haber impetrado la salvación de un Jesús de quien jamás habían oído hablar. Pero el clero bautista, que necesita unos cuantos miles de dólares para los seminaristas, ha de recurrir a representaciones terroríficas con objeto de inflamar el corazón de sus fieles.

MISIONEROS CRISTIANOS

Como de costumbre, prescindimos de nuestro personal testimonio siempre que podemos valernos del ajeno, y así solicitamos la opinión de nuestro amigo Guillermo O'Grady (2) acerca de los misioneros cristianos en la India, quien nos respondió con la siguiente carta:

Nueva York, 12 de Junio de 1877.

Me pregunta usted mi opinión acerca de los misioneros cristianos de la India. Durante mi permanencia en este país, jamás hablé con un solo misionero, pues viven alejados del trato social; pero a juzgar por lo que de ellos he oído y lo que por mis propios ojos he visto, no me admira su retraimiento. Influyen nocivamente en los indígenas, y los conversos pertenecen en su mayor parte a las clases ínfimas, sin que por la conversión mejoren su ruin conducta. Ninguna familia respetable admitirá a su servicio indos convertidos al cristianismo, pues suelen ser mentirosos, ladrones, borrachos y sucios hasta el punto de verse despreciados por sus propios compatriotas, entre quienes la suciedad y la embriaguez son vicios rarísimos. Los misioneros les dan a los conversos un misérrimo ejemplo de consecuencia, pues mientras por una parte predicán al paria que Dios no distingue de castas ni categorías sociales, por otra se jactan de ser superiores a los brahmanes.

El estipendio de los misioneros es en apariencia muy escaso, y sin embargo viven, no se sabe por qué medios, tan desahogadamente como un jefe del ejército que disfrute de paga décuple. Cuando los misioneros regresan a su país (3), refieren mil pueriles patrañas, enseñan a idolillos que se envanecen de haber adquirido con sumo

trabajo, lo cual no es cierto, y para conmover a los oyentes enjaretan fingidas relaciones de penas y fatigas pasadas tan sólo en su imaginación. A ningún oficial inglés de los muchísimos que conozco le oí jamás ni una palabra a favor de los misioneros cristianos, a quienes las clases acomodadas de la India desprecian profundamente por su exasperador engreimiento. El gobierno inglés no les concede subvención alguna, pues tiene establecida en la India la enseñanza neutra, aunque sigue satisfaciendo a las pagodas la subvención que les concedió la Compañía de Indias; pero en cambio los protege contra toda violencia personal, y prevalidos de esta protección, tratan tanto a los indígenas como a los europeos con insultante soberbia. Suelen ser los misioneros de lo más fanático del clero cristiano, y a su siniestra propaganda se debió en gran parte la formidable insurrección de 1857. En suma, son unos embaucadores peligrosos.

Guillermo L. D. O'Grady

Así, pues, el credo con que hemos abierto el capítulo encierra, no obstante su bajeza de conceptos, la verdadera esencia de las doctrinas predicadas por los misioneros, quienes consideran más impío y blasfemo dudar de la existencia personal del diablo que de la del mismo Espíritu Santo o de la divinidad de Jesucristo. Pero ya está casi olvidado el resumen del *Koheleth* (4) y nadie cita las palabras de oro del profeta Micheas (5) ni parece hacer caso de la nueva Ley tal como la promulgara Jesús en el Sermón de la Montaña (6). Toda la moral del cristianismo contemporáneo se resume en el mandato de “temer al diablo”, cuya existencia personalmente objetiva afirma el clero católico secundado por algunos seculares, como Des Mousseaux, quien, más papista que el papa, reconoce la realidad de los fenómenos espiritistas tan sólo porque le sirven de argumento para demostrar la del diablo (7), diciendo a este propósito:

Si la magia y el espiritismo y el espiritismo fuesen quimeras, tendríamos que despedirnos para siempre de cuantos ángeles rebeldes perturban hoy el mundo, pues no habría demonios en la tierra, y si los perdiéramos, perderíamos también a nuestro Salvador. Porque ¿de quién o de qué nos hubiera redimido? Por consiguiente dejaría de ser tal el cristianismo (8).

¡Oh Santo Padre del Mal! ¡Oh santificado Satán! No abandones a cristianos tan piadosos como el caballero Des Mousseaux y los clérigos bautistas.

ORIGEN DE LA DEMONOLOGÍA

Por nuestra parte recordaremos las prudentes palabras de Colquhoun cuando dice:

Los que en los tiempos modernos creen en la existencia personal del diablo, no se dan cuenta de que en realidad son politeístas o idólatras (9).

En su afán de dar a su doctrina la supremacía sobre todas las demás, se atribuyen los cristianos el reconocimiento dogmático del diablo, pues Jesús fue el primero en emplear la palabra “legión” aplicada a los espíritus malignos, y en esto se apoya Des Mousseaux para decir en una de sus obras:

Posteriormente, cuando al morir la sinagoga dejó su herencia en manos de Cristo, florecieron los Padres de la Iglesia, a quienes algunos ignorantes presumidos acusaron de haber tomado de los teurgos el concepto relativo a los espíritus de tinieblas.

En este pasaje echamos de ver tres errores fácilmente rebatibles por lo evidentes. En primer lugar, lejos de haber muerto la sinagoga, subsiste hoy día en casi todas las ciudades de Europa, Asia y América, siendo de todas las comuniones religiosas la que mejor conducta observa y la más sólidamente establecida. En segundo lugar, si bien nadie niega la existencia de los Padres de la Iglesia (10), basta leer las obras de los platónicos de la Academia, que ya eran teurgos anteriores a Jámblico, para descubrir en ellas el origen de la demonología, así como la angelología, cuyo ortodoxo simbolismo adulteraron lastimosamente los Padres de la Iglesia, quienes si acaso brillaron en el mundo, como asegura Des Mousseaux, sería por su supina ignorancia (11), pues San Agustín, no obstante llamarle sus partidarios “coloso de sabiduría y erudición”, negaba la esfericidad de la tierra porque “los antípodas no podrían ver a Jesucrito en su segundo advenimiento”; Lactancio argumentaba en contra de la misma teoría de la redondez de la tierra, diciendo que no era posible que los árboles creciesen al revés

y los hombres anduviesen cabeza abajo; Cosmas-Indicopleustes expuso un sistema cosmográfico de exquisita ortodoxia en su *Topografía cristiana*; y por último, el venerable Beda asegura que el cielo está templado con aguas glaciales para que no se inflame (12), lo cual bien pudiera atribuirse a especial favor de la Providencia, a fin de impedir que las irradiaciones de la sabiduría de este teólogo prendieran fuego al cielo.

Sea como fuere, los Padres de la Iglesia tomaron de los judíos cabalistas sus conceptos acerca de los “espíritus de tinieblas”, pero desfigurándolos de suerte, que sobrepujan en extravagancia a cuanto forjó la más calenturienta fantasía del vulgo. No hay en el pandemonio persa un solo *deva* tan absurdo como los *íncubos* que Des Mousseaux remedó de San Agustín. El Tifón egipcio, simbolizado en un asno, resultaría un filósofo en comparación del diablo prendido por el labriego normando en el ojo de una llave. Tampoco el persa Ahriman ni el induísta Vritra tomarían a bien que algún heresiarca indígena los identificase con Satán, el genio protector del cristianismo dogmático, cuyo nombre no conviene pronunciar desde los púlpitos por no herir los oídos de los fieles, a la manera como no era lícito pronunciar fuera del recinto los nombres sagrados ni las palabras sacramentales de los misterios. Por esta razón, apenas conocemos los nombres de las divinidades de Samotracia ni el número exacto de los Kabires. Los egipcios tenían por blasfemo pronunciar el nombre de los dioses adorados en sus ritos secretos, y aun hoy mismo los rabinos pronuncian mentalmente el nombre inefable (...) y los brahmanes la sílaba *Aum*. De aquí que los occidentales hayan adulterado los verdaderos nombres de *Hisiris* y *Yava* en los abusivos de *Osiris* y *Jehovah* y vean en todas las divinidades gentílicas el personaje que los pazguatos se abstienen de nombrar por no cometer un pecado de blasfemia contra el espíritu Santo (13).

CRISTO Y EL DIABLO

Hace años, un amigo nuestro demostró en un artículo periodístico que el Satanás del *Nuevo Testamento* personifica una idea abstracta y no una entidad individual, a lo que replicó un clérigo diciendo que negar la existencia del diablo equivalía a negar la de Cristo y pecar contra el Espíritu Santo, aunque el articulista insistió en que sólo negaba la de Satanás.

Según el clero católico, el “Padre de la Mentira” fue el inspirador de todas las antiguas religiones, así como de las posteriores herejías y del moderno espiritismo (14). Por lo tanto, no cabe esperar que el clero cristiano rehaga y enmiende su obra desechando al fin el concepto del diablo antropomórfico, pues tanto equivaldría a quitar la base de un castillo de naipes en cuyo derrumbamiento iría envuelta la creencia en la divinidad de Jesucristo, que por absurdo que parezca apoya la Iglesia romana en la existencia de Satanás, según de ello nos da testimonio el P. Ventura de Ráulica, ex general de los teatinos, quien en una encomiástica carta dirigida a Des Mousseaux con motivo de su obra: *Costumbres y prácticas de los demonios*, afirma que “a Satanás y a los ángeles rebeldes debemos en absoluto nuestro Salvador, pues de no ser por ellos no habiéramos tenido Redentor ni religión cristiana”.

Las celosas y fervientes almas que se escandalizan porque Calvino dijo que el *pecado es la necesaria causa del supremo bien*, han de tener en cuenta que se apoyó para ello en los mismos dogmas y se prevaleció de la misma lógica que Des Mousseaux para argumentar en pro de la existencia del diablo; pues, según la teología dogmática, el proceso y muerte de Jesús fue el crimen más horrendo que han perpetrado los hombres, y no obstante, lo exigió ineludiblemente la salvación del género humano, o mejor dicho, de los predestinados a la salvación. Por otra parte, Lutero exclama en un rapto de entusiasmo: *O beata culpa qui talem meruisti Redemptorem* (15). Vemos, por lo tanto, que de acuerdo con Calvino están católicos y luteranos respecto a que el *pecado fue la causa necesaria del supremo bien*.

Los mahometanos veneran mucho a Jesús y dicen de él que verdaderamente era un profeta de Alah y un varón justo, pero que sus discípulos cometieron la locura de divinizarlo.

Max Müller dice a este propósito:

Se equivocaron los Padres de la Iglesia al ver en los dioses del gentilismo demonios o espíritus malignos; y por lo tanto, conviene precavernos del mismo error con respecto a las divinidades induístas (16).

Pero la Iglesia nos presenta a Satanás como un atleta que sostuviera sobre sus hombros el mundo cristiano, de modo que todo volvería al caos si el sostén faltase.

El dogma del diablo y su derivado, el de la redención, parece que se fundan en los dos siguientes pasajes:

El que comete pecado es del diablo, porque el diablo desde el principio peca. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo (17).

Y hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles lidiaban con el dragón, y lidiaba el dragón y sus ángeles.

Y no prevalecieron estos, y nunca más fue hallado su lugar en el cielo.

Y fue lanzado fuera aquel gran dragón, aquella antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo (18).

Indaguemos, por lo tanto, en las antiguas teogonías el simbolismo de estos pasajes. Primeramente hemos de ver si la palabra *diablo* expresa el concepto de la maligna entidad que supone el cristianismo dogmático, o bien la antagonística fuerza del aspecto tenebroso de la naturaleza, es decir, la *sombra* respecto de la *luz*, y en modo alguno la manifestación de un principio *esencialmente maligno*. Los cabalistas consideran esta fuerza como antagonística, pero al propio tiempo necesaria a la vitalidad, evolución y vigor del principio del bien. Ejemplo de ello tenemos en que las plantas morirían al nacer si estuvieran de continuo expuestas a la luz del sol, por lo que para vivir y crecer requieren la alternativa de días y noches. De la propia suerte, el bien necesita el contraste y la oposición del mal para explayarse. En la naturaleza humana, el mal manifiesta el antagonismo de la materia con relación al espíritu, y por efecto de esta lucha se purifican a la par cuerpo y espíritu. La armonía del universo deriva de la equilibrada oposición de las fuerzas centrífuga y centrípeta, ambas igualmente necesarias, pues si cesara se rompería el concierto universal

SINÓNIMOS DE SATANÁS

Conviene examinar la personificación de Satanás desde tres distintos puntos de vista: el del paganismo, del *Antiguo Testamento* y de los Padres de la Iglesia. Supusieron los intérpretes que la serpiente del Paraíso terrenal simbolizaba el demonio; pero ningún pasaje del *Antiguo Testamento* aplica el nombre de Satanás a las serpientes, y la que de bronce mandó construir Moisés recibió de los hebreos adoración divina (19), porque era el símbolo de Esmun-Asclepio, el Iao fenicio. Por el contrario, se advierte la identificación de Satanás con Jehovah en los pasajes siguientes:

Mas Satanás se levantó contra Israel e incitó a David a que hiciese la numeración de Israel (20).

Y se encendió de nuevo el furor del Señor contra Israel y movió a David contra ellos para que dijese: Anda y haz la numeración de Israel y de Judá (21).

Asimismo aparece citado Satanás en este otro pasaje:

Y me mostró el Señor a Josué, sumo sacerdote, que estaba en pie delante del ángel del Señor, y Satán estaba a su derecha para oponérsele.

Y dijo el Señor a Satán: El Señor te increpe, ¡oh Satán!, y te reprima el Señor que ha escogido a Jerusalén. ¿Pues no es éste un tizón sacado del fuego? (22).

Como la profecía de Zacarías, cuyo es el precedente pasaje, data de una época posterior a la colonización de Palestina por los hebreos (23), es muy verosímil que el profeta tomara de los asideanos esta personificación diabólica, pues se sabe que estuvieron muy versados en la doctrina mazdeísta y daban a Ahriman o Ahuramanyas los nombres sirios de Set o Sat-an (divinidad de los hititas e hyksos) y de Beel-Zeebub, el dios oracular mayormente venerado después de Apolo.

El pasaje anterior es sin duda alguna simbólico, pues así lo da a entender este otro:

Cuando el arcángel Miguel, disputando con el diablo, altercaba sobre el cuerpo de Moisés, no se atrevió a fulminarle sentencia de blasfemo (... ..), mas dijo: El Señor te reprima (24).

Vemos aquí identificado el arcángel San Miguel con el Señor (...) o ángel del Señor, en demostración de que el Jehovah hebreo tiene doble carácter: el secreto y el manifestado en el ángel del Señor o el arcángel San Miguel. Del cotejo de entrambos pasajes se infiere claramente que el “cuerpo de Moisés” sobre el cual contendían significaba la Palestina o tierra de Canaán donde habitaban los heteos (25), cuya divinidad tutelar era Seth (26). El arcángel Miguel, campeón de la adoración de Jehovah, pelea con su adversario Satanás, pero deja que juzgue su superior.

A Belial no se le puede considerar ni como dios ni como diablo, porque la palabra Belial (...) significa en hebreo destrucción, asolamiento y esterilidad, de modo que la frase (... ..) *ais-belial* (hombre-belial) quiere decir hombre destructor y dañino. Por consiguiente, la personificación de Belial habría de ser enteramente distinta de Satanás y análoga a una especie de *diakka* espiritual, a pesar de que los demonólogos le colocan al frente del tercer orden de demonios, cuya índole es de duendes dañinos, incapaces de toda acción sostenida.

Asmodeo es un diablo de origen persa y no hebreo, pues Bréal (27) lo identifica con el deva Eshem o Aeshma de los parsis, el espíritu de la concupiscencia, al que, según dice Max Müller, alude varias veces el *Avesta* considerándole como uno de los devas que se convirtieron en espíritus malignos (28).

Samael equivale a Satanás; pero según demuestran Bryant y otras autoridades, fue el nombre dado al viento del Sahara (simun) que también recibió el de *atabul-os* (diablo) (29).

EL DIOS TIPHÓN

Indica Plutarco que la palabra tifón quiere decir algo violento, desbaratado y sin concierto, por lo que los egipcios llamaron tifones a los desbordamientos del Nilo (30). Aunque Plutarco era de muy ortodoxas creencias y no miraba con mucha simpatía a los egipcios,

afirma que estos no adoraban a Tiphón (el demonio) (31) sino que le tenían en despectivo menosprecio como representante de la obstinada resistencia que a la Divinidad oponen las fuerzas antagonísticas (32).

Añade Plutarco que a Tiphón se le representaba en figura de asno, y que cuando la fiesta de los sacrificios en honor del sol, aconsejaban los sacerdotes al pueblo que no llevaran encima joyas ni adornos de oro para no alimentar con ellos al asno (33).

Platón opinaba respecto del mal, respecto del mal, diciendo que en la materia subyace una fuerza obstinada y rebelde que resiste a la voluntad del supremo Artífice. Esta fuerza es la que bajo la influencia del dogmatismo cristiano se convirtió en el personaje llamado Satán, de cuya identidad con Tiphón no cabe dudar al leer en el *Libro de Jacob* que Satanás acusa al varón idumeo de ser capaz de maldecir a Dios en el infortunio, lo mismo que en el *Libro de los muertos* aparece Tiphón como acusador de las almas. La analogía se descubre asimismo en los nombres, porque a Tiphón se le llamaba *Seth* o *Seph*, y *satán* en hebreo y *shatana* en árabe significan adversario, perseguidor. Esto concuerda con la mitológica alegoría a que alude Maneto al decir que Tiphón asesinó traicioneramente a Osiris en complicidad con los semitas (israelitas). De aquí tal vez derive la leyenda referida por Plutarco, según la cual, luego de cometido el crimen escapó Tiphón montado en un asno y anduvo durante siete días, engendrando después dos niños llamados Yerosolomo y Judaios, personificaciones simbólicas de Jerusalén y Judea

Al hablar de una invocación a Tiphón-Seth, dice Reuvens que los egipcios adoraban a este dios en figura de asno, y que Seth era entre los semitas el trasfondo de su conciencia religiosa (34). En copto la palabra *ao* significa asno, y como es una variación fonética de *lao* se le dio al nombre de aquel animal significación equívoca de símbolo.

Vemos, por lo tanto, que Satán es una invención fantástica de los Padres de la Iglesia, y por efecto de uno de esos reveses de fortuna a que los dioses parecen estar tan expuestos como los mortales, Tiphón-Seth cayó de las alturas de divinizado hijo de Adam Kadmon a la ínfima categoría de entidad subalterna simbolizada en un asno.

Los cismas religiosos están nutridos por las miserias y rencores propios de la humanidad, que tanto se echan de ver en los litigios judiciales. Prueba de ello nos ofrece la reforma religiosa de Zoroastro, cuando el mazdeísmo se desgajó del induísmo. Los fulgurantes *devas* védicos trocáronse, por rivalidades religiosas, en los tenebrosos *daevas* o espíritus malignos del *Avesta*. El mismo Indra, la divinidad luminosa por excelencia, quedó sumido en lóbregas tinieblas (35) para sustituirle por el resplandeciente Ahuramazda, el supremo Dios.

La singular veneración que los ofitas profesaban a la serpiente, símbolo de Christos, resultará más lógica si el estudiante recuerda que en toda época representó este reptil la sabiduría divina que mata para que lo muerto resucite a mejor y más perfeccionada vida. Moisés era de la tribu de Levi, secreta adoradora de la serpiente. Gautama fue también de estirpe sárpica por pertenecer a la dinastía de los Nagas, que reinaban en Magadha. También Hermes (Thoth) está simbolizado sárpicamente en Têt. Según las creencias ofitas, Christos nació por obra de la serpiente (Espíritu Santo o Sabiduría divina), lo que significa que llegó a ser Hijo de Dios por su iniciación en la ciencia de las serpientes. Por último, Vishnú, equivalente al dios egipcio Kneph, descansa sobre la eptacéfala serpiente celeste.

El ígneo dragón de los antiguos tiempos sirvió de enseña militar a los asirios, de quienes lo tomó Ciro al apoderarse del país, y más tarde fue insignia de las cohortes romanas de occidente y de oriente (36).

LA TENTACIÓN DE JESÚS

La tentación (37) de Jesús en el desierto es el pasaje del *Nuevo Testamento* en que con más dramático carácter aparece la figura de Satanás, a quien se le llama *diabolos*, esto es, *acusador*, análogamente al epíteto de *diobolos* (hijo de Zeus) aplicado a los dioses Apolo, Esculapio y Baco. En el desierto que se dilataba entre el río Jordán y el mar Muerto vivían eremíticamente los “hijos de los profetas” y los esenios (38), que sometían a los neófitos a pruebas semejantes a las *torturas* de los ritos mágicos, y seguramente de esta índole fue la tentación de Jesús, por lo que dice San Lucas en este pasaje:

Y acabada toda tentación, se retiró de él el diablo hasta el tiempo (...), y volvió Jesús en virtud del Espíritu a Galilea (39).

Pero en este ejemplo el diablo (...) no significa el espíritu maligno, sino el espíritu de subyugación y disciplina, en el concepto que algunas veces expresan sinónimamente las palabras *Diablo* y *Satán* (40), según vemos en el siguiente pasaje de San Pablo:

Y para que la grandeza de las revelaciones no me ensalce, me ha sido dado un aguijón de mi carne, el ángel de Satanás, que me abofetee (41).

Además, vemos que el ángel del Señor actúa de oponente o de Satán en este otro pasaje:

Y el ángel del Señor se puso en el camino delante de Balaám (42).

Nuevo ejemplo del simbolismo de Satán nos da el pasaje siguiente en que el profeta Micheas habla al rey Achab diciéndole:

Vi al Señor sentado en su trono, y a todo el ejército del cielo que le rodeaba a la derecha y a la izquierda.

Y dijo el Señor: ¿Quién engañará a Achab para que suba y perezca en Ramoth de Galaad?

Mas salió un espíritu... y respondió: Saldré y seré un espíritu mentiroso en la boca de todos sus profetas (43).

Parecido carácter ofrece en el *Libro de Job* la figura de Satán, que se entremezcla con los hijos de Dios para presentarse ante el Señor, como en el acto de mística iniciación.

El señor le da a Satán omnímoda licencia para afligir a Job, con tal de no quitarle la vida; y prevalido del consentimiento, le arrebató bienes, hijos y salud y le cubre el cuerpo de asquerosa lepra, hasta el punto de que su propia mujer se mofa de él porque aún glorifica a Dios en tan extrema miseria. Sus amigos le vituperan, diciendo que muchas abominaciones debió de cometer para verse de tal modo castigado. El mismo Señor, actuando de supremo hierofante, le reconviene por haber proferido palabras necias y disputado con el Altísimo. Entonces Job replica diciendo:

Te preguntaré y respóndeme. Por oída de oreja te he oído; mas ahora te ve mi ojo. Por esto yo me reprendo a mí mismo y hago penitencia en pavesa y ceniza (44).

Inmediatamente queda vindicado Job, porque el Señor se dirige a Eliphaz, diciéndole:

Mi furor se ha airado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto, como mi siervo Job (45).

SATÁN EN EL POEMA DE JOB

Resulta así reconocida la probidad de Job y cumplida su predicción:

Sé que mi Campeón vive y que hasta el último día se mantendrá ante mí sobre la tierra; y que después de consumida mi piel y corroído mi cuerpo, aun sin mi carne veré a Dios (46).

Y el Señor volvió la penitencia de Job y le dio doblado todo cuanto había tenido (47).

En ninguna de estas escenas se advierte la manifestación del maligno carácter que el cristianismo dogmático atribuye al “enemigo de las almas”.

Entienden eruditos y meritísimos autores que el Satán figurado en el *Libro de Job* es un mito hebreo relacionado con la doctrina mazdeísta del “principio del mal”. Dice Haug a este propósito:

La religión mazdeísta descubre íntima afinidad o más bien identidad con el judaísmo y el cristianismo en los puntos referentes a la personalidad y atributos del diablo y a la resurrección de los muertos (48).

De la propia suerte, la guerra en el cielo entre Miguel y el Dragón a que alude el *Apocalipsis* (49), puede referirse a uno de los más antiguos mitos parsis, pues el *Avesta* relata la lucha entre Tretaona y la destructora serpiente Azhidahaka, aunque a su vez este mito deriva según ha demostrado Burnouf, del que representan los Vedas en la lucha de los dioses contra la serpiente Ahi. Los parsis personificaron

después esta lucha en la del justo contra el diablo, que es precisamente el carácter de la tentación de Jesús en el desierto, por lo que bien podemos identificar el concepto de Satán con el de Zohak o Azhidahaka, la serpiente con rostro humano en una de sus tres cabezas (50).

La personalidad de Beel-Zebub difiere de la de Satán en las alegorías. Según el *Nuevo Testamento apócrifo* es el príncipe del mundo inferior y su nombre significa “Baal de las moscas”, para dar a entender quizá con esta última palabra los escarabajos sagrados. En cambio, el texto griego del *Evangelio* le llama *Beelzebul* (51), que significa “el señor de su casa”, según se infiere del siguiente pasaje:

Si llamaron Beelzebub al padre de familias, ¿cuánto más a sus domésticos? (52).

También se le llamaba príncipe o arconte de los demonios.

En el *Libro de los muertos* acusa Tiphón a las almas que comparecen a juicio, lo mismo que Satán acusa al sumo pontífice Josías ante el ángel y tiente a Jesús en el desierto (53). Las alegorías de la religión oficial de los egipcios refieren que Tiphón mató traidoramente a su hermano Osiris, y después de dividir el cadáver en *catorce* (54) pedazos lo puso en un ataúd (55). Análogamente echamos de ver que el dios Sabazios (56) de Frigia fue muerto y dividido en *siete* pedazos por los titanes. El indo Siva está representado con *siete* serpientes por corona, y es el dios de la destrucción y de la guerra. También a Jehovah se le llama el “Señor Dios de los ejércitos” (*Sabaoth*), apelativo análogo al de Baco o Dionisio Sabazios, de lo que cabe inferir la identidad de todas estas representaciones. Finalmente, según la antigua simbología, los dioses que cuando el asalto de los titanes hubieron de transformarse en animales para esconderse en Etiopía, volvieron con el tiempo y expulsaron a los pastores.

Afirma Josefo que los *hyk-sos* fueron los antecesores de los israelitas, conforme se infiere de este pasaje:

Los egipcios aprovechaban muchas ocasiones para descargar en nosotros el odio y la envidia que nos tenían. En primer lugar, porque nuestros antepasados los *hyk-sos* o pastores eran dueños de Egipto,

donde aquéllos vivieron prósperamente después de sacudir el yugo de estos (57).

Sustancialmente es verídica la afirmación de Josefo, aunque difiera algún tanto del relato de las Escrituras hebreas, escritas muy posteriormente a dicho suceso histórico y alteradas repetidas veces antes de divulgar su texto.

Prosigue diciendo la alegoría que Tiphón se hizo odioso en Egipto y que los pastores llegaron a ser “una abominación”, así que en tiempos de la vigésima dinastía se vio tratado como un despreciable demonio y quedó borrada su efigie y su nombre de los monumentos donde se habían grabado (58).

PERSONIFICACIÓN DE LOS DIOSES

En toda época mostróse inclinado el hombre a personificar a los dioses. Aun hay tumbas de Zeus, Apolo, Hércules y Baco como si hubiesen vivido en carne mortal sobre la tierra; y por otra parte, Sem, Cam y Jafet son respectivas personificaciones de la divinidad asiria Shamas, de la egipcia Kham y del titán Iapetos. El dios de los hyk-sos era Seth; el de los argivos, Enoch o Inaco; y Abraham descubre cierta sinonimia con Brahma, Isaac con Ikshwaka y Judá con Yadu, del panteón induísta. Tiphón cayó de la categoría divina a la condición diabólica, tanto en su propio carácter de hermano de Osiris, como en concepto del Seth o Satán asirio. Para los fenicios no fue Apolo el dios solar ni la divinidad oracular, sino príncipe de los demonios y monarca de los dominios subterráneos. Cuando el mazdeísmo se desgajó del induísmo, los disidentes transformaron en asuras a los devas y en devas a los asuras, por lo que vemos a Indra subordinado a Ahriman (59) y formado por éste de materiales de tinieblas (60) junto con Siva (61) y los dos Asvines (62). Análogamente identificaron los mazdeístas con Indra a Jahi, el demonio de la lujuria.

Todas las naciones tuvieron en tanta veneración sus divinidades tutelares como en aborrecimiento las de sus enemigos. De esta índole son las metamorfosis de Tiphón, Satán y Beelzebub (63).

Según el *Apocalipsis*, Miguel y sus ángeles vencieron al Dragón y los suyos, conforme vemos en el pasaje siguiente:

Y fue lanzado fuera aquel grande dragón, aquella antigua serpiente que se llama diablo y Satanás y engaña a todo el mundo (64).

El Cordero, emblema de Cristo, descendió a los infiernos o reino de la muerte, y allí estuvo tres días, hasta subyugar al enemigo. Los cabalistas llamaban “Salvador” y también “ángel del Sol” y “ángel de Luz” (65), al arcángel Miguel, que era el príncipe de los eones (66). Por lo tanto, si el autor del *Apocalipsis* no era cabalista, por lo menos debió de ser gnóstico, pues Miguel no fue para él una entidad original de su revelación (*epopteia*), sino que nos lo representa en su ya conocido carácter de Salvador y vencedor del Dragón. Las investigaciones arqueológicas han apuntado la identidad de Miguel y Anubis, cuya efigie fue recientemente descubierta en un monumento egipcio con coraza y lanza dando muerte al dragón sárpico, tal como la iconografía cristiana representa a San Miguel y a San Jorge (67).

Lepsius, Champollión y otros egiptólogos han reconocido sin dificultad la “Virgen con el Niño” en las figuras de Isis con Horus en brazos circuída de los rayos del sol y la luna a sus pies. Es la Madre que, perseguida por el Dragón, recibió alas de Águila imperial de modo que pudiera volar al desierto (68).

EL MITO DE LA SERPIENTE

Los principios opuestos del bien y del mal están simbolizados en los míticos bíblicos análogamente a como lo están en los paganos, y así tenemos Caín y Abel, Tiphón y Osiris, Apolo y Pitón, Esaú y Jacob. La *Biblia* describe a Esaú cubierto de áspero vello de color rojo, y también es Tiphón de piel roja (69). La oposición de Esaú respecto de su hermano Jacob es semejante a la de Tiphón respecto de Osiris. Desde la más remota antigüedad veneraron todos los pueblos a la serpiente como símbolo del espíritu y de la Sabiduría divina. Según Sanchoniaton, Hermes fue el primero que tuvo a la serpiente por el reptil más espiritual. La serpiente gnóstica con las siete vocales en la cabeza es remedo de la eptacéfala serpiente Ananta sobre que descansa Vishnú.

No poco nos sorprende que al hablar del culto de la serpiente confiesen los tratadistas europeos la ignorancia de las gentes respecto

al origen de esta “superstición”, según la llaman. Dice sobre el particular C. Staniland Wake:

Saben los mitólogos que los pueblos de la antigüedad simbolizaban ciertos conceptos metafísicos en la serpiente, que era el emblema favorito de algunas divinidades, si bien no se sabe con seguridad qué motivo tuvieron para preferir este animal con dicho objeto (70).

Tampoco Fergusson ha sido más afortunado en este punto, a pesar de los muchos materiales de información que reunió acerca del particular (71).

Poco valor tendrá para los simbologistas la explicación que demos de este mito; y sin embargo, estamos en la creencia de que no cabe otra que la expuesta por los iniciados. Según ya notamos en otro lugar, el brahmata *Aytareya*, en el himno de la serpiente, dice que la serpiente *Râjni* es la reina de las serpientes y “la madre de todo cuanto se mueve”. Esto significa que antes de tomar nuestro globo la forma esferoidal tuvo la de una larga cola de materia cósmica, que se movía retorcidamente como una culebra modelada por la incubación del Espíritu de Dios flotante sobre las “aguas”. Esta serpiente está representada en actitud de morderse la cola, como emblema de la eternidad en el orden espiritual y de nuestro planeta en el orden físico, porque, según interpretaron los antiguos filósofos, la tierra muda su configuración superficial a cada pralaya menor, como muda de piel la serpiente, y después del pralaya mayor pasa del estado subjetivo al objetivo, de la propia suerte que, según dice Sanchoniaton, la serpiente cada vez que muda la piel parece como si se rejuveneciera y cobrara mayor fuerza y energía. Ésta es la razón de que primero a Serapis y después a Jesús se les representase en figura de serpiente; y también de que en nuestros mismos días se conserve con especial solicitud la enorme serpiente de la mezquita de El Cairo. Se cuenta que en el Alto Egipto suele aparecerse un famoso santo en figura de serpiente; y en la India hay costumbre de colocar junto a la cuna de las criaturas una pareja de serpientes domesticadas que, en opinión popular, irradian un aura magnética de sabiduría, salud y dicha. Todas las serpientes descienden, según los indios, de la primitiva *Râjni*, símbolo de la tierra, y están dotadas de las mismas virtudes que su progenitora.

En la mitología induísta, el gran dragón Vasaki escupe contra Durga una ponzoña que por intervención de Siva, esposo de ésta, queda embebida en la tierra. Vemos, por lo tanto, que el místico drama de la Virgen celeste perseguida por el dragón que intenta devorarle el hijo, estaba también representado en los ritos secretos de los templos, además de tener su signo entre las constelaciones zodiacales. Los misterios simbolizaban este drama en el dios del Sol y lo grababan sobre una imagen de Isis esculpida en negro (72), donde aparecía el divino Niño perseguido por el cruel Tiphón (73). Dice una leyenda egipcia que el Dragón persiguió a Isis mientras ésta procuraba proteger a su hijo (74). Ovidio refiere que Dioné, madre de Venus y esposa del Zeus pelasgo, huyó al Éufrates perseguida por Tiphón (75).

Por su parte, Virgilio exclama:

¡Salve, oh hijo amado de los dioses, descendiente de Jovel. Recibe el sumo honor, porque se avecinan los tiempos en que ha de morir la serpiente (76).

Alberto el Magno, entusiasta astrólogo, ocultista, alquimista y prelado católico señaló la aparición del signo zodiacal *Virgo* en el horizonte el día 25 de Diciembre en que la Iglesia conmemora el nacimiento de Jesucristo (77).

MISTERIO DE DEMETER

En los misterios eleusinos, Plutón rapta a Perséfone, hija de Demeter, y se la lleva al Hades, donde su madre la encuentra erigida en soberana del tenebroso reino. De este mito extrajo el cristianismo la leyenda de Santa Ana (78) que va en busca de su hija María, que con su esposo José hubo de refugiarse en Egipto. Las antiguas imágenes de la Virgen María la representan con dos espigas de trigo en la mano, lo mismo que aparecen representadas Perséfone y la Virgen zodiacal.

El árabe Albumazar nos ofrece asimismo una variación del mito en el siguiente pasaje:

En el primer decán de la constelación de la Virgen, nació la doncella Aderenosa (79), la pura e inmaculada Virgen (80) llena de gracia, de apostura encantadora, modesta en el vestir y cabellera flotante, que

sentada en adornado trono y con dos espigas de trigo en las manos, amamanta al niño Issa llamado Christos por los griegos y Iessus por otras naciones (81).

Todo esto demuestra más que de sobra la identidad del mito en las principales religiones del mundo. Posteriormente tomó nueva fase el pensamiento religioso. A los misterios de Dionisio Sabazio sucedieron los de Mitra, cuyas cuevas sustituyeron a las antiguas criptas desde Asiria hasta Bretaña. El dios Serapis, venido del Ponto, depuso de su trono a Osiris. El rey indo Asoka abrazó la religión budista y envió misioneros a difundir por Grecia, Asia menor y Egipto el Evangelio de Sabiduría, logrando convertir a los esenios de Judea y Arabia, los terapeutas (82) de Egipto y los pitagóricos (83) de Grecia y Asia menor. En todos estos países las alegorías budistas sustituyeron a los mitos de Horus, Anubis, Adonis, Atys y Baco, que metamorfoseados con arreglo a las nuevas creencias se incorporaron consiguientemente en los Evangelios sinópticos y en el llamado apócrifo, que los ebionitas, nazarenos y otras primitivas escuelas cristianas mantuvieron secretos sin enseñarlos más que a los iniciados, hasta que se los arrebató la predominante influencia del dogmatismo romano.

Cuando el sumo sacerdote Helcías encontró el *Libro de la Ley*, ya conocían los asirios los *Purânas* indos, pues ocasión les deparó al efecto la conquista del país comprendido entre el Helesponto y el Indo, cuando con toda probabilidad arrojarían de la Bactriana a los arios que transpusieron el Punjâb. Así hay indicios de que el *Libro de la Ley* era un *Purâna*, pues reúne las cinco condiciones requeridas para ello por los brahmanes eruditos, según nos dice sir William Jones. Estas condiciones son:

- 1.^a Tratar de la formación general de la materia.
- 2.^a Tratar de la formación de la materia diferenciada y de la generación de los seres espirituales.
- 3.^a Dar un resumen cronológico de las edades históricas.
- 4.^a Exponer un resumen genealógico de las dinastías del país.
- 5.^a Incluir la biografía de algún personaje eminente.

Es indudable que el autor del *Pentateuco* se sujetó a estas condiciones, de la propia suerte que los autores del *Nuevo Testamento* habían escuchado las enseñanzas budistas de labios de los misioneros que por entonces menudeaban en Grecia y Judea.

Pero como, según el dogmatismo cristiano, no cabe concebir a Cristo sin el Diablo, hemos de cotejar estos dos conceptos para descubrir la íntima y misteriosa relación entre ambos. Todos los místicos “Hijos de Dios” y los “Primogénitos” ofrecen idénticas características. Adam Kadmon se desdobra en sabiduría conceptiva y sabiduría creadora, que desenvuelve la materia. el Adam de barro es a un tiempo hijo de Dios e hijo de Satán (84).

Hércules era asimismo “primogéntio” y equivale a Bel, Baal y Bal y a Siva el destructor. El poeta Eurípides llama a Baco hijo de Dios, y se le tributó adoración desde muy niño, como al Jesús de los evangelios. Los filósofos le describen de condición muy benévola para la humanidad, aunque inexorable con los quebrantadores de su culto (85).

ALEGORÍAS DEL LIBRO DE JOB

El *Libro de Job* nos descubre más claramente que otro alguno la índole y naturaleza del concepto del Diablo, de conformidad con nuestras afirmaciones.

Todo cuanto en este libro se relata es alegórico, y no se han de alarmar por ello las gentes piadosas, pues en tiempos antiguos era costumbre dar alegóricamente las enseñanzas morales, según corrobora el mismo San Pablo en los siguientes pasajes:

Todas estas cosas les acontecían a ellos en figura; mas fueron escritas para escarmiento de nosotros en quienes los fines de los siglos han llegado (86).

Porque escrito está, que Abraham tuvo dos hijos: uno de la sierva y otro de la libre... Las cuales cosas fueron dichas por alegorías (87).

Por lo tanto, si, según toda probabilidad lindante con la certidumbre, el *Nuevo Testamento* tiene carácter alegórico, no será mucho decir del

Libro de Job lo mismo que dijo San Pablo de las figuras de Abraham y Moisés.

Conviene advertir, sin embargo, la diferencia entre alegoría y símbolo. En la primera se encubre la verdad con la suficiente transparencia para que el oyente o el lector pueden inducirla. El símbolo entraña una cualidad abstracta de la Divinidad, fácilmente comprensible para los profanos, que por ello, le tributaron adoración idolátrica. La alegoría estaba reservada en los recintos internos, donde sólo eran admitidos los iniciados; y así se explican aquellas palabras de Jesús cuando decía:

Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado.

Porque al que tiene, se le dará y tendrá más, y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará (88).

En los misterios menores se efectuaba la operación de lavar una marrana, que luego se dejaba otra vez entre el fango, para significar la purificación del neófito y lo insuficiente de la obra hasta entonces cumplida.

El mito encierra un pensamiento no manifestado, es decir, que personifica históricamente el reflejo de una idea religiosa. En el mito ha de predominar, como en la epopeya, el elemento histórico, de modo que los hechos exotéricos constituyan la base del mito y en ellos se entretrejan las ideas religiosas.

El *Libro de Job* es muy claro para quien comprende el pintoresco lenguaje empleado por los iniciados egipcios en el *Libro de los muertos*. En la escena del *Juicio* aparece Osiris sentado en el trono con el garfio en una mano y el místico abanico báquico en la otra. Ante él están los cuarenta y dos asesores del difunto. Junto al trono se levanta un altar cubierto de ofrendas y rematado por la flor de loto, sobre el cual se ven cuatro espíritus. En la puerta permanece estacionada el alma que va a comparecer a juicio, y Thmei, diosa de la Verdad, se le acerca en actitud de darle la bienvenida. Thoth empuña una caña y examina el proceso del alma en el Libro de la Vida. Horus y Anubis, delante de las balanzas, observan si el corazón del difunto equilibra o no el peso del símbolo de

la Verdad. Sobre un pilar está sentada la ramera que ha de sostener la acusación. Según saben los eruditos, en los misterios se representaban las escenas del mundo inferior, y tal es la alegoría de Job.

LA INICIACIÓN Y EL LIBRO DE JOB

Varios críticos han atribuido a Moisés el *Libro de Job*, que seguramente es más antiguo que el Pentateuco, pues en él no se nombra a Jehovah; y si bien este nombre aparece en el prólogo, es por error de traducción o por la necesidad posteriormente sentida de dar carácter monoteísta al politeísmo hebreo, convirtiendo para ello en divinidad individual la pluralidad representada en los Elohim. En el primitivo texto del *Libro de Job* no se le da a Dios el nombre de Jehovah (89), sino los de *Al, Aleim, Ale, Shaddai, Adonai*, de lo cual se infiere que, como todos los demás manuscritos antiguos, fueron adulterados de propósito el prólogo y el epílogo del *Libro de Job*, pues no cabe suponer que se añadieran posteriormente. No hay en este arcaico poema alusión ninguna a la institución sabática; pero sí copiosas referencias al sagrado número siete, de que hablaremos más adelante, y una abierta discusión sobre el sabeísmo prevaleciente por aquellos días en Arabia. El *Libro de Job* llama a Satán hijo de Dios, pues lo cuenta entre los asistentes al consejo del Altísimo, a quien induce a poner en toque la fidelidad del varón idumeo, de donde vemos corroborada la significación de *acusador* o *adversario* que etimológicamente tiene la palabra Satán y su identidad conceptiva con el Tiphón de los egipcios que acusa a las almas en el Amenti (90).

Es el *Libro de Job* una acabada figura de las antiguas iniciaciones y de las pruebas preliminares de tan augusta ceremonia. El neófito se ve privado de todo bien terreno y afligido por una enfermedad repugnante. Su esposa le aconseja que ponga en la muerte su única esperanza. Tres amigos van a visitarle: Eliphaz, el erudito temanita lleno del conocimiento que los sabios recibieron de sus padres, a quienes sólo a ellos les fue dada la tierra; Baldad, el de temperamento positivista, que toma las cosas según vienen y opina que la aflicción de Job es consecuencia de sus culpas; y Sophar, espíritu generalizador de sabiduría superficial. A sus reconvenciones responde Job:

Sea así que yo haya errado, mi yerro quedará conmigo.

Mas vosotros os levantáis contra mí y me dais en cara con mis oprobios... porque la mano del Señor me ha tocado.

Pues yo sé que mi Campeón vive y que hasta el último día se mantendrá ante mí sobre la tierra; y que después de consumida mi piel y corroído mi cuerpo, aun sin mi carne veré a Dios...

¿Por qué, pues, ahora decís: Persigámosle y hallemos raíz de palabra contra él? (91).

Algunos intérpretes han considerado que este epíteto de Campeón alude al Mesías, y en muchas versiones aparece sustituida la palabra *Campeón* por la de *Redentor*, aunque en la de los *Setenta* aparece el pasaje como sigue:

Porque sé que es eterno Aquél que ha de libertarme de la tierra para restaurar ésta mi piel que sufre de estos males.

Indudablemente se refiere Job en este pasaje a su Yo superior, inmortal y eterno que por medio de la muerte física ha de libertarle de su corrompido cuerpo carnal y revestirle de nueva envoltura. En los *Misterios de Eleusis*, en el *Libro de los Muertos* y en otros tratados relativos a la iniciación se le dan nombres propios al Yo inmortal, que los neoplatónicos denominaron *Nous* y *Augoeides*, los budistas *Aggra*, los mazdeístas *Feruer* y los induístas *Atman*, con más los frecuentes epítetos de *Liberador*, *Campeón*, *Mediador*, etc. en las escultura míticas de Persia aparece el *Feruer* o Yo superior simbolizado por una alada figura que planea sobre el cuerpo de un hombre (92). Es el inmortal espíritu que ha de redimir nuestra alma de la esclavitud de la materia. en los textos caldeos el citado pasaje se lee como sigue:

Mi libertador (93) ha de restaurar mi gastado cuerpo y convertirlo en vestidura etérea.

ADULTERACIÓN DEL LIBRO DE JOB

Sin embargo, todas las versiones derivadas de la de San Jerónimo adolecen de las mismas inexactitudes y mudanzas que este doctor se permitió en su *Vulgata*, según demuestra la evidente adulteración de este versículo:

Pues yo sé que vive mi Redentor y que en el último día he de resucitar de la tierra. Y de nuevo he de ser rodeado de mi piel y en mi carne veré a mi Dios (94).

En este amaño se advierte el manifiesto propósito que San Jerónimo tuvo de disponer el texto convenientemente para cohonestar “la resurrección de la carne” tal como la entiende el dogmatismo cristiano (95). No podía el autor del *Libro de Job* conocer el *Nuevo Testamento*, por cuanto ni siquiera conocía el *Antiguo*, ya que ni remotamente alude a los patriarcas. Sin duda fue iniciado su autor, pues una de las tres hijas de Job lleva el mitológico nombre de *Kerenhappuch*, que cada versión traduce de distinto modo. La *Vulgata* la llama *Cuerno de antimonio*, y los *Setenta* traducen *Cuerno de Amalthea* (96). Basta el nombre de esta heroína pagana en la versión de los *Setenta* para advertir por una parte la ignorancia de estos traductores y por otra la filiación esotérica del *Libro de Job*.

En vez de consolar a Job, sus tres amigos le reconviene diciéndole que merecida tiene la aflicción en castigo de sus culpas, a lo que responde el santo varón rechazando semejantes imputaciones y prometiendo que mantendrá su causa mientras aliente. Recuerda los prósperos tiempos de su dicha “cuando el secreto de Dios permanecía sobre su tienda” y él era juez soberano como rey en ejército, que a los afligidos consolaba, y los compara con el tiempo presente en que se mofan de él los vagabundos beduinos, “los más viles hombres de la tierra”, al verle postrado por el infortunio y por la lepra. Manifiesta después Job la simpatía que le inspiran los desgraciados, y rememora que siempre fue casto, íntegro, honrado, justo, caritativo, sobrio, hospitalario, magnánimo, misericordioso con el enemigo, extraño al culto del sol e intrépido defensor de la justicia aun contra la oposición de las gentes. Impetra del Todopoderoso una respuesta a este alegato, e intima a sus tres amigos la declaración de las culpas que hayan descubierto en él. No cabía réplica posible. Los tres amigos habían tratado de confundir a Job con especiosas razones, y él les redargüía con su ejemplar conducta. Entonces aparece en escena el cuarto amigo: Elihu el buzita, hijo de Barachel, de la estirpe de Ram (97).

Elihu representa al hierofante. Empieza reprendiendo a los otros tres amigos de Job, cuyos sofismas desvanece como el viento de Poniente se lleva la movediza arena.

En la amargura de su corazón había dicho Job a sus amigos:

Lo que vosotros sabéis, yo también lo sé y no soy inferior a vosotros.

Con todo eso, hablaré al todopoderoso y con Dios deseo razonar.

Haciendo antes ver que vosotros sois unos forjadores de mentiras y secuaces de perversos dogmas.

Y ojalá callareis para que fueseis tenidos por sabios (98).

Pero Elihu le dice:

No los de mucha edad son los sabios ni los ancianos los que juzgan lo justo.

Mas, a lo que veo, espíritu hay en los hombres, y la inspiración del Omnipotente da la inteligencia.

Una vez habla Dios y segunda vez no repite la misma cosa.

Por sueño, en visión nocturna, cuando profundo sueño se echa sobre los hombres y están durmiendo en su lecho.

Entonces abre las orejas de los hombres, y amaestrándolos, les instruye en lo que deben saber.

Atiende, Job, y oye y calla mientras yo hablo.

Y si tienes alguna cosa que decir, respóndeme, habla; porque deseo que compares justo.

Y si no tienes, óyeme, calla y te enseñaré sabiduría (99).

Había dicho antes Job, vacilante en su fe, al oír que sus amigos no le ofrecían otra esperanza que la eterna condenación:

El hombre nacido de mujer, vive breve tiempo y está relleno de muchas miserias.

Que como flor sale y es ajado, y huye como sombra y jamás permanece en un mismo estado.

Mas el hombre después que haya muerto y despojado que sea y consumido, dime, ¿dónde está?

¿Crees por ventura que muerto un hombre tornará a vivir?

¡Y ojalá se hiciera el juicio entre Dios y el hombre como se hace el de un hijo del hombre con su compañero (100).

EL HIEROFANTE EN EL LIBRO DE JOB

Pero por fin escucha Job la sabiduría de Elihu, el inspirado filósofo, el instructor perfecto, el hierofante de cuyos severos labios brota la justa reconvención de haber dudado impíamente de la bondad de Dios achacándole los males de la humanidad. Así dice Elihu:

Lejos esté de Dios la impiedad, y del Omnipotente la injusticia. Porque Él pagará al hombre su obra y recompensará a cada uno según sus caminos. Porque en verdad, Dios no condenará sin razón ni el Omnipotente trastornará la justicia (101).

Callado se había mantenido el hierofante mientras al neófito le satisfacía su propia sabiduría mundana en irreverente incompreensión de la Providencia y sus designios, y dio oídos a los perniciosos sofismas de sus consejeros. Mas, en cuanto la mente del neófito anhela conocer la verdad y se predispone de esta suerte a la instrucción y al consejo, resuena la voz del hierofante, que lleno del divino Espíritu exclama:

No podemos conocer a Dios dignamente. Grande en fortaleza y en juicio y en justicia. Él es inefable.

Por esto le temerán los hombres y no se atreverán a contemplarle todos los que se tienen a sí mismos por sabios (102).

Y responde Job a Baldad:

Verdaderamente sé que así es y que no será justificado el hombre comparado con Dios.

Él trasladó los montes y los mismos que trastornó en su furor no le conocieron.

Él conmueve la tierra de su lugar y sus columnas se estremecen.

Él manda al sol y no sale y cierra las estrellas como bajo de sello.

Él hace cosas grandes e incomprensibles y admirables que no tienen número.

Si viniere a mí no lo veré; si se retirare, no lo entenderé (103).

¡Hermosa lección para los predicadores a la moda que multiplican las palabras sin encerrar sabiduría en ellas (104)!

Escucha Job la palabra de sabiduría y después le habla el Señor desde el “torbellino de la Naturaleza” (105), diciendo:

¿Quién es ese que envuelve sentencias en indoctos discursos?

Cíñete como varón tus lomos; te preguntaré y respóndeme:

¿Dónde estabas cuando yo echaba los cimientos de la tierra?

¿Por ventura has considerado la anchura de la tierra? Dame razón, si sabes, de todas estas cosas.

Cuando me alababan a una los astros de la mañana y se regocijaban los hijos de Dios.

¿Quién encerró con puertas el mar?

Lo cerré dentro de mis términos y dije: Hasta aquí llegarás y no pasarás más allá y aquí quebrarás tus hinchadas olas.

¿Quién dio curso a un aguacero impetuosísimo y camino al trueno ruidoso para que lloviese en una tierra sin hombre, en el desierto, donde no mora mortal ninguno?

¿Podrás acaso juntar las brillantes estrellas de las Pléyades o podrás detener el giro de Arturo?

¿Podrás enviar los relámpagos e irán y te dirán cuando vuelvan: Aquí estamos? (106).

A lo que responde Job.

Yo, que he hablado con ligereza, ¿qué cosa puedo responder? Pondré mi mano sobre mi boca (107).

Ya sabe cuáles son sus caminos y se abren sus ojos por vez primera. Desciende sobre el hombre de las aflicciones la suprema Sabiduría y en este final *Petroma* le muestra la imposibilidad de cazar al Leviatán clavándole el arpón en la nariz, lo cual significa que en el conocimiento oculto (Leviatán) únicamente pueden poner la mano, pero *nada más que la mano*, quienes por sus facultades y debida preparación merecen que Dios no se lo encubra.

EL LIBRO DE JOB Y EL LIBRO DE LOS MUERTOS

Así dice el Señor:

¿Podrás por ventura sacar fuera con anzuelo al Leviatán y atar su lengua con una cuerda?

¿Quién descubrirá el haz de su vestido y en medio de su boca quién entrará?

¿Quién abrirá las puertas de su rostro? Alrededor de sus dientes hay espanto.

Su cuerpo es como escudos fundidos apiñados de escamas que se aprietan. La una se junta con la otra y ni un respiradero pasa por entre ellas.

Su estornudo es resplandor de fuego y sus ojos como los párpados de la aurora.

Detrás de él lucirá la senda y reputará al abismo como lleno de canas.

No hay sobre la tierra poder que se le iguale, pues fue hecho para que no temiese a ninguno.

Todo lo alto ve. Él es el rey de todos los hijos de soberbia (108).

Y responde Job:

Sé que todo lo puedes y que ningún pensamiento se te esconde.

¿Quién es ese que sin ciencia encubre el consejo?

Por esto yo he hablado neciamente y lo que sin comparación excedía mi ciencia.

Oye y yo hablaré; te preguntaré y respóndeme.

Por oída de oreja te he oído; mas ahora te ve mi ojo.

Por esto yo me reprendo a mí mismo y hago penitencia en pavesa y ceniza (109).

Reconoce a su Campeón y se convence de que ha llegado la hora de su reivindicación.

Entonces le dice el Señor a Eliphaz:

Mi furor se ha airado contra ti y contra tus dos amigos, porque no habéis hablado delante de mí lo recto como mi siervo Job.

El señor asimismo se volvió a la penitencia de Job... y le dio doblado todo cuanto había tenido (110).

En el juicio del alma según el *Libro de los muertos*, el difunto invoca a los cuatro espíritus residentes en el Lago de Fuego, y luego de purificado por ellos le conducen a la mansión celeste, donde le reciben Athar e Isis en presencia de *A-tum* (111). Se ha convertido en *туру* (hombre espiritual), que desde entonces será el ojo de fuego (*on-ati*) compañero de los dioses.

Los cabalistas comprendían perfectamente el grandioso poema de Job, y no obstante sus profundos sentimientos religiosos eran acérrimos adversarios del clero, y así se justifican las palabras de Paracelso cuando víctima de persecuciones y calumnias, mal comprendido por amigos y enemigos, maltratado por clérigos y seglares, exclamaba:

¡Oh vosotros los de París, Padua, Montpellier, Salerno, Viena y Leipzig! No sois maestros de la verdad, sino confesores de la mentira. Vuestra filosofía es mentirosa. Si queréis saber lo que verdaderamente significa la magia, estudiad el *Apocalipsis* de San Juan... Puesto que no podéis probar que vuestras enseñanzas derivan de la *Biblia* y del *Apocalipsis*, dad de mano a vuestras farsas. La *Biblia* es la verdadera clave y el verdadero intérprete. Lo mismo que Moisés, Elías, Enoch, David, Salomón, Daniel, Jeremías y los demás profetas, fue Juan mago, cabalista y adivino. Si alguno de ellos viviera hoy día, seguramente que lo inmolaríais en vuestro fementido matadero, y no sólo a ellos, sino aun al mismo Creador de todas las cosas, si os fuera posible.

Prácticamente demostró Paracelso que había aprendido muy útiles aunque escondidas cosas en el *Apocalipsis*, la *Biblia* y la *Kábala*, por lo que le apellidaron “padre de la magia y del magnetismo fenoménico” (112). Tan firme era la creencia popular en los sobrenaturales poderes de Paracelso, que todavía perdura entre el vulgo de Alsacia la tradición de que no murió, sino que duerme en su tumba (113), y que el césped que la rodea se agita al impulso de la respiración de aquel fatigado pecho, de cuyo fondo brotan lastimeros gemidos cuando el insigne filósofo del fuego despierta al recuerdo de las injusticias con que por su amor a la verdad le abrumaron los calumniadores.

MODERNO CONCEPTO DEL DIABLO

De todo cuanto llevamos expuesto se infiere fácilmente que el *Satán* del *Antiguo Testamento* y el *Diablo* de los *Evangelios* y de las *Epístolas* apostólicas son personificaciones del principio antagonístico peculiar de la materia, no necesariamente malo por sí mismo en la acepción ética de la palabra. Los judíos aprendieron en la cautividad de Babilonia la doctrina de los dos opuestos principios del bien y del mal personificados respectivamente por los asidianos y parsis en Ormazd, cuyo nombre secreto era ..., y en Ahriman, equivalente al *Satán* de los

heteos y al *Diobolos* de los griegos. Los primitivos cristianos de la escuela de San Pablo y después los gnósticos y sus sucesores refinaron metafísicamente estos conceptos, que el dogmatismo tergiversó por último, al propio tiempo que perseguía de muerte a sus genuinos definidores.

La Iglesia protestante entraña el espíritu de reacción contra la Iglesia católica, y no forma un todo coherente y homogéneo, sino una especie de torbellino cuyas partes giran en torno de un centro común, que se atraen y repelen mutuamente impelidas unas hacia roma por la fuerza centrípeta y empujadas otras por la fuerza centrífuga muy lejos de Roma, hasta más allá de la idea cristiana.

Precisamente, el concepto moderno del diablo es el que tuvieron las multitudes ignaras de Babilonia, “madre de las idolátricas y abominables religiones del gentilismo mundano”. Tal vez se redarguya diciendo que las teologías induísta y budista también admiten la existencia individual de los espíritus malignos; pero la sutil mentalidad inda (114) considera al diablo o espíritu maligno como una abstracción metafísica, una alegoría del *mal necesario*, mientras que para los cristianos es un personaje real de cuerpo y alma, sin cuya existencia no pueden fundamentar el dogma de la redención (115).

Los protestantes ingleses, no satisfechos con la personificación bíblica del diablo, adoptaron la demonología expuesta por Milton (116) en su *Paraíso perdido*, donde el Ilda-Baath de los ofitas se transforma en Lucifer identificado con el Dragón apocalíptico (117) después de su caída (118) con las huestes rebeldes en el tenebroso abismo del pandemonio. En la tercera parte del poema celebra Satanás consejo en el palacio levantado para su residencia en sus nuevos dominios, y determina emprender una exploración en busca de un nuevo mundo. La cuarta parte relata la caída del hombre, su destierro en la tierra, el advenimiento del Hijo de Dios (*Logos*) y la redención del linaje humano (119).

El poema del *Paraíso perdido* entraña implícitamente el concepto que del diablo tienen los protestantes ingleses (120), y no creer en el diablo personal equivale para ellos a “negar a Cristo” y a “blasfemar contra el Espíritu Santo” (121). Posteriormente, el poeta Roberto Pollok se inspiró en el poema de Milton para escribir el suyo, titulado: El curso

del *tiempo*, que también fue tenido durante algunos años por tan fidedigno como la *Biblia* (122).

Bosquejemos ahora el carácter del diablo según el concepto cristiano. Es la entidad que interviene en la hechicería, brujería y otros maleficios, según creyeron los fariseos y de ellos lo tomaron los Padres de la Iglesia, quienes identificaron con el diablo las gentílicas divinidades de Mitra, Serapis y otras, cuyo culto consideró siempre el doctrinarismo católico como trato y connivencia con las potestades tenebrosas. Los brujos y hechiceros medioevales fueron para la Iglesia adoradores del diablo, a pesar de que los antiguos consideraron la magia como la ciencia divina o sea el conocimiento y sabiduría de Dios. Mágica era el arte de curar en los templos de Esculapio y en los santuarios de la India y Egipto. El mismo Darío Hystaspes que había exterminado a los magos de mala ley y a los teurgistas caldeos, restableció el culto de Ormazd y con él la verdadera magia en que le instruyeran los brahmanes. Entró a la sazón en una nueva fase el pensamiento religioso. La ignorancia del vulgo engendró la falsa devoción y el dogmatismo imperante condenó la genuina sabiduría, cuyos adeptos hubieron de recatarse de la vista de las gentes y escribir sus tratados filosóficos en lenguaje enigmático sólo comprendido de los iniciados en la doctrina secreta, soportando resignadamente el oprobio, la calumnia y la pobreza.

EXCURSIONES DE SATANÁS

Los fieles a las antiguas enseñanzas religiosas fueron acusados de hechicería y condenados a muerte. Los albigenses, descendientes de los gnósticos, y los valdenses, precursores de los luteranos, quedaron exterminados por implacables persecuciones. Al mismo Martín Lutero le acusaron de estar en connivencia con Satanás en persona, y aun sigue el mundo protestante bajo el peso de esta imputación de sus adversarios, porque el dogmatismo romano no distingue entre disidentes, herejes, cismáticos y hechiceros, y todo cuanto se aparte de su norma lo anatematiza por ofensivo a su autoridad, pues la libertad religiosa es un principio nefando para la Iglesia católica.

Sin embargo, los protestantes llevaban en los labios la leche con que les amamantó su madre, y así estaba Lutero tan sediento de sangre como el papa, y calvino fue más intolerante todavía que la curia

romana. Durante treinta años asoló la guerra comarcas enteras de Alemania, sin que en la lucha fuesen menos crueles los protestantes que los católicos. También la religión reformada dirigió sus tiros contra la hechicería y se establecieron sangrientas penas en los códigos de Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Inglaterra y colonias de América. A prisión y muerte se exponía quien públicamente declaraba opiniones más liberales y razonables que las de sus compatriotas. Las hogueras a punto de extinguirse en Smithfield se avivaron para abrasar a los magos, y era menos arriesgado rebelarse contra la autoridad real que contra el dogma religioso.

En el siglo XVII se apareció el diablo en persona en Nueva Inglaterra, Nueva Jersey, Nueva York y otras colonias inglesas de América, según nos refiere Cotton Mather. Años después, visitó la parroquia de Mora, en Suecia, al paso que los vecinos de Dalecarlia divertían su aburrimiento los sábados a la puerta de la iglesia con la quema de niños de corta edad y el vapuleo de otros. Pero el escepticismo de los tiempos presentes ha recluso en los conventos la creencia en el diablo de cuerpo humano con pezuña, cuernos y rabo. De cuando en cuando aparece en las *Encíclicas* pontificias y otros documentos oficiales del catolicismo; pero la severidad protestante sólo consiente que se le nombre a media voz en los púlpitos.

Señaladas ya las huellas del diablo desde su primera aparición en India y Persia, conviene examinar ahora las opiniones religiosas dominantes en el mundo durante los primeros tiempos del cristianismo.

Todas las religiones antiguas creían en los avatares o encarnaciones de la Divinidad, que en la India llegaron a constituir una serie ordenada. Los parsis esperaban a Sosiosh y los judíos al Mesías. Tácito y Suetonio refieren que en tiempo de Augusto ardía el Oriente en expectación de un gran Instructor; y según dice Williams, “unas doctrinas tan obvias para los cristianos, eran enigmáticas para los gentiles” (123). Plutarco habla de *Maneros*, un niño que había de nacer en Palestina (124), como mediador de Mithra, el Salvador, identificado con Osiris, el Mesías. En las actuales *Escrituras* canónicas se descubren vestigios del culto antiguo, y los ritos, ceremonias y jerarquía eclesiástica de los budistas están remedadas en el culto católico. Los primitivos *Evangelios*, que un tiempo fueron tan canónicos como hoy

los sinópticos, contienen relatos enteros copiados de los libros budistas, según han puesto en claro las investigaciones de Burnouf, Asoma, Korosi, Beal, Hardy y Schmidt, aparte de las traducciones del *Tripitaka*, que dejan fuera de duda la filiación budista del cristianismo (125).

Aquí vemos el motivo de lo vivamente interesada que está la Iglesia romana en recatar de las miradas del vulgo la Biblia hebrea y las obras de los filósofos griego, pues la filología y teología comparadas demuestran incontrovertiblemente las amañadas falsificaciones de Ireneo, Epifanio, Eusebio y Tertuliano.

En aquel tiempo parece que gozaban de mucho predicamento los *Libros sibilinos*, y fácilmente se echa de ver que dimanaban de las mismas fuentes de donde brotaron las demás obras gentílicas.

He aquí un pasaje de Galleo:

Ha surgido nueva Luz que descendida del cielo toma forma mortal. ¡Oh Virgen! Recibe a tu Dios en tu purísimo seno. El Verbo aleteó en la matriz virginal y asumió forma de carne. La Virgen concibió un Niño. Los magos adoraron la nueva estrella enviada por Dios. El niño envuelto en pañales reposó en un pesebre. Y Bethlem fue la cuna del Verbo (126).

VATICINIOS DE LA ENCARNACIÓN

A primera vista parece este pasaje una profecía del nacimiento de Cristo; pero también pudiera aludir a otras divinidades creadoras, pues hay expresiones análogas que se refieren a Baco y Mitra, como, por ejemplo, la del siguiente pasaje:

Yo, hijo de Zeus, he venido al país de los tebanos. Soy Baco, a quien parió la virgen Semelé, hija de Cadmo, el hombre de oriente, y engendrado por el rayo portador de la llama, tomé forma mortal en vez de la divina (127).

Las Dionisíacas, que datan del siglo V, esclarecen este punto y ponen de relieve su íntima relación con la leyenda cristiana acerca del nacimiento de Jesús, según vemos en este pasaje:

¡Oh! Kore Perséfone (128). Tú eras la virgen esposa del Dragón cuando Zeus, transformado en apariencia de galán y rebotante de amor, se deslizó hasta tu lecho virginal y fecundó tu seno, cuyo fruto fue Zagreus (129), el niño coronado de cuernos (130).

Descubrimos aquí todo el secreto del culto ofita y el origen del dogma cristiano de la Encarnación del Verbo. Únicamente los gnósticos entre los primitivos cristianos tenían, siquiera rudimentario, un sistema teológico al que adaptaron la figura de Jesús considerada como Cristo; pero de ningún modo cabe presumir que su teología derivara de las enseñanzas cristianas. Entre los gnósticos precristianos era muy conocida la leyenda según la cual la gran serpiente (131) se había deslizado cautelosamente hasta el lecho de Semelé para vivificar su seno, y esta misma leyenda aplicaron los gnósticos cristianos a la concepción de Jesús diciendo que el Dios del bien (132) transfigurado en Dragón de Vida se deslizó hasta la cuna de la niña María (133). Para los gnósticos cristianos la Serpiente era el símbolo del Logos, el Cristo o encarnación de la Sabiduría divina por obra de su padre *Ennoia* y de su madre *Sophia*. Así dice Jesús:

Entonces, mi madre, el Espíritu Santo me tomó (134).

Aquí vemos que Cristo se llama a sí mismo hijo de Sophia (Espíritu Santo) (135).

Por otra parte nos dice el *Nuevo Testamento*:

Y respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te hará sombra la virtud del Altísimo. Y por esto lo Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios (136).

Y añade San Pablo:

En estos días nos ha hablado Dios por el Hijo, al que constituyó heredero de todo, por quien hizo también los siglos (137).

Todas estas expresiones son variadas copias del concepto significado en la frase de Nonnus: “por medio del Draconteo etéreo”, pues el éter simboliza al Espíritu Santo o tercera persona de la trinidad y equivale

al Kneph egipcio o serpiente con cabeza de halcón, emblema de la Mente divina (138) y del Alma universal de los platónicos.

Dicen las Escrituras cristianas:

Yo (la Sabiduría) salí de la boca del Altísimo... y como niebla cubrí toda la tierra (139).

También Pymander (Logos) surge del seno de la infinita Oscuridad y cubre la tierra de nubes que sobre ella se extienden a manera de formas serpentinas (140). El Logos *activo* es la primaria imagen de Dios, según Filo (141). El Padre es el pensamiento *latente*.

Esta universal idea aparece expresada en idéntrica terminología entre los gentiles, judíos y cristianos primitivos. En la cosmogonía babilónica de Eudemo, el Logos es el unigénito del Padre, y un himno homérico al sol empieza con este verso:

Load a Eli, hijo de Deus (142).

El dios solar Mithra es imagen del Padre, lo mismo que el cabalístico Seir Anpin.

CONCEPTO DEL INFIERNO

Imposible parece, y sin embargo tal es la triste realidad, que entre todas las religiones del mundo tan sólo el cristinismo dogmático haya sostenido la creencia en la personalidad del diablo. Ni los egipcios a quienes Porfirio disputa por “la más sabia nación del mundo” (143) ni los griegos, sus fieles imitadores, ni los judíos cayeron jamás en tan monstruoso absurdo, ni tampoco en el no menos quimérico de la condenación eterna en el infierno, por más que el actual cristianismo atribuya al demonio todo cuanto se relaciona con los paganos.

La palabra infierno que aparece en el original hebreo se traduce siempre torcidamente en las versiones canónicas. Los hebreos no tenían del infierno el concepto que posteriormente le dieron los intérpretes y traductores en el pasaje siguiente:

... y las puertas del infierno no prevelecerán contra ella (144).

El texto original dice: “las puertas de la muerte”; y en ninguna parte aparece la palabra infierno con el significado de “condenación eterna” que le dieron los forjadores de este dogma. El *Tophet* (145) o *valle de Ennom* (146) no significa infierno, y la palabra griega *gehenna* equivale, en opinión de competentes filólogos, al *Tártaro* de que habla Homero. Prueba de esto nos da el apóstol San Pedro en el pasaje siguiente:

Y si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que, atándolos con amarras de infierno, los arrojó al tártaro (147).

Pero como esta expresión recordaba la guerra entre Júpiter y los titanes, los traductores substituyeron la palabra “tártaro” por la de abismo o infierno. Las “puertas de la muerte” y “cámara de la muerte” que suelen hallarse en el *Nuevo Testamento* no son ni más ni menos que las “puertas del sepulcro” a que aluden los *Salmos* y *Proverbios*. El infierno y el diablo son invenciones del tirano y dogmatizante cristianismo oficial, nacidas al hervor de las calenturientas visiones de los eremitas. Triste degeneración de la mentalidad humana denota el dominante concepto del diablo, si lo comparamos con el que los antiguos tenían del “Padre del Mal”, simbolizado en Tiphón (148), cuyo emblema era el asno.

DUALIDAD DE LOS DIOSES SOLARES

Así como Tiphón representaba entre los egipcios el aspecto tenebroso y sombrío, en oposición a su hermano Osiris, así también entre los griegos representó *Python* el aspecto antitético al del esplendente Apolo, dios de las visiones y de los oráculos. Python mata a Apolo, pero resucitado éste, mata a Python, y redime de este modo la culpa del linaje humano. En memoria de la muerte de Python se adornaban las sacerdotisas de Apolo con piel de serpiente, emblema del fabuloso monstruo vencido por el dios, y bajo el excitador influjo magnético de aquella piel se transportaban las sacerdotisas al frenesí mántico y por su boca daba Apolo los oráculos.

Apolo y Python significan los desdoblados elementos de la divinidad solar, que todos los pueblos sin excepción, concibieron andrógina. El suave y benéfico calor del sol vivifica las plantas, pero el riguroso ardor de la canícula las marchita y agosta. Cuando pulsa la lira de siete

cuerdas difunde Apolo por doquiera la armonía; pero en su pitónico aspecto es perturbación y disonancia. Así sucede en todas las divinidades solares.

Averiguado está que el apóstol San Juan viajó por Persia y otras comarcas asiáticas donde, si bien predominaba la religión zoroastriana, abundaban los misioneros budistas, por lo que cabe dudar de si el evangelista hubiera o no escrito el *Apocalipsis* de no haber estado en comunicación y trato con los budistas; pues aparte de sus alusiones al dragón, hay de ello vehementes indicios en los proféticos pasajes relativos al segundo advenimiento de Cristo, cuya figura copia exactamente el apóstol de la de Vishnú en trazos del todo desconocidos de los demás evangelistas.

Tenemos, por consiguiente, que Ophios y Ophiomorfos, Apolo y Pythón, Osiris y Tiphón, Cristo y el Diablo son símbolos equivalentes en sus respectivas dualidades, cuyos elementos no podríamos reconocer uno sin otro, como tampoco fuera posible diferenciar el día sin la noche. Ambos elementos son regeneradores y salvadores: el positivo en el orden espiritual y el negativo en el orden físico. El elemento positivo confiere la inmortalidad por virtud propia del espíritu; el elemento negativo la confiere por regeneración de los gérmenes rúpicos. El Redentor del linaje humano ha de morir, porque revela el maravilloso secreto del Yo. La serpiente del *Génesis* incurre en la maldición divina, porque prometió a la *mater* (madre Eva o materia) la inmortalidad, diciéndole:

De ninguna manera moriréis (149).

Entre los egipcios, el aspecto antitético de la serpiente es el segundo Hermes o reencarnación del Hermes Trismegisto.

Es Hermes inseparable compañero e instructor de Osiris e Isis, la personificación de la sabiduría, el hijo del Señor, que como el Caín bíblico edifica ciudades y alecciona a los hombres en el ejercicio de las artes.

Repetidas veces declararon los misioneros cristianos que los indos están sumidos en el culto idolátrico del demonio, cuando precisamente los únicos adoradores del diablo son los cristianos vulgares, a quienes

un clero fanático mantiene en la absurda creencia del diablo personal, de quien se reirían no sólo el clero superior (*oepasampalas*) sino hasta los novicios (*samenaira*) del sacerdocio budista, cuyos doctores (*pundites*) cuidan de advertir que todo es alegórico en el culto externo; y aunque se les pueda culpar de negligencia en el descuaje de las muchas y muy groseras supersticiones del vulgo, no las inventan ni estimulan como ocurre en Occidente respecto de la fomentada creencia en el diablo personal, enemigo de Dios y de la humanidad.

El dragón de San Jorge que se ve esculpido en casi todas las catedrales, no aventaja en hermosura alegórica al budista Nammadânamnâraya, el gran Dragón o rey de las sierpes. Por otra parte, no debiera el clero católico indignarse contra las supersticiones de los cingaleses que en los eclipses de luna creen que la devora el demonio planetario *Rahu*, ni contra las de los chinos que en los eclipses de sol salen a la calle provistos de bombos, platillos y discos con que arman estrepitosos ruidos para ahuyentar al monstruo que amenaza devorar al sol; pues según nos dice Draper, cuando en 1456 apareció el cometa llamado después de Halley, produjo tal espanto en las gentes, que el papa Calixto III se creyó obligado a exocizarle, y gracias a las maldiciones pontificias se precipitó en los cerúleos abismos para no reanudar la aventura hasta setenta y cinco años después (150).

No sabemos que el clero cristiano haya intentado convencer al vulgo de que nada de diabólico tienen los eclipses ni los cometas, y en cambio vemos cómo un prelado budista responde a un oficial que le echaba en cara aquella superstición: “Nuestros libros canónicos enseñan que los eclipses de sol y luna resultan de la acometida del planeta *Rahu* (151), pero no de diablo alguno (152).

EL MITO DEL DRAGÓN

El mito del Dragón, que tan importante parte toma en el *Apocalipsis* y la *Leyenda de oro* (153), es de origen prebudista, pues deriva de la comarca de Cachemira, cuyos habitantes, convertidos más tarde por los misioneros budistas, profesaron en primitivos tiempos la religión ofita con el culto de la serpiente. Desde la conversión del país sucedieron los incruentos sacrificios con ofrenda de flores e incienso a los cruentos sacrificios humanos cuya principal determinante era la

personificación del diablo investido de abominable potestad; supersticiosa creencia que heredaron los cristianos.

El *Mahâvansa*, el libro más antiguo de las Escrituras ceilanesas, relata la leyenda del rey Covercapal (sierpe cobra), el dios serpiente convertido al budismo por un santo arhat (154), y de esta leyenda derivó seguramente la de San simeón Estilita.

El Logos triunfa del gran Dragón, y el luminoso arcángel Miguel, príncipe de los eones, vence a Satán (155).

Conviene no olvidar que mientras el iniciado mantenga en secreto lo que sabe, ningún mal le sobrevendrá por su sigilo. Tal sucedió en tiempos antiguos y lo mismo sucede ahora. Tan luego como el *Verbo* se encarnó en la tierra para sacar del *silencio* la divina palabra, quedó sujeto a la muerte. La serpiente es emblema de la sabiduría y de la elocuencia, pero también lo es de la muerte. “Osar, conocer, querer y callar” es el lema fundamental del cabalista. Como Apolo y otros dioses solares, Jesús muere por acción de su Logos (156); pero resucita para ser él a su vez el matador y maestro. Las coincidencias entre los mitos religiosos de los pueblos antiguos, transmutados en dogmas teológicos, son lo bastante sorprendentes para sospechar que tal vez tuvieran algún significado tan oculto que nadie haya sido capaz de presumirlo.

La identidad del Miguel cristiano con los celestes caudillos de otras teogonías y la de Satán con el Dragón de los paganos demuestra con toda evidencia que la India ha sido la cuna común de los mitos religiosos surgidos al calor del misticismo. En sus comentarios a los *Vedas* dice Ramatsariar:

El mundo principió con la lucha entre el Espíritu del bien y el Espíritu del Mal y en lucha ha de acabar. Tras de la desintegración de la materia el mal dejará de serlo, porque se restituirá al caos.

Tertuliano adulter evidentemente en su *Apología* las doctrinas y creencias sustentadas por los paganos respecto a los oráculos y a los dioses, pues llama a estos demonios y diablos y les inculpa de obsesionar aun a las aves del aire. Ningún cristiano pondrá en tela de juicio la autoridad de Tertuliano al verla previamente corroborada por el rey David, cuando dice que son *ídolos* todos los dioses de los

gentiles; y el mismo Ángel de las escuelas identifica los *ídolos* con los *demonios*, según éstas sus palabras:

Se acercan a los hombres y les incitan a que los adoren; para lo cual se valen de ciertas obras que parecen milagrosas (157).

Los teólogos han procedido con refinada astucia en sus amaños, pues después de haber forjado al diablo se creyeron obligados a modelar santos. Ejemplo de ello nos da Baronio, que al leer en una obra del Crisóstomo lo que este Padre de la Iglesia dice acerca del santo *xenoris* (158), lo tomó por entidad personal de la que hizo un mártir de Antioquía, cuya fingida biografía compuso con muchos pormenores que le daban visos de autenticidad. Otros teólogos han supuesto que el Anticristo (159) y por consiguiente el demonio, es el *Apollyon* en que Platón simboliza la divinidad que purifica, lava y redime del pecado.

POÉTICAS FIGURAS DE LUZBEL

Según Max Müller, la serpiente paradisíaca entraña un concepto originario al parecer de los hebreos, sin que sea posible compararla con las terribles entidades Vritra y Ahriman de los *Vedas* y el *Avesta*. Pero recordemos que para los cabalistas era el diablo el invertido aspecto de Dios y por esto le ha llamado Eliphaz Levi: *embriaguez astral*, considerándole como una fuerza parecida a la electricidad, según se infiere de aquellas alegóricas palabras en que Jesús dice cómo “vio a Satán cual si fuese un rayo caído del cielo”.

Aseguran los dogmatizantes que la tarea del diablo consiste en tentar continuamente al género humano por permisión de Dios, cuyo amor a los hombres no quedara muy bien parado si fuese cierta la aseveración, pues denotaría en Dios una perfidia incompatible con su augusta paternidad y se hiciera digno de que tan sólo le adorase un clero capaz de entonar el Tedeum después de la matanza de San Bartolomé y de bendecir las armas templadas por los musulmanes para exterminar a los cristianos de Grecia (160).

Verdaderamente ridículas y pueriles son las diferencias que se advierten entre las distintas representaciones del diablo. Los fanáticos lo pintan con cuernos y rabo y se lo imaginan de figura horrible y hedor pestilente (161); pero en cambio, Milton, Byron, Goethe y

Lermontoff (162) han poetizado la figura de Luzbel hasta darle en el Satán de Milton y en el Mefistófeles de Göethe más vigoroso relieve que a las de los santos y ángeles representados en las prosaicas leyendas de los mojigatos.

Ejemplo de estas descripciones del diablo nos da Des Mousseaux al relatar el caso de una bruja confabulada con un íncubo, según vemos en el siguiente pasaje:

Una vez vio esta bruja cerca de sí durante media hora a un sujeto negrísimo, de espantable aspecto, con enormes manos cuyos dedos parecían garfios. Los sentidos de la vista, tacto y *olfato* fueron corroborados por el del oído (163).

¡Cuán distinto de este mal oliente galanteador es el majestuoso Satán de Milton! No cabe concebir la soberbia figura del ángel rebelde, personificación del orgullo, encerrado en la piel de un reptil repulsivo, tal como nos lo representa el dogmatismo cristiano al decir que el demonio tomó la insinuante y fascinadora figura de serpiente para tentar a Eva en el paraíso. Dios maldice a la serpiente y la condena a arrastrarse sobre su vientre y a comer tierra todos los días de su vida (164), lo que, según observa Levi, en nada se parece a las tradicionales llamas del infierno.

Por otra parte, también se le daba el título de *Dominus* a Ophión o aspecto demoníaco de la dualidad manifestada, como vemos no sólo en Hércules (165), hijo de Júpiter y Alcmena y personificación del Logos, sino en los demás dioses solares, todos ellos de doble naturaleza (166). La palabra *dios* se deriva del sánscrito *deva* que significa divinidad refulgente, y la palabra diablo proviene de la persa *daeva* que en la religión mazdeísta significaba espíritu maligno, pero que originariamente fue el *deva* induísta (167).

El Agathodemon o demonio benéfico (168), al que los ofitas denominaban Logos o Sabiduría divina, estaba representado en los misterios báquicos por una serpiente empinada sobre una pértiga. Análogamente, según dice Deane, la serpiente con cabeza de halcón es uno de los más antiguos emblemas egipcios de la mente divina (169). Por otra parte, expone Movers (170) la identidad entre Moloch y Samael o Azazel, lo cual explica que Aarón, hermano de Moisés,

ofreciese igualmente sacrificios a Jehovah y Azazel, como vemos en este pasaje:

Hará estar los dos machos de cabrío delante del Señor a la entrada del tabernáculo... Y echando suertes sobre los dos, la una para el Señor y la otra para el macho de cabrío emisario (*Azazel*, (171).

El *Antiguo Testamento* nos muestra a Jehovah con todos los atributos de Saturno (172), no obstante las transmutaciones de Adonai en Eloi, y en Dios de dioses y Señor de señores (173).

Satanás tienta a Jesús en el desierto y le promete los reinos de la tierra si postrado le adora (174). De la propia suerte el demonio Wasawarhi tienta a Gautama en el momento de salir del palacio de su padre, diciéndole que no se vaya, pues allí le aguardan la gloria, la riqueza y el poderío; pero Gautama resiste a la tentación y el demonio rechina los dientes de ira y promete vengarse. Como Buda, también triunfa Cristo del demonio (175).

EL CÁLIZ DE AGATHODEMON

En los misterios báquicos se pasaban los fieles de mano en mano el cáliz consagrado que llamaban del Agathodemon (176), y de estos misterios tomaron indudablemente los ofitas la misma ceremonia, pues la comunión en las dos especies de pan y vino se conoció en el culto de las principales divinidades (177).

Respecto al sacramento casi místico que adoptaron los gnósticos marcosianos, también cabalistas y teurgos, nos cuenta Epifanio una curiosa leyenda en demostración de las artimañas del demonio.

Dice así:

En la fiesta congregacional de la Eucaristía llenaban los marcosianos de vino blanco tres grandes vasos de finísimo y transparente cristal. Durante la ceremonia tomaba el vino a la vista de todos los fieles un color rojo de sangre, que cambiaba después en púrpura y por último en azul celeste. Entonces el celebrante entregaba uno de los tres vasos a una mujer de la congregación para que lo bendijera, y esto hecho trasegaba el celebrante su contenido a otro vaso mucho mayor

diciendo: “Que la gracia de Dios inconcebible e inexplicable, que domina todas las cosas, llene tu interno ser y acreciente el conocimiento del que está dentro de ti, sembrando la simiente de mostaza en tierra fértil (178).

Terminada esta plegaria, el licor del vaso se embravece hasta rebosar (179).

EL DESCENSO A LOS INFIERNOS

El descenso de Cristo a los infiernos tiene su punto de comparación en las antiguas religiones (180). El *Credo* cristiano, cuya composición atribuye San Agustín (181) a los doce apóstoles, cada uno de los cuales interpuso una de las doce proposiciones o artículos en que se divide, contiene la de: “descendió a los infiernos y al tercer día resucitó de entre los muertos”. Este artículo corresponde a Santo Tomás en el orden de atribución, sin duda como en penitencia de su incredulidad; pero no obstante, lo más probable es que fuera interpolado posteriormente, pues nada prueba que los apóstoles compusieran el Credo ni que en la época apostólica se conociese tal como está hoy redactado (182). En cambio, hay fundados motivos para afirmar que este artículo se interpoló hacia el año 600 (183), porque Teodoreto, Epifanio, Eusebio, Ireneo, Orígenes, Tertuliano y Sócrates no lo conocieron (184) ni constaba en los antiguos textos del símbolo de la fe, según dice el obispo Parsons (185), ni lo mencionan los concilios anteriores al siglo VII, ni el Credo de San Agustín (186). Por otra parte, Rufino (187) afirma que en su tiempo no aparecía este artículo ni en el Credo latino ni en el griego.

Sin embargo, se disipa toda duda al saber que hace muchos siglos le habló Hermes al encadenado Prometeo, diciendo:

No cesará tu tormento hasta que un dios lo padezca en tu lugar y descienda a los tenebrosos abismos del Tártaro (188).

En la mitología griega este dios era Heracles, el unigénito, el Salvador (189), a quien tomaron por modelo los Padres de la Iglesia y de quien dice Luciano:

Heracles no dominó a las naciones por la fuerza, sino por persuasión y sabiduría divina. Heracles mejoró a los hombres, estableció una religión suave y desbarató la doctrina de la condenación eterna expulsando del mundo inferior al Cerbero (190).

Del mismo modo que de Cristo se nos dice, se ofreció Heracles voluntariamente en sacrificio por los pecados del mundo y puso fin a los tormentos de Prometeo (191), descendiendo a los dos lugares inferiores: el Hades y el Tártaro.

Dice Bart sobre el particular:

Su voluntario sacrificio auguró el nuevo nacimiento etéreo de los hombres... Al libertar a Prometeo y erigir altares se constituyó en mediador entre las creencias antiguas y modernas... Abolió los sacrificios humanos... Descendió en espectro al sombrío reino de Plutón y ascendió en espíritu al Olimpo para reunirse con su padre Zeus.

Tan difundida estaba en la antigüedad la leyenda de Heracles y por tan de fe se tenía, que hasta los mismos hebreos, erróneamente diputados por monoteístas, la copiaron en sus alegorías; pues así como de Heracles se dice que quiso robar el oráculo délfico, así también, según el *Sepher Toldoth Jeschu*, sustrajo Jesús del santuario el Nombre inefable. No es, por lo tanto, extraño que de la propia suerte se haya copiado su descenso a los infiernos. El *Evangelio de Nicodemus*, que hasta estos últimos tiempos no se ha declarado apócrifo, excede en plagios y falsedades a todo atrevimiento, como se colige de su examen. El capítulo XVI de este Evangelio presenta en amigable plática a Satanás y al Príncipe del infierno, quienes de pronto se ven sobrecogidos por una voz tonante como el trueno y rugiente como el huracán, que les manda abrir las puertas de sus dominios porque ha de entrar por ellas el *Rey de la Gloria*. El Príncipe del infierno reconviene entonces a Satanás por no haberse prevenido para impedir semejante visita, y después de fuerte altercado expulsa el Príncipe a Satanás del infierno y ordena a sus impíos oficiales que cierren las broncíneas puertas de crueldad y luchén denodadamente para no caer prisioneros. Pero al oír esto, los santos (192) le dijeron con encolerizada voz al Príncipe de las tinieblas: “Abre las puertas de tu reino para que entre por ellas el Rey de la Gloria” (193). Y el profeta David exclamó

diciendo: “¿Acaso no profeticé yo verdad cuando estaba en la tierra?”. Y el santo profeta Isaías habló y dijo: “¿No profeticé yo verdad?”. Los santos se levantan entonces contra el Príncipe del infierno, quien replica fingiéndose ignorante: “Nunca se habían portado tan insolentemente los muertos. ¿Quién es el Rey de la Gloria?”. A esto responde David que conoce bien su voz y comprende sus palabras porque le habla al espíritu; pero viendo que a pesar de todo no quiere el Príncipe del infierno abrir las broncíneas puertas de la iniquidad, le replica airadamente: “Y ahora, ¡oh tú, inmundo y hediondo Príncipe del infierno!, abre las puertas... El Rey de la Gloria viene... Déjale entrar”. Todavía estaban en esta querrela cuando apareció el poderoso Señor en forma humana, cuya presencia atemorizó a la impía muerte y a sus crueles ministros, que temblorosos halagan a Cristo y le hablan interrogativamente, de modo que cada pregunta entraña el mismo concepto que los artículos del credo. Así le dicen: “¿Quién eres tú, de tal poder y grandeza que rompes las cadenas del pecado original?... ¿Eres tú aquel Jesús de quien hace poco nos decía Satán que por la muerte en cruz mereciste recibir poder sobre la muerte?”. Pero el Rey de la Gloria no responde: huella a la muerte, prende al Príncipe del infierno y le despoja de su poder.

LA DERROTA DE SATANÁS

Entonces se promueve en el infierno un alboroto, magistralmente descrito por Homero y Hesíodo, según nos demuestra su intérprete Preller (194) en el relato de Hércules invicto y de las fiestas de Tiro, Tarsis y Sardis.

Luego de iniciado en los misterios eleusinos desciende Hércules al Hades, y a su presencia huyen aterrorizados los muertos (195) y todo es confusión, horror y lamentos. Al ver la batalla perdida, el Príncipe del infierno encoge prudentemente el rabo y se pone del lado del más fuerte. El pobre Satán contra quien, según los apóstoles Pedro y Judas, no se había atrevido ni el mismísimo arcángel San Miguel a levantar ante el Señor una sola queja, se ve ignominiosamente tratado por el Príncipe del infierno, a quien el rey de la Gloria le dice: “¡Oh Beelzebub, príncipe del infierno! Desde ahora y para siempre quedará Satán sujeto a tu dominio en vez de estarlo Adán y su linaje, que ya es mío... Venid a mí ¡oh mis santos!, que fuisteis creados a mi imagen y condenados por el fruto prohibido a la esclavitud de la muerte y el demonio. Vivid

ahora por el leño de mi cruz, pues el diablo, rey de este mundo, está sojuzgado y vencida la muerte. Dicho esto, el Señor toma a Adán por la mano derecha, a David por la izquierda, y seguido de Enoch, Elías, el buen ladrón y los santos patriarcas, sube del infierno al cielo (196).

Otra analogía de este mito nos ofrece el *Código de los nazarenos*, donde *Tobo*, el libertador del alma de Adán, la conduce del Orco (197) al asiento de *Vida*. Es *Tobo* lo mismo que *Tobadonías*, uno de los nueve levitas enviados por Josafat a predicar el *Libro de la ley* por las ciudades de Judá (198). Según los cabalistas, los levitas, discípulos o magos enfocaban los rayos solares para iluminar el mundo intermedio (199) y mostrar al alma de Adán (200) el camino que se aparta de las tinieblas de la ignorancia.

En el *Libro de los muertos* dice Osiris:

Yo brillo como el sol cuando celebra su fiesta en la mansión estrellada (201).

También a Cristo se le llama “Sol de Justicia” y “Helios de Justicia” (202) como reminiscencia de las alegorías paganas; lo que no deja de ser blasfemia en boca de quienes presumen describir con ello un episodio de la peregrinación terrena de su Dios.

Por otra parte tenemos los siguientes pasajes:

Heracles ha salido de las cámaras de la tierra, de la subterránea morada de Plutón (203).

Ante Ti tembló la laguna Estigia y se atemorizó el portero del Orco. No pudo amedrentarte ni aun el mismo tiphón. ¡Salve verdadero hijo de Jove! ¡Gloria a los dioses! (204).

Más de cuatro siglos antes del nacimiento de Jesucristo había ya escrito Aristófanes (205) su inmortal parodia del descenso de Heracles a los infiernos con el coro de bienaventurados, los Campos Elíseos, la llegada de Heracles en compañía de Baco (206), a quienes reciben con antorchas encendidas, emblema de la resurrección a nueva y luminosa vida desde las tinieblas de la muerte. Nada falta en la aristofanesca

comedia: *Las ranas*, de cuanto sobre el descenso a los infiernos relata el *Evangelio de Nicodemo*. De ella son los siguientes versos:

Despierta, enciende las antorchas..., porque tú llegas ¡oh Iaccho! y en tus manos las blandes ¡oh fosforescente astro del nocturno rito!

Los cristianos aceptan como artículo de fe el aventurero descenso de Cristo a los infiernos, sin advertir la amalgama de esta creencia con el mito pagano, tan donosamente ridiculizado por Aristófanes. El *Evangelio de Nicodemo*, con todos sus absurdos, se leyó durante muchísimo tiempo en las iglesias, lo mismo que el *Pastor de Hermas*, puesto por Ireneo entre los libros auténticos de las Escrituras reveladas.

Los teólogos cristianos, entre ellos Eusebio, Atanasio y Jerónimo, insisten en la necesidad de que ambos libros se lean en las iglesias, pues los Padres recomiendan su lectura, a fin de confirmar a los fieles en la fe y en la piedad. Sin embargo, tuvo posteriormente su reverso esta hermosa medalla, porque el mismo San Jerónimo, que encomia el *Evangelio de Nicodemo* en su catálogo de autores eclesiásticos, lo repudia en sus comentarios por apócrifo e insulso. Y Tertuliano, que mientras profesó el catolicismo se deshizo en elogios del *Pastor de Hermas*, revolvióse contra él al abrazar la herejía de Montano (207).

CARINO Y LENCIO

El mismo *Evangelio de Nicodemo* nos da el relato de las almas de Carino y Lencio, los resucitados hijos de aquel Simeón que, según el evangelista San Lucas, tomó al niño Jesús en brazos y bendijo a Dios diciendo:

Ahora, Señor, despides a tu siervo, según tu palabra, en paz. Porque han visto mis ojos tu salud (208).

Carino y Lencio se levantaron de la tumba para declarar los misterios que habían presenciado en el infierno, y resucitan a ruegos de Anás, Caifás, Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel, deseosos de conocer los importantes secretos que ambas almas revelan después de jurar, a intimación de Anás y Caifás (conductor de almas a la Sinagoga), sobre el *Libro de la ley*, POR Adonai y el Dios de Israel, que dirán verdad en lo

que declaren. Acto seguido hacen la señal de la cruz (209) sobre sus lenguas y piden papiro en que apuntar sus revelaciones (210), según las cuales, mientras estaban en el infierno sumidos en tinieblas vieron súbitamente una intensa y purpúrea luz que iluminaba aquel lugar. Al punto se regocijaron las almas de Adán, de los patriarcas y profetas, entre quienes se hallaba Isaías, que se ufanó de haber profetizado en su tiempo todo cuanto a la sazón acaecía. Entonces llega Simeón, el padre de los resucitados, y dice que el niño a quien había tenido en sus brazos en el templo iba a libertarles. A esto aparece un eremita que declara ser Juan el Bautista (211), y sin acordarse de las dudas puestas en su boca por el evangelista San Mateo (212) acerca de si Jesús era o no el Mesías, lo reconoce como tal diciendo: “Y yo, Juan, henchido de Espíritu Santo, al ver que hacia mí venía Jesús, exclamé: “He aquí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo...”. y la bauticé y vi que el Espíritu Santo descendía sobre Él, al par que de lo alto clamaba una voz: “Éste es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas todas mis complacencias” (213). Entonces aparece en escena Adán, quien receloso de no ser creído por las cohortes infernales, llama a su hijo Seth para que repita lo que el arcángel San Miguel le había dicho en las puertas del Paraíso cuando fue a suplicar a Dios que unguiera la cabeza de él, su padre, a la sazón enfermo (214).

Requerido por Adán, declara Seth que Miguel le aconsejó que parra unguir a su padre enfermo no le pidiera a Dios el aceite del árbol de la misericordia, pues no le sería posible recibirlo hasta la *plenitud de los tiempos*, pasados 5.500 años.

Esta plática entre Miguel y Seth fue indudablemente interpolada para cohonestar la cronología de los Padres de la Iglesia y dar algún fundamento al mesianismo de Jesús. Pero los primitivos teólogos se equivocaron al derrocar las imágenes paganas y perseguir a los sacerdotes gentiles en vez de demoler los monumentos egipcios por los cuales saben hoy los arqueólogos que el rey Menes y sus arquitectos florecieron cinco mil años antes de que, según la *Biblia*, crease Dios el universo *de la nada* y formase al padre Adán del barro de la tierra (215).

EVANGELIO DE NICODEMO

Sigue diciendo el *Evangelio de Nicodemo* (216) que mientras los santos andaban alborozados por la buena nueva, Satán, el caudillo de la muerte, le dice al Príncipe del Averno: “Disponte a recibir a Jesús de Nazareth, que se vanaglorió de ser Hijo de Dios y era un hombre temeroso de la muerte, pues dijo: “Triste está mi alma hasta la muerte”.

Los teólogos griegos se quejan de que algunos herejes (acaso Celso) hayan argüido sobre este punto contra los ortodoxos, diciendo que si Jesús hubiese sido Dios no se lamentara como lo hizo ni tampoco exclamara con lastimera voz: “¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?”. A esta objeción redarguye el *Evangelio de Nicodemo* por boca del Príncipe del Infierno, quien responde a la intimación de Satán diciendo: “¿Cómo un tan poderoso príncipe ha de ser temeroso de la muerte? Te aseguro que *quiso engañarte* al decir que temía a la muerte. Por lo tanto, desgraciado serás por toda la eternidad”.

Es muy significativo que Nicodemo se ciña todo lo posible en su Evangelio al *Nuevo Testamento*, y más estrechamente al cuarto evangelista, para cohonestar, mediante diálogos inocentes al parecer, los pasajes más sospechosos de los Evangelios canónicos que los gnósticos analizaron detenidamente con su delicada hermenéutica, por lo que tuvieron los Padres de la Iglesia mayor cuidado en destruir los tratados gnósticos que en refutar las que llamaban herejías. Ejemplo de la tendencia observada en el *Evangelio de Nicodemo* nos da el diálogo entre Satán y el Príncipe del infierno, en que éste pregunta ingenuamente:

¿Quién es ese Jesús de Nazareth que sin rogar a Dios, con sólo su palabra me arrebató los muertos? (217).

A lo que responde Satán con malicia jesuítica:

Tal vez sea el mismo que me arrebató a Lázaro después de cuatro días de muerto, cuando ya hedía... Es el mismo Jesús de Nazareth.

Y el Príncipe del infierno le replica:

Yo te conjuro por nuestra común potestad, que no me traigas a Jesús de Nazareth, pues cuando oí hablar del poder de su palabra entróme miedo y mis impíos ministros se conturbaron. Y no pudimos detener a

Lázaro, pues maliciosamente se nos escapó de entre manos con violenta sacudida, y la tierra en cuyo seno reposaba lo restituyó sano y vivo. Ahora reconozco que Él es el *Dios omnipotente*, poderoso en sus dominios y en su *naturaleza humana*, pues es el Salvador de la humanidad. No me lo traigas acá, porque libertaría a cuantos tengo presos por incrédulos y los *conduciría a la vida eterna* (218).

Hasta aquí lo apuntado en las escritas declaraciones de Carino y Lencio. El primero las entrega a Anás, Caifás y Gamaliel; el segundo a José y Nicodemo. Después se convirtieron los dos en blancos espectros que, desvanecidos, no se les volvió a ver más.

Para demostrar que ambas almas estuvieron durante todo aquel tiempo en estrictas “condiciones de comprobación”, como dirían los modernos espiritistas, añade Nicodemo que lo escrito por ambos coincidía tan exactamente que no había en lo de uno ni más ni menos letras que en lo del otro.

Sigue diciendo el mismo Evangelio que todas aquellas voces se derramaron por las sinagogas, y en vista de ello aconsejó Nicodemo a Pilatos que reuniese a los judíos en el templo, donde Anás y Caifás confiesan que el Jesús a quien ellos crucificaron es Jesucrito, Hijo de Dios y el verdadero Dios omnipotente. Pero no obstante esta confesión, ni Anás ni Caifás ni Pilatos ni judío alguno de suposición y arraigo se convierte al cristianismo, lo cual excusa todo comentario.

El *Evangelio de Nicodemo* termina como sigue:

En nombre de la Santísima Trinidad (219) así concluyen los hechos de nuestro Salvador Jesucristo, que el emperador Teodosio el Grande encontró en los archivos del palacio de Pilatos en Jerusalén, y que según refiere la historia escribió Nicodemo en lengua hebrea. Ocurrieron estas cosas el año décimonono del reinado de Tiberio César, emperador de los romanos, y en el décimo séptimo del gobierno de Herodes, hijo de Herodes, rey de Galilea, el octavo día de las calendas de abril...

Ésta es la más atrevida impostura de cuantas se forjaron desde que con el primer obispo de Roma se inició la era de piadosas ficciones.

El burdo amañador de este *Evangelio* echó en olvido que el dogma de la Trinidad no se promulgó hasta cinco siglos después, y que ni en el *Antiguo* ni en el *Nuevo Testamento* aparece la palabra “Trinidad” ni hay la más leve alusión a esta doctrina. No hay pretexto bastante a justificar la publicación de este *Evangelio* cuyos capitales conceptos son hoy dogmas de la Iglesia, no obstante haberlo ésta declarado apócrifo, pues los hermenéuticos sinceros advirtieron desde un principio que todo él era impostura, y al fin no tuvo la Iglesia más remedio que reconocer avergonzada su yerro.

EL CREDO DE TAYLOR

Por lo tanto, no estará de más copiar el *Credo* cristiano según lo enmendó Roberto Taylor, y dice así:

Creo en Zeus, padre omnipotente, y en su hijo Iasios Cristo nuestro Señor, que fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen Electra. Muerto por un rayo fue sepultado y descendió a los infiernos, subió a los cielos y desde allí ha de volver a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el santo Nous, en el santo círculo de los dioses mayores, en la comunión de las divinidades, en el perdón de los pecados, en la inmortalidad del alma y en la vida perdurable.

Se ha demostrado que los israelitas adoraban a Baal (220) y a la serpiente sabaciana de Esculapio y que celebraban los misterios báquicos; pero todavía hallaremos mayores pruebas de ello al considerar la identidad entre el sobrenombre de *Seth* (221) dado a Tiphón; el nombre de *Seth* (222), hijo de Adán, y el nombre de *Seth*, divinidad adorada por los heteos. Además, el historiador Apión dice que en tiempo de los Macabeos tenían los judíos en el templo una cabeza dorada de asno que, cuando el saqueo de Jerusalén, se llevó Antíoco Epifanes. Y según refiere la Escritura, el profeta Zacarías se queda mudo a consecuencia del susto que le dio la aparición de una divinidad en figura de asno (223).

Dice Pleyté que la divinidad solar denominada *El* por los asirios, egipcios y semitas es idéntica a *Set* o *Seth* y a *Saturno* o *Israel* (224), que por otra parte equivale al Siva etíope, al caldeo Baal o Bel y al Kiyun o Chium del profeta Amós, pudiendo resumirse todas estas divinidades en el destructor Tiphón. Cuando la teogonía definió más

claramente sus conceptos, quedó Tiphón desdoblado de su *buen* aspecto y cayó en la degradación de potestad ininteligente.

No es raro ver estas alteraciones en el pensamiento religioso de un país. En sus primitivos tiempos adoraron los judíos a Baal, Moloch y Hércules (225), de modo que los profetas hubieron de reconvenirles por su idolatría. Además, el Jehovah bíblico ofrece en sus rasgos característicos mayores semejanzas con Siva que con una divinidad benévola e indulgente, aunque al fin y al cabo no pierde nada Jehovah en su parecido con Siva, dios de la sabiduría, que según Wilkinson es el más inteligente dios del panteón indo. Tiene tres ojos, y como Jehovah es terrible en sus venganzas e irresistible en su cólera; y si bien *destruye*, también *regenera* con perfecta sabiduría (226). Es el tipo de aquella Divinidad que según San Agustín condena a los tormentos del infierno a quienes osan escudriñar sus arcanos, y pone a prueba la razón humana forzándola a someterse por igual a sus buenas o malas acciones.

SACRIFICIOS HUMANOS EN ISRAEL

Los israelitas lograron disfrazar la verdad, hoy abundantamente comprobada, de que adoraban a diversas divinidades y aun ofrecían sacrificios humanos el año 169 antes de J. C., pues Antioco Epifanes al entrar en el templo de Jerusalén halló un hombre dispuesto al sacrificio; y en época en que los paganos habían ya sustituido las víctimas humanas por reses de ganado (227), aparece Jefé sacrificando a su hija en holocausto del señor.

Bastan las admoniciones de los profetas para demostrar que los israelitas adoraban a dioses ajenos, que los altares erigidos en las cumbres de los montes eran de la misma condición que los de las naciones gentiles, y las profetisas hebreas remedo de las pitonisas y bacantes. Dice Pausanias que había comunidades femeninas al cuidado del culto de Baco, y alude además a las dieciseis matronas de Elis (228); pero también tenemos en el pueblo de Israel análogos ejemplos, según denotan los siguientes pasajes:

Había una profetisa llamada Débora..., la cual en aquel tiempo juzgaba al pueblo (229).

Fueron, pues, Helcías el sacerdote..., a buscar a Holda profetisa, la cual habitaba en el estudio (230).

... hizo venir de allí una mujer sagaz (231).

Mas una mujer sabia de la ciudad dijo a voces: Pues qué, ¿no soy yo la que doy respuestas verdaderas en Israel? (232).

Todo esto a pesar de que Moisés había prohibido la adivinación y los augurios.

En cuanto a los sacrificios humanos y a la analogía del culto de Jehovah con el de Moloch, nos da de ello vehementes indicios este otro pasaje:

Todo lo que es consagrado al Señor, sea hombre, animal o campo, no se venderá ni podrá rescatarse..., será cosa santísima. Y toda consagración que ofrece un hombre no se rescatará, sino que morirá de muerte (233).

La dualidad, cuando no la pluralidad de los dioses adorados por los israelitas, está manifiesta en las predicaciones de los profetas contra el rito de los sacrificios, que ninguno de ellos sancionó sino que todos vituperaron, según nos dan ejemplo Samuel y Jeremías en estos pasajes:

Y dijo Samuel: ¿Pues qué quiere el Señor, holocaustos y víctimas o no más bien que se obedezca la voz del Señor? Porque mejor es la obediencia que las víctimas (234).

Porque no hablé con vuestros padres ni les mandé el día que los saqué de tierra de Egipto, de asunto de holocaustos y de víctimas (235).

Los profetas anatematizadores de los sacrificios humanos eran sin excepción *nazares* o iniciados y acaudillaban el partido anticlerical, es decir, a los hombres de claro entendimiento que se rebelaban contra la tiranía de los sacerdotes, como posteriormente habían de luchar los gnósticos contra los Padres de la Iglesia. Cuando a la muerte de Salomón se dividió la monarquía hebrea, quedaron los sacerdotes en el

reino de Judá, cuya capital era Jerusalén, donde estaba el templo, y los profetas quedaron en Samaria, capital del reino de Israel, sin religión culturalmente definida. En el reino de Judá no aparecieron profetas de importancia hasta Isaías, cuando ya había perecido el reino de Israel.

Elías y Eliseo no tuvieron reparo en ponerse en trato y prestar auxilio al rey Acab de Israel, que estableció el culto de Baal y las divinidades asirias. Eliseo ungió por rey a Jehú, con propósito de que exterminase a las familias reales de ambos reinos y los uniera en una misma corona ceñida a sus sienes. En cuanto al templo de Salomón, ningún profeta hebreo le dio la menor importancia ni jamás pusieron los pies en él, pues como estaban iniciados en la doctrina secreta de Moisés iban cuidadosos de no confundirse con los sacerdotes que mantenían al pueblo en la idolatría y le inculcaban el exotérico concepto de Jehovah, que después adoptaron los teólogos cristianos.

PERSEVERANCIA DE LOS JUDÍOS

Ahora bien; si según hemos visto, el dogmatismo romanista es una mezcla de las mitologías paganas, ¿cómo relacionarlo con la religión mosaica, cuando el apóstol San Pablo y los gnósticos distinguían esencialmente entre el cristianismo y el judaísmo? Les decía Esteban a los judíos: “Vosotros recibisteis la Ley por ministerio de los ángeles (236) y no de las propias manos del Altísimo”. Y los gnósticos identificaban a Jehovah con Ilda-Baath, hijo del caos (*bohu*) y adversario de la divina sabiduría.

Pero toda duda se desvanece al considerar que la llamada ley de Moisés, con su inherente monoteísmo, no puede remontarse más allá de tres siglos antes de J. C., pues el *Pentateuco* fue escrito después de la cautividad de Babilonia, cuando los reyes de Persia ordenaron la colonización de Palestina. El embrollo deriva de que empeñados los Padres de la Iglesia en ensamblar con el judaísmo su recién forjado sistema religioso, para mejor combatir de esta suerte al paganismo, huyeron de Escila y sin advertirlo cayeron en Caribdis, pues bajo el superficial barniz de monoteísmo se echó luego de ver la fibra de los mitos paganos.

A pesar de todo, no hemos de zaherir a los actuales judíos porque sus padres adoraran a Moloch según hicieron sus circunvecinos, ya que

desde la vuelta del cautiverio no quebrantaron la ley monoteística ni desobedecieron a sus profetas, sin que les hayan arredrado las más violentas persecuciones. Mientras el cristianismo se ha dividido en infinidad de sectas hostiles, el pueblo hebreo, aunque disperso por el haz de la tierra, se mantiene indisgregablemente unido por el espiritual lazo de la fe.

Las hermosas virtudes predicadas por Jesús en el Sermón de la Montaña no resplandecen cual debieran en el mundo cristiano, y en cambio las practican los ascetas budistas y los fakires induístas; al paso que los vicios achacados por viperinas lenguas al paganismo, corroen al clero y demuelen la sociedad cristiana.

Puramente imaginario es el abismo que, apoyada en la autoridad de Pablo, ve abierto la exageración religiosa entre el cristianismo y el judaísmo, pues los occidentales no somos ni más ni menos que los herederos intolerantes del fanatismo de los antiguos israelitas que adoraban a Baco-Osiris, el Dio-Nysson, el Jove de Nyssa, la divinidad sinaítica de Moisés, a diferencia de los del tiempo de Herodes y de la época romana, que a pesar de toso sus defectos se mantenían en la más rigurosa ortodoxia monoteísta.

Los llamados demonios cabalísticos se tuvieron por entidades objetivas, sin parar mientes en su profundo significado alegórico, y en ello encontraron los demonólogos pretexto bastante para forjar toda una jerarquía diabólica.

El famoso mote de los rosacruces: *Igne natura renovatur integra* (237) se adulteró en el célebre inri de Iesus Nazarenus rex Iudaeorum, tomando al pie de la letra el sarcasmo de Pilatos, contra el que protestaron enérgicamente los judíos por no reconocer por su rey a Jesús.

El triagrama I. H. S. suele interpretarse *Iesus Hominum Salvator* o bien *In hoc signo*, siendo así que *IHE* es uno de los más antiguos nombres de Baco.

A la luz de la teología comparada descubrimos que el principal propósito de Jesús, iniciado en la doctrina secreta, fue mostrar a los ojos del vulgo la diferencia entre la suprema Divinidad (238) y el

Jehovah del dogmatismo hebreo. Por esta razón, uno de los más graves cargos que los católicos imputan a los rosacruces es que estos atribuyen a Jesús la abrogación del culto de Jehovah. Mejor fuera que así lo hubiera logrado, pues no se encontraría el mundo sumido en tinieblas al cabo de diecinueve siglos de cruenta y mortífera lucha entre las trescientas sectas cristianas que parecen dominadas por el diablo personal.

Apoyados en la declaración de David (239) para quien eran “ídolos todas las divinidades gentílicas, transmutaron los teólogos cristianos en diablo al dios Baco, que en la teogonía órfica era el Unigénito (Monógenes) del padre Zeus y su esposa Koré. Pero los doctores de la Iglesia, cuyo fanático celo corría parejas con su ignorancia, no sospechaban que de esta suerte iban a proporcionar pruebas contra ellos mismos y facilitar la solución del enigma a los modernos escudriñadores de la ciencia y la religión.

OPINIÓN DE WILDER

El mito de Baco mantuvo oculto durante largos y tenebrosos siglos el futuro desquite de las divinidades gentílicas y la clave del enigma concerniente a la extraña dualidad humano-divina que tan definidamente caracteriza al Dios del Sinaí y cuya explicación tan clara va apareciendo a las escrutadoras miradas de los modernos investigadores, según demuestra el siguiente extracto final del estudio de Wilder sobre la materia:

Tal era el Jove de Nysa para sus adoradores, que veían en él la doble representación del mundo objetivo y del mundo mental. Era el “Sol de Justicia” que en sus rayos traía la salud a los mortales, alegraba su corazón y les infundía la esperanza en la vida eterna. Nació de madre humana a quien por la alteza de su dignidad elevó desde el mundo de la muerte a las regiones etéreas para que recibiese adoración y reverencia. Era el Jove de Nysa a la par Señor y Salvador de los mundos.

Tal era Baco, el dios profeta. Pero el cambio de religión decretado a instancias de Ambrosio, obispo de Milán, por aquel imperial asesino llamado Teodosio el Grande, le atribuyó inicua mente caracteres demoníacos. El culto de Baco, hasta entonces universal, quedó

estancado en las comarcas rurales llamadas *pagos*, y se tuvieron sus ritos por abominaciones de hechicería y por aquellarres sus misterios, y su preferente emblema de la pezuña hendida se trocó en atributo corporal del diablo.

Un tiempo recibió Baco el sobrenombre de Padre de familia (*Beelzebub*); pero desde entonces, sobre cuantos a su servicio estaban, recayó la acusación de servir a las potestades tenebrosas. Se levantaron cruzadas contra ellos, y poblaciones enteras sufrieron los horrores de la matanza. El verdadero y hondo saber fue condenado como magia y hechicería, y la ignorancia quedó convertida en madre de la devoción mojigata. Galileo penó largos años en un calabozo por enseñar que el sol era el centro de nuestro sistema planetario. Bruno murió en la hoguera por su intento de restaurar la filosofía antigua. Mas a pesar de todo, la liberalia o fiesta religiosa de Baco se convirtió en fiesta de la Iglesia (240), y el dios en un santo cuatro veces repetido en los calendarios y representado en los altares en brazos de su divinizada madre. Cambiaron los nombres; pero han perdurado inalterables los conceptos (241).

Demostrada la quimera del diablo y de los ángeles rebeldes, pasaremos a tratar acerca de la divinidad de Jesús y de su obra redentora, que según la teología cristiana consistió en arrancarnos de las garras del mítico Satán.

Para ello será preciso cotejar paralelamente las vidas, doctrinas y milagros de Krishna, Gautama y Jesús.

CAPÍTULO IV

No pecar, hacer el bien y purificar la mente. Tal es la
enseñanza de quien ha despertado.

Más valioso que la soberanía de la tierra y que la gloria
del cielo y que el dominio de los mundos es el premio de
quien da el primer paso en el sendero de
la santidad.

Dhammapada, 178 y 183.

Creador, ¿en dónde están los tribunales, en dónde juzgan
las audiencias y se reúnen los jurados a quienes el mortal ha

de dar cuenta de su alma?- *Vendidad*, XIX, 89.

¡Salve oh humano! que desde la región de lo
transitorio

te elevaste a la de lo imperecedero.-*Vendidad*, VII,
136.

El verdadero creyente acoge la verdad doquiera la
halla, y ninguna doctrina le parece menos aceptable
ni menos verdadera porque la hayan expuesto
Moisés

o Cristo, Buda o Lao Tse.-MAX MÜLLER.

Quienes desearon vindicar a la filosofía religiosa de Oriente no
tuvieron feliz ocasión para ello, pues no parece sino que de algún
tiempo a esta parte estén en secreta connivencia los eruditos del
mundo oficial y los misioneros cristianos en países infieles, para

desfigurar cautelosamente toda verdad que pugne con sus congruas. Además, es muy fácil acallar las voces de la conciencia cuando los gobiernos se apoyan en la religión del Estado, que cualquiera que sea tan útilmente explotan en su provecho. Tal es la diplomacia de la ciencia oficial.

En su *Historia de Grecia* compara Grote a los pitagóricos con los jesuitas, y dice que se prevalían de su confraternidad para fines políticos. Algunos historiadores se han apresurado a presentar a Pitágoras según le pinta la maledicencia de Heráclito y otros autores antiguos, esto es, como hombre astuto y hábil para el mal y de juicio desequilibrado, aunque de muy vasta erudición. El satírico Timón dice de Pitágoras que fue hombre de agradable elocuencia a propósito para cazar incautos; y si los detractores de la filosofía antigua no reparan en dar crédito a esta opinión, ¿cómo negárselo a lo que de Jesús nos dice Celso? La imparcialidad del historiador ha de sobreponerse a sus personales creencias, y tanta exige la posteridad respecto de unas como de otras doctrinas. La vida y hechos de Jesús no están apoyados en las pruebas de histórica valía que atestiguan la vida y hechos de Pitágoras; porque seguramente que nadie negará la autenticidad de los escritos de Celso, mientras que de los evangelistas dudan muchos si escribieron ni una línea de los relatos que respectivamente se les atribuyen. Además, Celso es un testimonio por lo menos tan valioso como Heráclito, y algunos Padres de la Iglesia reconocen que fue un neoplatónico de mucha erudición, mientras que la existencia de los cuatro evangelistas tiene por principal apoyo la ciega fe. Si Timón llamó farsante al ilustre filósofo de Samos, lo mismo dijo Celso de Jesús o más bien de quienes se abroquelaban tras su nombre. En una de sus obras apostrofa Celso a Jesús con estas palabras: “Aun concediendo que obraras las maravillas que de ti se cuentan, ¿no hicieron otras tantas los juglares egipcios que en la plaza pública pedían el óbolo de las gentes?”.

Por otra parte, la acusación levantada contra Pitágoras de que era varón de grave palabra con propósito de “pescar hombres”, puede también recaer sobre Jesús si consideramos aquel pasaje que dice:

Venid en pos de mí y haré que vosotros seais pescadores de hombres (1).

No se vea en todo esto ni la más leve ofensa a los sentimientos religiosos, siempre respetables cuando sinceros, de quienes creen en la divinidad de Jesucristo, pues aunque por nuestra parte *no le adoremos como Dios, le veneramos como hombre*, y de este modo estamos seguros de tributarle mayor honra que si le reconociéramos la misma individualidad del supremo Dios y creyésemos que vino al mundo a representar el desairado papel que el fanatismo piadoso le señala, pues si bien se mira, la supuesta misión que trajo no ha tenido los resultados correspondientes a su dignidad, ya que al cabo de veinte siglos no forman los cristianos ni la quinta parte de la total población del globo ni es fácil que en el porvenir se propague a mayor número de gentes. Nuestro exclusivo ideal es la justicia estricta sin preferencias por determinada personalidad. nUestras reconvenciones van dirigidas a los que sin creer en Jesús ni en Pitágoras ni en Apolonio mueven los labios en oraciones que no nacen del corazón; a los que hablan del “Salvador” y de “Nuestro Señor” como si tuvieran más fe en el Cristo teológico que en el fabuloso Fo de la China.

IMPUTACIONES DE ATEÍSMO

Antiguamente no había ateos, incrédulos ni materialistas en el moderno concepto de estas denominaciones, así como tampoco había mojigatos de lengua detractora. Mala prueba de buen sentido crítico daría quien juzgase a algunos filósofos antiguos por el matiz aparentemente ateo de ciertas frases cuyo significado interno es preciso desentrañar para estimarlas en su verdadero valor. Así, por ejemplo, la doctrina de Pirro, que los comentaristas superficiales diputan por inconcusamente racionalista, ha de interpretarse en cotejo y comparación con la primitiva filosofía índica que, desde Manú hasta el último esvabavica, tuvo por principal característica la afirmación de la realidad del espíritu prevaleciente contra el mundo objetivo de mudables, ilusorias y percederas formas. Las numerosas escuelas fundadas por Kapila enseñaron las mismas doctrinas que más tarde había de exponer Timón, a quien Sexto Empírico llama el precursor de Pirro. Las ideas de este filósofo acerca del divino reposo del espíritu, la firmeza con que mantenía sus opiniones frente a las ajenas y su aversión al sofisma, denotan que estudió detenidamente a los gimnósofos y vaibasicas de la India. No es posible calificar de ateos a Pirro y sus discípulos por el solo hecho de que resumieron todas sus especulaciones en los puntos suspensivos de la perplejidad y la duda

(2), como tampoco es justo tachar de ateos a filósofos como Vedavyasa (3), Kapila, Giordano Bruno y Spinoza. Estas enseñanzas filosóficas predominaban entre los pensadores del mundo precristiano, y a despecho de la enemiga concitada contra ellas por los dogmatizantes y de las deplorables tergiversaciones de mal intencionados expositores, todavía son la piedra angular de todas las religiones excepto el cristianismo (4).

La teología comparada es arma de dos filos. Por una parte, los apologistas del cristianismo dogmático, sin hacer caso de las pruebas en contrario, acusan de politeísta al induísmo y de ateo al budismo, en tanto que reservan exclusivamente para el cristianismo la creencia en un solo y único Dios omnipotente, de bondad infinita, representado en Jehovah, cuyos profetas son para los católicos el romano pontífice y para los protestantes Martín Lutero. Mas si miramos el arma por el otro filo, veremos que, no obstante las predicaciones de los misioneros y la influencia que en Oriente ejerció el cristianismo por las guerras y el comercio, nada descubren los llamados “idólatras y paganos” en las enseñanzas de Jesús, a pesar de lo sublime de algunas de ellas, que no les hayan dicho ya las de Krishna y Gautama. Así es que para mejor prosperar en su apostolado y mantener fieles a los pocos convertidos, no tienen los misioneros otro remedio que vestirse a la usanza de los sacerdotes del país y practicar los mismo ritos y ceremonias que tanto denigran en los indígenas.

ARTIMAÑAS DE LOS MISIONEROS

Según ya dijimos en otro lugar, los misioneros católicos de Siam y Birmania han adoptado el aspecto de los talapines, aunque no imitan sus virtudes. En la India meridional fueron acusados de superchería por su propio colega el abate Dubois (5), y aunque hubo quien le desmintió después, hay otros testimonios de la acusación, entre ellos el capitán O’Grady, quien dice a este propósito:

Los misioneros toman fingidas apariencias de mendicantes y simulan sentir repugnancia por los manjares de carne y bebidas espirituosas para predisponer a su favor al vulgo induísta... Pero un misionero a quien convidé, o mejor dicho que se convidó a comer en mi casa repetidas veces, no hizo remilgos a las lonjas de carne asada ni se abstuvo de beber copiosamente (6).

El mismo autor habla de los “Cristos de rostro negro”, de “Vírgenes con ruedas” y de las procesiones según el ritual romano, que “más tienen de diabólico que religioso”. Por nuestra parte hemos visto estas procesiones, que acompañadas de orquestas cingalesas con mucho bombo y platillos, resultaban por la variedad de colores y lo pintoresco de los trajes y lo aparatoso de la escena, mucho más solemnes y grandiosas que las saturnales cristianas. Los misioneros, con sus prelados al frente, aprovechan estas procesiones para recoger limosnas destinadas al dinero de San Pedro (7) y lucrar con el remedo de los brahmanes y bonzos. Entre los adoradores de Krishna y Cristo y los de Avany y María no hay tanta diferencia como entre vishnuístas y sivitas, pues para los conversos es Cristo el mismo Krishna con leves modificaciones (8). Tan serviles son los misioneros en la copia y tanto cuidado ponen en no lastimar las costumbres del país, que mantienen, aun entre los conversos, la distinción de castas, hasta el punto de que los de inferior no pueden entrar en las iglesias a que asisten los de superior (9).

Pocos escritores hay cuya valerosa sinceridad, de que tan hermoso ejemplo nos da Inman, les lleve a coincidir con éste en que tanto el induísmo como el budismo son filosóficamente superiores al cristianismo teológico, sin que nadie tenga fundado motivo de tildar al primero de fetichista y al segundo de ateo. Sobre el particular dice Inman:

A mi entender es de todo punto gratuita la afirmación de que Sakya no creía en Dios. Por el contrario, todo su sistema filosófico descansa en la creencia de que hay entidades superiores con potestad para castigar las culpas de los hombres, y aunque no le llamara Elohim ni Jah ni Jehovah ni Jahveh ni Adonai ni Ehieh ni Baalim ni Ashtoreth, creía en la existencia del Ser supremo (10).

El budismo cuenta con cuatro escuelas teológicas, una de ellas panteísta y las otras tres francamente monoteístas. Los investigadores modernos sólo tratan de la primera, y en cuanto a las otras tres, difieren únicamente en las externas modalidades de exposición.

Oigamos lo que un racionalista escéptico dice sobre el tantas veces comentado concepto del nirvana:

En las puertas de las pagodas interrogué a centenares de budistas, y todos sin excepción me respondieron que por medio de la austeridad de vida esperaban alcanzar la inmortalidad. Ninguno habló de la aniquilación final. Hay más de trescientos millones de budistas que ayunan, oran y se sujetan a toda clase de privaciones. Verdaderamente estarían locos o fueran imbéciles si tal hiciesen convencidos de antemano de que al fin había de aniquilarse su ser (11).

También por nuestra parte hemos inquirido entre induístas y budistas el verdadero espíritu de la filosofía oriental, y nos hemos convencido de que el concepto del *apavarga* es del todo opuesto al de aniquilación, pues entraña la identidad final con Dios, de cuya increada luz es refulgente chispa el espíritu del hombre. Todo budista, por ignorante que sea, alienta la esperanza de *no perder jamás su individualidad*, pues, como decía muy bien un amigo nuestro, si así no fuese parecería la vida terrena un divertido sainete para Dios y una mortal tragedia para el hombre.

RITO FUNERARIO DE LOS VEDAS

Otro tanto cabe decir de la doctrina de la metempsícosis, deplorablemente tergiversada por los orientalistas europeos; pero según vayan adelantando las investigaciones, se descubrirán nuevas bellezas metafísicas en las antiguas religiones.

Whitney (12) ha puesto de relieve en su traducción de los *Vedas* la mucha importancia que el rito funerario de los induístas concedía a los cadáveres de sus fieles, según denotan los siguientes pasajes de los himnos fúnebres:

¡Levántate y anda! Reúne todos los miembros de tu cuerpo (13) y no los dejes en abandono.

Partió tu espíritu. Síguele ahora. Doquiera te deleite él, ve allí.

Reúne todos tus miembros y con auxilio de los ritos yo te los modelaré.

Si Agni olvidó algún miembro al enviarte desde aquí al mundo de tus padres, yo te lo daré de nuevo para que con todos tus miembros te regocijes en el cielo entre tus padres (14).

La creencia en la inmortalidad del alma está expuesta en este otro pasaje del ritual funerario:

Los que permanecen estacionados en la esfera de la tierra; los que moran en los reinos de la dicha; los padres que por mansión tienen la tierra, la atmósfera y los cielos. Antecielo se llama el tercer cielo donde está el solio de los padres (15).

Visto el alto concepto que de Dios y de la inmortalidad del alma tiene el induísmo, no es extraño que resulten victoriosos los *Vedas* y el *Código de Manú* de su comparación con el mezquino e inespíritual *Pentateuco*, en cuyo texto no descubren los investigadores exotéricos prueba alguna de que los judíos creyeran en la eterna vida del espíritu ni que Moisés les enseñara esta doctrina. Sin embargo, algunos orientalistas eminentes apuntan la sospecha de que la letra muerta del *Pentateuco* encubre el vivificante significado. Así dice Whitney:

A medida que nos fijamos más detenidamente en los formulismos del moderno ritual induísta, aparece más definida la correspondencia entre la doctrina y la observancia, de suerte que no es posible explicar una sin la otra... Preciso es reconocer o que la India copió su ritual de algún otro pueblo y lo ha seguido practicando ciegamente sin darse cuenta de su verdadero significado, o que dicho ritual expresó desde un principio una antiquísima doctrina, y al degenerar ésta siguió incorporado a las tradiciones religiosas del pueblo (16).

Pero no se ha perdido esta antiquísima doctrina que los iniciados comprenden hoy tan filosóficamente como los de diez mil años atrás, aunque no han de esperar los científicos que se les revele a la primera intimación ni tampoco ha de serles posible descubrirla en el exotérico ritual de las religiones culturales.

Los teólogos induístas y budistas no negarán en redondo el misterio de la Encarnación; pero en vez de entenderlo según el dogma cristiano, lo explicarán de conformidad con sus enseñanzas religiosas, cuya piedra angular es precisamente la creencia en los avatares o

encarnaciones periódicas de la Divinidad, cada vez que el género humano se pervierte de modo que necesita el auxilio de una poderosa Entidad descendida a la terrena forma que elige por morada. El “Mensajero del Altísimo” se une a la dualidad cuerpo-alma y constituye la trina individualidad del Salvador que encamina al género humano por el sendero de la verdad y de la virtud.

Esta misma creencia predominó entre los primitivos cristianos cuya mente estaba embebida en las doctrinas religiosas de Oriente, pues de otro modo no hubieran definido en dogma de fe el segundo advenimiento de Cristo ni hubiesen forjado la fábula del Anticristo como *astuta precaución* contra las encarnaciones venideras. No se percataron los teólogos cristianos de que Melquisedek fue un avatar de Cristo ni advirtieron que Krishna le dice a Arjuna:

Cuando quiera que la rectitud desmaya, ¡oh Bhârata!, y cobra bríos la iniquidad, entonces renazco para proteger a los buenos, confundir a los malos y restaurar firmemente la justicia. De edad en edad renazco Yo con este intento (17).

LOS INSTRUCTORES DEL MUNDO

No es posible desdeñar la doctrina de los avatares al ver que de tiempo en tiempo han aparecido en el mundo personajes tan extraordinarios como Krishna, Sakya y Jesús, que fueron seres reales divinizados por sus adoradores con arreglo al sistema religioso de su respectiva época.

El redentor indio precede de algunos miles de años al redentor cristiano, y entre ambos se interpone Gautama, que por una parte es reflejo de Krishna y por otra ilumina la lejana figura de Jesús en que encarna el Cristo histórico. La misma leyenda ha engalanado con su poético ropaje a tres figuras de humana realidad, divinizadas por el instinto popular que presintió en ellas el místico carácter de su individualidad. *Vox populi, vox Dei* fue verdadero aforismo en otros tiempos, por falible que nos parezca en una época como la nuestra en que la plebe está dominada por el clero.

Kapila, Orfeo, Pitágoras, Platón, Bas-ilides, Marciano, Amonio y Plotino fundaron escuelas donde germinó la semilla de altos

pensamientos y al desaparecer del mundo dejaron tras sí la refulgente estela de los semidioses; pero Krishna, Gautama y Jesús aparecieron en su respectiva época como verdaderos dioses y legaron a la humanidad tres religiones fundadas sobre la indestructible roca del tiempo. Ninguna culpa les cabe a estos tres nobilísimos reformadores que el fanatismo adulterara posteriormente sus enseñanzas, y más aún la cristiana, que está casi desconocida en nuestra época. La culpa recae en los clérigos que se titulan cultivadores de la viña del Señor. Si de los tres sistemas religiosos eliminamos la escoria de los humanos dogmas, hallaremos en los tres identidad de esencia. Aun el mismo San pablo, el honrado y sincero apóstol, o se dejó llevar del entusiasmo para torcer algún tanto la doctrina de su Maestro, o se han tergiversado sus escritos hasta el punto de no parecerse apenas al original. El *Talmud* reconoce los relevantes méritos de San Pablo como filósofo y teólogo, no obstante haber apostado del judaísmo (18), y dice en el Yerushalmi que corrompió la doctrina de aquel hombre (19).

Pero entretanto la ciencia imparcial y las generaciones futuras concilian estas tres grandes religiones, demos una ojeada a su respectivo desenvolvimiento.

LOS TRES SALVADORES

LEYENDA DE LOS TRES SALVADORES

KRISHNA	GAUTAMA	JESÚS
Aunque la ciencia europea no se atreve a computar el nacimiento de Krishna, la cronología induísta lo remonta a unos 5.000 años antes de J. C. Nace Krishna de estirpe real, pero le educan unos pastores que le dan el sobrenombre de <i>Dios Pastor</i> . Temerosos de	Según los cálculos de la ciencia europea y los cómputos ceilaneses, nació Gautama hace 2.540 años. Fue hijo de un rey, y eligió sus primeros discípulos entre mendigos y pastores. Unos le consideran	Se supone que Jesús nació hace 1.877 años. es de la estirpe real de David. Los pastores le adoran al nacer y se le da el sobrenombre de Buen Pastor (21). Se mantienen secretos su nacimiento y alcurnia para despistar al tirano Herodes.

<p>las iras del rey Kansa, mantienen en secreto el nacimiento y origen de Krishna.</p>	<p>como encarnación de Vishnú, otros como la de uno de los Budas y algunos como la de la Sabiduría suprema (<i>Ad'Buddha</i>).</p>	<p>Es la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo (22).</p>
<p>Se le consideró como encarnación de Vishnú, la segunda persona de la Trimurti. Fue adorado en Madura, situada a orillas del Jumna (20). Kansa, tirano de Madura, persigue a Krishna, quien se salva milagrosamente. Con propósito de matar al niño manda el rey degollar a todos los de su misma edad.</p>	<p>La leyenda cristiana presenta a Gautama bajo el nombre de San Josafat, hijo del rey de Kapilavastu, que asesinó a multitud de jóvenes cristianos (24).</p>	<p>Fugitivos de la persecución de Herodes, tetrarca de Jerusalén, le llevan sus padres por aviso de un ángel a Matarea o Madura de Egipto donde obra sus primeros milagros (25). Con propósito de matarle, ordena Herodes la degollación de los inocentes, cuyo número se calcula</p>
<p>La madre de Krishna fue la inmaculada Virgen Devaki (23).</p>	<p>La madre de Gautama fue Maya o Mayadeva, que no obstante su matrimonio, se mantuvo virgen inmaculada.</p>	<p>La madre de Jesús fue Mariam o Miriam, que no obstante su matrimonio con José se mantuvo virgen, aunque concibió otros hijos.</p>
<p>Desde el instante de su nacimiento es Krishna omnisciente, omnipotente y perfectamente bello. Opera milagros, sana a los paralíticos, da vista a los ciegos y expele demonios. Lava los pies a los brahmanes y desciende a los infiernos para libertar a los muertos y asciende al <i>Vaicontha</i></p>	<p>Está dotado Gautama de los mismos poderes y cualidades y opera prodigios análogos a los de Krishna. Pasa la vida acompañado de mendicantes. Dicen los budistas que Gautama fue distinto de los demás avatares, pues en estos sólo se infundió parte (<i>ansa</i>) de la Divinidad, al paso que en él se encarnó enteramente el espíritu de Buddha.</p>	<p>Está dotado de las mismas cualidades y poderes que Krishna y Gautama (28).</p>
		<p>Frecuenta el trato de publicanos y pecadores y expele demonios (29). Lava los pies a sus discípulos y después</p>

<p>(30).</p> <p>Es Krishna la encarnación de Vishnú.</p> <p>Convierte los becerros en niños y los niños en becerros, y aplasta la cabeza de la serpiente (31).</p> <p>Predica Krishna la unidad de Dios y la inmortalidad del alma. Reconviene al clero por su ambición e hipocresía y divulga los secretos del santuario. Según tradición, pereció Krishna víctima de las iras clericales y le abandonaron todos los discípulos menos Arjuna su predilecto.</p> <p>Parece que murió clavado en una cruz por una flecha (35). Por fin, asciende a los cielos (<i>swarga</i>) y se convierte en <i>nirguna</i>.</p>	<p>Gautama aplasta la cabeza de la serpiente, cuyo culto fetichista abroga en todas partes; pero como Jesús, da a la serpiente el emblema de la sabiduría divina.</p> <p>Abole la idolatría, divulga los misterios de la unidad de Dios y del nirvana, cuyo verdadero significado tan sólo conocían hasta entonces los sacerdotes.</p> <p>Perseguido por sus enemigos, tuvo que huir del país para librarse de la muerte, y acompañaronle en la huída unos cuantos centenares de creyentes en su misión búdica.</p> <p>Muere rodeado de sus discípulos, entre quienes está Ananda, el predilecto, primo suyo y cabeza de los demás. En muchas pagodas se le representa sentado sobre un árbol cruciforme (32), el "Árbol de la Vida". Otras imágenes le representan con una</p>	<p>de su muerte desciende a los infiernos para sacar a las almas de los santos padres y sube a los cielos.</p> <p>Aplasta la cabeza de la serpiente (33), transforma a los cabritos en niños y en niños a los cabritos (34).</p> <p>Acusa Jesús de hipócritas y dogmatizantes a los rabinos, escribas y fariseos. Quebranta el precepto del sábado y trasgrede la letra de la ley mosaica. Divulga los secretos del santuario y los fariseos le acusan de blasfemo. De sus discípulos, Uno le niega, otro le traiciona, y al fin todos le abandonan menos Juan, el predilecto.</p> <p>Muere en el árbol de la cruz (37) y asciende al Paraíso.</p>
--	---	--

	cruz en el pecho, sentado sobre la Naga o reina de la serpiente (36). Gautama alcanza el Nirvana.	
--	---	--

IDENTIDAD DE KRISHNA Y CRISTO

Tal es el esquema biográfico de los fundadores de estas tres religiones que parecen mallas de una misma cadena (38). Si los dogmatistas cristianos no hubiesen pasado más adelante, seguramente que no fueran tan desastrosas las consecuencias, pues no cabía derivar perniciosos sistemas religiosos de las sublimes enseñanzas de Krishna y Gautama; pero transpusieron todo límite y adulteraron la pureza del primitivo cristianismo con las fábulas exotéricas de Hércules, Orfeo y Baco. Así como los musulmanes niegan todo parentesco del Corán con la Biblia, así también los cristianos se resisten a reconocer que casi todo su dogmatismo está tomado de las religiones de la India. Sin embargo, la cronología demuestra evidentemente esta derivación, por más que algunos orientalistas traten inútilmente de atribuir la identidad característica de Krishna y Cristo al relato de los apócrifos Evangelios de la *Infancia* y de *Santo Tomás*, que, según dichos críticos, se difundieron copiosamente por la costa de Malabar, dando con ello motivo a que en la figura de Cristo se convirtiese Krishna (39). Sin embargo, lo cierto es que, inversamente, la figura de Krishna precedió a la de Cristo, pues cuando el apóstol Tomás halló en Malabar la creencia en Krishna, tuvo buen cuidado de incorporarla en todo y por todo a la figura de Cristo, y al efecto copió en su *Evangelio* los rasgos principales del avatar indo, y con ello introdujo la herejía cristiana en el induísmo. Quien conozca el temperamento de los brahmanes repugnará desde luego por ridícula la suposición de que fuesen capaces de copiar símbolo alguno de gentes extranjeras. Sus firmísimas creencias religiosas, que siglo tras siglo resisten el influjo occidental, no les consiente interpolar en sus libros sagrados alegóricos relatos de ajenas religiones.

No nos detendremos a examinar las íntimas analogías entre los rituales budista-lamaico y romano, cuya exposición tan cara le costó al abate Huc, sino que nos contraeremos a cotejar los puntos más

importantes. De los textos budistas que de diversos idiomas orientales se han traducido a los europeos, merecen preferente mención el *Dhammapada* (Sendero de virtud), traducido del pali por el coronel Rogers (40), y la *Rueda de la Ley* (41), en cuya lectura halló Inman tan sorprendentes analogías, que le determinaron a decir:

Después de cuarenta años de convivencia entre los defensores y los adversarios del cristianismo, declaro con toda sinceridad que los segundos aventajan en virtud y pureza moral a los primeros. Conozco personalmente a muchos y muy piadosos cristianos cuya conducta admiro y me tendría por dichoso en imitar; pero que precisamente merecen esta loa por haber antepuesto a la doctrina de la fe la de las buenas obras... A mi modo de ver, los cristianos más puros que conozco son los *budistas reformados*, quienes seguramente no han oído hablar nunca de Siddartha (42).

Entre los dogmas y ceremonias de las religiones budistas-lamaica y romana hay cincuenta y un puntos de coincidencia y cuatro de discrepancia (43). Estos últimos son:

1.º Afirman los budistas que no puede ser enseñanza de Gautama cuanto contradiga a la sana razón.

Los católicos romanos admiten cualquier contrasentido que la Iglesia defina dogmáticamente.

2.ª Los budistas no adoran a la madre de Gautama (44).

Los católicos adoran a la madre de Jesús e impetran su protección y auxilio (45).

3.º Los budistas no tienen sacramentos.

Los católicos tienen siete.

4.º Los budistas creen que los pecados no quedan perdonados hasta reparar el mal causado por ellos.

Los católicos creen que la sangre de Cristo basta para lavar las culpas de todos los pecadores que confiesen la fe cristiana (46).

LA RUEDA DE LA LEY

Dice *La Rueda de la Ley*:

Creen los budistas que todo pensamiento, palabra y obra es causa de un efecto que reaccionará más o menos tarde. el efecto es de la misma naturaleza de la causa, y así toda buena acción producirá un bien y toda mala acción producirá un mal (47).

Tal es la estricta e imparcial justicia de una Potestad suprema que no puede equivocarse ni sentir ira ni compasión, sino que deriva de toda causa sus naturales efectos. Aquellas palabras de Jesús: “Pues con el juicio con que juzgareis seréis juzgados y con la medida con que midiereis os volverán a medir” (48) contrarían tanto en letra como en espíritu la idea de la salvación propia por merecimiento ajeno. La ira y la misericordia son sentimientos finitos e incompatibles por lo tanto con la infinitud de Dios, en quien sólo cabe inflexible justicia distributiva (49). En *La Rueda de la Ley* explica su sutor el concepto de Dios en el siguiente pasaje:

El budista cree en la existencia de un Dios sublimemente superior a todas las cualidades y atributos humanos, un Dios perfecto que trasciende el amor, el odio y los celos, que reposa tranquilamente en el seno de imperturbable dicha. El budista veneraría a este Dios sin propósito de agradarle ni temor de disgustarle, porque fuera de por sí digno de ser amado. Pero el budista no concibe un Dios con los mismos atributos y cualidades de los hombres; un Dios que siente amor, odio y cólera; un Dios que, según lo pintan los cristianos, musulmanes, judíos e induístas, resulta inferior a los hombres de mediana moralidad (50).

Muy extraños son los conceptos que de Dios y su justicia tienen los cristianos cuya razón está ofuscada por los prejuicios religiosos que el clero les imbuye. La doctrina de la redención es a todas luces ilógica y una de las más perniciosamente desmoralizadoras, sin otro resultado que subyugar más gravemente la conciencia de las gentes.

Según la moral eclesiástica de la Iglesia romana, la sangre derramada por Jesús en su voluntario sacrificio por la salvación del linaje humano tiene la suficiente eficacia para lavar todo pecado por enorme que sea, pues la misericordia de Dios es infinita y siempre dispuesta a abrir las

puertas del Paraíso al pecador arrepentido, aunque se arrepienta en el último instante de su vida. Así lo hizo en la cruz el buen ladrón, y así pueden hacerlo según la Iglesia romana otros tan malvados como él.

CRÍTICA DEL PERDÓN

Pero si trasponiendo el estrecho círculo de la fe dogmática consideramos el universo como un todo equilibrado por la perfecta armonía de sus elementos constituyentes, el sano juicio y el más rudimentario sentimiento de justicia chocarán contra la doctrina del perdón de los pecados por merecimiento ajeno. Si el pecador sólo se perjudicase a sí mismo y por medio de un sincero arrepentimiento pudiese borrar su culpa de la memoria de los hombres y de los indelebles anales que ni el mismo Dios lograría torcer, tendría algún viso de justicia la doctrina de la redención; pero es absurdo sostener que quien perjudica a sus semejantes y perturba el equilibrio de la sociedad y el orden natural de las cosas, se conmueva al fin por el miedo, la esperanza o la violencia y alcance el perdón de sus crímenes gracias a los méritos de una sangre que lava las manchas de otra sangre. No es posible evitar las consecuencias de una culpa como se darían por evitadas con el perdón de los pecados (51). Los efectos de una causa trasponen los límites de una misma causa, y por lo tanto las consecuencias de un crimen no se contraen al ofensor y al ofendido, sino que repercuten en el universo entero como la piedra que conmueve toda la masa líquida al caer en un estanque y produce ondas cuyo número y rapidez dependen del tamaño de la piedra; pero aun el más diminuto grano de arena producirá efectos ondulatorios en el agua del estanque. El choque se transmite en todas direcciones, molécula por molécula de la masa líquida, hasta conmoverla toda. Pero no se detiene aquí la acción, sino que se dilata a las capas atmosféricas en contacto con la superficie del agua y se difunde por el espacio. Ha vibrado la materia y nadie es capaz de anular su vibración.

Lo mismo ocurre con las buenas o malas acciones, cuyos efectos perduran en el espacio y en el tiempo por instantánea que haya sido la causa. Cuando sea posible anular en el espacio y en el tiempo los efectos dinámicos de la piedra arrojada en el estanque, entonces y sólo entonces podremos admitir el dogma de la redención tal como lo entiende el clericalismo romano. Es verdaderamente incomprensible que un asesino cuya brutal acometida no dio tiempo a su víctima para

arrepentirse ni de invocar a Jesús para que le lavara con su sangre y morir en estado de gracia (y por lo tanto fue causa de que se condenara, según el dogma), reciba poco antes de subir al cadalso los auxilios espirituales y obtenga por ellos el perdón del crimen cometido y con él la felicidad perdurable de los bienaventurados, mientras que su víctima ha de penar eternamente en el infierno (52). A no ser por el crimen no hubiera tenido el asesino ocasión de arrepentirse y salvarse.

Otro ejemplo nos ofrece el crimen de seducción, uno de los más frecuentes y de los que denotan mayor egoísmo y dureza de corazón. La sociedad rechaza de su seno a la víctima, que al verse despreciada busca remedio a su desgracia en el suicidio o, si teme a la muerte, se hunde en el vicio, expuesta a ser madre de criminales (53) que a su vez procreen toda una generación de malvados. ¿Podrá perdonar la divina justicia al causante de tan graves daños sociales y castigará únicamente a los engendros de su lujuria?

En Inglaterra y los Estados Unidos ha ido introduciendo el clero anglicano la confesión auricular, a estilo de la Iglesia romana, fundándose, lo mismo que ésta, en la potestad conferida por Jesús al apóstol San Pedro cuando le dijo:

Y a ti daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (54).

Sin embargo, queda invalidada esta alegación al considerar los cinco puntos siguientes:

1.º Que la divinidad de Jesucristo no se definió dogmáticamente hasta dos siglos después de la muerte del iniciado Jesús.

2.ª Que en consecuencia no tenía autoridad para conferir a Pedro el poder de perdonar los pecados.

3.º Que la palabra *petra* (roca) se refería a las verdades reveladas del *Petroma* y no al discípulo que había de negarle tres veces.

4.º Que la sucesión apostólica es una grosera y evidente superchería.

5.º Que el *Evangelio* llamado de San Mateo es amañada copia de un manuscrito enteramente distinto.

Resulta, por lo tanto, la confesión auricular una violencia que por igual se hace al sacerdote y al penitente. Por otra parte, si los titulados ministros de Dios recibieron la potestad de perdonar los pecados, ¿cómo no recibieron también el don de milagros para reparar los perjuicios resultantes del pecado contra cosas y personas?

Así lo demandarían las más rudimentarias nociones de justicia. Cuando resuciten al asesinado, devuelvan honra y hacienda a quienes por robadora mano las pierden y pongan en el fiel las balanzas de la justicia podremos creer en su potestad de atar y desatar en la tierra; pero hasta ahora sólo le han dado al mundo sofismas propios para alimentar la fe ciega, sin pruebas palpables de la justicia divina. Todos callan; nadie responde a estas objeciones y entretanto la inexorable e infalible ley de ponderación prosigue su camino, prescindiendo de creencias y confesiones religiosas y tratando por igual a paganos y cristianos. nO hay absolución capaz de escudar a estos cuando culpables, ni anatema bastante a confundir a aquéllos cuando inocentes.

Desechemos el insultante concepto que de la justicia divina mantienen los clérigos por su propia autoridad para regocijo de cobardes y criminales, pues contra la legión de doctores y teólogos que lo defienden se levanta con suprema autoridad la eterna ley de armonía y justicia.

SACRIFICIO DE JESÚS

Pero hay además otro argumento igualmente poderoso contra la tergiversada interpretación de la justicia divina. Si los cristianos creen como verdades reveladas las narraciones evangélicas, ¿en qué pasaje aparece que Jesús se ofreciera en voluntario sacrificio? Por el contrario, del texto se infiere que deseaba cumplir su misión y que murió al verse traicionado de modo que no podía llevarla a término. Antes de la entrega rehuía los peligros, haciéndose invisible por medio del mismo poder hipnótico sobre los circunstantes de que goza todo adepto oriental; pero cuando vio llegada su hora, sometióse a la ineludible ley del destino. En el huerto de Getsemaní le ruega al Padre

que a ser posible aparte de él aquel cáliz y en su aflicción tremenda suda gotas de sangre. Desfallece en la lucha y ha de bajar del cielo un ángel para confortarle. Por fin dice: “Mas no se haga mi voluntad sino la tuya” (55). Ciertamente que ésta no es la figura de un mártir que de su propia voluntad se entrega al sacrificio.

Análogamente a este episodio de la vida de Cristo se nos ofrece en la de Krishna aquel otro en que clavado en un árbol por la flecha de un cazador, le responde a éste que implora perdón:

-Ve, ¡oh cazador!, por mediación mía a los cielos donde moran los dioses.- Y unido Krishna con su puro, imperecedero y nonato espíritu, idéntico al de Vasudeva, desechó su cuerpo mortal para convertirse en nirguna (56).

¿No se ve aquí el episodio del Calvario, cuando Cristo perdona al buen ladrón y le promete un lugar en el paraíso?

Sobre esto dice Lundy:

Semejantes ejemplos, muy anteriores al cristianismo, demandan que se investigue y compruebe su origen. El concepto de Krishna como pastor es a mi entender una figura profética de Cristo, mucho más antigua que el *Evangelio de la infancia* y el de San Juan (57).

Analogías como éstas dieron posteriormente pretexto para declarar apócrifas todas las obras que, como las *Homilías*, demostraban el primitivo origen y verdadero significado de la doctrina de la redención, no definida por autoridad alguna. Las *Homilías* difieren muy poco de los *Evangelios*, pero discrepan completamente del dogmatismo teológico.

Nada sabía de la redención el apóstol San Pedro, y su respeto hacia el mítico padre Adán no le hubiera consentido creer que este patriarca pecó y lo maldijo Dios. Las escuelas alejandrinas no conocieron este dogma, ni tampoco habla de él Tertuliano, ni lo discutieron los Padres de la Iglesia. Filo Judeo expone simbólicamente la caída del hombre y Orígenes y San Pablo la consideran como una alegoría (58).

El dogmatismo cristiano toma al pie de la letra el episodio del Paraíso en que la serpiente tienta a Eva.

Sobre esto dice San Agustín:

Por su libérrima voluntad elige Dios a cierto número de humanas criaturas sin tener en cuenta sus acciones y su fe, y las predestina a la salvación o a la condenación eterna (59).

CRUEL DOCTRINA DE CALVINO

También Calvino expone conceptos igualmente abominables acerca de la justicia divina, pues dice sobre el particular:

Corrompido el linaje humano por la caída de Adán, lleva en sí el estigma del pecado original que sólo pueden borrar los méritos de un Salvador encarnado para redimir a la humanidad. Sin embargo, del beneficio de la redención disfrutaban únicamente las almas de antemano elegidas y predestinadas, a las que voluntariamente favorece Dios con su gracia, pues los demás hombres están predestinados a eterna condenación por decreto inmutable del plan divino. La justificación se obtiene por la fe, y la fe es un don de Dios.

De lo expuesto inferiremos cuánto y cuánto se ha blasfemado de la justicia divina, pues la propiciatoria eficacia de la sangre no es creencia originariamente cristiana, sino que la encontramos en los más antiguos ritos. Todos los pueblos ofrecían a los dioses sacrificios cruentos de víctimas animales y aun humanas, con la esperanza de aplacar su ira y tenerlos propicios de modo que les librasen de las públicas calamidades. La historia nos ofrece ejemplos de generales griegos y romanos que dieron su vida en sacrificio por la salvación del pueblo. Julio César observó la misma costumbre entre los galos y dice a este propósito:

Se entregan voluntariamente a la muerte, pues creen que los dioses inmortales sólo quedan satisfechos cuando se les ofrece vida por vida.

Los sacerdotes egipcios tenían la siguiente fórmula de invocación sacrificial:

Caiga sobre la cabeza de la víctima todo mal que amenace a los sacrificadores o al pueblo egipcio (60).

Por otra parte, oímos decir a Gautama:

Caigan sobre mí los pecados del mundo para que el mundo sea salvo.

Nadie se atreverá en nuestra época a decir que los egipcios remedaron a los israelitas (61), pues Bunsen, Lepsius y Champollión han demostrado con toda evidencia la mucha mayor antigüedad del pueblo egipcio respecto del hebreo, cuyos ritos religiosos son por lo tanto remedo de los de sus predecesores. El *Nuevo Testamento* (62) abunda en repeticiones y paráfrasis de *El Libro de los muertos*, y según las palabras que en boca de Jesús ponen los evangelistas, debió estar familiarizado el fundador del cristianismo con los himnos funerarios de los egipcios (63).

En el “Recinto de las dos verdades” el alma comparece ante Osiris, el “señor de la Verdad”, que está sentado en su trono con la cruz egipcia como emblema de la vida eterna y el cetro o la vara de la justicia (64) en la diestra. El alma invoca anhelosamente al dios y después procede a enumerar todas sus acciones que confirman o recusan los cuarenta y dos jueces en quienes están personificadas las buenas y malas acciones del declarante. Si logra justificarse le confieren los jueces el título de Osiris en significación de su divino origen, y le dicen estas palabras llenas de majestuosa justicia:

Abrid paso al Osiris. Ya veis que está sin mancha. Vivió en la verdad y se alimentó de la verdad. El dios le ha acogido benévolamente según deseaba, porque dio de comer al hambriento y de beber al sediento y vistió al desnudo. Con el sagrado manjar de los dioses alimentó a los espíritus.

OSIRIS Y JESÚS

Análogamente vemos que el Hijo del Hombre (65) sentado en el trono de su gloria juzgará a todas las gentes diciendo:

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo.

Porque tuve hambre y me diste de comer; tuve sed y me diste de beber...; desnudo y me cubristeis (66).

Para mayor semejanza con Osiris tenemos que San Juan Bautista dice de Jesús:

Su bieldo en su mano está; y limpiará bien su era y recogerá su trigo en el granero... (67).

Las mismas analogías se advierten entre los relatos cristianos y los budistas. Ejemplo de ello tenemos en el siguiente pasaje:

Venid en pos de mí y haré que vosotros seais pescadores de hombres (68).

Este mismo concepto aparece en el símil aplicado por los textos budistas a un convertido “que había quedado preso en el anzuelo de la doctrina como el pez que muerde el cebo y con el sedal lo saca el pescador del agua” (69).

En las pagodas siamesas el futuro buda Maitreya está representado con una red en la mano, mientras que en las tibetanas lleva una especie de lazo. La explicación de la alegoría es como sigue:

Sobre el océano del nacimiento y la muerte esparce el Buddha la flor del Loto de la Buena Ley a manera de cebo puesto en el anzuelo de la devoción que jamás arroja en vano, pues siempre pesca hombres y se los lleva a la otra margen del río donde está el verdadero conocimiento (70).

Si Grabe, Parker y el erudito arzobispo Cave viviesen en estos nuestros tiempos de erudición orientalista a lo Max Müller, de seguro que no se esforzaran en dar autoridad canónica a las *Epístolas* de Jesucristo y Abgarus, rey de Edessa. Eusebio, obispo de Cesárea, fue el primero en mencionar estas *Epístolas*, como si se empeñara en aducir pruebas de las extravagantes fantasías de los dogmatistas. No sabemos si Eusebio conocía los idiomas cingalés, pahlavi, tibetano y otros; pero cierto es que de los textos budistas transcribió las *Epístolas de Jesús y Abgarus* con la leyenda del milagroso lienzo que reprodujo la faz de Cristo por la impresión del sudor. El mismo eusebio declara (71) que

en los archivos de la ciudad de Edessa, donde reinaba Abgarus, encontró una *Epístola* de este rey escrita en siriaco. Recordemos sobre ello las palabras de Babrias:

El mito, ¡oh hijo del rey Alejandro!, es una antigua invención de los sirios que vivieron en otro tiempo bajo el dominio de Nino y Belo.

Edessa fue una de las ciudades sagradas de la antigüedad, que todavía tienen en mucha veneración los árabes, pues en ella se habla el idioma árabe en toda su pureza y la llaman Orfa. Antiguamente llevó el nombre de *Arpha-Kasda* (Arfajad) y fue sede de un colegio de magos, cuyo misionero, llamado Orfeo, introdujo en Tracia los misterios báquicos. Allí encontró Eusebio las narraciones que le sirvieron para entresacar la leyenda de Abgarus y del retrato que de Tathâgâta (72) había obtenido en el lienzo el rey Bimbis*ara (73).

Análogamente, el gnóstico autor del cuarto Evangelio plagió la leyenda budista, según la cual, Ananda, el discípulo favorito de Gautama, encontró junto a un pozo a una mujer matangha, quien le responde al monje diciendo que era de casta inferior y ningún trato podía tener con él, a lo cual replica el discípulo:

No te pregunto, ¡oh hermana mía!, por tu casta y parentela. Tan sólo te pido si puedes darme agua.

Conmovida la mujer por estas palabras se deshace en lágrimas, y arrepentida de su licenciosa conducta se convierte a la religión budista y viste el hábito monacal de los mendicantes de Gautama.

EPISODIO DE LA SAMARITANA

Este episodio se ve reproducido en la escena de Jesús y la Samaritana junto al pozo (74) de donde esta mujer iba a sacar agua cuando el Maestro le pidió de beber. Las circunstancias del relato budista sirvieron a los autores cristianos para forjar las figuras de María Magdalena y otras santas y mártires del cristianismo.

Otra analogía advertimos en los siguientes pasajes:

Y todo el que diere a beber a uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría tan solamente en nombre de discípulo, en verdad os digo que no perderá su galardón (75).

Quien con puro corazón ofrezca tan sólo un vaso de agua a la asamblea espiritual o apague la sed del pobre o de un animal silvestre, mantendrá durante muchas épocas el merecimiento de su acción (76).

Al nacer Gautama refiere la leyenda que hubo en el mundo treinta y dos millares de maravillas. Detuvieron las nubes su marcha y los ríos su curso; no florecieron las plantas; enmudecieron de asombro las aves; la Naturaleza toda quedó suspensa de admiración. Una luz celestial iluminó los espacios; los brutos apartaron su boca del sustento; los ciegos recobraron la vista y los mudos el habla y los lisiados el movimiento (77).

Análogamente dice un texto cristiano con relación al nacimiento de Jesús:

En el instante de la Natividad miró José al cielo y vio que las nubes suspendían su marcha y las aves detenían su vuelo y los cabritos que a orilla del río tocaban con la boca el agua sin beberla... Y vio los rebaños dispersos y, sin embargo, la oveja estaba allí...

Una refulgente nube se posó encima de la cueva iluminándola con tan viva claridad que ofuscaba la vista... Sanó Salomé de la mano que seca tenía... Los ciegos volvieron a ver y hablaron los mudos y anduvieron los lisiados (78).

Refieren los biógrafos de Gautama que en la escuela despuntó entre todos sus condiscípulos por su facilidad en aprender no sólo la lectura y la escritura sino también las matemáticas, metafísica y astronomía, de la propia suerte que venció en el pugilato y el manejo del arco. Fue tal su sabiduría que enseñó a sus propios maestros sesenta y cuatro distintas clases de escritura hasta entonces desconocidas (79). Mucha semejanza ofrece con este relato lo que los libros cristianos cuentan de la infancia de Jesús, diciendo:

Y doce años tenía Jesús cuando un muy principal rabino le preguntó si había leído libros, y un astrónomo si había estudiado astronomía. Y

el señor Jesús les respondió explicándoles cosas que la razón humana no descubrió jamás, acerca de las esferas celestes y de la física y la metafísica y de la constitución del cuerpo humano y de la manera como el alma actúa en el cuerpo. Y a todo esto quedó tan sorprendido el rabino, que no pudo por menos de exclamar: Creo que este niño nació antes que Noé. Sabe más que todos los maestros (80).

Los preceptos de Hillel, que murió cuarenta años antes de nacer Jesús, están reproducidos en el Sermón de la Montaña, y esto corrobora la aseveración de que nada dijo Jesús que antes no hubiesen dicho otros maestros. El Sermón de la Montaña contiene preceptos budistas aceptados por los esenios, órficos, neoplatónicos y filohelénicos que, como Apolonio, vivían ascéticamente. Predica Jesús el desprecio de las riquezas terrenas, el amor al prójimo, la castidad, la resignación, la confianza en el Padre que ha de proveer a las necesidades del mañana (81). Promete la bienaventuranza a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que han hambre y sed de justicia, a los misericordiosos y pacíficos, y como Gautama, representa a los ricos y soberbios la dificultad de entrar en el reino de los cielos.

Todo su Sermón es un eco de los preceptos del monaquismo budista (82). Para conocer al Jesús histórico es preciso prescindir completamente del Cristo mítico y considerar lo que de la humana figura del Maestro nazareno dice el *Evangelio de San Mateo*. En el Sermón de la Montaña encontramos resumidas sus enseñanzas, opiniones e ideales religiosos.

FRACASO DE LOS MISIONEROS

Por esta razón fracasan los misioneros en su intento de convertir a los induístas y budistas, quienes ven que las excelencias de la nueva religión ofrecida a su sentimiento, se contraen a especulaciones teóricas, mientras que, según su nativa fe, es indispensable corroborar con obras las palabras. Los misioneros cristianos no aciertan a comprender el espíritu de una religión basada en la doctrina de las emanaciones, tan contradictoria de la teología occidental; pero la lógica de los metafísicos budistas es tan rigurosa e inflexible que deja sin réplica a eruditos de la talla de Gutzlaff (83) y Judson, famoso misionero de la secta de los bautistas, quien confiesa el mucho embarazo en que se vio para redargüir a los teólogos budistas, de entre

los cuales cita a uno llamado Uyan, y dice de él que su poderosa inteligencia abarcaba las más difíciles cuestiones y su palabra era suave como el aceite, dulce como la miel y aguda como filo de navaja, de suerte que no había medio de resistir a su poderosa dialéctica. Sin embargo, parece que más tarde advirtió el misionero Judson que no había comprendido rectamente la doctrina budista, pues confiesa que el ateísmo sospechado en ella es en último término un refinamiento conceptuoso de las Escrituras budistas, y advierte que en este sistema religioso, además del estado búdico, por cuya virtud pueden superar a las divinidades subalternas los hombres que lo alcanzan, hay también vislumbres de una suprema Divinidad, alma del mundo, anterior y superior a todos los budas (84).

De la propia suerte, los tan calumniados chinos creen en un solo y único Dios, supremo gobernador de los cielos, a quien llaman *Yuh-Hwang-Shang-ti*, cuyo nombre está grabado, sin otro alguno, en la tabla de oro del altar celeste en el grandioso templo T'Iantan, de Pekín. Sobre el particular dice Yule:

Según refiere el cronista de la embajada musulmana que el sha Rukh envió a China por los años 1421 de J. C., el soberano del celeste imperio se retira en algunas solemnes festividades a un altar del templo principal que no tiene ídolo ninguno, y allí *adora al Dios del cielo*.

Respecto del sabeísmo, que muchos asiriólogos tienen por idolatría, dice Chwolsohn que el erudito árabe Shahrastani decía ya en su tiempo:

Dios es demasiado grande y sublime para ocuparse directamente en el gobierno de nuestro mundo, y por lo tanto ha delegado su potestad en los dioses, aunque reservándose los asuntos de capital importancia. Además, el hombre es muy insignificante para relacionarse directamente con el Altísimo, y así ha de elevar sus plegarias y ofrecer sus sacrificios a las divinidades subalternas a quienes Dios confió el gobierno de este mundo (86).

El misionero portugués P. Buri, que estuvo en Cochinchina en el siglo XVI, se lamenta de que todos los ritos, ceremonias, vestiduras, símbolos y ornamentos de la Iglesia romana hayan sido “remedados por el demonio” en aquel país. Cuando el misionero exhortó a los

indígenas a que abandonaran el culto de los ídolos, le respondieron diciendo que eran imágenes representativas de hombres eminentes en virtud de sabiduría a quienes tributaban el mismo culto que los católicos a sus mártires y confesores (87), y aun así sólo les rendía esta veneración el ánimo del vulgo, pues la filosofía religiosa del budismo no admite ídolos ni fetiches. La robusta y potente vitalidad de esta filosofía dimana de su metafísico concepto del Yo humano, de la espiritual individualidad, no de la física y terrena, por donde serpentea el cauce del río nirvánico cuyo flujo conduce a la suprema felicidad. Las doctrinas budistas exhortan al hombre a imitar prácticamente el ejemplo de Gautama, y señalan especial importancia a las cualidades espirituales cuya educación es necesaria para operar milagros (*meipos*) en esta vida y conseguir ulteriormente el estado nirvánico. pero volvamos a tratar de las míticas analogías entre Krishna, Gautama y Cristo.

EL MISTERIO DE LA ANUNCIACIÓN

Las narraciones budistas nos dicen que Santusita (el Boddhisat) se le apareció a Mahâmâyâ, refulgente como nube en plenilunio, con un loto blanco en la mano. Venía del Norte, y anunció a la reina Mahâmâyâ el nacimiento de su hijo que del devaloka descendió a sus entrañas en el *mundo de los hombres*, en cuanto el ángel dio tres vueltas en torno del lecho de la reina (88). La analogía de este episodio con el de la aparición del arcángel Gabriel a la Virgen María para anunciarle la encarnación del Hijo de Dios en su seno, se advierte más claramente en las iluminaciones de los salterios medievales (89).

Los anales budistas en idioma pali, y otros textos de esta religión, dicen que Mahâmâyâ (90) y cuantos la asistían estaban favorecidos con el don de ver la gestación del niño Bodhisatva en el seno materno, desde donde ya difundía sobre la humanidad el argentino resplandor de su futura misericordia (91).

Asimismo aparece en las narraciones budistas el episodio de la Visitación. Dicen los anales palis que estando Mahâmâyâ encinta de Gautama, fue a visitar a una prima suya (92) que estaba encinta de Ananda, el que después fue discípulo predilecto de Buda. Según el relato, los frutos de ambos vientres saltaron de gozo en los senos de

sus respectivas madres cuando éstas se saludaron, y lo mismo se lee en los Ebnagelios, según nos muestra el siguiente pasaje:

Y cuando Elisabeth oyó la salutación de María, la criatura dio saltos en su vientre (93).

ADVENIMIENTOS DE KRISHNA Y CRISTO

Comparemos ahora los pasajes de las *Escrituras* cristianas en que se profetiza la venida de Cristo con las profecías que referentes al advenimiento de Krishna encontramos en las ramatsariarianas tradiciones del *Athârva*, los *Vedangas* y *Vedantas* (94). Para la mejor comprensión de los textos, los cotejaremos sinópticamente:

TEXTO INDUÍSTA	TEXTO CRISTIANO
1. El Redentor vendrá coronado de luz, y el purísimo fluído que brote de su poderosa alma disipará las tinieblas (<i>Atharva</i>).	1. Pueblo que estaba sentado en tinieblas vio una gran luz (<i>San Mateo</i> , IV. 16) El pueblo que andaba en tinieblas vio una grande luz (<i>Isaías</i> , IX, 2).
2. En los comienzos del Kali-yuga nacerá el hijo de la Virgen (<i>Vedanta</i>).	... He aquí que concebirá una Virgen y parirá un Hijo... (<i>Isaías</i> , VII, 14). He aquí, la Virgen concebirá y parirá hijo... (<i>San Mateo</i> , I, 23).
3. Vendrá el Redentor, y los malditos rakhasas irán a refugiarse en lo más profundo del averno (<i>Atharva</i>).	3. He aquí que Jesús de Nazareth con el glorioso resplandor de su divinidad ahuyentó a las Potestades tenebrosas (<i>Evangelio de Nicodemo</i>).
4. Vendrá Él, y la vida desafiará a la muerte, porque Él reavivará la sangre de todos los cuerpos y purificará las almas.	4. Y yo les doy vida eterna y no perecerán jamás (<i>San Juan</i> , X, 28).
5. Vendrá Él, y todos los seres animados, flores, plantas, hombres, mujeres, niños, esclavos,	5. Regocíjate mucho, ¡oh hija de Sión!; canta, ¡oh hija de Jerusalén! Mira que tu Rey vendrá a ti justo y

<p>entonarán cánticos de alegría, porque Él es el Señor de todas las criaturas, es poder, sabiduría, belleza. Él lo es todo y está en todo (<i>Atharva</i>).</p>	<p>salvador...</p> <p>Porque ¿cuál es el bien de Él y cuál es su hermosura, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes? (<i>Zacarías</i>, IX, 9 y 17).</p>
<p>6. Vendrá Él. Es más dulce que mieles y ambrosía, más puro que cordero sin mancha (<i>Atharva</i>).</p>	<p>6. Y mirando a Jesús que pasaba dijo: He aquí el Cordero de Dios (<i>San Juan</i>, I, 36).</p> <p>Él se ofreció porque Él mismo lo quiso y no abrió su boca. Como oveja será llevado al matadero, y como cordero, delante del que lo trasquila enmudecerá... (<i>Isaías</i>, 53, 7).</p>
<p>7. Feliz el bendito seno que lo ha de llevar (<i>Atharva</i>).</p>	<p>7. Bendita tú entre las mujeres. Bienaventurado el vientre que te trajo (<i>San Lucas</i>, I, 28; XI, 27).</p>
<p>8. Y Dios manifestará su gloria y resplandecerá su poder y se reconciliará con sus criaturas (<i>Atharva</i>).</p>	<p>8. Y la Vida fue manifestada (<i>I Epístola de San Juan</i>, I, 2).</p> <p>Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo (<i>San Pablo: II, Corintios</i>, V, 19).</p>
<p>9. El rayo del esplendor divino recibirá forma humana en el seno de una virgen que parirá sin mancilla (<i>Vedangas</i>).</p>	<p>9. Lo que no sucedió jamás, una virgen parirá un hijo, parirá al Señor sin que contacto impuro la Mancille (<i>Evangelio de María</i>, III).</p>

Por mucho que se exagere o no se exagere la antigüedad de los *Vedas*, siempre resultarán estas profecías anteriores al cristianismo con su cumplimiento en Krishna, que precedió a Cristo.

Una de las obras mejor documentadas sobre el particular es el *Cristianismo monumental*, de Lundy, cuya asombrosa erudición se ha valido de las esculturas de los templos, de monumentos antiquísimos,

de inscripciones y otros testimonios infalibles que, salvados de la piqueta iconoclasta, del cañón de los fanáticos y de los estragos del tiempo, aseveran la precedencia de los más insignificantes símbolos cristianos en las religiones de Krishna, Buda y Osiris. Nos muestra Lundy a Krishna y Apolo en alegórica figura del *Buen Pastor*. A Krishna con el cruciforme *chank*, con el *chakra*, y crucificado en el espacio (95). Esta figura, tomada por Lundy del *Panteón indo* de Moor, no puede por menos de poner en perplejidad a los arqueólogos cristianos por su asombroso parecido con los crucifijos del arte iconográfico, pues no falta en ella ni el más leve rasgo característico, según la describe el mismo Moor en este pasaje:

Aunque esta imagen se parece muchísimo a un crucifijo cristiano, opino que es anterior al cristianismo. El trazado, la actitud, los estigmas de los clavos en manos y pies indican origen cristiano, mientras que la coronilla parthiana de siete puntas, los rayos de gloria en la parte superior y la falta del leño y del linri señalan al parecer origen distinto. ¿Será acaso la figura del hombre-víctima o el sacerdote-víctima que, según la mitología inda, se ofreció en sacrificio antes que los mundos existiesen? ¿Será la figura del segundo Dios de Platón que se imprimió en el universo con los brazos en cruz (96)? ¿O será la del hombre divino que quiso someterse al tormento de azotes, cadenas y muerte en cruz?

Para nosotros es todo esto y mucho más, porque la arcaica filosofía religiosa fue universal.

KRISHNA CRUCIFICADO

Pero aunque Lundy contradice a Moor y sostiene que la figura en cuestión es la de *Wittoba*, uno de los avatares de Vishnú, resulta ser la de Krishna y por lo tanto anterior al cristianismo. Incurre Lundy en notoria contradicción al afirmar, por una parte, que la figura no tiene relación alguna con Cristo y creer, por otra que equivale a una profecía del Cristo. Dice Lundy en apoyo de su opinión:

En el crucifijo cristiano la aureola surge siempre de la cabeza, y en la figura induísta nace de arriba, exteriormente a la cabeza de la imagen. De esto se inferiría que el *Wittoba* sería el *Krishna crucificado*, el dios pastor de Mathura, el Salvador, el Señor de la Alianza de cielos y tierra,

en quien se unifican la pureza y la impureza, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, la paz y la guerra, la mansedumbre y la ira, el sosiego y la turbulencia, la misericordia y la justicia. Sería un Dios entreverado de hombre, pero no el Cristo del evangelio.

Sin embargo, la descripción de Lundy lo mismo debiera convenir a Jesús que a Krishna, pues también fue *hombre* por parte de madre, aunque se le suponga Dios por generación; y pruebas de su entreverada naturaleza tenemos en que maldice a la higuera y unas veces predica la paz y otras la guerra. Desde luego que el *Wittoba* publicado por Moor no representó jamás a Jesús de Nazareth, sino que, como el citado autor declara de acuerdo con las *Escrituras* induístas, es la imagen de Brahmâ en el carácter de sacerdote-víctima que asume su hijo Krishna al morir en la tierra por la salvación del linaje humano, cumpliendo de esta suerte el solemne sacrificio del *Sarvameda*; pero con todo, la significación de Krishna es idéntica a la de Jesús, porque ambos se identificaron con su *Chrestos*.

De cuanto llevamos dicho se concluye que o hemos de admitir las encarnaciones periódicas de espíritus superiores y entidades poderosas o hemos de repudiar la génesis del cristianismo como la mayor impostura y el más desahogado plagio que vieron los siglos.

En cuanto a la cronología bíblica, cuyo cómputo se atribuye nada menos que al Espíritu Santo, únicamente puede aceptarla tal como está expuesta el fanatismo ciego del clericalismo católico (97). Si creyéramos sin otro examen el relato bíblico, resultaría que el año 2298 de la creación del mundo se asentó Jacob con sus hijos, nietos y iservos, hasta setenta personas, en la tierra de Gessén; y que en el año 2513, o sea 215 después, eran ya tan numerosos sus descendientes, que había entre ellos 600.000 hombres útiles para la guerra, sin contar mujeres y niños, pues de contarlos tendríamos una población de dos a tres millones de individuos. Verdaderamente que la biogenesia no conoce ejemplo de tan asombrosa fecundidad más que en los arenques; pero basta la muestra para que los misioneros cristianos no se burlen con razón de los cómputos cronológicos de la India.

Dice Bunsen:

Dichosos, aunque no envidiables, son quienes admiten sin reparo que al frente de más de dos millones de hebreos salió Moisés de Egipto después de haber levantado al pueblo contra el rey en la gloriosa época de la dinastía XVIII, y que más tarde conquistaron la tierra de Canaán al mando de Josué, precisamente cuando los egipcios guerreaban con formidable empuje en aquel mismo país. Los anales de Egipto y asiria, cotejados con la exégesis bíblica, demuestran que el éxodo de los israelitas ocurrió en tiempo de Menepthah, y que Josué no pudo cruzar el Jordán antes de la Pascua de 1280, pues la última campaña de Ramsés III en tierras de Canaán o Palestina, corresponde al año 1281 (98).

Reanudemos ahora nuestros comentarios sobre la personalidad de Gautama, quien jamás escribió (como tampoco Jesús) ni una tilde de sus enseñanzas, por lo que hemos de juzgarlas por el testimonio de sus discípulos en su valor puramente intrínseco. A pesar de la notable semejanza entre las doctrinas de Gautama y Jesús, los expositores de una y otra parten de principios diametralmente opuestos, y en las frecuentes discusiones entre los misioneros cristianos y los teólogos budistas (99) llevan estos siempre la mejor parte por la contundente lógica de su argumentación, aparte de la paciente serenidad con que responde a los insultos e injurias del adversario, cuya conducta desdice de sus predicaciones. El teólogo budista permanece fiel a las enseñanzas de su Maestro, al paso que el misionero cristiano desnaturaliza la doctrina evangélica y suplanta lo que Jesús enseñó con las absurdas y no pocas veces perniciosas interpretaciones de los hombres (100).

Contra los anatemas pontificios y las decisiones absolutas de los concilios, que siempre pospusieron la razón a la fe y la ciencia a la revelación, se levantan humanitarias y benévolas estas palabras de Gautama el Buda:

No creáis una cosa porque muchos hablen de ella ni penséis que esto la pruebe verdadera.

No creáis lo que leyereis porque os digan que lo escribió un sabio, pues aunque así fuere, no sabéis si el sabio revisó el texto que leéis.

No toméis por verdaderas las ideas que fuera de lo vulgar se os ocurran, figurándoos que algún deva o ser maravilloso os las inspira.

No deis por cierto lo dudoso ni por seguro lo conjeturado ni lo sentéis como premisa para inferir conclusiones. Antes de contar el dos, tres y cuatro, fijad bien el uno.

No apoyéis vuestra opinión en la autoridad de vuestros instructores y maestros ni tampoco habéis de obrar tan sólo por imitación y remedo, sino que por vosotros mismos debéis conocer lo que los sabios dicen que es malo y punible, pues si únicamente lo creéis os causará pesares sin ventaja alguna, y en cambio cuando por experiencia lo conozcáis sabréis evitarlo (101).

Oigamos ahora a Roberto Dale Owen que dice:

Más pernicioso es todavía el culto de las palabras que el de las imágenes. La gramatolatría es el peor fetichismo. Hemos llegado a una época en que el verbalismo sofoca la fe... La letra mata (102).

LA TRANSUBSTANCIACIÓN

Estas palabras convienen más que a otro alguno al dogma católico de la transubstanciación apoyado en las siguientes palabras atribuídas a Jesús:

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna (103).

A esto responden los discípulos:

Duro es este razonamiento, ¿y quién lo puede oír? (104).

Y replica Jesús con sabiduría de iniciado:

¿Esto os escandaliza?

El espíritu es el que da vida; la carne nada aprovecha.

Las palabras (remata o expresiones misteriosas) que yo os he dicho, espíritu y vida son (105).

Sobre el dogma de la transubstanciación dice More:

Nos ocupamos con demasiado celo en cosas que nos parecen papistas, y en cambio escatimamos nuestra repugnancia a las que verdaderamente lo son, como por ejemplo aquel burdo, grosero y escandaloso absurdo de la transubstanciación, sin contar las diversas formas de abominable idolatría con sus nefandas supercherías, la deslealtad hacia los legítimos soberanos por mantenerse en supersticioso vasallaje a la tiranía espiritual del papa, y la bárbara y salvaje crueldad contra quienes no son ni tan bobos para creer en semejantes imposturas ni tan hipócritas y falsos que conociendo algo mejor finjan creerlas (106).

En los Misterios el vino era símbolo de Baco (107) y el pan de Ceres (108). El hierofante, antes de la iniciación final ofrecía al candidato el pan y el vino para que de ellos comiera y bebiera en señal de que el espíritu iba a vivificar la materia e infundirse en su cuerpo la sabiduría divina por medio de los conocimientos que se le iban a comunicar. Además, Jesús solía compararse con la vid (109), y al hierofante revelador del petroma se le daba el título de Padre. Así es que cuando Jesús dice: "Bebed, ésta es mi sangre", se compara con la vid que produce la uva, cuyo zumo es el vino, su sangre, para significar que así como él había sido iniciado por su Padre, deseaba iniciar a otros. Su Padre es labrador, él la vid y sus discípulos los sarmientos; pero como los judíos no entendían la simbólica terminología de los Misterios y por otra parte les prohibía la ley de Moisés derramar sangre, natural era que les sorprendieran las palabras de Jesús al decirles que comieran su carne y bebieran su sangre.

CARÁCTER DE JESÚS

En los *Evangelios* canónicos hay suficientes indicios de que el inmenso y desinteresado amor de Jesús a la humanidad le movió a divulgar entre las multitudes los conocimientos que se reservaban unos cuantos, y así predica la existencia de un Dios puramente espiritual cuyo templo es el hombre, pues en nosotros vive y nosotros vivimos en Él. Este mismo concepto tenían de Dios los iniciados de la escuela de Hillel y los judíos cabalistas; pero los escribas o doctores de la ley se habían separado de los tanaímes o verdaderos instructores espirituales, para caer en el dogmatismo textual y perseguir por

heterodoxos a los cabalistas. De aquí que Jesús truene contra ellos diciendo:

¡Ay de vosotros, doctores de la ley, que os alzasteis con las llaves de la ciencia! Vosotros no entrasteis y habéis prohibido a los que entraban (110).

Muy claro es el sentido de este pasaje. Los doctores de la ley se apoderaron de la clave sin provecho alguno, pues no sabían manejarla para descubrir el verdadero significado oculto en los textos. Ni Renán ni Strauss ni D'Amberley comprendieron rectamente las parábolas de Jesús ni el carácter del insigne iniciado galileo. Para Renán fue Jesús un rabino heterodoxo, el de más simpática y gallarda mentalidad entre todos los rabinos, a quien llama repetidas veces “doctor sublime” (111), sin afiliarle por ello a la escuela de Hillel ni otra alguna, sino que nos lo presenta como un sentimental y entusiasta joven salido de la plebe galilea, cuya imaginación forja en sus parábolas la figura de reyes cubiertos de púrpura y pedrería como los que intervienen en los cuentos infantiles (112).

En cambio, el Jesús de Amberley es un idealista iconoclasta muy inferior en sutilezas lógicas a sus críticos y comentadores. Renán tiene a Jesús por semimaniático. Amberley lo mira desde el nivel de la aristocracia inglesa, y dice a propósito de la parábola del festín de bodas:

Nadie puede vituperar que una persona caritativa invite a su mesa a los lisiados, mendigos y menesterosos sin distinción de clases. Pero no cabe admitir que esta buena acción haya de ser obligatoria, y conviene en cambio que hagamos precisamente lo que Cristo parece prohibirnos, esto es, convidar a nuestros vecinos y recibir sus convites cuando lo requieran las circunstancias, pues en estos casos las personas cultas no piensan ni por asomo en recompensa alguna por el agasajo que a sus amigos dispensan. Jesús no tuvo en cuenta las prácticas sociales (113).

Esto demostrará por una parte que Jesús no andaba muy al corriente de las leyes reguladoras de la vida mundana en los círculos aristocráticos; pero también demuestra que es muy general la torcida interpretación de sus insinuantes parábolas.

Examinemos ahora otro punto de semejanza entre las doctrinas antiguas y las de Jesús.

El *Bhagavad Gitâ* (114) es un canto puramente metafísico y ético, de espíritu en cierto modo contrario al de los Vedas o por lo menos a las últimas interpretaciones brahmánicas de estas *Escrituras*. Sin embargo, no repudian los brahmanes el *Bhagavad Gitâ* por heterodoxo, sino que lo tienen en grandísima veneración, a pesar de que en él se expone la doctrina de la unidad de Dios en oposición al politeísmo del vulgo.

En caso análogo, la Iglesia cristiana hubiera entregado al fuego cuantos ejemplares hallara de la herética obra; pero los brahmanes se limitan a impedir que caiga en manos profanas, y así la ocultan a la vista de las gentes de toda casta menos la sacerdotal, aunque con ciertas restricciones. Efectivamente, el *Bhagavad Gitâ* contiene los principales misterios de la religión induísta, como así lo reconocen los mismos budistas, quienes solventan según su particular juicio las dificultades dogmáticas con que al comentarlo tropiezan. De su doctrina moral nos da una muestra el *Bhagavad Gitâ* en los siguientes pasajes:

Mejor es, en verdad, la sabiduría que la práctica constante. Mejor que la sabiduría es la meditación y mejor que la meditación, la renuncia al fruto de las obras (115).

Yo lo genero todo. Todo de Mí procede. Los sabios que así lo comprenden Me adoran con transportada emoción (116).

Al que renuncia a las obras por el yoga... no le ligan las acciones (117).

Esta doctrina es idéntica a la de Gautama y coincide exactamente con la de Jesús, como se infiere de este pasaje:

No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre (118).

Esto equivale a que la fe por sí sola de nada sirve sin las buenas obras.

Respecto a las enseñanzas del *Atharva Veda* poco saben los orientalistas europeos, porque ninguno de ellos posee un ejemplar *completo*, según asegura el abate Dubois al decir:

De esta obra apenas quedan ejemplares, y aun hay quienes creen que han desaparecido todos. Lo cierto es que todavía los hay, pero que los brahmanes los ocultan cuidadosamente con objeto de que nadie sospeche que conocen los misterios mágicos que, según fama, enseña la obra (119).

LA TRANSMISIÓN DE LA VIDA

Hubo candidato del último grado de iniciación que ignoró el modo de transmitirse la vida del hierofante al discípulo (120), de suerte que un adepto de superior categoría, mediante esta transmisión vital, puede vivir indefinidamente (121). Sin embargo, como sucede en la reencarnación de los dalailamas del Tíbet, es preciso emplear ciertos procedimientos alquímicos para mantener el vigor del cuerpo más allá de su ordinaria duración, y aun así no excede la vida corporal de 200 a 240 años, porque se desgasta el vehículo físico y el Ego ha de desecharlo y tomar otro cuerpo joven y sanamente henchido del principio vital.

Entre los orientales menudean, con fundamento o sin él, creencias de índole tanto o más sorprendente que las fantasías de Poe y Hoffmann. Estas creencias están connaturalizadas con el pueblo que les dio vida, y cuidadosamente depuradas de toda superstición se advierte que encierran la universal creencia en las vagabundas entidades astrales llamadas vampiros. El obispo armenio Yeznik, que floreció en el siglo V, cita algunos casos de esta clase en un manuscrito que treinta años atrás se conservaba todavía en la biblioteca del monasterio de Etchmeadzine, en la Armenia rusa, uno de los más antiguos de la cristiandad. En el mismo país subsiste una tradición del tiempo del paganismo, según la cual siempre que muere en el campo de batalla un héroe cuya vida es todavía necesaria en la tierra, los aralez (122) lamen las heridas del caído y soplan en ellas hasta infundirle nueva y vigorosa vida física. Reanímase el cuerpo del guerrero, cierra sus heridas sin dejar cicatriz en ellas, y vuelve a ocupar su puesto en el combate; pero desde entonces hasta el fin de sus días es como templo

abandonado, porque el inmortal espíritu no se restituyó al resurrecto cuerpo.

Una vez iniciado el candidato en el profundo misterio de la transfusión de vida, que constituía el postrero y más pavoroso rito de la iniciación sacerdotal perteneciente a la teurgia superior, quedaba su espíritu enteramente libre y no podían dañarle los *siete* pecados capitales que hubieran querido destrozarle el corazón al atravesar las *siete* estancias y subir las *siete* escaleras, porque había cumplido las doce hazañas de la última iniciación, había triunfado de las doce purebas finales (123).

Tan sólo el sumo hierofante conocía el modo de infundir su propia vitalidad en el adepto elegido para sucederle, quien de esta suerte quedaba dotado de doble vida (124).

EL SEGUNDO NACIMIENTO

Dicen los Evangelios:

En verdad te digo que no puede ver el reino de Dios sino aquél que renaciese de nuevo (125).

Lo que nació de la carne, carne es; lo que ha nacido del espíritu, espíritu es (126).

El brahmana *Satâpa* nos explica esta alegoría diciendo que para conseguir la perfección espiritual ha de pasar el hombre por tres nacimientos: el físico, el religioso (127) y el espiritual (128). No ha de parecernos extraño encontrar en las márgenes del Ganges la interpretación de una enseñanza proclamada en las orillas del Jordán, pues aunque los judíos se asombraran al oír hablar a Jesús del segundo nacimiento, ya se había enseñado esta doctrina tres mil años antes del Profeta galileo, no solamente en la India, sino en todos los países donde se celebraban los sublimes misterios de la *vida* y la *muerte*. El arcano de los arcanos, o sea que el espíritu no está entretejido en la carne, tuvo su demostración práctica en los yoguis de la escuela de Kapila, que por haberse emancipado de la esclavitud de los sentidos y de la mente concreta (129) robustecieron su potencia espiritual y volitiva hasta el punto de comunicarse, aun en carne mortal, con los mundos

superiores y operar los fenómenos impropriamente llamados milagros (130). Los hombres que en la vida terrena alcanzan el *mukti* son semidioses, y al desencarnar entran en el *nirvana* o *moksha*. Este es su *segundo* y espiritual nacimiento.

Tan explícitamente como Jesús, enseña Gautama la doctrina del nuevo nacimiento. Deseoso el reformador indo de difundir entre mayor número de gentes las verdades hasta entonces encubiertas en los Misterios, expone claramente su pensamiento, aunque manteniendo en sigilo determinadas enseñanzas. Dice a los que le oyen:

Algunos nacen de nuevo. Los malos van al infierno; los buenos van al cielo; los que están libres de todo deseo mundano entran en el nirvana (131).

En otro pasaje añade Gautama:

Bueno es creer en la futura vida de dicha o de infortunio, porque quien así lo crea amará la virtud y aborrecerá el pecado. pero aunque no hubiese otra vida, la conducta virtuosa es digna de loa y merece el respeto de las gentes. Por el contrario, quienes crean en la *aniquilación* después de la muerte, se encenagarán en el pecado, porque nada esperan en lo futuro (132).

Dice San Pablo:

Porque donde hay testamento, necesario es que intervenga la *muerte* del testador.

En donde entró por nosotros Jesús, nuestro precursor, constituido pontífice eternamente según el orden de Melquisedech.

El cual no fue hecho según la ley del mandamiento carnal, sino según la virtud de vida inmortal.

Así también Cristo no se glorificó a sí mismo para hacerse pontífice, sino aquél que le dijo: Tú eres mi hijo, *yo hoy te he engendrado* (133).

Esto demuestra evidentemente que a Jesús se le consideraba como sumo sacerdote, igual que a Melquisedech (134), y que en el momento de la iniciación por el bautismo de agua se había infundido en su cuerpo el espíritu que le transmutó en Hijo de Dios; pero sin haber nacido físicamente ya Dios ni haber sido engendrado por Dios. Todo candidato se transmutaba en la iniciación final en Hijo de Dios, y así lo demuestra la fórmula de ritual pronunciada por el hierofante Máximo de Éfeso, que inició al emperador Juliano en los misterios míticos diciéndole:

PROPIEDADES MÁGICAS DE LA SANGRE

Esta sangre lava tus pecados. El Verbo del Altísimo se ha infundido en ti, y su espíritu reposará de hoy más en ti, el de nuevo nacido y ahora engendrado por el supremo Dios... Eres hijo de Mithra.

Análogamente, después del bautismo de Cristo, le dijeron los discípulos: "Eres el Hijo de Dios". Cuando el apóstol San Pablo echa al fuego la víbora que se le había trabado en la mano sin dañarle con su ponzoña, los melitenses, en cuya presencia obró el prodigio, dijeron que era un dios (135). Por último, los discípulos de Simón el Mago le apellidaban: Hijo de Sios, el Hermoso y el gran poder de Dios.

El concepto de la Divinidad está condicionado en el hombre por sus limitaciones mentales. Cuanto más dilatado sea el campo de su percepción espiritual, tanto más grandioso y sublime será su concepto de Dios, cuya existencia no tiene mejor demostración que el hombre mismo con sus divinos poderes espirituales, potencialmente latentes en quien todavía no los haya educado. Sobre esto dice Wilder:

La sola posibilidad de las facultades taumatúrgicas, prueba su existencia... Por lo general, el crítico incrédulo es mental y espiritualmente inferior a la persona o materia que critica, y por lo tanto, raras veces juzga competentemente. Si hay imposturas, esto mismo demuestra que en alguna parte ha de estar el original auténtico (136).

Acercas de los ocultos efectos del derramamiento de sangre, conviene advertir que las emanaciones de este orgánico tejido líquido proporciona a las entidades astrales el plasma a propósito para

materializarse temporáneamente, y por esto se dice que la sangre engendra fantasmas. Oigamos a Eliphas Levi sobre el particular:

La sangre es el plasma primario del fluido universal, la materialización de la luz vital. Su origen es maravilla de maravillas, pues procede de elementos en que no hay ni una gota de ella, y transmutándose incesantemente como universal Proteo, se metamorfosea en carne, huesos, lágrimas y sudor. Puede substraerse a la corrupción y a la muerte, pues aunque se descompone al morir el cuerpo, hay quien sabe magnetizar sus glóbulos de suerte que cobren nueva vida. Si la substancia universal con su doble acción es el gran arcano de la forma, la sangre es el gran arcano de la vida.

Por su parte, dice el filósofo indio Ramatsariar:

La sangre encubre el misterioso secreto de la existencia, pues no hay forma orgánica que pueda vivir sin ella.

Además, el legislador hebreo, en consonancia con la tradición universal, prohibió comer la sangre de las víctimas sacrificiales. Paracelso afirma que los magos negros se valen de los vapores de la sangre para evocar a las entidades astrales que en este elemento encuentran el plasma conveniente para materializarse. Los sacerdotes de Baal se herían en el cuerpo para provocar con la sangre apariciones tangibles. En Persia, cerca de las factorías rusas de Temerchan-Shura y Derbent, los adherentes de cierta secta religiosa celebran sus ceremonias en locales cerrados, sobre cuyo pavimento extienden una espesa capa de arena. Van estos fanáticos vestidos de blancas y flotantes túnicas, con la cabeza descubierta y cuidadosamente afeitada. Forman en círculo y giran rápidamente hasta llegar al frenesí mántico, y en este estado se hieren unos a otros con cuchillos que a prevención traen consigo, y muy luego quedan con los trajes ensangrentados y dejan la arena empapada en sangre. Entonces, cada uno de los circunstantes se ve acompañado en la danza por una entidad astral con *pelos en la cabeza* que la distinguen de sus inconscientes evocadores (137),

CREENCIAS DE LOS YAKUTES

Antiguamente, las hechiceras de Tesalia mezclaban sangre de cordero y de niño para evocar espectros, y también a los sacerdotes se les enseñaba la evocación de los espíritus, aunque no por hechicería. Aun hay en Siberia una tribu llamada de los yakutes (138) que practica la hechicería como en tiempos de las brujas de Tesalia. Las creencias religiosas de esta tribu son un extravagante amasijo de filosofía y superstición. Adoran a un Dios único y supremo llamado Aij-Taion, a quien atribuyen la superintendencia de la creación sin que nada haya creado por sí mismo. Reside en el *noveno* cielo, y sus ministros, los dioses subalternos, moran en el *séptimo*, desde donde se manifiestan a las criaturas. Según les han revelado a los yakutes las divinidades de inferior categoría (139), el *noveno* cielo tiene tres soles y tres lunas y en su suelo hay cuatro lagos (140), pero no de agua sino de “suavísimo aire” (141). Aunque no ofrecen sacrificios a la suprema Divinidad, porque dicen que para nada los necesita, procuran mantener propicias a las divinidades subalternas, benéficas o maléficas, a las que respectivamente llaman “dioses blancos” y “dioses negros”, sin considerarlos buenos o malos en sí mismos, sino que como todos están sujetos al supremo Aij-Taion y cada cual ha de cumplir el encargo que desde la eternidad le fue confiado, no son responsables del bien y el mal que ocasionen en este mundo.

Dan los yakutes una muy curiosa explicación de los sacrificios que a las divinidades subalternas ofrecen, diciendo que con ellos les facilitan el cumplimiento de su misión, y de esta suerte no puede por menos de quedar complacido el supremo Dios, pues siempre que un hombre ayuda a otro a cumplir su deber, contribuye con ello al mantenimiento de la justicia. Como quiera que los “dioses negros” están encargados de afligir a los hombres con enfermedades, desgracias y toda suerte de calamidades cuando transgreden la ley, les ofrecen sacrificios cruentos de víctimas animales, mientras que a los “dioses blancos” les dedican ofrendas puras, que suelen ser animales consagrados de propósito, cuya vida mantienen cuidadosamente.

Creen los yakutes que las almas de los muertos se convierten en sombras condenadas a vagar por la tierra hasta que se efectúa en ellas una mudanza favorable o adversa, cuyo proceso no saben ni pretenden explicar.

Las sombras de los buenos son *luminosas* y protegen y guardan a quienes amaron en la tierra. Las sombras de los malos son *tenebrosas* y gustan de dañar a quienes conocieron en vida, incitándoles al crimen y a las malas acciones. Reconocen los yakutes, como los antiguos caldeos, siete divinidades subalternas, que llaman *sheitanes* (142). Celebran los yakutes nocturnamente los sacrificios cruentos para evocar a las sombras tenebrosas y saber de ellas cómo aplacar su malignidad. Al efecto, necesitan derramar sangre sin cuyos vapores no podrían materializarse las sombras y aun fueran mucho más peligrosas, porque la sorberían de las personas vivas por medio de la transpiración (143). En cuanto a las sombras luminosas no sólo no hay necesidad de evocarlas, sino que les desagradaría la evocación, pues tienen la facultad de manifestarse sin ceremonia ni preparación alguna siempre que sea indispensable su presencia.

Aunque con diverso objeto, también se practica la evocación cruenta en algunos distritos de Bulgaria y Moldavia, especialmente en los lindantes con Turquía. La horrible esclavitud en que durante siglos han estado sujetos los cristianos de estos países acrecentó en ellos la superstición. El 7 de Mayo se celebra allí la *Trizna* o fiesta de los muertos. Al anochecer, multitud de personas de ambos sexos se encaminan procesionalmente cirio en mano al cementerio para rezar junto a las tumbas de sus deudos. Durante la dominación musulmana se celebraba esta fiesta todavía con mayor esplendor. Cada tumba tiene una especie de alhacena de medio metro de altura con cuatro estantes de piedra y dobles puertas de gozne, en donde se guarda el llamado ajuar del difunto, es decir, unos cuantos cirios y una lámpara de aceite que se enciende la noche de la fiesta y queda encendida hasta la misma hora del día siguiente. La lámpara de las tumbas pobres es de barro y la de las ricas de plata artísticamente repujada, con añadidura de imágenes muy adornadas de pedrería (144). Creen los búlgaros que todos los sábados del año y diariamente en las siete semanas que median entre la víspera de Pascua florida y la de la Trinidad vuelven a la tierra las almas de los muertos para comunicarse con los vivos, pedir perdón a quienes ofendieron y proteger a quienes amaron. Durante estas siete semanas arden las lámparas de las tumbas todos los sábados, y el 7 de Mayo, noche de la fiesta, derraman vino sobre las losas y queman incienso alrededor de ellas desde la puesta a la salida del sol.

NECROMANCIA ESLAVA

Esto por lo que toca a los habitantes de las ciudades, pues en los campesinos ofrece la fiesta señalados caracteres de evocación teúrgica. La víspera de la Ascensión acuden las campesinas búlgaras al cementerio de la aldea y encienden cirios, lámparas y fanales que colocan sobre trípodes junto a las tumbas y queman incienso cuyo perfume se difunde por algunas millas a la redonda. En honra y memoria de sus difuntos, cenan las familias en el mismo cementerio con sus amigos y reparten entre los pobres, según la posibilidad del donante, limosnas, raciones de vino y un aguardiente llamado *raki*. Al terminar la cena, se aproximan los convidados a la tumba y dan gracias al difunto por el obsequio. Cuando se marchan los extraños y sólo quedan los más parientes cercanos, se dice que la mujer más vieja de la familia procede a la ceremonia de la evocación. Tras fervorosas súplicas, insistentemente repetidas con el rostro pegado a la losa sepulcral, se pincha la mujer en el pecho izquierdo hasta que unas cuantas gotas de sangre saltan y caen lentamente sobre la tumba y dan a la entidad astral, errante por aquel paraje, el suficiente vigor para materializarse visiblemente durante algunos instantes y comunicarse con la teurga cristiana si tiene algo que decirle o si no limitarse a bendecirla, con lo que se desvanece la aparición hasta el año siguiente (145).

Bien pueden creer que en la naturaleza hay secretos terribles quienes como nosotros han presenciado casos análogos al del *znachar* ruso en que el mago no *puede* morir sin comunicar a su sucesor la palabra secreta, y así lo hacen los hierofantes de la magia blanca, pues parece como si la temible “Palabra de Poder” sólo pudiera confiarse en el supremo momento a un hombre de determinada región y categoría. En la antigüedad, cuando el brahmatma estaba a punto de aliviarse de la carga de la vida física, comunicaba el secreto a su inmediato sucesor, ya oralmente, ya por medio de un escrito encerrado herméticamente en un arca. Moisés posa sus manos en la cabeza de su discípulo Josué antes de morir en el monte Nebo. Aaron inicia a Eleazar en el monte Hor. Gautama promete a sus discípulos poco antes de morir infundirse en quien de ellos más lo mereciera, y en seguida abraza al predilecto Ananda, murmura algo a su oído y muere. El apóstol San Juan reclina la cabeza sobre el pecho de Jesús, quien le dice que ha de “esperar” hasta que Él vuelva. Como las hogueras encendidas en las cumbres dan aviso

de una a otra comarca, así también desde los albores de la historia hasta nuestros días se ha ido transmitiendo de sabio en sabio la Palabra sagrada, que al relampaguear en los labios del que se va concede la visión al que le sucede. Y entretanto se destrozan las naciones en nombre de otra palabra sin sentido, superpuesta y torcidamente interpretada por cuantos la invocan.

PRÁCTICAS DE LOS YEZIDIS

Pocas sectas hay que verdaderamente practiquen la magia negra. Entre ellas se cuenta la de los yezidis, a quienes erróneamente a nuestro entender se les considera emparentados con los kurdos. Habitan en las montañosas y áridas comarcas de la Turquía asiática, Armenia, Siria y Mesopotamia en número de unos 200.000, y de sus tribus son las más peligrosas las de las cercanías de Bagdad, diseminadas por las montañas de Sindjar. El jefe de estas tribus tiene su residencia fija junto a la tumba de Adi, su profeta y reformador religioso, pero en cada tribu hay un jefe o cheique particular, elegido entre los más expertos en magia negra. El profeta Adi o Ad es personaje mítico sin realidad histórica, y equivale en concepto al *Ab-ad* de los parsis y al *Adi-Buddha* de los indos, aunque degenerativamente antropomorfizado.

Tienen fama los yezidis de adoradores del demonio, y no precisamente por ignorancia o preocupación practican el culto y establecen el trato con las más perniciosas entidades, tanto elementarias como elementales, sino que convencidos de su maldad y temerosos de ellas tratan de mantenerlas propicias. Dicen que si bien el jefe de los espíritus malignos está en perpetua querrela con Alah, ha de llegar día en que se pongan en paz, y entonces sufrirán las consecuencias de su desvío quienes se lo hayan mostrado al espíritu negro, con lo que tendrán a los dos en contra suya (146).

Se han imaginado los yezidis todo un pandemonio (147), y recurren a los yakshas (espíritus del aire) y a los afrites (espíritus del desierto) para transmitir sus ruegos a Satán, el rey del averno. En sus asambleas cultuales se toman los yezides de las manos y forman amplísimos corros en cuyo centro se sitúa el cheique o sacerdote, quien manos en alto entona un himno en loor de Sheitan (Satán), mientras los del corro voltean y saltan y mutuamente se hieren con puñales hasta caer

algunos exánimes, pues las heridas que se infieren son más profundas que las de los lamas y yoguis del Tíbet y la India. Durante la ceremonia suplican con grandes voces a Sheitan que se manifieste por medio de prodigios, y como celebran estas asambleas por la noche, suelen obtener algunas manifestaciones fenoménicas, entre ellas la de enormes globos de fuego que luego toman figura de extraños animales.

Según testimonio de un *ockhal* druso, la señora Ester Stanhope, verdadera autoridad en la masonería de Oriente, presencié disfrazada en traje de emir las ceremonias de los yezidis llamadas “misas negras”, y a pesar de sus animosos bríos se desmayó a la vista de aquel espectáculo y mucho trabajo hubo para volverla en su sentido (148).

Un periódico católico publicó recientemente un artículo sobre las prácticas del nagual y del obed, modalidades de magia negra, y dice que la república de Haití es el centro de sociedades secretas en cuyos abominables ritos de iniciación se sacrifican niños que después devoran los circunstantes. El articulista aduce por otra parte el testimonio del viajero francés Pirón, quien presencié en Cuba una terrible escena en casa de cierta señora de quien nadie hubiera sospechado que perteneciese a tan monstruosa secta. Actuaba de sacerdotisa una muchacha de raza blanca que enteramente desnuda se puso en frenesí mántico por medio de danzas y hechizos acompañadas del sacrificio de dos gallinas, respectivamente blanca y negra. Una serpiente domesticada al efecto se fue enroscando en el cuerpo de la muchacha al son de un instrumento músico, mientras parte de los fieles acompañaba a ésta en sus danzas y otra parte seguía atentamente todos sus movimientos y contorsiones, hasta que al fin cayó al suelo presa de un ataque epiléptico.

El articulista en cuestión deplora que ocurran semejantes escenas en países cristianos, y achaca a *la natural depravación del corazón humano* la tenaz persistencia en la demonolatría de los antepasados, por lo que excita el celo de los católicos para atajar tan grave mal.

Sin embargo, el articulista, que no repara en dar por cierta la paparrucha de la inmolación de niños en las referidas ceremonias de magia negra, olvida que precisamente de la fe brotan los héroes y los mártires de las creencias de un pueblo prevalecientes contra las más enconadas y sangrientas persecuciones, al paso que es un pueblo de

apóstatas y renegados el que se convierte a religión distinta de la de sus antepasados. Una religión impuesta por violencia, forzosamente ha de fomentar la hipocresía.

En apoyo de esta verdad acude la respuesta que unos indos dieron al misionero Margil cuando éste les preguntó: “¿Cómo sois tan paganos después de haber sido tanto tiempo cristianos?”. A lo que respondieron los preguntados: “¿Qué haríais vos si los enemigos de vuestra fe invadieran vuestro país? ¿No esconderíais vuestros libros, ornamentos y símbolos religiosos en las más ocultas cuevas de las montañas? Pues así han hecho nuestros sacerdotes, profetas, adivinos y naguales”.

Si un católico respondiera de esta suerte a parecida pregunta de un cismático griego o de un hereje protestante, de seguro que se ganaría un lugar en el martirologio romano. Preferible a un cristianismo cuyos progresos exigen la desaparición de países enteros como barridos por tromba de fuego (149), es una religión como la japonesa sintoísta, que aunque la llamen pagana mereció de San Francisco Javier la opinión de que “en virtud y honradez aventajaban sus fieles a cuantas naciones había visto”.

La embriaguez y la inmoralidad en todas sus formas son las consecuencias inmediatas en los indos que apostatan de la fe de sus padres y se convierten a una religión formulista.

INFLUENCIA CLERICAL EN LA INDIA

Para saber lo que está haciendo el cristianismo en India, no necesitamos recurrir al testimonio de sus adversarios, pues un cristiano, el capitán O’Grady, que ha servido en la India, dice sobre el particular:

El gobierno británico comete una torpeza al consentir que los naturales del país se conviertan de sobrios en beodos. Las religiones induísta, budista y musulmana prohíben las bebidas espirituosas, y no obstante se va extendiendo cada día más el vicio de la embriaguez... La venta de licores, monopolizada por el gobierno al estilo del tabaco en España, ha ocasionado en la India males tan hondos como el comercio del opio fomentado en China por la codicia británica... Generalmente, los criados forasteros de las familias europeas son beodos

incorregibles; pero los criados del país detestan la bebida y son, desde este punto de vista, más dignos de respeto que sus amos, pues allí todo el mundo bebe, sin exceptuar los clérigos de toda categoría y aun las colegialas de pocos años.

Estas son las bendiciones que el moderno cristianismo derrama en el país con sus biblias y catecismos. La embriaguez de los licores y de la lujuria estragan con su influencia el Indostán, la China y Tahití, con el agravante del mal ejemplo dado por la hipocresía religiosa y el escepticismo ateo, como si estos corrosivos de las naciones *civilizadas* fueran todo cuanto necesitaran los países sometidos al pesado yugo teológico, mientras que por otra parte se adultera deliberadamente, cuando no se niega sin escrúpulo todo cuanto de noble, elevado y espiritual alentó en la genuina religión cristiana.

Si leemos lo poco que de San Pablo queda en los escritos atribuidos a su mano, no encontraremos ni un pasaje en que el valiente, honrado y sincero apóstol dé a la palabra *Cristo* otro significado que el de la divinidad latente en el hombre. Según San Pablo, no es Cristo una persona sino la encarnación de una idea, y así dice:

Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento y vestíos del hombre nuevo (150).

Fue Pablo el único apóstol que comprendió el sentido esotérico de las enseñanzas de Jesús, aunque nunca estuvo en directo trato con él; pero era adepto, y decidido a iniciar una nueva y amplísima reforma que abarcara a la humanidad entera, antepuso este propósito a la sabiduría de los Misterios y de su eopteia o revelación final, por lo que, como acertadamente dice Wilder, el verdadero fundador del cristianismo no fue Jesús sino Pablo, y en Antioquía empezaron a llamarse cristianos los fieles de la nueva religión (151). Oigamos sobre el particular a Wilder:

Hombres como Ireneo, Epifanio y Eusebio son tristemente célebres por sus falsificaciones y deshonorosos procedimientos de impostura, y el corazón se encoge al escuchar el relato de los crímenes cometidos en aquella época... Cuando los musulmanes invadieron la Siria y el Asia Menor, recibieron los cristianos como a libertadores de la

insoponible opresión en que les tenían las autoridades eclesiásticas (152).

Nunca divinizaron los musulmanes a Mahoma, y sin embargo, el prestigio de su nombre ha bastado para que millones de creyentes adoren al único Dios con fe incomparablemente más ardorosa que la de los cristianos, aunque desde la época del profeta hayan degenerado lastimosamente sus sentimientos religiosos. Al fin y al cabo esto es consecuencia del actual prevalecimiento de la materia sobre el espíritu en el mundo entero, y tanto como los musulmanes han degenerado los cristianos, porque bien debieran venerar la figura de Jesús (para ellos mil veces superior a la de Mahoma) siguiendo su ejemplo y practicando sus enseñanzas en vez de adorarle ciegamente como Dios, al estilo de ciertos budistas que echan a la suerte sus plegarias. Notoria es la esterilización de la fe cristiana, y así le cuadra el nombre de cristianismo tan siniestramente como cuadraría el de budismo al culto fetichista de los kalmucos.

CRISTO SEGÚN EL APÓSTOL PABLO

Sobre esto dice Wilder:

El cristinismo moderno no se parece a la religión predicada por Pablo, pues carece de su amplitud de miras, su severidad y sutilísima percepción espiritual. En cada país asume el moderno cristianismo la modalidad adecuada a las características étnicas, y así es el mismo en Italia y España, pero difiere completamente en Francia, Alemania, Holanda, Suecia, Inglaterra, Rusia, Armenia, Kurdistán y Abisinia.

Comparado con las religiones que le precedieron, ofrece el cristianismo más discrepancias externas que internas. Las gentes anochecieron paganas y amanecieron cristianas. En cuanto al *Sermón de la Montaña*, no hay país cristiano que obedezca sus preceptos, pues tan frecuentes como en tiempos del paganismo son hoy la opresión, la crueldad y la barbarie.

Contra el cristianismo de Pablo prevaleció el de Pedro, que a su vez quedó influido por las demás religiones del mundo. Cuando la humanidad adelante lo suficiente en su evolución espiritual y a las

razas bárbaras sucedan otras de más nobles costumbres, entonces podrán concretarse en realidad los puros ideales del cristianismo.

El concepto que del *Cristo* tuvo Pablo ha sido un enigma muy costoso de descifrar, pues era algo más que el Jesús de los *Evangelios*, de cuyas genealogías prescindió por completo el apóstol de los gentiles. El autor del cuarto *Evangelio*, que indudablemente fue un gnóstico alejandrino, representa a Jesús como la encarnación del divino Espíritu. Es el Logos, la Emanación primaria, el Metratón. La madre de Jesús, como la princesa Maya y las vírgenes Danae y Periktioné, no concibió un hijo del amor humano, sino del amor divino. Ni los judíos ni los primitivos cristianos ni los mismos apóstoles habían tenido de Jesús este concepto. En cambio, Pablo habla de Cristo más bien como de un personaje que como de una persona. en las asambleas secretas solían representarse la bondad y verdad divinas en forma de un hombre asediado por las pasiones y apetitos de la carne, pero superior a ellos. Esta alegoría dio pretexto a los sacerdotes ignorantes y a gentes de mezquina mentalidad para forjar el dogma de la encarnación del Verbo por obra del Espíritu Santo.

Entresacaremos ahora un pasaje de la obra que sobre el reino de Siam publicó en 1693 el señor de la Loubère, embajador del rey de Francia en aquel país, pues da en ella interesantes noticias de la religión siamesa y del redentor Sommona Cadom. Dice así:

Aunque los siameses diputan por prodigioso el nacimiento de su Salvador, le atribuyen padre y madre (153). Según los libros balis (152), fue su madre *Maha-María*, que me parece significa *Gran María*, ya que maha quiere decir grande. Esta coincidencia ha llamado la atención de los misioneros, y dio motivo a los siameses para creer que Jesús era hermano de Sommona-Cadom (pues también se lo representan como hijo de María); pero el hermano perverso, a quien ellos llaman Thevetat, y que por ello fue crucificado, padece en el infierno un suplicio semejante al de la cruz... Los siameses esperan el advenimiento de otro Salvador, tan prodigioso como Sommona-Cadom, a quien llaman Pronarote y de quien dicen fue profetizado por Sommona.

Mientras este último estuvo en la tierra, operó toda clase de prodigios y tuvo dos discípulos: *Maglia y Scaribut*, cuyas imágenes se ven respectivamente a la derecha y a la izquierda del ídolo de Sommona.

El padre del Salvador siamés era, según dicen los mismos libros *balis*, rey de Tevelanca como ellos llaman a Ceilán. Sin embargo, los libros *balis* no llevan fecha ni nombre de autor, y así no tienen más autoridad que la de cualquier otra tradición de origen desconocido (153).

Este último argumento es tan infantil como deleznable, pues si a comparar fuésemos no hay en el mundo obra tan dudosa respecto a fechas, autores y texto como la *Biblia* hebreo-cristiana. Desde este punto de vista, tanta razón tienen los siameses para creer en su milagroso Sommona-Cadom como los cristianos para creer en el prodigioso nacimiento de su Salvador. Además, no les asiste a los misioneros cristianos más valiosa razón para infundir sus creencias a los siameses o cualquier otro pueblo que la que les asistiría a los budistas para convertir al budismo a los franceses e ingleses a filo de espada. Aun en la librepensadora Unión Americana se expondría un misionero budista a continuos insultos, y en cambio los misioneros cristianos escarnecen públicamente la religión nacional de los países en que actúan, sin que ni brahmanes ni lamas ni bonzos tengan siempre libertad para replicarles. Ciertamente, no es así como se disipan las *tinieblas* del paganismo con la *luz* del cristianismo y de la civilización.

INSINUACIONES DE LOUBÈRE

Sin embargo, esta agresividad contra millones de hermanos nuestros que tan sólo desean que se les deje en paz, era la tónica fundamental de la propaganda religiosa en el siglo XVII, según se infiere de las jesuíticas observaciones apuntadas sobre el particular por el señor de la Loubère en su ya referida obra, donde dice:

De lo expuesto acerca de las creencias de los orientales, resulta fácil de comprender cuán magna es la empresa de convertirlos a la religión cristiana. De aquí la necesidad de que los misioneros conozcan perfectamente las costumbres y creencias religiosas de estos pueblos. Porque así como los apóstoles y primitivos cristianos, no obstante ver apoyada su predicación con tantos prodigios, no revelaron de una vez a

los paganos los adorables misterios de nuestra religión, sino que por largo tiempo ocultaron aun a los mismos catecúmenos el conocimiento de todo cuanto pudiera escandalizarles, así también me parece muy puesto en razón que los misioneros, faltos del don de milagros, no descubran desde luego a los orientales ni todos los misterios ni todas las ceremonias del cristianismo.

Por ejemplo; sería conveniente, salvo mejor opinión, enseñarles con suma prudencia el culto de los santos, y por que toca al conocimiento de Jesucrito, no hablarles del *misterio de la Encarnación* hasta que estuviesen convencidos de la existencia de Dios. Porque ¿cómo persuadir a los siameses de que echen de sus altares a Sommona Cadom, Mogla y Scaribut para colocar a Jesús, Pedro y Pablo? Fuera conveniente no representarles la imagen de Cristo crucificado sin enseñarles antes la posibilidad de que un hombre sea *inocente* y sin embargo *desgraciado*, y que en virtud del principio por ellos mismos admitido de que el inocente puede asumir la responsabilidad del culpable, era necesario que *Dios* se hiciese *hombre* con objeto de que este *Dios-hombre* redimiese por el voluntario sacrificio en afrentosa muerte los pecados de todos los hombres; pero antes sería preciso sugerirles la idea del Dios creador justamente indignado contra los hombres. Así no escandalizaría a los siameses el sacramento de la Eucaristía, como escandalizó a los paganos europeos, tanto más por cuanto estos indígenas no creen que los talapines puedan comerse a la mujer e hijos de Sommona-Cadom.

Por el contrario, como los chinos respetan escrupulosamente a sus padres, no dudo de que si se les diera a leer el *Evangelio*, les escandalizaría aquel pasaje en que Jesús desdeña a su madre y hermanos, y les ofenderían aquellas otras palabras en que Jesús dice: “Deja que los muertos entierren a sus muertos”.

Sabidos son los reparos que los japoneses pusieron al dogma de la condenación eterna que les enseñaba San Francisco Javier, pues se resistían a creer que sus antepasados estuviesen condenados por no profesar el cristianismo del que jamás oyeron hablar.

Parece necesario, por lo tanto, imitar al insigne apóstol de las Indias estableciendo ante todo la idea de un Dios omnipotente, omnisciente,

justo, autor de todo bien y único digno de adoración, por cuya voluntad hemos de respetar a los reyes, obispos, magistrados y padres.

Suficientes son estos ejemplos para representar la necesidad de predisponer cautelosamente el ánimo de los orientales a fin de que acepten sin repugnancia los dogmas de la fe cristiana (156).

Pero si prescindimos de la figura de Jesucristo, ¿qué les queda por predicar a los misioneros? Sin el Salvador desaparece la redención, la muerte en cruz por los pecados del mundo, el *Evangelio* entero, el dogma de la condenación eterna. Además, faltos del don de milagros, no tienen los misioneros jesuitas a su disposición más que el polvo de los santuarios paganos para cegar con él a los siameses. Cruel en verdad es el sarcasmo de borrar los rasgos característicos del cristianismo para que lo acepten unas gentes cuya moral religiosa no les consentiría aceptarlo íntegramente. Necesariamente ha de tener algo erróneo una religión que no puede resistir la crítica espontánea de un pueblo leal, honrado, piadoso, modelo de ternura filial y profundamente temeroso de Dios. Así lo va demostrando poco a poco el tiempo.

LA LEYENDA DE SAN JOSAFAT

En la expoliación que sufrió el budismo para nutrir la nueva religión cristiana, era de esperar que los expoliadores no descuidaran de aprovecharse de la figura de Gautama para llenar los huecos dejados en la legendaria historia de Jesús, después de servirse al mismo efecto de la de Krishna. Así es que incluyeron en el santoral romano y en la *Leyenda de Oro* al reformador indo con el nombre de San Josafat, digno compañero de impostura de los santos Longino, Anfíbolo, Aura y Plácida (157). Posteriormente trataron algunos hagiógrafos de dar autenticidad a este santo apócrifo, y una de las invenciones más curiosas fue la de convertirle en Josué, el hijo de Nun; pero por fin resolvieron copiar *literalmente* de los libros budistas la vida de Gautama para adscribírsela a San Josafat, sin más alteración que los nombres de los personajes (158).

El historiador Couto fue el primero en descubrir el plagio, aunque, según Müller, Laboulaye dio la primera noticia acerca de la identidad de ambas biografías (159). No nos detendremos a considerar estas

insulseces clericales que dejaron perplejo a Dominico Valentyn, quien dice entre otras cosas:

Hay algunos que tienen a este Budhum por un judío fugitivo de Siria. Otros le creen discípulo del apóstol Santo Tomás, pero no se comprende cómo pueda ser esto si por otra parte fijan en 622 años antes de J. C. el nacimiento del supuesto santo. Diego de Couto opina que fue Josué, lo cual me parece todavía más absurdo.

Por su parte añade Yule:

La novela religiosa intitulada: *Vidas de Barlaam y Josafat*, fue durante algún tiempo una de las obras más populares de la cristiandad. Se tradujo a muchos idiomas europeos, entre ellos el escandinavo y el eslavo... Aparece por vez primera esta leyenda en las obras de San Juan Damasceno que floreció en la primera mitad del siglo VIII (160).

Aquí está ciertamente la explicación del enigma, pues San Juan Damasceno, antes de su conversión al cristianismo, desempeñó un elevado cargo en la corte del califa Abu-Jafar-Al-Manzor, en donde sin duda oiría esta leyenda y la acomodaría a las ortodoxas exigencias de la metamorfosis de Gautama en santo de la Iglesia romana.

El historiador Diego de Couto dice por su parte:

Los gentiles han dedicado a Buda magníficas pagodas por toda la India. Respecto a esta leyenda, hemos inquirido diligentemente si entre los escritos de aquellos paganos había alguna noticia de San Josafat que fue convertido a la fe por Barlaam, y era hijo de un poderoso rey de la India con todas las particularidades que de Buda se cuentan.

En mi viaje por la isla de Salsette fui a visitar la rara y admirable pagoda de Kânhari a que los portugueses llamamos Canará, edificada en la cumbre de una montaña con muchos recintos excavados en la roca viva. Le pregunté a un anciano quién había mandado construir tan soberbia obra, y me respondió que sin duda el padre de San Josafat para tenerle allí preso como en su vida se refiere. Y puesto nos dice esta su biografía que fue hijo de un poderoso rey de la India, bien pudiera ser el Buda de quien tantas maravillas se cuentan (161).

La leyenda cristiana está tomada en casi todos sus pormenores de la budista tradición ceilanesa, pues de Ceilán era rey el padre de Gautama, a quien recluyó en un soberbio palacio erigido al efecto con toda suerte de comodidades y placeres que le hiciesen apetecible la vida. Marco Polo refiere la historia de Buda tal como la oyó de labios de los ceilaneses, y hoy se ha echado de ver que el relato del intrépido navegante concuerda fielmente con los diversos textos budistas. Apunta ingenuamente Marco Polo que Gautama llevó tal vida de mortificaciones, abstinencias y santidad *como si hubiese sido cristiano*, y de serlo de seguro que tuviera en él Jesucristo uno de sus más ilustres santos por la bondad y pureza de su vida.

Añade a eso el coronel Yule que no es Marco Polo el único personaje de nota cuyo huicio se rinde ante la santidad de Gautama, pues sobre el particular dice Max Müller:

Sea cual sea el concepto que tengamos de la santidad, quien dudase del derecho de Buda a figurar entre los santos, lea la historia de su vida en los cánones budistas. Si vivió como allí se refiere, pocos santos tienen tanto derecho a este título como Buda, y ni griegos ni latinos deben arrepentirse de haber conferido a su memoria los honores de la santidad conferidos a San Josafat, el príncipe asceta.

LAMAÍSMO Y CATOLICISMO

Nunca como en el siglo XIII, durante el reinado del kan Kublai, tuvo la Iglesia romana tan favorable oportunidad de cristianizar la China, el Tíbet y la Tartaria, pues dicho monarca anduvo algún tiempo perplejo en escoger entre el cristianismo, el islamismo, el judaísmo y el budismo, y aunque parecía inclinarse al cristianismo, movido de la elocuencia de Marco Polo, fracasaron las gestiones de éste a consecuencia de haber muerto por entonces el pontífice Clemente IV y haber durado el interregno algunos meses, de modo que no fue posible enviar los misioneros pedidos por el kan Kublai. Para quienes creen en la Providencia que gobierna nuestro ínfimo mundo, fue indudablemente motivado aquel contratiempo, porque sin la oportuna muerte del pontífice de seguro hubiesen caído los budistas en el idolátrico formulismo romano. Esto demuestra que en los providenciales designios aventaja el budismo al cristianismo.

La religión budista ha degenerado en lamaísmo en la Tartaria y el Tíbet; pero aun con todos sus defectos de pura ceremonia, que escasamente afectan a la esencialidad de la doctrina, es muy superior al catolicismo romano.

El abate Huc no tardó en convencerse de ello y escribe sobre el caso:

A medida que con mi caravana me internaba en el país, me decían los naturales que cuanto más adelantase hacia Occidente, más puras y luminosas enseñanzas religiosas hallaría.

Lha-Ssa era el intenso foco de luz cuyos rayos se debilitaban al difundirse lejanamente. Cierta día le di a un lama tibetano un catecismo de la doctrina cristiana, y me maravillé de que no le pareciese extraño, pues dijo que tenía mucha semejanza con las creencias de los lamas del Tíbet, entre las cuales eché de ver maravillado los dogmas de la unidad de Dios, la Encarnación y la presencia real en la Eucaristía... Este desconocido aspecto de la religión budista me inclinó a esperar que encontraría entre los lamas del Tíbet un más puro sistema religioso (162).

Precisamente por estos encomios del lamaísmo retiró el Papa las licencias al abate Huc y puso su obra en el índice expurgatorio.

Preguntado más tarde el kan Kublai por qué no había elegido por religión oficial la cristiana, a pesar de parecerle la mejor de las cuatro, respondió:

¿Cómo queréis que me declare cristiano? Hay cuatro profetas mayormente venerados en todo el mundo. Los cristianos dicen que su Jesucristo es Dios. Los musulmanes veneran a Mahoma; los judíos a moisés; los budistas a Sogomon Borkan (163), que es el primer dios entre sus ídolos. Pues bien, yo adoro y venero a los cuatro, y ruego al mayor de ellos que me conceda su auxilio.

Podemos reírnos del cauteloso proceder del kan de Tartaria; pero no vituperarle por dejar a la Providencia el cuidado de resolver tan embarazoso conflicto ni tampoco por las razones siguientes que expuso a Marco Polo:

Tú ves que los cristianos de estos países son muy ignorantes y no saben hacer nada, al paso que los budistas hacen cuanto les place; y cuando me siento a la mesa vienen a mis labios las copas sin que nadie las toque y bebo de ellas. Dominan las tormentas de modo que las desvían a su arbitrio, reciben avisos y predicciones de boca de los ídolos y operan muchas otras maravillas. Por otra parte, si me convirtiese al cristianismo, mis nobles me preguntarían qué poderes he visto en los cristianos parra moverme a la conversión, pues ya sabes que los budistas atribuyen cuantos prodigios operan a la santidad de sus ídolos. A esta objeción no sabría yo qué responderles, y en vez de convertirlos les confirmaría en su error, y como son gente experta en artes milagrosas, tal vez maquinarian mi muerte. Así pues, vete a ver al sumo pontífice de tu religión y ruégale de mi parte que envíe por acá un centenar de varones versados en vuestra ley; con lo que si son capaces de rebatir frente a frente las prácticas de los budistas y demostrarles que también saben ellos, pero que no quieren, operar tales prodigios, porque se deben al valimiento del demonio y de los espíritus malignos. Si además son capaces de dominar en mi presencia a los budistas de modo que no puedan estos obrar maravilla alguna, entonces aboliré el culto de su religión, y yo y todos mis nobles recibiremos el bautismo, con lo que habría más cristianos en estos países que en los vuestros (164).

¿Por qué no aceptaron los cristianos tan razonable proposición? Moisés no vaciló en afrontar la misma prueba ante el Faraón contra los magos egipcios y salió airoso de ella. A nuestro entender, aquel inculto mogul discurría con admirable intuición e irrefutable lógica, pues echaba de ver que, ya fuese un hombre cristiano, musulmán, judío o budista, era indistintamente capaz de educir sus potencias espirituales y llegar por medio de su respectiva fe a la percepción de la verdad suprema. Por esto pedía una prueba evidente de la virtualidad de la religión que había de escoger para su pueblo.

Aunque tan sólo juzguemos a la India por sus prestidigitadores e ilusionistas, forzoso es reconocer que aventaja a las academias europeas en conocimientos físicoquímicos y psíquicosfísicos, sin contar los fenómenos de indudable autenticidad psíquica producidos por algunos fakires del sur del Indostán, los saberones del Tíbet y los hobilanos de Mongolia. La fenomenotecnia ha llegado en aquellos países a un punto de perfección que jamás alcanzó en otro alguno

(165), y aunque la mayoría de los extranjeros que residen o viajan por la India se figuren que estos fenómenos son juegos de prestidigitación, no faltan europeos que han tenido la rara fortuna de situarse *tras el velo* de las pagodas y conocen, por lo tanto, la causa eficiente de los fenómenos operados en las asambleas secretas de la India. Algunos, aunque pocos europeos, han estado en el *mahâdevas-sthanam* (166) de las pagodas.

REFERENCIAS DE JACOLLIOT

No sabemos si el fecundo Jacolliot (167) pudo entrar en uno de estos recintos; pero lo dudamos en vista de las muchas fantasías que relata acerca de la inmoralidad de las ceremonias induístas, de los fakires y aun de los sacerdotes budistas, reservándose para sí el papel del casto José.

De todos modos, es evidente que los brahmanes no le descubrieron ningún secreto, pues al hablar de los prodigios operados por los fakires, dice:

Practican las ciencias ocultas en la soledad de las pagodas bajo la dirección de los brahmanes iniciados... Y nadie ha de sorprenderse de ello ni creer que las ciencias ocultas abren las puertas de lo sobrenatural, pues si bien hay fenómenos tan extraordinarios que desafían toda investigación, no hay ninguno que no pueda explicarse con arreglo a las leyes naturales.

Verdaderamente, todo brahmán iniciado sería capaz de explicar cualquiera de estos extraordinarios fenómenos; pero de seguro que *rehusará explicarlos*. En cambio, todavía esperamos que las profanas lumbreras de las ciencias físicas expliquen siquiera el más vulgar fenómeno de los producidos por un fakir adscrito a una pagoda.

Dice Jacolliot:

No me sería posible relatar cuantas maravillas he presenciado; pero baste decir que el magnetismo y espiritismo de los europeos está todavía en el abecé de las operaciones fenoménicas, mientras que los brahmanes han logrado efectos de todas veras sorprendentes. Al presenciar estas extrañas e innegables manifestaciones, cuya causa

operante mantienen los brahmanes *tan cuidadosamente oculta*, se rinde la mente al vasallaje de lo maravilloso, y no hay otra solución que marcharse de allí para romper el hechizo.

La única explicación que pude obtener de un erudito brahmán amigo mío fue la siguiente: “Vosotros habéis estudiado la naturaleza física cuyas leyes han puesto en vuestras manos el vapor y la electricidad; pero hace más de veinte mil años que estudiamos nosotros las fuerzas mentales y hemos descubierto sus leyes de suerte que, bien por actuación independiente, bien en armonía con la materia, obtenemos resultados mucho más asombrosos que los vuestros”.

Por mi parte he visto cosas que no referiré por recelo de que el lector las dipute disparatadas, y verdaderamente se comprende al presenciarlas que los antiguos creyeran en los demonios obsesores y en el exorcismo (168).

Sin embargo, este irreconciliable enemigo de las supercherías religiosas de todos los países y del clero de toda confesión, incluso brahmanes, lamas y fakires, no deja de reconocer la superioridad de las ceremonias induístas y budistas respecto de las ridículas presunciones de la liturgia romana, y al describir las horribles torturas que se infligen los fakires, exclama en un momento de justa indignación:

MENDICANTES Y MENDIGOS

Estos brahmanes mendicantes, estos fakires, aparecen, sin embargo, magníficos en su martirio cuando se azotan, se arrancan trozos de carne y bañan el suelo con su sangre. Pero ¿qué hacéis vosotros, carmelitas, capuchinos y franciscanos, fanáticos sin fe y mártires sin tortura? ¿De qué os sirven los cordones de nudos, los pedernales, los cilicios, las disciplinas, los pies descalzos, sino de cómica mortificación para bañaros en agua de rosas? ¿No hay derecho de preguntaros si obedecéis la ley de Dios al encerraros en los muros conventuales para eludir la ley del trabajo que pesa sobre los demás hombres? ¡Atrás! Sois unos mendigos.

Pero basta ya. Demasiado nos hemos ocupado en ellos y su embrollada teología, sin que ni unos ni otra hayan resistido el reposo en las balanzas de la historia, de la lógica y de la verdad, pues incapaces

sus sacerdotes de probar con obras que recibieron potestad divina fomentan el ateísmo, la desesperación y el crimen. Día feliz para la humanidad fuera el en que el clericalismo dogmático desapareciese de la faz de la tierra tan fácilmente como de la vista del lector. Entonces igualarían Nueva York y Londres en moralidad a las ciudades no intervenidas por cristianos, y París no correría pareja con la antigua Sodoma. Cuando los católicos y protestantes se convenzan, cual lo están induístas y budistas, de que toda mala acción ha de tener irremisiblemente su castigo y toda buena acción su recompensa, emplearán en *convertir a los infieles* de Occidente las cuantiosas sumas con que hoy subvencionan a los misioneros de Oriente, cuya efectiva misión es despertar en los países no cristianos el odio a la cristiandad.

En comprobación de la filosofía ocultista examinaremos como término de nuestra tarea algunos fenómenos de que en diversos países hemos sido oculares testigos y todo viajero puede corroborar personalmente. Desaparecieron los pueblos antiguos, pero subsiste la primieval sabiduría asequible para cuantos quieran, sepan y puedan mantenerla en sigilo.

CAPÍTULO V

Mi grande y noble capital, mi Daltu espléndidamente
adornada. Y tú, ¡oh Shangtu-Keibung!, mi fresca y deleitosa
residencia vernal. ¡Ay de mi nombre, soberano del mundo!
¡Ay de mi Daitu, sede de santidad, obra gloriosa del
inmortal Kublaf! ¡Todo, todo lo perdí!

YULE: *Libro de Marco Polo.*

En cuanto a lo que dicen quienes extravían a muchos,
asegurándoles que una vez separada el alma del cuerpo no
sufre ni es consciente, ya sé que no te consentirá creerlos tu
buen fundamento en las doctrinas recibidas de nuestros
antepasados y confirmadas en las sagradas orgías de
Dionisio; porque muy conocidos nos son los símbolos místicos
a cuantos pertenecemos a la Fraternidad.-PLUTARCO.

El hombre es el problema de la vida. La Magia, o mejor
dicho, la Sabiduría es el pleno conocimiento de las internas
facultades del ser humano, que son emanaciones divinas.
Así por intuición percibe el hombre su origen y se inicia en
este conocimiento. Empezamos con el instinto y nuestro
término es la omnisciencia.-WILDER.

Quien sabe, puede.-Libro induísta de la evocación.

Si algún extraño a la metafísica o a la mística hubiese llegado hasta aquí en la lectura de esta obra, le aconsejaríamos que no se tomara el trabajo de pasar adelante, pues si bien todo cuanto a decir vamos es absolutamente cierto, lo diputaría sin duda por imposturas y ficciones.

LOS PRINCIPIOS DE LA MAGIA

Para comprender los fundamentos de las naturales leyes a que obedecen los fenómenos cuya descripción nos proponemos, es preciso recapitular las reglas básicas de la filosofía esotérica, conviene a saber:

1.^a Los fenómenos llamados milagros no son tales milagros, sino efectos de una ley eterna, inmutable y continuamente activa (1).

2.^a La naturaleza es trina. En su elemento invisible es arquetipo, energía y vitalidad del objetivo y visible. Ambos son mudables y perecederos en subordinación al tercero y espiritual elemento que es la única, inmutable y eterna realidad, fuente, origen y raíz de toda energía.

3.^a El hombre es trino. Su elemento objetivo es el *cuerpo* físico; su elemento invisible es el *alma*; su elemento superior es el *espíritu* inmortal que ilumina y cobija a los dos elementos subordinados. Cuando el *alma* se identifica con el *espíritu*, alcanza el hombre la inmortalidad.

4.^a La magia es la *ciencia* de actuar espiritualmente en el cuerpo físico de conformidad con los principios reguladores de la actividad del espíritu sobre sí mismo y sobre la materia.

5.^a La magia es también el *arte* de practicar los principios reguladores de la actividad del espíritu. La siniestra aplicación de esta práctica es *hechicería*. La recta aplicación de esta práctica es *sabiduría*.

6.^a El dediumnismo es la antítesis del adeptado. El médium es pasivo instrumento de influencias ajenas. El adepto se domina a sí mismo y subyuga a las potestades inferiores.

7.^a El adepto puede saber ciertamente todo cuanto hasta ahora ha ocurrido en el mundo, porque todo suceso queda registrado en los anales de la luz astral.

8.^a Las cualidades espirituales difieren en los hombres según la raza, tanto como las cualidades físicas de color, estatura, fisonomía, etc. En algunos países prevalece el don de profecía; en otros, la mediumnidad; en algunos, la hechicería (2).

9.^a Por medio de los conocimientos mágicos es posible que el *alma* (3) se separe del *cuerpo físico*. Sin embargo, esta separación es *involuntaria e inconsciente* en los médiums y *voluntaria y consciente* en los adeptos (4).

10.^a La piedra angular de la magia es el profundo conocimiento práctico del magnetismo y la electricidad con todas sus propiedades, correlaciones y efectos en el reino animal y en el humano.

Hasta aquí las reglas de filosofía esotérica, que necesitan los consiguientes comentarios.

Cuando el hombre se desprende interinamente de su cuerpo físico para actuar en el astral, se substraerá también a las condicionalidades de tiempo y espacio. El taumaturgo profundamente versado en ciencias ocultas puede hacer invisible su cuerpo físico o asumir proteicamente la forma objetiva que le plazca, mediante la hipnótica alucinación ejercida en los sentidos de los circunstantes (5).

Pero si el vehículo astral no encuentra obstáculos en su movimiento, el cuerpo físico está sujeto a los medios ordinarios de locomoción, aunque es posible levitarlo en determinadas condiciones magnéticas (6). En ciertos casos y circunstancias cabe transportar la materia física inorganizada por medio de la desintegración de sus moléculas hasta el estado de dialización, para reintegrarla después de atravesar las paredes y demás obstáculos densos; pero este procedimiento de desintegración dializada no es aplicable a los organismos vivos.

Creían los discípulos de Swedenborg, de acuerdo con la ciencia oculta, que la separación de alma y cuerpo es caso frecuente, y que en la vida cotidiana encontramos a menudo cuerpos vivos pero sin alma,

pues los principios superiores al cuerpo físico pueden desprenderse de éste a causa de violentas emociones, como el miedo cerval, la pena honda, la desesperación, la exacerbada sensualidad, los ataques de epilepsia y otras condiciones morbosas. Entonces puede infundirse en aquel desalmado cuerpo la entidad astral de un hechicero, de un elementario o de un elemental (7); y si bien los adeptos o magos blancos tienen el mismo poder, jamás se infundirán en un cuerpo impuro, a no ser que hayan de cumplir una misión extraordinariamente trascendental.

PROPIEDADES DE ALGUNAS PLANTAS

En los casos de locura, o bien queda expuesta el alma a la influencia de las entidades circunvalantes por no poder valerse de su vehículo físico, o bien se aleja definitivamente de él, y entonces lo ocupa alguna entidad vampírica próxima a desintegrarse, que así halla medio de prolongar algún tanto su existencia con los placeres sensuales que aquella forma corporal le proporciona.

Por lo que se refiere a la regla décima, conviene advertir que muchos minerales poseen propiedades ocultas tan sorprendentes como las de la llamada piedra imán; y si los naturalistas desconocen dichas propiedades, ha de conocerlas forzosamente el mago para operar con éxito. Todavía tienen algunas plantas propiedades ocultas más maravillosas que los minerales, y el secreto de la eficacia de ciertas hierbas en los hechizos y encantamientos, sólo se ha perdido para la ciencia europea (8). Las mujeres de Tesalia y del Epiro, femeninos hierofantes de los ritos sabacienses, no sepultaron sus secretos bajo las ruinas de los santuarios, pues quienes conocen las cualidades del soma también conocen las de otras plantas.

Magia es sinónimo de sabiduría espiritual y la naturaleza es la aliada, discípula y esclava del mago, que por serlo ha logrado la perfección y con su voluntad subyuga el vital principio que anima todas las cosas. De esta suerte puede el adepto estimular en animales y plantas la acción de las fuerzas biológicas hasta más allá de los límites que ordinariamente llamamos naturales, sin por ello contrariar a la naturaleza, sino favorecerla con la intensificación del principio vital.

El adepto es capaz de alterar la condicionalidad sensoria y emotiva del cuerpo astral de quien no sea adepto; puede valerse a su albedrío de las entidades elementales o espíritus de la Naturaleza; pero de ningún modo le cabe dominar el espíritu de hombre alguno ni encarnado ni desencarnado, porque todo espíritu es chispa divina no sujeta a externas influencias.

Hay dos modalidades de clarividencia: psíquica y espiritual. La clarividencia de los modernos sujetos hipnotizados difiere de la de las antiguas pitonisas tan sólo en los medios de producir el estado lúcido y de la mayor o menor agudeza de los sentidos astrales; pero ni unas ni otros llegan de mucho a la perfecta y omnisciente clarividencia espiritual, sino que sólo pueden vislumbrar la verdad a través del velo de la naturaleza física.

El principio mental llamado *favâtma* por los yoguis indos es el mediador entre los elementos espirituales y materiales del hombre, pues por una parte domina y por otra está sujeto al cerebro físico. La claridad y exactitud de las percepciones espirituales de la mente dependen, mientras está ligada al cuerpo material, de su grado de relación con el principio superior, y cuando esta relación le permite actuar independientemente de los principios inferiores y unida al superior, entonces percibe la verdad sin mezcla de error alguno. Este es el estado que los indos llaman *samâdhi*, o sea la más elevada condición espiritual asequible para el hombre en la tierra (9).

Los vocablos sánscritos *prânayâma*, *pratyâhâra* y *dhârânâ* expresan otros tantos estados psíquicos (10).

En el de *dhârânâ* queda el cuerpo físico completamente cataléptico y es subjetiva y clarividente la percepción del alma libre; pero como no deja de funcionar el principio senciente del cerebro físico, las percepciones mentales estarán entremezcladas con las percepciones objetivas del mecanismo cerebral, y por ello se le representarán la *memoria* y la *fantasía* en vez de la visión perfecta. Pero el adepto sabe cómo suspender el funcionalismo mecánico del cerebro y así son sus visiones claras, puras, verdaderas e inalterables. Al paso que el vidente, incapaz de anular las vibraciones astrales, sólo percibe imágenes más o menos incompletas por medio del cerebro, el clarividente sujeta a su voluntad todas sus potencias psíquicas y facultades físicas, y no puede

tomar las sombras por realidades porque su percepción es directamente espiritual, sin que el *Yo* superior o subjetivo esté eclipsado por el *yo* inferior u objetivo.

CLARIVIDENCIA ESPIRITUAL

Tal es la genuina clarividencia espiritual que, según dice Platón, eleva al alma más allá de los dioses menores hasta identificarla con el simple, puro, inmutable e inmaterial *Nous*. Tal es el estado que Plotino y Apolonio llamaron de *unión con Dios*, los antiguos yoguis *isvara* (11) y los modernos *samâdhi*. Sin embargo, la clarividencia espiritual es tan distinta de la videncia psíquica como una estrella de una luciérnaga (12).

Amonio Sacas, el Teodidactos (enseñado por Dios), dice que la *memoria* (13) es la única potencia que directamente se opone al don de profecía y previsión.

Olimpiodoro dice por su parte:

La fantasía es un impedimento para nuestra percepción mental, y de aquí que si interviene cuando estamos movidos de inspiración divina, cesa la energía entusiástica, pues el entusiasmo es incompatible con el éxtasis. Si se nos preguntara si el alma es capaz de energizarse sin la fantasía, responderíamos que sí lo es, según demuestra su percepción de los universales independientemente de la fantasía, que sin embargo acompaña al alma y acrecienta su actividad como la tempestad acelera el movimiento de la nave (14).

Además, el médium no puede subyugar voluntariamente sus cuerpos mental y físico, sino que necesita para ello la ajena intervención de una entidad desencarnada, de un hipnotizador terreno o bien de algún medio que artificiosamente le ponga en trance, mientras que a los adeptos y fakires les basta para ello un breve rato de reconcentración y ensimismamiento.

Entre los medios artificiales (15) de que se valían los antiguos para determinar el estado de trance, citaremos las columnas de bronce del templo de Salomón; las campanillas y granadas de oro de Aarón y sumos pontífices hebreos; las sonoras campanas que pendían

alrededor de la estatua de Júpiter Capitolino (16); las tazas de bronce que se empleaban en los Misterios durante el *Kora* (17), y las copas de bronce pendientes en círculo de un doble aro de doscientas granadas que servían de chapaletas en el hueco de las columnas. Las sacerdotisas que en el norte de la antigua Germania actuaban bajo la dirección de los hierofantes, sólo podían profetizar entre el tumulto de las olas del mar o mirando de hito en hito la rápida corriente de un río. Las sacerdotisas de Dodona se situaban al mismo efecto bajo el roble de Zeus (18) y quedaban hipnotizadas al murmullo de las hojas del árbol o del arroyuelo que regaba sus raíces (19).

Pero el adepto no necesita valerse de estos artificiosos medios, pues le basta con la simple acción de su *potencia volitiva*. Según el *Atharva-Veda*, la actualización de la potencia volitiva es la forma superior de la oración que entonces obtiene inmediata respuesta. Del grado de intensidad del anhelo depende su realización, y ésta, a su vez, de la pureza interior.

Un erudito indo ha publicado recientemente en un periódico inglés algunos preceptos vedantinos y dice sobre el particular:

Enseña la filosofía *sânkhya*, que cuando el cuerpo astral sirve de vehículo al alma puede comprimir su etérea masa hasta el punto de penetrar por los poros de la materia física o bien por el contrario dilatarse en gigantescos tamaños; elevarse a lo largo de un rayo de luz hasta el globo solar; ampliar el sentido del tacto de modo que toque la luna con la mano; introducirse en el seno de la tierra tan fácilmente como en el de las aguas; dominar los objetos animados o inanimados del mundo visible; alterar el curso de la naturaleza; y cumplir todo cuanto se proponga. Estas diversas facultades reciben de menor a mayor los nombres de *anima*, *mahima*, *laghima*, *garima*, *prâpti* (20), *prâkâmya* (21), *vashitâ* (22) e *ishitâ*, correspondiente esta última al estado espiritual que sintetiza todas las facultades anteriores, pues ya entonces se halla el yogui lleno del espíritu de Dios.

No hay enseñanza sagrada alguna tan definitiva y concluyente como la tocante a la naturaleza y actividad del alma. Parece que algunos rishis concedieron capitalísima importancia a esta metafísica fuente de conocimiento (23).

Desde los tiempos más remotos estuvo convencida la humanidad de la existencia del alma, cuyo grado de espiritualidad depende de su más o menos íntima unión con el superior e íntimo principio (24). Cuanto más estrecha sea esta unión, tanto más desembarazado quedará el destino del hombre y menos expuesto a los riesgos de las condiciones externas.

PSICOLOGÍA DE LOS ARIOS

Esta creencia no es fanatismo ni superstición, sino un perenne e instintivo presentimiento de la existencia del mundo espiritual, que aunque invisible y subjetivo para el yo inferior, es perfectamente objetivo para el Yo superior. Creyeron también los antiguos que la voluntad humana está subordinada en su acción a determinadas condiciones externas e internas, sin caer no obstante en el fatalismo que hubiera sido la acción ciega de una fuerza todavía más ciega; pero admitían el *hado* o *destino* que durante su vida va tejiéndose el hombre como tela de araña. Dos influencias actúan en el destino del hombre: la benéfica, personificada por algunos en el *ángel custodio*, y la maléfica o concupiscente, personificada en el demonio o *ángel tentador*. Ambas influencias solicitan la voluntad y una de las dos ha de prevalecer; pero desde que se inicia la invisible lucha entre una y otra, interviene la severa e inflexible *ley de compensación* para regular las fluctuaciones y vicisitudes del combate.

Hilada ya la última hebra y envuelto el hombre en la red por él mismo entretejida, queda preso en ella y sujeto a su destino, que o bien lo clavará en determinado sitio como lapa en la roca, o bien, cual leve pluma, lo llevará de un lado a otro arrastrado por el torbellino de sus propias acciones.

A los filósofos antiguos no les parecía imposible que las entidades del otro mundo se comunicaran con los mortales por medio de signos alfabéticos, por toque o por vislumbre, para revelarles hechos ya acaecidos pero ignorados, y también acontecimientos futuros, según nos dice Amonio. Por otra parte Lamprias y algunos más afirman que si bien las entidades desencarnadas pueden volver a la tierra en auxilio de los hombres, también hay almas encarnadas que tienen el don de profecía y lo conservan después de la muerte.

Sobre esto dice Lamprias:

No es posible que el alma adquiriera al separarse del cuerpo la facultad de profetizar si no la tuvo durante su vida terrena; pero hemos de suponer que mientras estuvo unida al cuerpo la poseía, aunque no educada por completo... Porque así como el sol siempre refulge aunque lo eclipsen las nubes, así también el alma posee siempre la facultad de escrutar el porvenir, aunque entorpecida por su conexión con el cuerpo.

Entre los varios fenómenos contradictorios de la facultad de manifestación objetiva de las entidades astrales, merece citarse el de las *manos luminosas* de textura nebulosoide, pero lo bastante consistente para manejar el lápiz y escribir comunicaciones y desvanecerse luego a la vista de los circunstantes. Estos fenómenos son verdaderos y dignos de atento estudio, pues los han comprobado testimonios del todo fidedignos, aunque algunas veces haya habido supercherías y fraudes en este particular (25).

Precisamente, los médiums más a propósito para la manifestación de las entidades astrales, son los menos capaces de comprender y explicar los fenómenos. Sobre el punto de las manos luminosas, el doctor Fairfield, aunque médium en ejercicio, se declara contra la explicación que del fenómeno dan los espiritistas y dice:

He presenciado personalmente este fenómeno en condiciones por mí mismo establecidas en mi propio aposento, en pleno día con el médium sentado en un sofá a unos dos metros de la mesa sobre la que aparecía la mano luminosa. Apliqué a esta mano un imán en forma de herradura, y en seguida osciló visiblemente, al paso que el médium era presa de violentas convulsiones, en prueba lo bastante concluyente para inferir que de su sistema nervioso dimanaba la fuerza productora del fenómeno (26).

PROYECCIONES ASTRALES

Acertó Fairfield al inducir de su experimento que la mano luminosa era una magnética emanación del médium, pues la influencia del imán demuestra científicamente lo que todo ocultista afirma apoyándose en la filosofía y en la autoridad de su experiencia, esto es, que las

entidades psíquicas se valen de la materia del cuerpo astral del médium (27) para dar apariencia objetiva a los brazos y manos luminosos, mientras el cuerpo físico del mismo médium queda paralizado y cataléptico. Porque el cuerpo astral, que no puede amputar el cirujano, sigue siendo el vehículo sensorio aun después de la muerte del cuerpo físico, no obstante cuantas hipótesis neurológicas se hayan establecido en contrario. Las entidades que se valen de la materia astral del cuerpo del médium o de las auras de los circunstantes, son por lo general los elementarios o las entidades no purificadas todavía, porque los espíritus puros no *quieren ni pueden manifestarse objetivamente*. ¡Desgraciado del médium que cae en poder de las entidades astrales!

De la propia suerte que el médium en estado cataléptico proyecta espectralmente un brazo, una mano o una cabeza, es posible que proyecte todo su vehículo astral y aparezca el espectro de cuerpo entero. A veces esta proyección es efecto de la voluntad del Yo superior del médium, sin que de ello tenga conciencia el yo inferior; pero generalmente la voluntad del médium queda paralizada por la influencia de las entidades elementarias y elementales que se apoderan del cuerpo astral del médium y lo proyectan por efecto de una acción análoga a la del hipnotizador respecto del sujeto.

Tiene razón Fairfield al afirmar que casi todos los médiums están aquejados de alguna enfermedad orgánica o desequilibrio psíquico, y en algunos casos transmiten estas dolencias a sus hijos. En cambio, se equivoca completamente al atribuir todos los fenómenos psíquicos a las morbosas condiciones fisiológicas del médium, pues los adeptos de la magia superior gozan constantemente de robusta salud mental y física (28), y precisamente sólo ellos son capaces de producir a su libre voluntad fenómenos psíquicos. El adepto tiene perfecta conciencia de su actuación y no está sujeto como los médiums a los cambios de temperatura de la sangre ni otros síntomas morbosos ni exige condiciones previamente establecidas, sino que opera los fenómenos en todo tiempo y lugar, y en vez de sujetarse a influencias ajenas, rige y domina las fuerzas psíquicas con su férrea voluntad.

Pero ya en otro punto de esta obra demostramos la diametral oposición entre el adepto y el médium. Sólo cabe añadir aquí que en el adepto actúan armónicamente cuerpo, alma y espíritu, al paso que en

el médium el cuerpo es una masa de materia cataléptica y el alma y el espíritu se ausentan casi siempre mientras dura aquel estado para prestar sus vehículos inferiores a las entidades psíquicas. Los adeptos no sólo pueden proyectar espectralmente a voluntad una *parte*, sino *todo* su cuerpo astral (29).

En cambio, el médium no actualiza *fuerza de voluntad* alguna, pues basta para la producción del fenómeno que antes de caer en trance sepa lo que de él esperan los investigadores. Cuando el Ego del médium no esté entorpecido por influencias ajenas, actuará fuera de la conciencia física con tanta seguridad como en los casos de sonambulismo, y sus percepciones objetivas y subjetivas serán de agudeza igual a las del sonámbulo, porque cuanto más sutil es el vehículo en que actúa el Ego tanto más delicadas y agudas son sus percepciones (30).

Dice Peary Chand Mittra:

El espíritu es una energía, una esencia, un poder sin forma alguna, pues la idea de forma es inseparable de la de materia; pero el espíritu puede manifestarse y actuar en formas de materia más o menos sutil, y entre ellas las formas astrales que una entidad espiritual puede asumir temporáneamente. Cuanto más sumida está nuestra alma en la materia, más grosero es nuestro concepto del espíritu (31).

OPERACIONES TEÚRGICAS

Es fama que el órfico Epiménides estuvo dotado de santas y maravillosas facultades, entre ellas la de desprenderse de su cuerpo físico siempre y durante el tiempo quería. Muchos otros filósofos antiguos tuvieron la misma facultad. Apolonio de Tyana podía dejar conscientemente su cuerpo físico en cualquier instante y operaba fenómenos prodigiosos a la luz del día, como por ejemplo, cuando en presencia del emperador Domiciano y de multitud de circunstantes se desvaneció de repente para aparecer al cabo de una hora en la gruta de Puteoli (32). Tampoco necesitó de nadie el taumaturgo pitagórico Empédocles de Agrigento para resucitar a una mujer ni exigió condiciones preestablecidas para desviar una tromba de agua que amenazaba caer sobre la ciudad. Estos teurgos eran magos, y por esto

podían obrar a voluntad semejantes prodigios a que no hubieran alcanzado si tan sólo fuesen médiums.

De la propia suerte, no le era necesario a Simón el Mago ponerse en trance para elevarse por los aires en presencia de multitud de testigos, entre los que se hallaban los apóstoles. Como dice Paracelso:

No requieren estas obras conjuros ni ceremonias ni formación de círculos ni quemas de incienso. Es tal la alteza del espíritu humano, que no acierta a expresarse con palabras. Si comprendiéramos debidamente hasta dónde alcanza su poder, nada nos sería imposible en la tierra. Inmutable y eterno como Dios es el espíritu del hombre. La imaginación se educa y robustece por la *confianza en nuestra voluntad*. La confianza debe confirmar la imaginación, porque establece la voluntad.

Según relata Turner (33), el año 1783 el embajador del rey de Inglaterra con su séquito visitó al dalailama, niño entonces de dieciocho meses, quien no obstante su corta edad recibió a los enviados con tal aire de dignidad y decoro que les llenó de admiración y asombro. Tenía el grave continente de un filósofo de muchos años, reposado y sumamente cortés. El embajador representó al infantil pontífice la pena que al gobernador general de Calcuta, la ciudad de los palacios, y al pueblo indio en general les había causado la noticia de su muerte, y la viva satisfacción por todos ellos experimentada al saber que había reencarnado en el lozano y robusto cuerpo del niño que ante sí veía, por lo que el gobernador de Calcuta esperaba que el dalailama continuaría por largo tiempo iluminando al mundo con su presencia, y que la amistad contraída por ambos se fortificaría más y más en beneficio de sus inteligentes devotos. A este discurso correspondió el niño con expresivas miradas de complacencia, inclinando por dos veces la cabeza en señal de asentimiento como si comprendiese y aprobase cuanto el embajador acababa de decir (34). Después le obsequió, así como a los del séquito, con té y dulces servidos en bandeja de oro, y cuando alguna taza quedaba vacía miraba hacia los criados con aire ceñudo sin cesar en esta actitud hasta que los criados las volvían a llenar.

AVENTURA CON UN MONJE BUDISTA

Hace algunos años íbamos unos cuantos viajeros en penosa marcha de Cachemira a Leh, ciudad del Ladâhk, comarca central del Tíbet. Entre nuestros guías iba un samán tártaro, misterioso personaje que hablaba el ruso y algo el inglés, pero que se ingenió de modo que pudo darse a entender de nosotros y sernos de mucha utilidad. Enterado de que algunos viajeros éramos de nacionalidad rusa creyó que podríamos protegerle en todo y por todo y proporcionarle el medio de regresar salvo y sano a su casa de Siberia, de donde según nos dijo había tenido que huir veinte años antes al país de los chagaros (35) pasando por Kiachta y el desierto de Gobi. En vista de la confianza que en nosotros puso el samán nos consideramos seguros bajo su guía, pues algunos de nuestros compañeros habían maquinado el temerario plan de entrar en el Tíbet al amparo de diversos disfraces, sin que ninguno de ellos conociese la lengua del país excepto uno a quien llamaré K, ex pastor luterano que sabía algo del idioma kasan tártaro. Muy luego fueron descubiertos a pesar del disfraz. A los hermanos N que también eran de la expedición se les condujo con mucho miramiento a la frontera, y en cuanto a K, cayó en cama con fiebre y hubo de esperar algunos días para volverse a Lahore por Cachemira. Este incidente le dio ocasión de presenciar un suceso que para él equivalió a ver la reencarnación de Buda. Profesaba K con orgullo la filosofía positivista, y como había oído hablar de la prodigiosa reencarnación de Buda a un viejo misionero ruso en quien confiaba mucho más que en el abate Huc, hizo propósito, alimentado ya de muchos años, de descubrir la trampa de aquella “jugarreta pagana”, como él la llamaba. Pero las cosas no salieron a la medida de su esperanza. A unas cuatro jornadas del miserable villorrio de Islamabad, sin otro atractivo que su magnífico lago, nos detuvimos a descansar por unos cuantos días. Algunos compañeros se desparramaron por los alrededores, quedando todos en reunirnos en el villorrio y allí nos enteró el guía samán de que una numerosa peregrinación de monjes budistas estaban alojados en un templo cováneo de las cercanías, donde habían establecido un *vihara* provisional, y como según noticias iban con ellos los “tres nobles” (36), podían los monjes operar los mayores prodigios. Nuestro compañero K, entusiasmado ante la perspectiva de confundir la secular superchería, se apresuró a visitar a los peregrinos en su *vihara* o campamento, situado en un solitario paraje a cubierto de toda intrusión, y muy luego contrajimos todos amigables relaciones con ellos.

A pesar de las atenciones, cumplidos, finezas y aun regalos (37) con que inútilmente procuró K captarse la voluntad de *Pase Budhu*, jefe de la peregrinación y muy santo asceta, no quiso éste efectuar el fenómeno de la “encarnación” hasta que quien estas líneas escribe le enseñó cierto talismán (38). Apenas lo vio hizo los preparativos necesarios, y al efecto, una vecina le prestó un niño de tres o cuatro meses. A K le exigieron juramento de que hasta siete años después no divulgaría nada de cuanto viese y oyese.

Antes de que todo estuviera dispuesto, pasaron algunos días sin otro suceso de nota que la aparición de unos rostros espectrales evocados por un monje del cristalino seno del lago, mientras nos hallábamos sentados a sus orillas en la entrada del *vihara*. Uno de aquellos rostros era el de la hermana de K, a quien éste había dejado buena y sana en su casa, pero que, según después se supo, murió antes de llegar nosotros al paraje en que nos hallábamos. De pronto sobrecogióse K a la vista de la aparición, mas luego se apoyó en su escepticismo para explicarse aquel fenómeno diciendo que era efecto de la sombra de las nubes o de las ramas de los árboles, como en casos semejantes suelen replicar los escépticos.

EL ADEPTO Y EL NIÑO

La tarde señalada al efecto colocaron al niño de pecho sobre una alfombra en el centro del vestíbulo del santuario provisional, pues K no podía pasar de allí, y después de despedidos los curiosos colocáronse dos monjes de centinela para impedir la entrada a cuantos no estuviesen invitados.

Sentáronse entonces los monjes en el suelo, de espalda contra las paredes de granito, en disposición que les separaba como unos tres metros del niño colocado en el centro. El jefe de la peregrinación se sentó en el rincón más apartado del aposento, sobre una piel recortada en cuadro que de propóstio habían extendido los legos. Tan sólo K se colocó junto al niño, en acecho de sus más leves movimientos. Se nos puso por condición que guardáramos absoluto silencio en paciente espera de los acontecimientos. La luz del sol entraba a raudales por la puerta, y poco a poco fue cayendo el superior en profunda meditación, mientras que los monjes, después de una corta invocación en voz muy queda, callaron súbitamente y clavaron la vista como si fuesen

estatuas. El llanto del niño interrumpía aquel angustioso silencio. Al breve rato cesó el niño de moverse y quedóse rígido, sin que ninguno de los circunstantes se hubiese apartado de su asiento. El superior no miraba al niño, porque tenía los ojos fijos en el suelo, y pálido e inmóvil parecía más bien la bronceada estatua de un talapín en meditación que un ser viviente. Con profunda sorpresa vimos que el niño se sentaba como maniquí movido por ocultos alambres, y después de varias sacudidas se puso en pie.

Cabe presumir la admiración que en todos nosotros causó el espectáculo, y la estupefacción de K al convencerse de que nadie absolutamente había movido pie ni mano del sitio en que estaba ni pronunciado tampoco palabra alguna. Y sin embargo, ¡allí estaba erguido y firme como hombre hecho y derecho aquel niño de pañales!

Copiaremos la restante explicación de los apuntes tomados por K, quien dice:

Después de un par de minutos de vacilación, volvió el niño la cabeza y fijó en mí los ojos con tan viva lumbrera de inteligencia, que me estremecí de pavor. Me pellizqué las manos y me mordí los labios hasta casi brotar la sangre, para asegurarme de que no soñaba. Sin embargo, lo sucedido hasta entonces no era más que el prólogo. La prodigiosa criatura, *según imaginé*, dio dos pasos hacia mí, volvió a sentarse y mirándome fijamente repitió palabra por palabra, en lengua que supuse tibetana, la frase sacramental de las encarnaciones de Buda: “Yo soy el viejo Lama. Soy su espíritu en nuevo cuerpo”.

Se me erizaron entonces los cabellos de espanto, se me heló en las venas la sangre, y ni con amenazas de muerte se me hubiera podido arrancar una palabra. Allí no había impostura ni ventriloquismo. Meneaba el niño los labios, y su mirada parecía escudriñar en mi alma con tal expresión en su semblante, que me representaba el del mismo superior, cual si delante lo tuviese y su espíritu se hubiese infundido en aquel infantil cuerpo a cuyos ojos se asomara como a través de un disfraz. Me sentí entonces arrebatado por el vértigo. El niño se me acercó y me tomó la mano, cuya sensación fue para mí la de un ascua de carbón. Incapaz de presenciar la escena por más tiempo, me cubrí el rostro con las manos, y al apartarlas a poco, ya estaba otra vez el niño

lloriqueando lastimosamente. El superior había recobrado su estado normal y conversaba tranquilamente con nosotros.

Durante diez días presencié otros fenómenos similares que me convencieron de la verdad de lo que siempre tuve por impostura cuando me lo referían los viajeros. Entre muchas preguntas que el superior consideró impertinentes, hubo una a la que respondió de modo harto significativo. Le pregunté por mediación del samán, qué hubiera sucedido si loco yo de terror y creído de que el niño era el diablo, arremetiera contra él y le matara. A esto me dijo que si la muerte del niño hubiese sido instantánea, también hubiera muerto el superior, pero tan sólo el niño si el golpe no lo matara desde luego.

En el Japón y Siam hay dos categorías de sacerdotes: una pública y relacionada con el pueblo; otra rigurosamente secreta que jamás se presenta en público y cuya existencia sólo conocen unos cuantos naturales del país y ni siquiera sospechan los extranjeros. Los sacerdotes esotéricos celebran sus ceremonias en templos subterráneos, ante escaso número de circunstantes cuya cabeza responde del secreto, y tan sólo en ocasiones de excepcional importancia, como la muerte de algún individuo de la familia real o eclesiásticos de muy elevada dignidad.

LA INCINERACIÓN Y EL CUERPO ASTRAL

Uno de los fenómenos más misteriosos y sorprendentes es la separación del cuerpo astral cuando se incinera el cadáver (39). En Siam, Japón y Tartaria es costumbre modelar con las cenizas del difunto (40) amasadas en agua, diversos objetos como medallones, figulinas e idolillos cocidos y dorados al fuego. La lamasería de U-Tay, en la comarca mongol de Chan-Si, sobresale en este linaje de labores, y las gentes ricas envían allí las cenizas de sus difuntos para que con ellas modelen el objeto deseado.

Para separar de las cenizas el cuerpo astral, que sin esta operación permanecería algún tiempo apegado a los restos de su envoltura física, amontona el mago las cenizas del difunto sobre una placa metálica de longitud aproximada a la talla regular del hombre, y con el *talapatnang* (41) las va aventando suavemente, mientras musita una invocación. Como si las tenues cenizas tuviesen inteligencia y vida, forman en el

aire la silueta del difunto, que poco a poco va condensándose en blanquecinos vapores hasta transformarse en su cuerpo astral que por fin desaparece.

Los magos de Cachemira, Tíbet, Mongolia y Tartaria son demasiado famosos para que nos detengamos a enumerar su actuación; pero si los escépticos persisten en decir que no pasan de ser prestidigitadores, invitamos a los más hábiles y expertos de Europa a que les imiten si a tanto llega su destreza.

Los químicos europeos no han logrado todavía descubrir el secreto del embalsamamiento egipcio, y mucha mayor sería su confusión al ver, como nosotros hemos visto, cadáveres conservados por medio de procedimientos alquímicos, con tan maravilloso arte, que por la naturalidad de sus carnes, la lisura de su piel y el vidrioso brillo de sus ojos, parecía después de muchos siglos como si en aquel momento acabaran de morir. En las tumbas de reyes, príncipes y magnates está colocado el cadáver sobre suntuosos túmulos con adornos dorados y algunas veces de oro, y alrededor se ven las alhajas, armas y adminículos de uso personal del difunto, custodiadas por la servidumbre de ambos sexos cuyos cadáveres están embalsamados tan cuidadosamente como el de su dueño, de manera que parecen dispuestos a servirle en cuanto los llame.

En el convento del Gran Kuren y en otro sitio de la montaña sagrada de Bohté-Ula, hay, según se dice, algunas de estas sepulturas que respetaron siempre los invasores del país. El abate Huc tuvo referencias de estas sepulturas aunque no logró verlas, pues no se le consiente a ningún extranjero que no vaya provisto del correspondiente salvoconducto. Lo que dice el abate Huc de que las tumbas de los soberanos de Tartaria están rodeadas de cadáveres de niños envenenados con mercurio, a fin de conservarlos incorruptibles, es una de tantas patrañas forjadas por los misioneros para embaucar al vulgo que cree cuanto le refieren.

Los budistas no han inmolado jamás seres vivos, ni hombres ni animales, pues tales sacrificios son del todo contrarios a los principios de su religión. Cuando un rico deseaba que a su muerte le enterrasen en *compañía* de alguien, enviaba la familia emisarios por todo el país en unión de los lamas embalsamadores, por ver si había muerto de

muerte natural algún niño, cuyo cadáver entregaban a dicho objeto los padres, que se consideraban dichosos de conservar el cuerpo de sus hijos de tan poética manera, en vez de entregarlo a la podredumbre y exponerlo a la voracidad de las hienas.

EL OÍDO ESPIRITUAL

Al regresar del Tíbet el abate Huc, le refirió en París a un caballero ruso llamado Arsenieff varios sucesos maravillosos que no fueron del dominio público, entre los cuales se cita el siguiente, que presencié durante su estancia en la lamasería de Kunbum. Conversaba Huc cierto día con un lama, cuando de pronto cesó éste de hablar y quedó en actitud de escuchar algo que Huc no acertaba a oír. A poco, el lama exclamó como si respondiese a un invisible interlocutor: “En ese caso debo ir”.

-¿Ir a dónde? ¿Con quién habláis? –preguntó asombrado el abate Huc.

-A la lamasería de *** -repuso el lama.- El shaberon me necesita y me ha llamado.

La lamasería de *** está a muchas jornadas de la de Kunbum donde ocurría el suceso; pero lo que más pasmó al abate Huc fue que en vez de tomar el lama el camino de la lamasería, se dirigió a una especie de cúpula situada en la azotea del edificio conventual, donde después de breves palabras con otro lama le encerró éste en ella bajo llave. El que había encerrado al amigo de Huc volvióse entonces hacia el abate que había seguido atentamente toda aquella operación, y sonriente le participó que ya había partido su huésped. A lo que respondió el abate:

-¿Pero cómo es posible, si lo habéis encerrado aquí dentro y no hay salida alguna?

-¿Y qué obstáculo es para él una puerta? Él ha partido, y como no necesita su cuerpo en el viaje, lo dejó a mi cuidado.

A pesar de los muchos prodigios de que en su arriesgado viaje había sido testigo, el abate Huc receló de que ambos lamas le hubiesen engañado. Al cabo de tres días, como no viera por allí a su habitual amigo, preguntó por él y le respondieron que regresaría aquella misma

tarde. a la puesta de sol, en el momento en que los lamas iban a recogerse, oyó Huc la voz de su amigo que parecía como si desde las nubes llamase al otro lama para que le abriese la puerta de la cúpula, tras cuya celosía se dibujaba, en efecto, la silueta del hasta entonces ausente. Apenas le franquearon la salida de la cúpula fue a ver al lama guardián de Kunbum y le enteró de ciertos mensajes y comunicaciones recibidas en el lugar adonde había ido. Nada más pudo saber Huc acerca de aquel viaje aéreo; pero sospechó que fue una "farsa" premeditada con el propósito realizado de allí a poco de confinarles a él y a su compañero de misión, el P. Gabet, en Chogar-tan, lugar aledaño de la lamasería de Kunbum. Las sospechas del audaz misionero pudieron tener fundamento en su imprudente indiscreción.

Si el abate Huc hubiese conocido la filosofía oriental, no le sorprendiera, de seguro, el viaje del lama en cuerpo astral a la lejana lamasería ni la para él inaudible plática que tuvo con el shaberon. Recordaremos a este propósito los recientes experimentos efectuados en América con el teléfono, que permite transmitir a muy lejanas distancias la voz humana y los sonidos musicales por medio de un alambre. Asimismo conviene no olvidar que, según los filósofos herméticos, cuando una llama desaparece de la vista, no por ello se extingue totalmente, sino que pasa del mundo visible al invisible, y puede, por lo tanto, percibirla la vista interna adecuada a las cosas de este otro y más real universo. la misma ley rige en el sonido; pero así como el oído corporal percibe tan sólo las vibraciones acústicas a través del aire hasta cierto grado de intensidad, según la mayor o menor agudeza de este sentido en el individuo, el adepto puede percibir las vibraciones sutilísimas del ambiente astral sin necesidad de alambres, solenoides ni tornavoces, pues le basta el poder de su voluntad. El oído espiritual salva todo obstáculo de tiempo y espacio, de suerte que un adepto puede conversar con otro de las antípodas, tan fácilmente como si ambos estuvieran en el mismo aposento.

Confirmarían nuestra aseveración numerosos testigos que oyeron el son de instrumentos músicos y de la voz humana a millares de millas de distancia del lugar en donde nos hablábamos, sin sospechar que el adepto les había comunicado por breves momentos la auditiva percepción espiritual de que él goza constantemente.

Si los científicos examinaran en vez de ridiculizar el principio de filosofía oculta que proclama la unidad de las fuerzas naturales, darían pasos de gigante en el camino de la verdad, por el cual hoy tan lentamente adelantan. Los recientes experimentos de Tyndall (42) desbarataron cuantas hipótesis se habían establecido hasta ahora para explicar la propagación del sonido, y los llevados a cabo con las llamas mágicas (43) le condujeron hasta los umbrales de la ciencia oculta. Otro paso adelante le hubiese revelado cómo pueden los adeptos comunicarse verbalmente desde lejanísimas distancias. Pero *nadie dará* por ahora este paso.

EL LENGUAJE DE LAS LLAMAS

Dice Tyndall acerca de sus experimentos con las llamas mágicas:

Cuando se golpea un yunque colocado a cierta distancia, disminuye la longitud de la llama unas siete pulgadas, por ligero que sea el golpe. Al sacudir un manajo de llaves, la llama se agita violentamente con fuerte ruido. Si se deja caer una moneda de plata sobre otra, disminuye la llama. El crujido del calzado la conmueve bruscamente, y el mismo efecto causan el roce de un vestido de seda y el ruido del papel al arrugarlo o rasgarlo. El tiquiteo de un reloj de pared muy cercano, la disminuye hasta apagarla con ligera explosión, y cuando se da cuerda a uno de bolsillo, la mueve tumultuosamente. Algunos de estos fenómenos pueden producirse desde unos treinta metros de distancia. Si se lee en voz alta cerca de la llama, se agita más o menos bruscamente en correspondencia con la entonación y modulaciones de la voz, según me sucedió al leer un trozo de la *Faërie Queene*.

Tales son las maravillas de la moderna física, para cuya experimentación se necesitan silbatos, trompetas, campanas y discos con los gases a propósito para la producción de los sonidos. En cambio, los adeptos, libres de toda esta impedimenta, obtienen los mismos resultados fenoménicos, aunque le parezca imposible a la ciencia profana. Por lo que toca a nuestra personal experiencia, diremos que en cierta ocasión de excepcional importancia, hubo necesidad de consultar un oráculo, y al efecto vimos cómo un monje mendicante obtuvo la respuesta por medio del movimiento de una llama sin aparato alguno. Encendió el monje una hoguera con ramas del árbol llamado *beal* y echó en el fuego unas cuantas hierbas sacrificiales.

Quedóse el mendicante absorto en profunda meditación junto a la hoguera y al fin empezó el interrogatorio. En los intervalos de pregunta a pregunta ardía con dificultad la hoguera como si fuese a apagarse; pero al explicar la pregunta se empinaban, retorcían y lengüeteaban las llamas en alternada dirección de los cuatro puntos cardinales (44). De cuando en cuando, una llama se inclinaba hacia el suelo hasta lamer el césped por todos lados y desaparecía súbitamente. Terminado el interrogatorio emprendió el mendicante la marcha de regreso a la selva en donde moraba y fue entonando por el camino un monótono y quejumbroso canto a cuyo ritmo respondían las llamas con maravillosas modulaciones de su rumor (45) que duraron hasta perderse de vista el mendicante. Entonces se apagó de repente la hoguera dejando una capa de cenizas ante la admirada vista de los circunstantes (46).

En los países budistas ofrece la religión dos distintos caracteres: el exotérico o popular y el esotérico o filosófico. Este último se encierra en la escuela de los *sûtrantikas* (47), atentos rigurosamente al espíritu de las directas enseñanzas de Gautama, que demuestran la necesidad de la percepción intuitiva con todas sus consecuencias. Los *sûtrantikas* no divulgan el resultado de sus investigaciones ni permiten su divulgación.

Cuando el moribundo cabe el árbol *sâl* se disponía a entrar en el nirvana, exclamó Gautama:

Todo lo compuesto es perecedero. El Espíritu es la única substancia simple y primordial, y cada uno de sus rayos es inmortal, eterno e imperecedero. Guardaos de las ilusiones de la materia.

El rey Asôka difundió el budismo por toda Asia y más allá todavía de sus confines. Era nieto del taumaturgo monarca Chandragupta que había reconquistado el Punjâb a los macedonios (48), reuniendo la India entera bajo su cetro y recibió a Megathenes en su corte de Pataliputra.

Fue Asôka el más ilustre monarca de la dinastía de Maûrya, y de libertino y ateo se convirtió a la virtud y la piedad tan hondamente que mereció el dictado de *pryâdasi* (amado de los dioses). Ningún otro soberano le aventajó en pureza de intenciones y su recuerdo perdura

en el corazón de los budistas, perpetuado en los edictos que en diversos dialectos quedaron esculpidos en las columnas y rocas de Allahabad, Delhi, Gujerat, Peshawur, Orissa y otros lugares (49).

Cuando los estaviras del tercer concilio budista enviaron misioneros a Cachemira y convirtieron a los adoradores de las serpientes, se propagó el budismo con la rapidez del fuego. Los sátrapas, que desde la muerte de Alejandro Magno se repartían el territorio índico, aceptaron la nueva religión que se extendió igualmente por Gândhara y Cabul (50).

REGLAS MONÁSTICAS DEL BUDISMO

Los *upâsakas* y *upâsakis* son hombres y mujeres seculares adscritos a la vida conventual, pero sin dejar el mundo, con voto de observar las reglas monásticas y estudiar los *meipos* o fenómenos psíquicos. Quienes incurren en los “cinco pecados” quedan excluidos de la congregación. Entre las reglas citadas, conviene citar como más importantes:

1.^a *No maldecir a nadie*, porque la maldición recae sobre el que la echa y sus parientes, también envueltos en la misma atmósfera.

2.^a Amar al prójimo, aunque sea nuestro más encarnizado enemigo.

3.^a Abstenerse de llevar armas defensivas, y sacrificar la existencia no sólo en beneficio del prójimo, sino aun de los mismos animales cuando sea necesario.

4.^a Vencerse a sí mismo, en que consiste la mayor victoria.

5.^a Evitar todo vicio.

6.^a Practicar todas las virtudes y especialmente la humildad y la clemencia.

7.^a Obedecer a los superiores; amar y respetar a los padres, a los ancianos y a los varones doctos y virtuosos.

8.^a Proveer de alimento y abrigo a los hombres y animales menesterosos.

9.^a Plantar árboles en las márgenes de los caminos y abrir pozos parra comodidad de los caminantes.

Tales son las reglas a que están sujetos los monjes y monjas budistas.

Cuenta esta religión con numerosos santos, famosos por la austeridad de su vida y lo admirable de sus milagros. Tissu, consejero espiritual del emperador, que consagró al kan Kublai, tuvo general renombre por la santidad de su conducta y las maravillas que obró; pero no se detuvo aquí su labor, sino que depuró la religión budista, y de él se dice que por su consejo expulsó el kan Kublai de una sola comarca de la Mongolia meridional a quinientos mil monjes impostores que so capa de religión se entregaban a la ociosidad viciosa. Más tarde, en el siglo XIV, tuvieron los lamaístas su gran reformador y también taumaturgo, el shaberon Son-Ka-po, nacido, según tradición, de la virgen Koko-nor. Uno de sus prodigios fue que el árbol del Kunbum o de las diez mil imágenes, marchito desde hacía algunos siglos por la decadencia de la fe, rebrotó con más vigor y lozanía que nunca de los cabellos de este avatar de Buda. La misma tradición dice que Son-Ka-po ascendió a los cielos el año 1419. Contrariamente a la opinión del vulgo, pocos de los santos budistas son avatares (51).

En muchas lamaserías hay escuelas de magia y la más famosa es la del monasterio de Shutukt, vasto como mediana ciudad, pues a él están adscritos más de treinta mil monjes y monjas. Algunas de estas últimas poseen notables virtudes taumatúrgicas, y de tiempo en tiempo van en peregrinación de Lha-Ssa a Candi, la Roma del budismo, que atesora muchos santuarios y reliquias de Gautama.

Para evitar el encuentro con musulmanes y gentes de otras creencias, viajan de noche completamente inermes y sin temor de los animales salvajes que no las han de acometer. Durante el día se refugian en cuevas y viharas que sus correligionarios les preparan al efecto en parajes convenientes (52).

EL ALMA DE LAS FLORES

Uno de los más interesantes fenómenos que nos llevó a presenciar nuestro anhelo de investigación, lo realizó un peregrino budista hace ya algunos años, cuando esta clase de manifestaciones eran una novedad para nosotros. Un amigo budista natural de Cachemira, de padres katchis pero convertido al lamaísmo y de místico temperamento, que reside ordinariamente en Lha-Ssa, nos invitó a visitar a los peregrinos, entre los cuales había una monja alta, demacrada y ya metida en años, que al ver en nuestras manos un ramo de hermosas y fragantes flores, preguntó:

-¿Por qué lleva ese manojo de flores muertas?

-¿Muertas? ¡Pues si acabo de cortarlas de la planta!

-Y sin embargo, están muertas. Nacer en este mundo es morir. Ahora veréis cómo son estas flores en el mundo de la perpetua luz, en los jardines de nuestro bendito Foh.

Sin moverse del sitio donde en el suelo estaba sentada, tomó la monja una flor del ramillete, se la puso en la falda y arrojó sobre ella grandes puñados de una materia invisible extraída al parecer de la atmósfera circundante. Muy luego apareció una tenue neblina que poco a poco fue tomando forma y color hasta que se detuvo en el aire y vimos la exacta imagen de la flor con todos sus pétalos y matices, pero mil veces más hermosos y de más delicada belleza, de la propia suerte que el glorificado espíritu humano aventaja incomparablemente a su envoltura física. Flor tras flor fue reproduciendo la monja todo el ramo hasta la más insignificante brizna, con la particularidad de que aparecían y desaparecían alternativamente a impulsos de nuestro pensamiento. En cierta ocasión sosteníamos con el brazo extendido una rosa plenamente abierta, y a los pocos minutos aparecieron brazo, mano y flor perfectamente reproducidos en el aire a unos dos metros de nuestro asiento; pero mientras que el aspecto de la flor era etéreo y de tan indescriptible hermosura como el de las demás flores astralmente reproducidas, el brazo y la mano aparecían cual reflejados en un espejo, de suerte que hasta se veía en el antebrazo una gran mancha producida por la tierra húmeda de una de las raíces de la flor. Más tarde supimos la razón de este fenómeno.

Hace medio siglo declaró acertadamente el doctor Broussais que si el magnetismo fuese verdad sería un absurdo la medicina. El magnetismo es verdad, y en cuanto a quea absurdo la medicina, no contradeciremos al médico francés. Según hemos demostrado, el magnetismo es el alfabeto de la magia, pues no cabe comprender las operaciones mágicas sin la previa comprensión de las atracciones y repulsiones magnéticas en la Naturaleza.

Muchas de las llamadas supersticiones populares son en el fondo el instintivo conocimiento de esta ley, porque por secular experiencia sabe el vulgo que ciertos fenómenos ocurren bajo determinadas condiciones, y que se repiten invariablemente siempre que se establecen dichas condiciones; pero como el vulgo desconoce el fundamento reflexivo de la ley, atribuye el fenómeno a causas sobrenaturales.

Ejemplo de estas supersticiones tenemos en la subsistente en la India, Rusia y otros países que consiste en la instintiva repugnancia de cruzar por la sombra que proyecta un hombre y más todavía si es pelirrojo, así como la aversión de los indos a estrechar la mano de quien no sea de su raza. Hay en esto explicación racional y no son ridículas quimeras, pues toda persona tiene su correspondiente aura o efluvio magnético, que no obstante la perfecta salud física del sujeto puede influir morbosamente en quienes reciban sus emanaciones. Según el doctor Esdaile y otros hipnotizadores, las gentes de raza oriental y particularmente los indos son más sensitivos que los de raza blanca.

Los experimentos del barón de Reichenbach, si no bastaran los del mundo entero, han demostrado que son mucho más intensos los efluvios magnéticos que irradian de las extremidades torácicas y abdominales del cuerpo humano, y así lo corroboran las manipulaciones terapéuticas. Por consiguiente, los apretones de manos son verdaderos contactos magnéticos que pueden transmitir condiciones morbosas o antipáticas, por lo que obran cuerdamente los indos en mantenerse fieles a este precepto de Manú.

CREENCIAS POPULARES

Por lo que atañe a la sombra de los pelirrojos, hemos observado en todos los países la misma prevención contra los hombres de este

pigmento, según corroboran los refranes corrientes sobre el particular en Rusia, Persia, India, Francia, Turquía y Alemania (53), que achacan a los pelirrojos el ser traicioneros y solapados. Ahora bien; cuando un hombre está iluminado por la luz del sol, proyecta las emanaciones magnéticas en la misma dirección de su sombra (54) por efecto del magnetismo solar, que al avivar la vitalidad del individuo acrecienta su energía electro-magnética. De aquí quye aquél a quien un hombre le sea antipático, hará bien en no cruzar por la sombra de este hombre.

Si los médicos se desinfectan las manos después de tocar a un enfermo y no por ello los inculpamos de supersticiosos, ¿por qué llevar esta inculpación contra los indos? Los microbios morbosos son invisibles y, sin embargo, de efectiva realidad en su acción, como han demostrado los bacteriólogos; pero también los experimentadores orientales demostraron hace miles de años que los gérmenes de una epidemia moral pueden propagarse por comarcas enteras y que el magnetismo siniestro es contagioso.

Otra creencia vulgar en la región rusa de Georgia y en varias de la India es que cuando no reaparece el cadáver de un ahogado, se puede encontrarlo con sólo echar al agua una prenda de ropa de uso del difunto, pues irá flotando en el agua hasta detenerse en el punto perpendicular al en que está hundido el cadáver, que la atraerá hacia el fondo.

Hemos presenciado este fenómeno en un caso en que sirvió de prenda el cordón sagrado de un brahmán, que fue trazando curvas sobre el agua como si buscase algo, hasta que, lanzándose repentinamente en línea recta en un trayecto de cincuenta metros, se hundió en el sitio de donde más tarde los buzos extrajeron el cadáver.

También subsiste en los Estados Unidos de América la misma creencia. Un periódico de Pittsburgo relataba no hace mucho tiempo el hallazgo del cadáver de un niño llamado Reed, que se ahogó en el río Monongahela. Fracasadas cuantas tentativas se hicieron para encontrar el cadáver, se recurrió a echar al agua una camisa del difunto, que después de flotar durante algún tiempo se hundió en determinado paraje, de donde se extrajo el cadáver. Por absurda que parezca esta creencia, es muy común entre las gentes de aquel país.

Se explica este fenómeno por la poderosa atracción que el cuerpo humano ejerce en los objetos que por largo tiempo estuvieron en contacto con él, y así sólo sirven para el caso las prendas muy usadas y de ningún modo las nuevas.

Desde tiempo inmemorial, las doncellas rusas siguen la costumbre de echar al río el día de la Trinidad guirnaldas de hojas tejidas por sus manos para adivinar su destino. Si la guirnalda se hunde, es señal de que la muchacha morirá soltera aquel mismo año; si la guirnalda flota, se casará la muchacha dentro de un período de tiempo cuya duración corresponde al número de versículos que pueda ella recitar durante el experimento. Por nuestra parte afirmamos que hemos comprobado personalmente la verdad de algunos de estos casos, especialmente de dos en que las protagonistas fueron dos amigas cuya guirnalda se hundió y murieron antes del año. Si el experimento se hiciera cualquier otro día que no fuese el de la Trinidad daría el mismo resultado, pues el hundimiento de la guirnalda debe atribuirse a estar impregnada del magnetismo morboso de algún órgano aquejado de mortal dolencia, por lo que el fondo del río atrae la guirnalda. En cuanto a las demás circunstancias del fenómeno dejaremos su explicación a los amigos de las coincidencias.

LOS VERDADEROS FAKIRES

También se tachan de supersticiones, no obstante su fundamento científico, los fenómenos operados por los fakires, a quienes los escépticos confunden con los prestidigitadores e ilusionistas, cuando precisamente nada tienen que ver los fenómenos (*kîmiya*) del fakir con las habilidades (*batte-bâzi*) del prestidigitador ni mucho menos con la necromancia del hechicero (*jâdûgar o sâhir*), tan temido y odiado en la India. Entre las operaciones de unos y otros no sabe distinguir el europeo escéptico; pero el atento observador y la generalidad de los indos, sin distinción de castas, descubren la sutilísima y honda diferencia que separa la índole de los fenómenos. La bruja (*kangâlin*) que se prevale de sus facultades hipnóticas (*abhi-châr*) para causar daño, está expuesta a que cualquiera la mate, pues para todo indo es lícito matar a una bruja. El prestidigitador (*bukka-baz*) se limita a divertir al público, y los encantadores de serpientes que las llevan en su *bâ-îni* no alcanzan a más allá de fascinar a estos venenosos reptiles, sin potestad de influir en los seres humanos mediante hechizos

mágicos y las operaciones llamadas *mantar phûknâ* por los naturales. En cambio, el yogui y el sannyâsi deben sus maravillosas facultades a la educación mental y física, y los indos veneran a algunos de ellos como semidioses.

Rarísimos europeos pueden juzgar de la naturaleza de estas facultades, pues sólo tiene ocasión de presenciar sus operaciones mágicas quien cuenta con la benevolencia de algún brahmán o en casos de especiales y fortuitas circunstancias. Es tan insólito para un europeo ver a un fakir auténtico, como a una de las doncellas llamadas *nautch*, de quienes hablan todos los viajeros aunque poquísimos verazmente, pues están adscritas al servicio interior de las pagodas. Así es que no deben los europeos considerar como fakires a los desastrados y asquerosos sujetos que se pasan meses y aun años en una misma actitud a las puertas de las pagodas o en las plazas públicas y se torturan horriblemente por el procedimiento del *ûraddwa bahu*.

Muy extraño es que no obstante la infinidad de viajeros que han recorrido la India y comarcas colindantes y a pesar de que allí residen millones de europeos, no se tenga todavía noción exacta de la índole de aquel país. Tal vez alguno de nuestros lectores suponga que ya se sabe cuanto puede saberse de la India y dude de cuanto hemos dicho o acaso lo contradiga abiertamente, como nos sucedió en cierta ocasión. Los ingleses residentes en la India, según decía un oficial del ejército, creen de mal tono y de peor gusto ocuparse en cosas referentes a los indos y demostrar deseo de conocer cuanto de maravilloso y extraordinario se les atribuye; pero bien hubieran podido los viajeros suplir esta desatención de los residentes y explorar más detenidamente tan interesante país.

Hace cosa de medio siglo iban de caza dos intrépidos oficiales ingleses por las montañas Azules o de Neilgherry, en la India meridional, cuando al internarse en los bosques descubrieron unas gentes de raza distinta por su tipo e idioma de las otras del país. Muchas conjeturas más o menos descabelladas se hicieron acerca del origen y naturaleza de estas gentes, y los misioneros, que siempre están dispuestos a relacionarlo todo con la *Biblia*, llegaron a suponer que fuesen los descendientes de una de las dispersas tribus de Israel, fundándose para ello en el deleznable indicio de que tenían la tez blanca y los rasgos fisonómicos característicos del pueblo judío. Sin

embargo, hay en esto error evidente, pues ese pueblo llamado de los *todas* no denota ni la más remota semejanza de compleción, costumbres, idioma y rasgos étnicos con el tipo judío (55).

No obstante el tiempo transcurrido y del aumento de población en aquellas montañas, cuyas faldas son hoy asiento de nuevas ciudades, nada se ha adelantado en el conocimiento de este pueblo singular acerca del cual se han derramado las más absurdas voces, sobre todo por lo que se refiere al número de sus individuos y a la poliandria que se les achaca y por cuya costumbre van extinguiéndose rápidamente, de modo que tan sólo quedan ya unos cuantos centenares de familias *todas*. Sin embargo, por nuestro personal testimonio podemos afirmar categóricamente que los *todas* no practican la poliandria ni su número es tan escaso como se supone, aunque nadie ha visto jamás a los niños de los *todas* sino en todo caso a los niños de los badagas que suelen llevar en su compañía, a pesar de ser estos badagas una tribu inda enteramente distinta, pero que siente profunda veneración hacia los *todas*, a quienes proporcionan alimento, vestido y tributan adoración casi divina. Son los *todas* de estatura gigantesca, de tez blanca como los europeos, barba y cabello muy largos y poblados, sin que jamás les haya tocado filo de tijera o navaja.

LOS TODAS DE LA INDIA

Del relato de varios viajeros y de las obras de algunos orientalistas entresacamos los siguientes informes acerca de este extraño pueblo:

Son los *todas* de aspecto hermoso como el de una estatua de Fidias o Praxiteles, y pasan el tiempo en la ociosidad y la indolencia. Jamás hacen uso del agua ni cuidan del aseo personal. Su vestido se contrae a una amplia túnica de lana negra con cenefa de color en los bajos. No gustan de adornos ni joyas a que tan aficionado se muestra el indo. Su única bebida es la leche, y aunque apacientan rebaños no comen la carne de las reses ni hacen trabajar a las bestias de carga ni se ejercitan en la industria ni en el comercio. Desdeñan las armas, pues ni siquiera llevan bastón y no saben leer ni quieren salir de su analfabetismo. Son los *todas* desesperación de los misioneros, y según parece no profesan otra religión que el culto de sí mismos como señores de la creación (56).

Sin embargo, hemos de rectificar parte de estos informes en vista de los que respecto del particular nos dijo un santo gurú, brahmán merecedor de nuestro más profundo respeto. De ello resulta que nadie ha podido ver jamás juntos a más de cinco o seis todas, pues rehuyen el trato de los extranjeros y no les permiten entrar en sus largas y achatadas cabañas con sólo una puerta de acceso sin ventanas ni chimenea. No se ha podido ver ningún viejo entre los todas ni que enterraran a muerto alguno. En los recrudescimientos de la epidemia cólera quedan indemnes, al paso que mueren miles de los demás indígenas atacados de la terrible enfermedad.

Tampoco han de temer nada los todas ni sus ganados de los animales feroces o venenosos, a pesar de que, según ya dijimos, no van ni siquiera armados de un mal palo. No se conoce el matrimonio entre los todas, y si parece escaso su número es porque nadie ha tenido ocasión de computarlo. Tan pronto como el alud de la civilización quebrantó su soledad, tal vez a causa de la indiferencia en que vivían, emigraron a parajes más recatados aún que las montañas Neilgherry. No descienden los todas de la propia estirpe de su raza, sino que son hijos de una escogidísima secta y destinados desde su primera infancia a fines puramente religiosos. Así es que el nombre de todas designa a los que por su complexión y otras características quedan consagrados desde su nacimiento a este especial destino religioso. Cada tres años se reúnen los todas en determinado paraje por cierto período de tiempo, y la suciedad de su cuerpo es como un disfraz a propósito para desorientar a quienes puedan verlos (57). Dedicán a fines sagrados la mayor parte de sus rebaños y ningún profano ha entrado jamás en los templos donde efectúan sus ceremonias, pero se sabe que igualan en magnificencia a las más renombradas pagodas. No es, por lo tanto, extraño que por su nacimiento y misteriosos poderes veneren los badagas a los todas como semidioses y les proporcionen cuanto necesitan para la vida.

Tenga el lector la completa seguridad de que cualquier informe distinto de los precedentes se aparta de la verdad. Los misioneros no lograrán atraerse a ningún toda ni habrá badaga capaz de traicionar, ni aunque le despedacen, a quienes tan sinceramente sirven. Son los todas una comunidad que cumple una altísima misión bajo inviolable secreto.

Pero, además de los todas, hay en la India otras tribus igualmente misteriosas, y si bien hemos aludido a algunas en el curso de esta obra, quedan otras en silencio y sigilo.

Muy poco sabe hasta ahora el común de las gentes acerca del samanismo, y aun inexactamente, como ocurre en todo lo relativo a las religiones no cristianas. Generalmente se cree que el samanismo es el culto pagano dominante en Mongolia, cuando precisamente es una de las más antiguas modalidades religiosas de la India. Se funda el samanismo en la creencia de que después de la muerte persiste la individualidad del hombre, aunque se haya desprendido del cuerpo físico, y que sigue viviendo en naturaleza espiritual. Es el samanismo una derivación de la primitiva teurgia que entrefunde el mundo invisible con el visible. Cuando un mortal desea comunicarse con sus invisibles hermanos, le es preciso, según la doctrina samánica, elevarse hasta el plano en que residen, de modo que de ellos reciba energía espiritual, en tanto que, por su parte, les da él a ellos energía física, a fin de que puedan manifestarse espectralmente. Este temporáneo intercambio de condiciones es una operación teúrgica; pero quienes no la comprenden acusan a los samanes de hechicería y de evocar los espíritus de los muertos en ayuda de sus artes necrománticas.

COMUNICACIONES DE LOS LAMAS

Sin embargo, el verdadero samanismo floreció en la India tres siglos antes de J. C., en la época de Megathenes, y no cabe juzgar de él por las degeneradas derivaciones que actualmente practican los samanes de Siberia, así como tampoco es posible juzgar del budismo por las supersticiones fetichistas de los siameses y birmanos. Hoy día el samanismo o comunicación teúrgica con los espíritus desencarnados se profesa en las principales lamaserías de Mongolia y Tíbet, pues el budismo lamaico ha conservado cuidadosamente los primitivos conocimientos mágicos y opera en los tiempos presentes tan maravillosos fenómenos como en la época del kan Kublai y sus magnates. Lo mismo que hace trece siglos, la mística fórmula: *Aum mani padmé hum* (58) del rey Srong-ch-Tsans-Gampo tiene virtudes mágicas. Avalokitesvara, el principal de los tres bodisatvas y santo patrón del Tíbet, se aparece espectralmente a los fieles en la lamasería de Dga-G'Dan, por él fundada, y la luminosa sombra de Son-Ka-pa, en figura de ígnea nubecilla desprendida de los rayos solares, conversa

con los miles de lamas de aquella comunidad y su voz resuena como el susurro de la brisa al orear los árboles, hasta que la hermosa aparición se desvanece entre los del parque de la lamasería.

Dícese que en el *Garma-Khian* o lamasería metropolitana, los lamas adeptos provocan la aparición de los espíritus malignos y regresivos para forzarles a dar cuenta de sus fechorías y reparar el daño inferido a las gentes. A esto le llamó ingenuamente el abate Huc “la personificación de los demonios”. Si los escépticos europeos pudieran leer los dietarios de la lamasería de Moru (59) en la ciudad espiritual de Lha-Ssa, donde se anotan los resultados de las comunicaciones de los lamas con las entidades del mundo invisible, no desdeñarían en estudiar los fenómenos que tan ponderativamente describen los periódicos espiritistas.

En la lamasería de Foht-Ila, residencia veraniega del dalailama, una de las más importantes de las miles del país, se ve flotar en los aires el cetro del prior del monasterio, cuyos movimientos regulan los actos de la vida conventual. Cuando el prior llama a un monje para que dé cuenta de su conducta, sabe de antemano el llamado que le sería inútil mentir, pues el cetro regulador de la justicia oscilará en uno u otro sentido para corroborar o desmentir las declaraciones del monje (60).

En el monasterio de Sikkim hay algunos lamas taumaturgos. El difunto patriarca de Mongolia, Gegen Chutuktu, que residía en el paradisíaco lugar de Urga, fue la décimosexta encarnación de Gautama, y por lo tanto, tuvo categoría de bodisatva y facultades taumatúrgicas verdaderamente admirables, aun entre los taumaturgos de aquella tierra de las maravillas por excelencia.

Pero no vaya a creerse que estas facultades taumatúrgicas puedan educirse sin esfuerzo. Las vidas de estos ejemplarísimos varones son ya de por sí un milagro, por más que la ignorancia los califique de vagabundos, holgazanes, mendigos e impostores. Decimos que su vida es ya de por sí un milagro, porque nos demuestra cumplidamente a cuánto alcanzan la pureza de conducta y rectitud de intenciones acompañadas del más riguroso ascetismo sin detrimento de la salud del cuerpo, cuya vida se prolonga hasta muy proveya edad. Ni por asomo imaginaron jamás los eremitas cristianos los refinamientos disciplinarios con que los fakires induístas y los monjes budistas

fortalecen su voluntad, hasta el punto de que la aérea austeridad de Simeón el Estilita resulta en comparación juego de chiquillos.

FACULTADES TAUMATÚRGICAS

Pero no es lo mismo el estudio teórico que el ejercicio práctico de la magia. El colegio mongol de *Brâs-ss-Pungs* cuenta con más de trescientos magos (61) y doble número de discípulos que cursan la magia desde los doce a los veinte años; pero al terminar los estudios tardan todavía mucho tiempo en recibir la iniciación final, y apenas llega a merecerla uno de cada cien candidatos. Asimismo, entre los muchos miles de lamas que ocupan una serie de conventos alrededor de toda una ciudad, tan sólo el dos por ciento educen facultades taumatúrgicas. Cabe aprender de memoria línea por línea los 108 volúmenes del *Kadjur* (62) y sin embargo, carecer de facultades taumatúrgicas. Sólo hay un camino para llegar seguramente a la meta y de él nos hablan algunos autores herméticos, entre ellos el alquimista árabe Abipili, quien dice:

Te advierto, ¡oh tú!, quienquiera que seas e intentes sondear los arcanos de la naturaleza, que si no hallas *dentro de ti* lo que buscas, tampoco lo hallarás *fuera de ti*. Si desconoces las excelencias de tu propia casa ¿por qué tratas de indagar la excelencia de otras cosas? ¡Oh hombre! Conócete a ti mismo. En ti yace oculto el tesoro de los tesoros.

En otro tratado de alquimia que se titula: *De manna Benedicto*, el autor dice respecto de la piedra filosofal:

Por diversas razones no tengo intención de hablar mucho sobre este asunto, ya explícitamente descrito al relatar ciertos usos mágicos y naturales de esta piedra que desconocen muchos de los que la poseen. Pero cuando contemplo a estos hombres *me tiemblan las rodillas, se estremece mi corazón y me quedo absorto*.

Todo neófito ha experimentado en mayor o menor grado análogos sentimientos, hasta que una vez vencidos se elevó a las alturas del adeptado. En los claustros de Tashi-Lhunpo y Si-Dzang educen algunos lamas las facultades mágicas hasta su extrema perfección. famoso es en la India el Banda-Chan Rambutchi, el *Hutuktu* de la capital del alto Tíbet, y renombrada en todo el país la confraternidad de Khe-lan, entre

cuyos hermanos sobresalió un inglés (*peh-ling*) que venido de Occidente abrazó la religión budista y al cabo de un mes de noviciado fue admitido en la cofradía de Khe-lan. Según tradición, conocía este inglés todas las lenguas orientales, incluso la tibetana, y estaba versado en todas las ciencias y artes. Por la santidad de su vida y sus dotes taumatúrgicas llegó a ejercer al poco tiempo las elevadas funciones de shaberón, y los tibetanos veneran su memoria, aunque tan sólo los shaberones conocen su verdadero nombre.

El fenómeno mágico cuya operación anhela más vehementemente el budista devoto es el de viajar por los aires. El famoso chino Pia Metak, que fue rey de Siam, sobresalía por su saber y devoción; pero no alcanzó aquella eminentísima facultad hasta que se puso bajo la directa tutela docente de un sacerdote budista. Crawford y Finlayson, durante su residencia en Siam, observaron atentamente los esfuerzos de algunos nobles siameses para adquirir esta facultad (63).

Muchas y muy diversas sectas se dedican por entero en China, Siam, Tartaria, Tíbet, Cachemira e India británica a la educación de los llamados poderes sobrenaturales. Acerca de una de estas sectas, la de los *taosés*, dice Semedo:

Aseguran los *taosés* que por medio de ciertas prácticas y meditaciones pueden unos de ellos rejuvenecerse y otros alcanzar el estado de *shien-sien* o de beatitud terrenal en el que les es dado realizar todos sus anhelos y trasladarse pronta y fácilmente de un lugar a otro por muy distante que esté (64).

Esta facultad se contrae a la *proyección* del vehículo astral más o menos densificado, pero no a la locomoción aérea del cuerpo físico, pues dicho fenómeno puede compararse al reflejo de la imagen en el espejo donde aparece reproducida nuestra persona en sus más minuciosos pormenores, sin que haya en ella ni un átomo de materia. la fotografía proporciona otra prueba de esta proyección refleja, y si los físicos no han descubierto todavía el procedimiento de obtener fotografías a lejanas distancias (65), nada se opone a que lo hayan encontrado en la virtud de su *propia voluntad* quienes la desligan de todo interés mundano (66).

POSIBLES DESCUBRIMIENTOS CIENTÍFICOS

La ciencia afirma que el *pensamiento* también es *materia* y que toda vibración energética conmueve la masa atmosférica. Por lo tanto, si el hombre, como todos los seres y todas las cosas, está circuido del aura formada por sus propias emanaciones, y si con la imaginación puede trasladarse instantáneamente a los más distantes lugares, ¿qué imposibilidad científica se opone a que, regulado, intensificado y dirigido su pensamiento por la educada *voluntad*, asuma temporáneamente una forma objetiva que para la persona a quien vaya encaminado sea fidelísima figura del pensamiento original? ¿Es acaso esta afirmación más hipotética que no hace mucho tiempo lo eran el telégrafo, la fotografía y el teléfono?

Desde el momento en que la placa sensibilizada retiene tan minuciosamente nuestra imagen fisonómica, ha de ser esta imagen algo *material*, aunque tan en extremo *sutil* que escape a la ordinaria percepción sensoria. Y puesto que por medio de la linterna mágica podemos proyectar nuestra imagen personal sobre una pared blanca (67) desde cien metros de distancia, no es científicamente imposible que los adeptos conozcan ya algo que los científicos niegan hoy todavía, pero que con seguridad descubrirán mañana, esto es, el procedimiento de proyectar instantáneamente su cuerpo astral a miles de kilómetros de distancia y actuar en él tanto o más certera e inteligentemente que en el cuerpo físico, del cual se desprenden y dejan entretanto con el indispensable fluido vital para mantener catalépticamente la vida orgánica. La energía universal tiene una modalidad vibratoria muy superior a la eléctrica, única que hasta ahora conocen los investigadores científicos, y aun hay diversas transformaciones de la electricidad de cuyos inexperimentados efectos nadie es capaz de sospechar la amplitud.

Dice Schott que los chinos, y particularmente los de la secta de Tao-Kiao, llamados taosés, dieron ya desde muy antiguo el nombre de *sian* o *shin-sian* al anacoreta que, o bien por austeridad de vida o por efecto de hechizos y elixires, tienen virtudes taumatúrgicas y han alcanzado la inmortalidad terrena (68). Sin embargo, hay exageración, aunque no error, en esta referencia, pues no tienen el don de la inmortalidad corporal, sino tan sólo el de prolongar la vida, como lo atestigua Marco Polo en el siguiente pasaje:

Hay allí unos hombres llamados *chughis* (69), pero cuyo verdadero nombre es el de *abraiamanes* (70), que viven de 150 a 200 años. son muy sobrios y se alimentan principalmente de arroz y leche. Dos veces al mes toman una extraña pócima de azufre y mercurio que, según dicen, les alarga la vida y están acostumbrados a tomarla desde su infancia (71).

Dice Yule que, según Burnier, saben los yoguis preparar tan admirablemente el mercurio, que un par de gránulos de su preparación tomados por la mañana entonan salutíferamente el cuerpo. Añade a esto Yule que el *mercurius vitae* de Paracelso era una pócima en cuyos ingredientes entraban el antimonio y el mercurio (72).

Muy desaliñados e incorrectos son estos informes que estamos en disposición de rectificar. Por de pronto, la longevidad de algunos lamas y talapines es proverbial, y todo el mundo sabe allí que beben una mixtura por cuya virtud se renueva la “sangre vieja”, como ellos la llaman. Asimismo sabían los alquimistas que el *aura de plata* tomada a prudentes dosis devuelve la salud y prolonga considerablemente la vida. Pero en cuanto a si era mercurio la base del elixir usado por los yoguis y alquimistas, tenemos fundamento para afirmar que no es mercurio aunque lo parezca, pues tanto Paracelso como los demás místicos y alquimistas entendían por *mercurie vitae* el *espíritu* o *aura* de la plata y no del mercurio. Es de todo punto errónea la afirmación de que Paracelso introdujera el uso del mercurio en la farmacopea terapéutica, pues ningún preparado de mercurio, ya lo fuera por mano de algún medioeval filósofo del fuego, ya lo esté por la de los modernos farmacéuticos, no pudo ni podrá poner en perfecta salud al cuerpo. Tan sólo los inescrupulosos charlatanes preconizarán las virtudes de semejante droga, y así opinan muchos comentadores que los enemigos de Paracelso forjaron esta imputación con el maléfico propósito de que las gentes lo tuvieran por un charlatán.

MEDICINAS DE LOS YOGUIS

Los antiguos yoguis usaban, y aun hoy usan los lamas y talapines, un brebaje compuesto de cierto jugo lechoso extraído de una planta medicinal y mezclado con un poco de azufre. Algún maravilloso secreto deben de conocer estos hombres, cuando les hemos visto curar en breves días muy peligrosas heridas y soldar fracturas de huesos en

tantas horas como días necesita la cirugía para obtener el mismo resultado (73). También hemos oído hablar de cierta agua llamada *âb-i-hayât* que mana de la fuente *âb-i-haiwân-î* y según creencia vulgar sólo pueden ver los santos sannyâsis. Sin embargo, los talapines no han querido revelar sus secretos terapéuticos ni a los científicos ni a los misioneros, por recelo de que sirviese de lucro lo que graciosamente debe emplearse en beneficio de la humanidad (74).

En las solemnes festividades de las pagodas indas o en los festejos con que se celebran las bodas de príncipes y magnates y siempre que con cualquier motivo se reúne gran multitud de gentes, acuden allí los *gunis* o encantadores de serpientes, los fakires hipnotizadores, los ilusionistas y alguno que otro sannyâsi milagrero. Los europeos que presencian los sorprendentes fenómenos operados por estas gentes podrán burlarse fácilmente de ellos, pero no les será posible explicarlos científicamente. Al ver a un encantador de serpientes con las cobras enroscadas al cuerpo, los brazos ceñidos por varios corallilos (75) y en el cuello un trigonocéfalo (76) a manera de corbata, sonríen despectivamente los escépticos, y ya que no puedan negar el fenómeno tratan de explicarlo diciendo que el encantador ha desemponzoñado de antemano a los reptiles arrancándoles los colmillos (77) y sumiéndolos al efecto en sopor hipnótico.

Ocurrió cierta vez que un oficial inglés, el capitán B, regateaba méritos a un encantador de serpientes diciendo que por lo inofensiva era ridículo temerlas. Entonces el guni, acercándose al capitán, le preguntó:

-¿Quiere el señor acariciar una de mis serpientes?

Soltó el capitán una interjección incompatible con los caracteres de imprenta y echóse rápidamente hacia atrás demostrando tanta ligereza de pies como de lengua, y gracias a la sugestiva acción del guni pudo librarse de una humillación pública.

Por media rupia (78), cualquier profesional del hechizo sárpico atraerá a sí multitud de serpientes indómitas, de las especies más ponzoñosas, que reptarán por piernas y brazos hasta enroscársele por todo el cuerpo, de modo que las manosee indemnemente (79). ¿Habr

algún prestidigitador, domador o hipnotizador europeo que ose efectuar semejante experimento a diario repetido en la India?

EL FAKIR Y LA TIGRE

Una vez, los vecinos de un villorrio sito no lejos de Dakka, en las cercanías de una selva, se vieron sorprendidos de espanto por la aparición, al rayar el alba (80), de una corpulenta tigre de raza bengalesa a la que un atrevido cazador había arrebatado sus cachorros. Víctimas de la fiera se contaban ya dos hombres y un niño, cuando un fakir que salía de la pagoda vióse frente al felino, agachada junto a un árbol en espantable actitud de lanzarse sobre otra presa. Sin vacilar, encaminóse el fakir derechamente a la fiera cantando un mantra de letra ininteligible para los profanos, y a cosa de tres metros de distancia dio unos cuantos pases magnéticos cuyo efecto fue que, con asombro de los vecinos refugiados tras las puertas de sus casas o subidos a los árboles, dio la bestia tan tremendo salto que todos creyeron víctima de su furia al santo varón; pero subió de punto el general asombro al verla retorciéndose y revolcándose a sus pies hasta quedar con la cabeza apoyada en las patas delanteras y la vista apaciblemente fija en él. Sentóse éste entonces junto a la fiera y la acarició pasándole la mano por la listada piel hasta que gradualmente cesó de rugir, y al cabo de media hora acudieron los vecinos en peso a contemplar al fakir recostado sobre los lomos de la tigre, a manera de almohada, con la mano derecha sobre la cabeza del animal que le lamía suavemente la izquierda apoyada sobre el césped bajo su espantable boca.

De este modo subyugan los fakires a las bestias más feroces de la India, entre las cuales no es la menor el tigre, y seguramente que ningún domador europeo fuera capaz de otro tanto a pesar del hierro candente. Desde luego que no todos los fakires poseen tan maravillosas facultades, pues son los menos; pero no obstante, su número es considerable, y como el procedimiento para educirlas se les enseña secretamente en las pagodas, sólo lo conocen los iniciados. Esto confirma la verdad de las hasta hoy tenidas por fábulas de Krishna y Orfeo, que con sus cantos amansaban a las fieras.

Es innegable que *ni un solo europeo* residente en la India, de asiento o de viaje, puede jactarse de haber estado en el *recinto interno* de una

pagoda, pues no hay influencia ni soborno capaces de franquear sus puertas a los profanos, y menos aún a los extranjeros. Si alguien intentara allanar el santuario, fuera lo mismo que prender fuego a un polvorán, pues los cien millones de indos, tan sufridos y pacientes (81), se sublevarían como un solo hombre, sin distinción de secta ni casta, contra semejante profanación y exterminarían a los extranjeros.

La Compañía de Indias estaba perfectamente enterada de esta disposición de ánimo y desde luego procuró aquistarse la benevolencia de los brahmanes, cuyas pagodas subvencionó precavidamente. El gobierno británico sigue la misma conducta y ha logrado consolidar hasta cierto punto su dominio, respetando la religión, costumbres y leyes de los indígenas.

Pero reanudemos el examen del samanismo o culto de los espíritus, la más extraña y a la par menos conocida de las religiones anteriores al cristianismo. No tienen los samanes culto externo, ídolos ni altares y celebran una sola ceremonia, ritualística en el solsticio de invierno, sin permitir la entrada a los profanos (82). Los rusos, a pesar de su trato frecuente con los samanes de Siberia y tartaria, nada saben de cierto sobre esta religión, excepto lo relativo a las virtudes mágicas de sus sacerdotes, que achacan a prestidigitación, aunque muchos rusos residentes en Siberia están convencidos de la verdad de las facultades de los samanos. Celebran estos sus ceremonias religiosas al aire libre, en la cumbre de un colina o en lo más escondido de las selvas, a semejanza de los antiguos druidas. Las ceremonias del nacimiento, matrimonio y muerte son parte secundaria del culto religioso y consisten en ofrendas de esencias y leche, derramadas en el fuego del sacrificio al ritmo de conjuros mágicos que entona el celebrante y corean los fieles.

LOS SAMANES DE SIBERIA

El traje de los sacerdotes es de piel de gamuza u otro animal de virtudes magnéticas y está adornado con numerosas campanillas de hierro y bronce (83), que sirven para ahuyentar a las malignas entidades aéreas. También se valen a este propósito de un bastón cubierto de jeroglíficos y guarnecido de cascabeles, hacia cuyo puño queda atraída por misteriosa fuerza la mano del sacerdote o sacerdotisa cuando se comunica con el espíritu, y a poco se ve

levantado en los aires hasta considerable altura, desde donde vaticina el porvenir (84). Ejemplo de ello nos da el samán que en 1847, desde un apartado lugar de Siberia, predijo con todos sus pormenores la guerra de Crimea, ocurrida seis años más tarde.

Aunque por lo general no conocen la astronomía ni siquiera de nombre, predicen los eclipses y otros fenómenos astronómicos y descubren a los culpables de robos y asesinatos. Los de Siberia son todos analfabetos, y entre los del Tíbet y Tartaria predominan los decultura empírica y autodidáctica, que no se someten a la influencia de las entidades psíquicas. Los primeros son *médiums* y los segundos *magos*. No es extraño, por lo tanto, que cuando los samanes se comunican en estado de trance con los espíritus, digan las gentes supersticiosas que están poseídos del demonio. Como en las bacantes y coribantes de la antigua Grecia, el frenesí mántico de lossamanes se manifiesta en violentísimos gestos y turbulentas danzas que por contagio imitan los espectadores atacados también del mismo frenesí, cuyas consecuencias suelen ser fatales en algunos individuos que acaban por caer rendidos al suelo (85).

Ejemplos de este linaje de contagios psíquicos nos ofrece la historia de los tiempos medioevales, entre ellos el famoso *baile de San Vito o corea*, del que Paracelso curó a muchos atacados, por lo que le acusaron sus enemigos de haber lanzado demonios por obra de uno muy poderoso que llevaba metido en el puño de la espada (86).

El samán iletrado es víctima de las entidades psíquicas, y mientras se halla en trance suele ver a los circunstantes en figura de diversos animales y les contagia de sus alucinaciones. En cambio, los samanes educados en los colegios sacerdotales saben ahuyentar a las entidades elementarias que producen las alucinaciones, y las ahuyentan por procedimiento análogo al de los hipnotizadores, o sea por el conocimiento que tienen de su índole y naturaleza (87).

Los samanes llevan consigo, pendiente de un cordón por debajo del brazo izquierdo, un talismán análogo a la cornerina de que ya hablamos. Al samán que nos guiaba por el Tíbet le preguntamos más de una vez:

-¿De qué sirve esta piedra y qué virtudes tiene?

Pero el samán eludía siempre toda respuesta categórica, con promesa de que tan luego como se le deparara coyuntura y estuviésemos solos le diría a la piedra que respondiese por ella misma. Muchas conjeturas nos sugería entonces tan vaga esperanza, pero muy luego llegó el día en que pudo hablar la piedra. Ocurrió el caso en una de las situaciones más críticas de mi vida, cuando el anhelo de viajar me había llevado a los arenosos desiertos de Mongolia (88) cuyo pavoroso silencio en las puestas de sol, a pesar de que no están del todo deshabitados, sobrecoge el ánimo mayormente que en las sabanas americanas, las estepas rusas o las soledades africanas. Una tarde en que todos los compañeros de viaje estaban ausentes de la *yurta* (89) le recordé su promesa al samán, confiando en que la cumpliría movido de la protección que a los extranjeros de la partida nos dispensaba. Suspiró el samán con muestras de duda, y a poco se levantó del pedazo de cuero en que estaba sentado, y saliendo de la tienda plantó junto a la entrada una estaca rematada por una cabeza de macho cabrío cuyos cuernos hacia arriba daban señal de que él estaba *operando* y nadie se atrevería por lo tanto a entrar en la tienda. Hecho esto, volvió junto a mí después de correr la cortina de fieltro, y sacóse del seno el talismán, tamaño como una nuez, y desenvolviéndolo cuidadosamente del envoltorio en que lo guardaba hizo ademán de tragárselo, aunque no puedo afirmar si se lo tragó en efecto. Lo cierto es que al poco rato cayó el samán al suelo tan yerto, frío y paralítico que hubiera parecido cadáver a no ser por el movimiento de los labios en respuesta a mis preguntas. La escena era en verdad dramáticamente embarazosa. Iba cayendo el día en brazos de la noche, y tan sólo quebraba la oscuridad de la tienda el mortecino fulgor de las ascuas que habían sido hoguera. La soledad me parecía aún más horrible junto a aquel cuerpo inerte; mas por fortuna tardó muy poco en variar la escena, porque oí una voz que, como si saliera de las entrañas del suelo en que yacía el samán, preguntó: “¡Mahandú! Lapaz sea contigo. ¿Qué me quieres?” no me sorprendió este fenómeno, por maravilloso que parezca, pues ya había visto a otros samanes en trances análogos, y así enfoqué toda mi fuerza mental en la entidad cuya voz había oído, y le dije mentalmente:

ESCENA MÁGICA EN TARTARIA

-Quienquiera que seas, ve a K y procura indagar el *pensamiento* de tal persona y qué está haciendo tal otra, y dile *** qué hacemos y en dónde estamos.

La voz respondió:

-Ya llegué. La anciana señora (90) está sentada en el jardín y se cala los anteojos para leer una carta.

-Entérate al punto del contenido de esa carta.

Preparé papel y lápiz y fui transcribiendo lo que la voz me dictaba lentamente, como si quisiera darme el tiempo necesario para la correcta transcripción de las palabras, pues hablaba en idioma válaco del que yo conocía la fonética, pero no el significado. De esta suerte llené toda una página.

Después dijo la voz que, aunque del mismo timbre del samán, resonaba cavernosa y como si de lejos viniese:

-Mira a Occidente, hacia la tercera pértiga de la yurta. El *pensamiento* de la señora está aquí.

Entonces se irguió el samán de medio cuerpo arriba y se abalanzó hacia mí, de suerte que me tomó de los pies con ambas manos y entre ellos apoyó la cabeza. La situación no me parecía muy agradable; pero la curiosidad vino en auxilio del valor. En el ángulo occidental de la tienda aparecía, como reflejo del cuerpo vivo, la trémula, oscilante y nebulosa figura espectral de una señora rumana de la región válaca, muy querida amiga mía, de temperamento místico, pero incrédula en absoluto respecto de los fenómenos psíquicos.

Dejo entonces la voz:

-Su pensamiento está aquí, pero su cuerpo yace inconsciente. No puedo traerla aquí de otro modo.

Interrogué al espectro en súplica de que me respondiese, mas en vano, pues si bien el semblante parecía gesticular con expresión de temor o angustia, no despegó los labios, y tan sólo creí oír a lo lejos, aunque tal vez fuese ilusión auditiva, una voz que decía en rumano: *non se pôte* (no es posible).

Durante dos horas tuve repetidas y evidentes pruebas de que el samán actuaba en su cuerpo astral, obediente a mis sugerencias mentales. Diez meses después recibí una carta de mi amiga en contestación a otra en que le enviaba yo la transcripción de lo dictado por la voz del samán. Corroboraba la señora todo cuanto yo había transcrito, pues según me dijo en su carta, estaba aquella mañana en el jardín entretenida en la prosaica ocupación de hacer conservas (91), y en un intervalo de la operación se sentó para leer una carta recibida de su hermano, cuando de pronto, a causa sin duda del mucho calor, según ella colegía, se desmayó y me vio en sueños sentada en una “tienda de gitanos”, en un paraje desierto que mi amiga describía exactamente, añadiendo que ya no le era posible dudar por más tiempo de la verdad de estos fenómenos.

Pero el experimento tuvo una segunda y todavía mejor parte. En vista de nuestra crítica situación en aquel desierto, y con propósito de que nos sacara de ella, dirigí la entidad astral del samán hacia mi amigo kutchi de Lha-Ssa, que según dije está continuamente yendo y viniendo del Tíbet a la India británica. Realizóse felizmente mi propósito, porque al cabo de pocas horas llegó en nuestro socorro una partida de veinticinco jinetes capitaneados por un *amigo personal* del kutchi, un adepto a quien no había yo visto hasta entonces ni he vuelto a ver después, pues siempre está en la lamasería (*sumay*) donde no me fuera posible entrar. Mi amigo el kutchi le despachó en nuestro socorro tan luego como supo astralmente la situación en que nos hallábamos, y sin contratiempo llegaron al paraje que nadie hubiera podido encontrar por ordinaria orientación.

Fácil es que la generalidad de los lectores duden de cuanto acabamos de relatar; pero no así quienes con nosotros conozcan las dilatadísimas posibilidades de la actuación astral, sobre todo cuando este vehículo, como en el caso del samán, sirve de instrumento a una entidad superior (92).

LOS JUGLARES DE LA INDIA

Quien sólo haya presenciado las habilidades químicas, ópticas y mecánicas de los prestidigitadores europeos, quedará seguramente asombrado al ver las que sin aparatos a propósito llevan a cabo los juglares indos (93). Pero aunque los viajeros que no saben refrenar la

fantasía exageran desmesuradamente sus relatos sobre el particular, los hay que se ciñen estrictamente a lo visto, como por ejemplo, el capitán O'Grady, quien dice:

He visto cómo un hombre lanzaba sucesivamente al aire unas veinte bolas numeradas en serie natural, que se elevaban hasta desaparecer de la vista de los espectadores. Entonces el juglar invitaba a un circunstante a que indicase el número de la bola que quisiera, y al punto caía violentísimamente al suelo la indicada. Estos juglares van medio desnudos y no emplean aparato alguno en sus suertes. También les he visto meterse en la boca tres especies de polvos diversamente coloreados y beber luego a chorrito de un *lotah* o botijo de bronce tanta agua como les cabía en el cuerpo hasta rebosarle por la boca. Después vomitaron toda el agua que habían bebido y escupieron las tres porciones de polvo separadamente y completamente secos sobre un pedazo de papel (94).

Las belicosas tribus del Kurdestán, de puro origen indoeuropeo y sin una gota de sangre semita en las venas (95), son tan místicos como los indos y tan magos como los caldeos, en cuyo antiguo territorio se asentaron y lo defenderían si preciso fuese no sólo contra las ambiciones de Turquía sino contra Europa entera (96). Aunque unos son musulmanes de la secta de Omar y otros cristianos de la doctrina de Nestorio, o más bien de Maniqueo, sólo cabe llamarlos así nominalmente, porque en doctrina y prácticas son puramente magos. El número de los kaldanis llega a cien mil y están bajo la jurisdicción espiritual de dos patriarcas. Muchos de ellos son yezides.

Una de estas tribus se distingue por su afición al culto del fuego. Al salir y ponerse el sol desmontan los que viajan a caballo y con el rostro vuelto hacia el astro rezan la oración de la mañana o la de la tarde. En cada plenilunio celebran misteriosas ceremonias que duran toda la noche en una tienda dispuesta para el caso, en cuyo tupido telamen de lana negra campean misteriosos signos bordados en colores rojo intenso y amarillo. En el centro de la tienda se levanta un altar ceñido por tres cenefas de bronce, de las cuales penden aros sostenidos por trencillas de pelo de camello en número suficiente para que cada circunstante empuñe uno durante la ceremonia. Sobre el altar arde una lámpara oblonga de plata, de tres mecheros, con asa por el estilo de las lámparas sepulcrales egipcias que, según Kircher (97), se encontraron

en los subterráneos de Menfis y en las ruinas de Persépolis (98). La forma de esta lámpara es parecida a una copa abultada en el centro y de figura de corazón en la parte superior. Los mecheros son triangulares y en el centro se dibuja un heliotropo invertido, cuyo tallo, graciosamente curvado, arranca del asa de la lámpara. Este adorno denota claramente que era uno de los vasos sagrados empleados en el culto del sol, pues los griegos llamaron heliotropo a la flor de este nombre por la semejanza de su corola con el disco solar. Los magos caldeos usaban también esta lámpara en las ceremonias culturales, y tal vez su triple luz alumbró el rostro del rey hierofante Darío Hystaspes.

Hemos descrito tan al pormenor esta lámpara, porque hay una leyenda muy estrechamente relacionada con ella. Por referencias sabemos en qué consisten las ceremonias kurdas del plenilunio, pues aquellas gentes tienen exquisito cuidado en recatarse de los profanos y más todavía de los extranjeros. Sin embargo, pudimos enterarnos de que en cada tribu hay uno o varios ancianos, en sagrada veneración tenidos, que vaticinan el porvenir, descubren el pasado y aciertan cuanto se les consulta.

LA CONSULTA DEL ESPEJO

Hemos pasado algún tiempo entre los kurdos de diversas tribus (99) y podemos referir algún curioso suceso. En cierta ocasión robaron de la tienda una preciosa silla de montar, un tapiz y dos dagas circasianas con montura de oro cincelado. Una de las tribus kurdas, con su jefe a la cabeza, vino a protestar en nombre de Alá que el ladrón no era de los suyos. Así lo creímos, porque hubiera sido un hecho sin precedentes en aquellas tribus nómadas, tan famosas por el sagrado respeto con que tratan a sus huéspedes como por el desembarazo con que les roban y si a mano viene les asesinan en cuanto trasponen los límites de su *aúl* o campamento.

Un georgiano que iba en nuestra caravana sugirió entonces la traza de recurrir a los conocimientos del *kudian* o hechicero de aquella tribu, como así lo efectuamos con mucha solemnidad y sigilo al filo de la media noche en plenilunio. A la hora señalada nos acompañaron a la tienda anteriormente descrita, en cuyo abovedado techo se había abierto un lucernario cuadrangular por donde entraban los rayos de la luna para confundirse con los de las vacilantes llamas de la triple

lámpara. El hechicero, anciano de gigantesca estatura cuyo piramidal turbante tocaba al techo de la tienda, después de murmurar durante algunos minutos varios conjuros que nos parecieron dirigidos a la luna, sacó un espejo redondo de los llamados “persas” y desenroscado que hubo la tapa echó el aliento sobre el cristal por espacio de diez minutos, para desempañarlo después con un manojo de hierbas mientras musitaba fórmulas de encantamiento. A cada frotación aumentaba la brillantez del espejo hasta emitir refulgentes y fosfóricos rayos en todas direcciones. Terminada la operación quedóse el hechicero espejo en mano, inmóvil como una estatua, y por fin murmuró entre labios: “Mira, Hanum, mira fijamente”. Aparecieron entonces sombrías manchas en el espejo donde momentos antes se reflejaba la radiante faz de la luna llena, y a los pocos segundos se dibujaron la silla, tapiz y dagas robados, como si surgieran del fondo de claras y cristalinas aguas, con los contornos cada vez más definidos. Después, una sombra más intensa todavía cubrió dichos objetos, sobre los cuales se fue gradualmente condensando hasta aparecer agachada encima de ellos la figura de un hombre, tan visiblemente como si se la mirara con telescopio.

-¡Lo conozco! -exclamé.- Es el tártaro que anoche vino a ver si le queríamos comprar la mula.

La imagen desapareció entonces como por ensalmo. El hechicero meneó la cabeza en señal de asentimiento y siguió inmóvil. A poco musitó extrañas palabras, y de pronto empezó a cantar con lenta y monótona modulación en lengua desconocida, hasta que al cabo de unas cuantas estrofas, sin cambiar de ritmo ni tono, chapurró en ruso a manera de recitado las siguientes palabras: “Ahora, Hanum, mira bien si podremos apresarle y dínos el hado del ladrón. Queremos saberlo esta misma noche...”

Volvieron a agruparse las sombras, y sin transición apenas vimos al tártaro tendido de espaldas sobre la silla en un charco de sangre y otros dos jinetes que a lo lejos galopaban. Tan horrorosa angustia me dio aquel cuadro que ya no quise ver más. Salió el hechicero de la tienda y noté que, como si les diese instrucciones, hablaba con unos kurdos allí en espera. Dos minutos después, una docena de jinetes bajaban a galope tendido por la montaña donde acampábamos, y a la mañana siguiente regresaron con los objetos robados. La silla estaba

manchada de cuajarones de sangre y no quisimos tomarla. Refirieron que al perseguir al fugitivo echaron de ver que tras la cumbre de una lejana colina desaparecían dos jinetes, y que al correr hacia ellos dieron con el cadáver del ladrón tendido sobre los objetos robados, exactamente como le habíamos visto en el espejo mágico. Le habían asesinado los dos salteadores con intento de robarle, pero se vieron sorprendidos por el pelotón que despachó el viejo hechicero.

LA HECHICERÍA DEL SOPLO

En Oriente esta clase de hombres obtienen resultados notabilísimos con sólo soplar sobre una persona, ya con buena, ya con mala intención. Esto es puro hipnotismo, y los derviches que lo practican suelen intensificar el magnetismo animal con el de los elementos. Dicen que es peligroso colocarse de cara a determinados vientos, y nadie sería capaz de persuadir a un entendido en ciencias ocultas a que al ponerse el sol anduviese en la dirección en que sopla el viento. Conocimos a un viejo persa natural de Baku (100), a orillas del Caspio, que gozaba la poco envidiable fama de *lanzar hechizos* con la oportuna ayuda del viento que suele soplar en aquella ciudad, según da a entender su nombre (101). Si quien hubiese despertado la cólera del hechicero iba de cara al viento, aparecíasele aquél como por encanto, y cruzando el camino le soplaban en el rostro. Desde aquel punto quedaba la víctima afligida por todo linaje de males bajo el hechizo ordinariamente llamado “mal de ojo”.

Los anales franceses refieren varios casos de terrible índole, especialmente algunos relativos a sacerdotes católicos, que demuestran con toda evidencia el empleo del aliento humano con siniestros fines. Esta modalidad de hechicería se conoce de muy antiguo. El emperador Constantino estableció severísimas penas (102) contra quienes se valieran de la hechicería para violentar la castidad o mover a bajas pasiones. San Agustín amonesta contra el mismo vicio (103). San Jerónimo, San Gregorio Nacianceno y otras autoridades eclesiásticas se quejan de esta hechicería que no era infrecuente en el clero. Sobre el particular relata Baffet (104) el caso del párroco de Peifane, quien por artes de hechicería causó la pérdida de una de sus feligreses, la respetable y virtuosa señora Du Lieu, por cuyo crimen le condenó a la hoguera el parlamento de Grenoble. En 1611 el de Provenza sentenció a la misma pena al clérigo Gaufridy por haber

seducido en el confesionario a la penitente Magdalena de la Palud, *soplándole la cara* con el logrado intento de inspirarle concupiscente y violenta pasión hacia él.

Constan los casos precedentes en el informe oficial del mucho más famoso cuyo reo fue el influyentísimo P. Girard, procesado y juzgado ante el parlamento de Aix por haber seducido, valiéndose de hechicerías, a su penitente, la señorita Catalina Cadière, de Tolón, bella y piadosa joven de ejemplares virtudes que cumplía escrupulosamente con sus deberes religiosos. Esto fue la causa de su perdición, porque el P. Girard puso la vista en ella y desde aquel punto empezó a maquinarse su desgracia. Con la hipócrita santidad que el jesuita aparentaba, supo captarse la confianza de la joven y de su familia, y muy luego halló ocasión de soplarle el rostro, de lo que la doncella sintió nacer una violenta pasión por su confesor y tuvo desde entonces visiones extáticas de índole religiosa, acompañadas de convulsiones histéricas y de estigmas de la Pasión. Deparósele por fin al clérigo la tan deseada coyuntura de hallarse a solas con su penitente, y volviendo a soplarle el rostro la dejó en desmayo, de que el hechicero se aprovechó para lograr su intento antes de recobrar el sentido la pobre muchacha. Durante algunos meses siguió el P. Girard sugestionando a su víctima con sofisticada palabrería para excitarle el fervor religioso y encubrirle la fealdad de su acción; pero no obstante las arterías empleadas por él, la señorita abrió por fin los ojos a la verdad, y enterados del caso sus padres incoaron proceso contra el seductor. La Compañía de Jesús empleó todo su poder e influjo en defensa del acusado, y según se dijo, gastó un millón de francos en el intento de invalidar las pruebas aducidas en el proceso. El 12 de Octubre de 1731 se dictó sentencia por los veinticinco magistrados del Parlamento, de los que doce votaron pena de muerte (105).

ESTIGMAS MÁGICOS

Los estigmas de la Pasión, que según el precedente relato aparecieron en el cuerpo de Catalina Cadière, eran señales cruentas de las espinas en la frente, de la lanzada en el costado y de las cuatro llagas de los clavos en manos y pies. Pero conviene añadir que los mismos estigmas aparecieron en el cuerpo de otras seis penitentes del mismo jesuita, las señoras de Guyol, Laugier, Grodier, Allemande, Batarelle y Reboul. Se echó de ver que las más hermosas penitentes del P. Girard mostraban

extraña predisposición a los estigmas y a los éxtasis. También descubrió el ecamen quirúrgico parecidos estigmas en la señorita Palud, seducida por el cura Gaufridy.

En todo esto hay motivo para llamar la atención de cuantos (y especialmente los espiritistas) atribuyen estos estigmas a la acción de espíritus puros. Porque dando de mano a la influencia del diablo (a quien ya dejamos tranquilo en otro capítulo), apurados se verían los católicos, no obstante la infalibilidad de su Iglesia, para distinguir entre los estigmas procedentes de hechicería y los que, según ellos, son obra del Espíritu Santo o de los ángeles. La Iglesia achaca a remedos forjados por el diablo la simulación de estos signos de santidad; pero el subterfugio no sirve, porque el diablo está ya fuera de combate.

Quienes hasta aquí hayan perseverado en la lectura de esta obra preguntarán cuál es su finalidad práctica. Mucho se ha dicho acerca de la magia y sus potencialidades, así como de la incalculable antigüedad de su ejercicio. ¿Acaso afirmamos que todo el mundo ha de conocer y practicar las ciencias ocultas? ¿Acaso intentamos substituir el moderno espiritismo por la magia antigua? Ni una cosa ni otra. No cabría tal substitución ni fuera posible divulgar el estudio de la magia, sin promover enormes peligros públicos. En el momento de escribir estas líneas nos enteramos de la prisión de un conocido hipnotizador y espiritista, acusado de violar a una mujer por él hipnotizada. Todo hechicero es un enemigo público, y el hipnotismo puede convertirse fácilmente en hechicería de la peor especie.

No pretendemos que los científicos, teólogos y espiritistas sean magos en ejercicio, sino convencerles de que antes de nuestra época se conocieron ya la verdadera ciencia, la religión pura y los fenómenos auténticos. Quisiéramos que todos cuantos tienen alguna influencia en la educación de las gentes *supieran* primero, para *enseñarlo* después, que las obras legadas por los antiguos son los más seguros guías para lograr la sabiduría y la felicidad humanas; y que en los países donde los preceptos de los antiguos filósofos sirven de norma de conducta a las gentes, son más sublimes las aspiraciones espirituales y mucho más elevado el nivel moral. Quisiéramos generalizar el convencimiento de que las potencias mágicas son potencias *espirituales* y laten en todo hombre. Quisiéramos que actualizasen estas potencias cuantos sienten

verdadera vocación al magisterio y están dispuestos a la disciplina y dominio internos que su desenvolvimiento demanda.

Muchos hombres vislumbraron la verdad y creyeron por ello poseerla plenamente. Sin embargo, estos hombres no hicieron el bien que desearon y hubieran podido hacer, porque la vanidad personal se interpuso entre los creyentes y la *verdad completa* que tras ellos refulgía. El mundo no necesita iglesias sectariamente exclusivistas, llámense de Buda, Jesús, Mahoma, Swedenborg, Calvino o cualquier otro instructor religioso. Si la verdad es *una*, también ha de ser *una* la iglesia necesaria para la humanidad, y esta iglesia es el *reino de Dios* que está *en nosotros*; el templo interior que, aunque circuido de los muros de la materia, es fácilmente accesible para quienes acierten con el sendero que conduce a la entrada. Así *los limpios de corazón verán a Dios*.

La trinidad de la Naturaleza es la cerradura de la magia y la trinidad del hombre su llave. En el solemne recinto del santuario no tuvo ni tiene nombre la SUPREMA DIVINIDAD innominada, inconcebible e inefable. Pero todo hombre halla a Dios en su interior.

En el *Khordah-Avesta* pregunta el alma desencarnada ante las puertas del Paraíso: “¿Quién eres, ¡oh hermosísimo ser!?”. Y le responden: “Soy, ¡oh alma!, tus puros y buenos pensamientos, tus buenas acciones, tu buena ley..., tu ángel... y tu Dios”. Entonces el hombre espiritual se reúne *consigo mismo*, porque este “Hijo de Dios” es uno con él, es su propio *Mediador*, el *Dios* de su alma humana, su *Justificador*. Así dice Platón: “Dios no se revela inmediatamente al hombre, sino que el espíritu es su intérprete” (106).

LOS BLANCOS, INEPTOS PARA LA MAGIA

Pero muy poderosas razones dificultan además el estudio práctico de la magia en Europa y América (aunque consientan el teórico), por la general incapacidad de la raza blanca para la comprensión experimental de la más difícil ciencia.

No importa que el hombre de raza blanca intente este estudio en su propio país o en los de Oriente. Fracasarán igualmente, porque con toda probabilidad, de cada millón de europeos y americanos tan sólo *uno*

tiene las *aptitudes* físicas, psíquicas y espirituales que demanda el estudio práctico de la magia; y entre diez millones ni uno solo reuniría las *condiciones* requeridas para su *ejercicio*.

El hombre civilizado carece de la prodigiosa resistencia física y mental de los orientales, ni tampoco tiene su apacible temperamento y benigna idiosincrasia. El indo, el árabe, el tibetano, han heredado la intuitiva percepción de que la voluntad humana *puede* dominar las ocultas fuerzas de la Naturaleza, y tienen por otra parte mucho más agudos que las gentes de Occidente los sentidos del cuerpo y del espíritu. El diferente espesor del cráneo de un europeo, comparado con el de un indo meridional, no supone superioridad psicológica, sino que es un accidente climatológico debido a la mayor intensidad de los rayos solares.

Además, el hombre civilizado tropezaría con tremendas dificultades en el curso de su *adiestramiento*, si vale la palabra, porque todos están contaminados de la secular superstición dogmática y del tan desarraigable como injusto sentimiento de superioridad respecto de a quienes los ingleses llaman despectivamente “negros”. Difícilmente se sometería el blanco europeo o americano a la instrucción práctica que sin mayor esfuerzo reciben un copto, un brahmán o un lama.

Para merecer el título de neófito es preciso entregarse en cuerpo y alma al estudio de las ciencias místicas, entre las cuales es la magia imperativa y celosa amante que no tolera rival. Contra lo común en las demás ciencias, de nada sirve en la magia el conocimiento teórico de las fórmulas si no hay capacidad mental para comprenderlas ni potencia espiritual para aplicarlas. El espíritu ha de mantener sujeta la combatividad de la mal llamada razón educada, hasta que los hechos hayan triunfado de la insulsa sofistería.

Los espiritistas son quienes mejor dispuestos están al estudio del ocultismo, aunque por efecto de sus preocupaciones se hayan opuesto obstinadamente hasta ahora a que se hablara de ello en público. A pesar de las insensatas negativas, son reales y auténticos los fenómenos espiritistas; pero a pesar también de su autenticidad se equivocaron por completo los afiliados a dicha escuela, cuyo descrédito dimanó de la insuficiente hipótesis que exclusivamente atribuye los fenómenos a espíritus desencarnados. Una infinidad de mortificantes

fracasos no han logrado convertir ni su razón ni su intuición a la vedad. Ignorantes de las enseñanzas del pasado, no han descubierto otras capaces de suplirlas. Nosotros les brindamos deducciones filosóficas en vez de hipótesis improbables y el análisis y la demostración científica a cambio de la fe ciega. La filosofía oculta les proporcionará medios de responder a las racionales demandas de la ciencia y les libraré de la humillante necesidad de recibir las oraculares enseñanzas de "inteligencias" por lo general más flacas que las de los niños de la escuela. Así fundados y robustecidos, los modernos fenómenos merecerían la estudiosa atención y el respeto de quienes dirigen la mentalidad colectiva. Si el espiritismo rechaza este auxilio, ha de resignarse a vegetar igualmente repudiado, y no sin razón, por científicos y teólogos, porque en su moderna modalidad no es ciencia ni religión ni filosofía.

INFERIORIDAD DEL ESPIRITISMO

¿Somos acaso injustos? ¿Habré algún espiritista de sano criterio que nos acuse de haber retorcido esta cuestión? ¿Qué podrá exponernos sino embrollo de teorías y mescolanza de hipótesis mutuamente contradictorias? ¿Será capaz de afirmar que el espiritismo, no obstante sus treinta años de manifestaciones fenoménicas, constituye una filosofía ordenadamente eslabonada ni siquiera algo con apariencias de método definido que acepten y sigan sus conspicuos representantes?

Sin embargo, esparcidos por el mundo hay profundos eruditos y entusiastas escritores espiritistas que, además de la científica disciplina mental y de la razonada fe en el fenómeno por sí mismo, reúnen los requisitos necesarios para dirigir el movimiento. ¿Por qué se abstienen de colaborar en la formación de un sistema filosófico y se limitan a publicar obras aisladas o a colaborar en la prensa? No ciertamente por falta de valor moral, del que dan prueba en sus escritos, ni tampoco por indiferencia, pues sobrado entusiasmo hay en su campo y están convencidos de cuanto hacen, ni siquiera por falta de capacidad, ya que hombres hay entre ellos que pueden igualarse con los más esclarecidos talentos. Es porque, casi sin excepción, les confunden las contradicciones con que tropiezan y esperan que futuras experiencias confirmen sus aventuradas hipótesis. Tal es, sin duda, el método de investigación científica; el que siguió Newton al diferir por diecisiete años con el heroísmo propio de su noble y generoso ánimo la

exposición de su teoría de la gravedad universal porque no estaba todavía plenamente convencido de ella.

El espiritismo, cuya índole es más bien agresiva que defensiva, acertó en sus tendencias iconoclastas; pero no tuvo en cuenta que demoler no es construir. Toda verdad realmente substancial que proclama, queda muy luego sepultada en confusas ruinas bajo un alud de quimeras. A cada paso que da el espiritismo, a cada nueva posición ventajosa de que se apodera en el terreno de los hechos, sigue un desastre en forma de fraude o descrédito que le quita lo ganado y le reduce a la impotencia, pues los espiritistas *no pueden* y sus invisibles amigos *no quieren*, o tal vez pueden menos todavía, probar sus afirmaciones. Estriba su fatal debilidad en que sólo disponen de una hipótesis para explicar los tan combatidos fenómenos, o sea la actuación de los *espíritus humanos desencarnados*, a quienes rendidamente se sujeta el médium. Con vehemencia digna de mejor causa, atacan los espiritistas a cuantos discrepan de esta opinión y repudian todo argumento impugnador de su hipótesis como ofensa inferida a su buen sentido y a sus facultades de observación, por lo que ni siquiera accederán a discutir el asunto.

Así, pues, ¿cómo puede elevarse el espiritismo a la categoría de ciencia? La ciencia, según nos dice Tyndall, requiere para serlo tres condiciones necesarias: observación de los hechos, inducción de las leyes y reiterada comprobación experimental de estas mismas leyes. ¿Qué observador experto reconocerá en el espiritismo estas tres condiciones? El médium no está siempre en circunstancias de rigurosa comprobación, y por lo tanto las inducciones derivadas de los supuestos hechos carecen de elementos comprobatorios y son dudosas, con añadidura de que no las ha corroborado la experiencia. En suma, falta el primer elemento de certeza.

Para que no se nos inculpe de haber expuesto tendenciosamente la situación del espiritismo en los actuales momentos, ni de negar los progresos que verdaderamente haya hecho, apuntaremos que en la asamblea quincenal de los espiritistas londinenses, celebrada el 19 de Febrero de 1877 se suscitó un debate sobre el tema: *Pensamiento antiguo y espiritismo moderno*, en el que terciaron algunos de los más inteligentes espiritistas de Inglaterra, entre ellos Stainton Moses, quien

había estudiado recientemente la relación entre los fenómenos antiguos y modernos. Dijo así:

HABLA UN ESPIRITISTA

El espiritismo vulgar no es científico y muy poco adelanta en el orden de la comprobación científica. Además, el espiritismo exotérico no va, por lo general, más allá de la presunta comunicación con amigos personales, del alimento de la curiosidad o de la mera exhibición de fenómenos... La verdadera ciencia esotérica del espiritismo es muy rara y tan rara como valiosa. De ella debiéramos extraer los conocimientos que hubiésemos de explicar exotéricamente... Imitamos demasiado el procedimiento de los físicos, y nuestras pruebas son bastas y con frecuencia ilusorias, de suerte que sabemos poquísimos de la proteica energía del espíritu. Los antiguos estaban en esto incomparablemente más adelantados que nosotros y mucho es lo que pueden enseñarnos. No hemos establecido con certeza las condiciones de experimentación según requieren indispensablemente las investigaciones científicas. Esto dimana principalmente de que nuestros círculos están constituidos sin sujeción a principios... Ni siquiera hemos comprendido las verdades elementales de los médiums. Tanto ocupó nuestra atención lo maravilloso, que apenas hemos catalogado los fenómenos ni siquiera expuesto una hipótesis satisfactoriamente explicativa del más sencillo... Nunca afrontamos la pregunta: ¿Qué es la inteligencia? Tal es nuestro escollo; tal nuestro más frecuente manantial de error, y aquí podríamos aprender provechosamente de los antiguos. Los espiritistas repugnan admitir la posibilidad de las verdades ocultas. En este punto son tan difíciles de convencer como lo es el vulgo respecto del espiritismo. Los espiritistas parten del falaz principio de que todos los fenómenos derivan de la acción de espíritus humanos desencarnados y *no se han percatado de las potencias del humano espíritu*. Desconocen, los límites del campo de acción del espíritu y lo que en su interior subyace (107).

No cabe definir mejor nuestras afirmaciones. Si el espiritismo ha de ser algo en el porvenir depende de hombres como Stainton Moses.

Hemos terminado nuestra obra, y ¡ojalá la hubiésemos mejor cumplido! Pero a pesar de nuestra inexperiencia en el arte de componer libros, y no obstante la grave dificultad de escribir en idioma

extraño, creemos haber dicho algo que perdure en la mente de los pensadores. Quedan contados y puestos en revista los enemigos de la verdad. La ciencia moderna, incapaz de satisfacer las aspiraciones de la humanidad, le arrebató toda esperanza y dejó vacío el porvenir. Es, hasta cierto punto, como el *baitalpachisi*, el vampiro de la fantasía popular de los indos que vive en los cadáveres de cuya podredumbre se alimenta. Los más preclaros talentos de la época han restregado la teología cristiana hasta descubrir su urdimbre, y hemos visto que en conjunto es más bien subversiva que estimuladora de espiritualidad y sana moral, porque en vez de exponer las reglas de la ley divina y de la divina justicia, no habla más que de *sí misma* y antepone el espíritu maligno a la sempiterna Divinidad, de suerte que confunde a Dios con el diablo. “No nos dejes caer en la tentación” es la súplica de los cristianos. ¿Quién es el tentador? ¿Satanás? No va dirigida a él la súplica. Es aquel genio tutelar que endureció el corazón del rey de Egipto, que infundió el maligno espíritu en Saúl, que envió mendaces mensajeros a los profetas e indujo a pecar al rey David. Es el bíblico Dios de Israel.

Nuestro examen de la multitud de creencias religiosas que en una u otra época ha profesado la humanidad demuestra evidentemente el común origen de todas ellas, como si fuesen diversos modos de expresar el ardiente anhelo que las encarceladas almas sienten de comunicarse con las celestes esferas. Así como el prisma descompone la luz blanca en los colores del iris, así también el rayo de la verdad divina, al atravesar el triédrico prisma de la humana naturaleza, se quiebra en los coloreados fragmentos que se llaman RELIGIONES. Y así como los rayos del espectro se funden uno en otro por imperceptibles gradaciones, también así las teologías divergentes del centro original vuelven a converger en los cismas, herejías, escuelas y brotes surgidos de todos lados. En sintético conjunto, resumen la verdad eterna; separadas, no son más que sombras del error humano y signos de imperfección. El culto de los pitris védicos se convierte rápidamente en el culto de la porción más espiritual del linaje humano. sólo necesita la recta percepción de las cosas objetivas para el final descubrimiento de que el único mundo real es el mundo subjetivo.

El despectivamente llamado paganismo fue sabiduría antigua, de Divinidad henchida, y el cristianismo y el islamismo tomaron cuanto de inspirado tienen de su étnico padre el judaísmo. El induísmo prevédico

y el budismo son la doble fuente de que brotaron todas las religiones. El nirvana es el océano donde todas han de verter.

Para los fines del análisis filosófico no hemos necesitado tener en cuenta las enormidades que han entenebrecido el recuerdo de muchas religiones del mundo. La verdadera fe es el vaso corporal de la caridad divina, y humanos y sólo humanos son los ministros de sus altares. Al hojear las sangrientas páginas de la historia eclesiástica, echamos de ver que siempre fue el mismo el argumento de la tragedia, aunque representada por distintos actores con diversos trajes.

LA VERDAD UNIVERSAL

Pero la noche eterna planeaba en todo y sobre todo, y nosotros pasamos de lo visible a lo invisible. Nuestro ferviente anhelo ha sido enseñar a las almas sinceras a descorrer el velo, para que en el resplandor de aquella Noche transmutada en Día contemplen serenamente la VERDAD SIN VELO.

FIN DE LA OBRA

